

RIO

D

Burgos  
ca

3

R. = 437

Sig 713



# MÍO CÍD

A black and white illustration of a knight on horseback, holding a lance and a shield, set against a background of a city skyline. The knight is depicted in profile, facing left, with a beard and a helmet. He is wearing a tunic and a surcoat. The horse is also shown in profile, facing left, with a detailed harness. The background features a stylized city skyline with various buildings and a flag flying from a pole. The overall style is reminiscent of a woodcut or a detailed drawing.

OCTAVO  
CENTENARIO DEL POEMA DE  
"MÍO CÍD"

HOMENAJE A BURGOS Y  
SU MEJOR CABALLERO

Fortunato  
Jullán

# LA OBRA

de una

## GRAN EDITORIAL ESPAÑOLA

**D**e las editoriales españolas surgidas en los últimos años de crisis del libro, crisis nacida de circunstancias exteriores y de la dificultad de comunicación con los mercados de América, **EDICIONES PATRIA** advino bajo el signo de una inquietud espiritual claramente marcada en su labor de conjunto. En su haber cabe apuntar algunos éxitos de venta y de crítica realmente extraordinarios. Tal es el caso de los libros «Inglaterra y los ingleses», de Alfredo Marquerie, libro excelente de viaje y gran ensayo psicológico sobre la actitud de la Gran Bretaña en vísperas de la entrada en la guerra; «Edad y belleza en el amor», el más encantador de los libros de Andrés Revesz, obra especialmente orientada hacia el alma femenina; «Vázquez de Menchaca», por Camilo Barcia Trelles, estudio crítico y biográfico del célebre internacionalista español del siglo XVI, obra indispensable para el entendimiento profundo de España etc., etc.

La **Biblioteca de Marineros Españoles**, de la que van publicados tres tomos, el primero «Legazpi» (conquistador de Filipinas y fundador de Manila), por José Sanz y Díaz; «España en Trafalgar», por Federico de Mendizábal, y «Barceló», por F. Ferrari Billoch, y de la que se anuncia la próxima salida de otros dos tomos actualmente en prensa. Obra de un interés verdaderamente extraordinario, ya que el plan editorial comprende las biografías de los grandes marineros españoles de todos los tiempos. La colección se vende por tomo y por suscripción a cada serie de doce tomos.

**Biblioteca de Músicos españoles.** Fué iniciada con la «Vida de Albéniz», primera biografía del célebre compositor español, obra documentadísima realizada con la mayor exactitud y competencia, por el eminente crítico musical Antonio de las Heras. Actualmente están en preparación la vida y obras de Granados, Pedrell, los vihuelistas Falla, Arriaga, Sarasate, etc. La colección se vende por tomos y por suscripción a la Biblioteca, que se compondrá de **doce tomos**.

**Cuadernos de Poesía.** He ahí una de las más bellas obras editoriales realizadas en España en los últimos tiempos. Se trata de una publicación cuidadosamente impresa y editada con verdadero lujo, donde un grupo de profesores, poetas y críticos recoge los movimientos literarios de nuestro tiempo y del pasado, con magníficas selecciones, ensayos críticos de obras literarias, traducciones de poetas extranjeros, etc. La crítica unánime ha considerado esta Revista como la mejor en su género que se ha publicado en España en todos los tiempos.

**EDICIONES PATRIA** realiza dos tiradas: una corriente al precio de 5 ptas. ejemplar (por suscripción a un año, 12 números, 60 ptas.), y otra especial de 10 ptas. (por suscripción, 12 números, 120 ptas.). Con cada cuaderno de Poesía aparece un tomo cuidadosamente editado de poesía de la **Biblioteca Poética**, al precio de 4 ptas.

**Biblioteca de Filosofía.** Comenzará a publicarse en el próximo otoño con la colaboración de un grupo seleccionado de profesores de Filosofía, abarcando cada tomo el aspecto biográfico, selección de textos y notas del seleccionador.

Otras colecciones, como la de **Biografías Contemporáneas** y una larga serie de obras del género novelesco, humor, ensayo, poesía, cuentos, etc., completan la marcha editorial de esta Casa, que ha producido en menos de dos años más de 60 títulos diversos.

Próximamente, **EDICIONES PATRIA** instalará en la ciudad de Lima (Perú) una importante sucursal para los mercados hispano-americanos con el fin de estrechar los vínculos culturales entre el Perú y España.

**El Premio Miguel de Unamuno.** Cada año, **EDICIONES PATRIA** convoca un concurso anual de novela denominado Miguel de Unamuno. Este año se otorgó el premio por unanimidad a D. Luis Antonio de Vega, por su novela inédita «Los que no descienden de Eva».

### Algunos títulos que recomendamos

|   |           |   |           |
|---|-----------|---|-----------|
| DON LAUREANO Y SUS SEIS AVENTURAS (novela humorística), por Alfredo Marquerie . . . . . | Ptas. 7'— | GIBRALTAR (antología patriótica) . . . . .  | Ptas. 3'— |
| CUENTOS DE HUMOR, por Samuel Ros . . . . .  | » 6'—     | PRIMERA ENCÍCLICA de S. S. PÍO XII (Summi Pontificatus) . . . . .                 | » 2'50    |
| LOS VIVOS Y LOS MUERTOS, por Samuel Ros. . . . .  | » 12'—    | APOLOGÍA DEL ESPÍRITU RELIGIOSO, por Jesús Nieto Pena. . . . .                    | » 8'—     |
| LOS CRÍMENES DE LAS SECTAS, por el Barón de Siria . . . . .                             | » 5'—     | ÁNGELES DE COMPOSTELA, por Gerardo Diego. . . . .                                 | » 15'—    |
| LA NAVIDAD EN LA LITERATURA NACIONAL, por José Sanz y Díaz . . . . .                    | » 7'—     | LOS CIENTOS MEJORES SONETOS ESPAÑOLES (antología), por Manuel Cristóbal . . . . . | » 7'—     |
| BREVIARIO SENTIMENTAL, por Jesús Nieto Pena. . . . .                                    | » 3'—     | ROMANCES (1918-1941), por Gerardo Diego . . . . .                                 | » 4'—     |
| EL TIFUS EXANTEMÁTICO, por el Dr. Jaime Santamaría Ruiz . . . . .                       | » 4'—     | POESÍAS MÍSTICAS (antología), por Miguel de Unamuno . . . . .                     | » 4'—     |
| GIBRALTAR ESPAÑOL (álbum fotográfico e histórico del Peñón). . . . .                    | » 4'—     | ANTOLOGÍA LÍRICA del Príncipe de Esquilache. . . . .                              | » 4'—     |
|   |           | POETAS PERUANOS (antología). . . . .  | » 4'—     |



Grandes Talleres Gráficos

# SADAG

SOCIEDAD ALIANZA DE ARTES GRÁFICAS

Los talleres SADAG disponen de una capacidad de producción de primer orden; están perfectamente equipados para confeccionar los más extensos trabajos: Revistas, Obras de lujo, Libros, Enciclopedias, Ediciones publicitarias, Trabajos comerciales.

ROSELLÓN, 298 · TEL. 81097 · BARCELONA

*Sadag ... cada impreso una creación!*



BURGOS

ALMIRANTE BONIFAZ, 17  
Teléfono 2274

GRANDES TALLERES DE CONFECCIONES

**RIU y SAINZ**

SUCESORES DE HIJOS DE RIU  
Miranda, 5 dupl. - Tel. 1749 - Burgos

Vestuarios para el Ejército  
y Armada

UNIFORMES DE TODAS CLASES

Casa Central:

Av. José A. Primo de Rivera, 716  
Teléfono 54495 - BARCELONA

Pescaderías "AVELINA"

**Venancio Tomé**

ASENTADOR DE PESCADOS

Despacho Central: San Lorenzo, 24 - Teléfs. 1405 - 2109

Sucursales: San Lorenzo, 28 y 30 - Mercado del  
Norte, 5 y 6 - Mercado del Sur, 18

BURGOS

Mercado Central: Teléfono 70719

Oficina: Teléfono 48839

MADRID



**FÁBRICA DE NAIPES**

HIJA DE

**B. FOURNIER**

*Talleres de Litografía*

ESPECIALIDAD EN SELLOS ENGOMADOS PARA  
ENTIDADES OFICIALES, CORPORACIONES,  
BENÉFICOS, ETC.

Teléfono 2149

BURGOS

*Casa Editorial*

FUNDADA EN EL AÑO 1850

**Hijos de SANTIAGO RODRÍGUEZ**

*Imprenta • Librería • Papelería*

OFICINAS Y TALLERES: Molinillo, 13

LIBRERÍA: Pasaje de la Flora

BURGOS

Teléfonos 1443 y 1920

Apartado de Correos núm. 55

I M P R E N T A

**ALDECOA**

ESPECIALIZADA EN  
OBRAS DE EDICIÓN

DIEGO DE SILOE, 18

Tel. 1830 - Apartado n.º 37

BURGOS

**Calzados "PÉREZ"**

MAYOR Y DETALL DE

CALZADOS Y ALPARGATAS

San Pablo, 12 - Teléfono 1359 - BURGOS

ALMACÉN DE VINOS, ULTRAMARINOS FINOS,  
CEREALES, PATATAS Y MATERIALES DE  
CONSTRUCCIÓN

**Manuel PÉREZ ISLA**

VILLARCAYO

BURGOS



Vista posterior frente al río Arlanzón, de la

## BURGOS MODERNO

manzana de casas de la calle de Vitoria.

La capital de Castilla tiene bien merecida fama por sus monumentos antiguos y de gran mérito.

Ellos han seguido paso a paso la cronología arquitectónica que encuadró estilos, y así tenemos los restos de sus murallas con un bello arco mudéjar del siglo XIII que continúa con el comienzo de su maravillosa catedral de inimitable estilo gótico afligado, completada más tarde con fina y bella arquitectura renacentista; iglesias y casas señoriales erguidas pregonan sus méritos en los siglos citados y en las centurias quince y dieciséis.

Pero aunque vive con el recuerdo de sus glorias ancestrales y las cuida y las mimas para asombro de propios y extraños, no puede olvidar el ritmo cronológico emprendido y acomoda su arquitectura a las modernas concepciones, sin despreciar, antes por el contrario elevando aquellos mate-

riales que antaño fueron la dignificación del propio arte

Nos referimos a la piedra, la magnífica piedra de Hontoria de la Cantera, de la que desde hace varios siglos se vienen extrayendo piedras en las que se admira su gran resistencia, fácil labra y blanco color, cuyo tradicional empleo había prácticamente desaparecido y que ha vuelto a resurgir con todo su apogeo desde hace poco más de media docena de años, gracias a la iniciativa y celo del joven arquitecto burgalés, conocedor de las excelencias de su tierra, don Marcos Rico Santamaría, enamorado de su profesión, de intensa actividad y dinamismo, y amante de su ciudad, que demuestra la compatibilidad de la vetusta piedra con las modernísimas construcciones de hierro y cemento armado.

Así se ven levantados al impulso de su lápiz, entre otros



Edificio en construcción (casi terminado) en la calle de Vitoria.

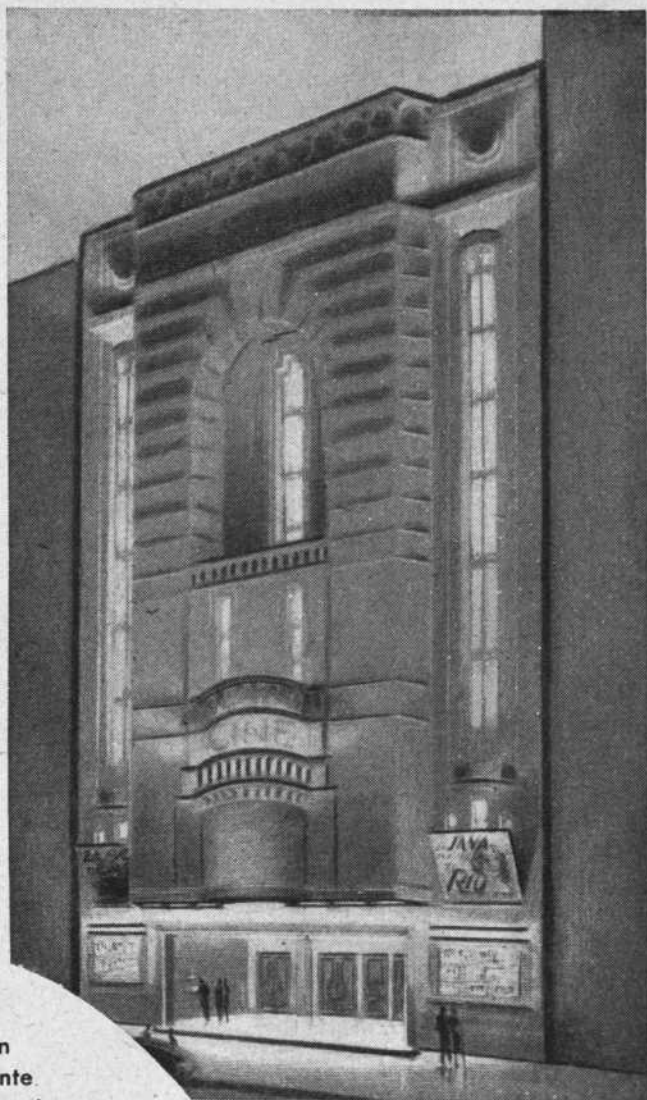


Casa de siete plantas en la calle de Vitoria





Hotel Condestable  
en la calle de Vitoria



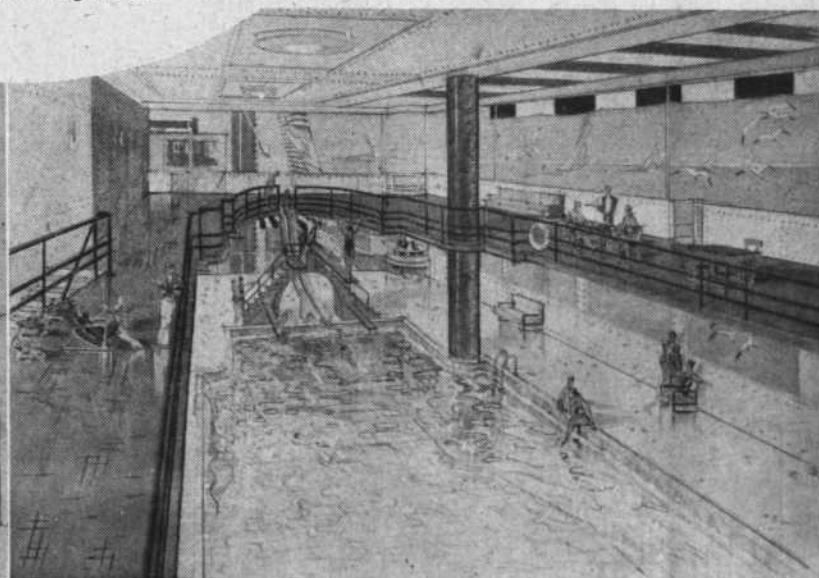
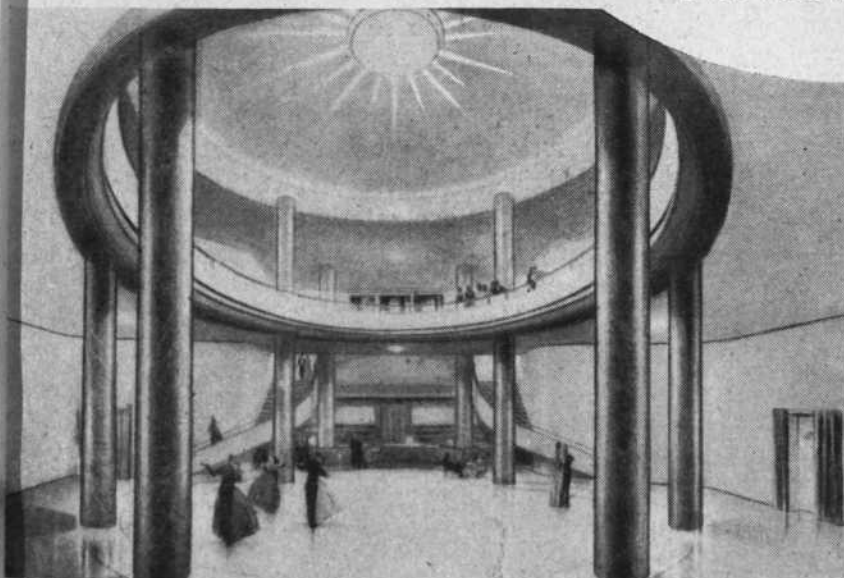
Vista del Teatro-Cine  
en construcción

muchos diseminados por la población, soberbios edificios en la calle de Vitoria (la más importante avenida de la ciudad), que son modelos de higiene, buen gusto y concienzuda labor, tales como la manzana compuesta del HOTEL CONDESTABLE, y dos magníficas casas de gran porte y original factura, propiedad de la Caja de Ahorros Municipal, y el HOTEL CASTILLA y otros dos edificios de ocho plantas que se levantan sobre el solar contiguo (que habrán de formar parte de otra), que dan a la vieja ciudad castellana aire de gran capital. Formando a la vez parte de esta segunda manzana, surgirá también dentro de poco bajo la dirección del mismo entusiasta arquitecto un magnífico edificio de piedra y hormigón armado, en el que habrá un teatro-cine de gran capacidad, dotado de las instalaciones y adelantos más recientes, elegante salón de fiestas y piscina cubierta. Una obra que pondrá a Burgos al nivel de las capitales más adelantadas. Idea clara del espíritu de modernidad y depurado gusto y grandiosidad de los edificios y proyectos mencionados, dan las fotos que ilustran este artículo, que patentizan que Burgos, ciudad de recuerdos históricos, sabe marchar al compás de las modernas exigencias.



Salón de fiestas  
del Teatro-Cine

Piscina cubierta  
del Teatro-Cine



# Paisaje y Riqueza de Castilla

## LA INDUSTRIA DE HARINAS E LA PROVINCIA DE BURGOS

Más de 200.000 toneladas de trigo y 100.000 toneladas de cebada son las cifras que la provincia de Burgos aporta a la economía nacional.

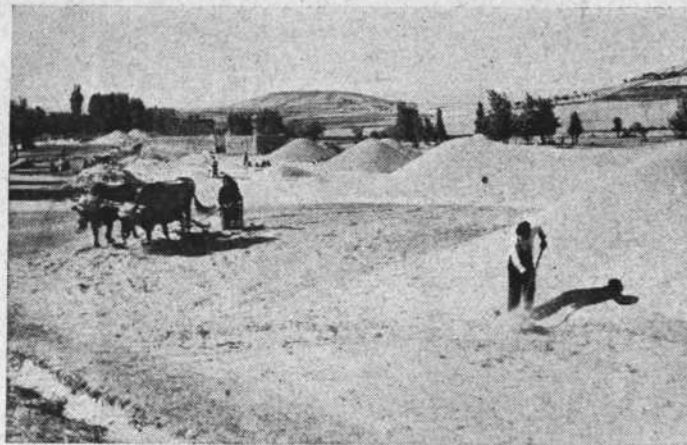
Y todavía esta producción podrá aumentarse a medida que los medios de cultivo vayan perfeccionándose y se empleen las máquinas adecuadas, lo que significa que es una de las provincias cuya única y mayor riqueza estriba en su tierra.

Allí donde discurre un poético cauce de agua ha surgido un "molino harinero". Es la primitiva y más típica representación de la industria de estas tierras de "pan llevar". Aun están en funcionamiento 480 de estos molinos y algunos lo hacen de la misma manera que cuando fueron construidos.—Su motor consiste en una rueda de paletas de madera y su aparato de molienda son dos piedras que han conocido buenas y malas cosechas, alegría y lágrimas en los curtidos rostros de los aldeanos.

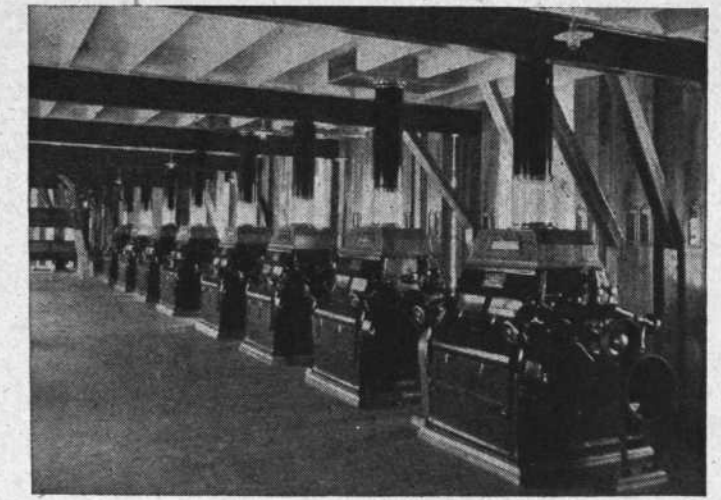
Por una lenta graduación, y merced al esfuerzo y tesón de

muchas voluntades, algunos de estos molinos han ido evolucionando con el tiempo y han conseguido añadir varias piedras y aprovechar mejor la fuerza impulsora del agua. «Así tuvieron su comienzo las Fábricas de Harinas.» Más adelante las piedras de moler cedieron el paso a los cilindros y la casita molinera a las grandes construcciones que hoy se levantan como orgullo de la provincia de Burgos. — «Estas son las Fábricas de Harinas», montadas a la moderna casi en su totalidad por "Establecimientos Morros S. A.", de Barcelona, que por medio de su sucursal en Burgos está cooperando a la transformación, en industria harinera modelo, de aquellos sencillos molinos primitivos.

Las Fábricas de Harinas de Burgos, tienen la suprema razón de existencia precisamente por hallarse enclavadas en los centros de producción cereal. Por ello los gastos de transporte son mínimos y además garantizan al labrador la justa evaluación de su cosecha y el supremo goce de ver convertido su sudor en la blanca harina que les proporcionará "el pan nuestro de cada día".



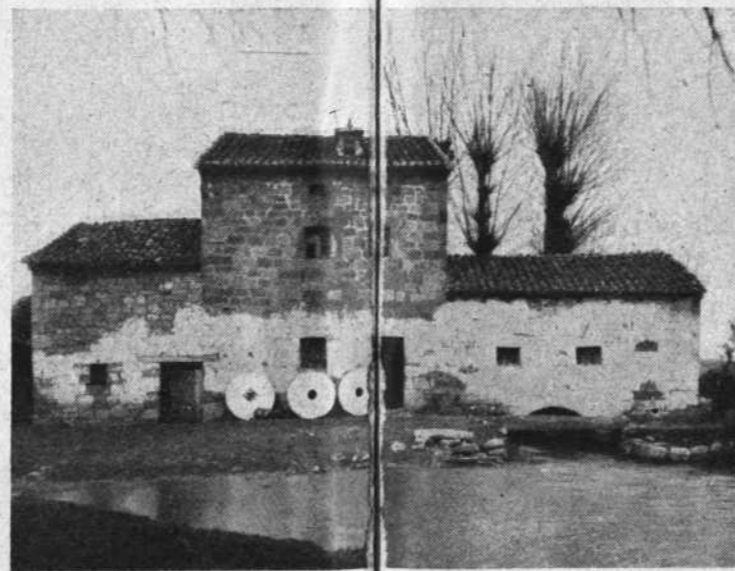
También el Sol se suma a la labor, la trilla convierte en granos de oro el sudor del labriego castellano.



Aspecto del interior de una de las modernas Fábricas de Harinas instaladas en la provincia de Burgos por «Establecimientos Morros S. A.»

A continuación insertamos la relación completa de las Fábricas de Harinas de la provincia de Burgos:

| Nombre comercial                 | Emplazamiento                        | Capacidad molidora diaria |
|----------------------------------|--------------------------------------|---------------------------|
| Achirica y Compañía . . . . .    | Villaquirán de los Infantes. . . . . | 30.000 Kgs.               |
| Sotero Holgueras . . . . .       | Aranda de Duero. . . . .             | 28.000 "                  |
| Redondo Hermanos . . . . .       | " " . . . . .                        | 28.000 "                  |
| Valentín Romeral . . . . .       | " " . . . . .                        | 25.000 "                  |
| José María Alameda . . . . .     | Villalvilla. . . . .                 | 24.000 "                  |
| Antonio L. Linares . . . . .     | Briviesca. . . . .                   | 22.000 "                  |
| Viuda de Mateo Elúa. . . . .     | Los Balbases . . . . .               | 21.000 "                  |
| García y Compañía . . . . .      | Aranda de Duero. . . . .             | 20.000 "                  |
| Martínez y Compañía . . . . .    | Cojóbar . . . . .                    | 19.000 "                  |
| Julián González . . . . .        | Briviesca . . . . .                  | 17.000 "                  |
| Jesús Tournan . . . . .          | Miranda de Ebro . . . . .            | 17.000 "                  |
| Turiño y Compañía . . . . .      | Burgos . . . . .                     | 15.000 "                  |
| Viuda de José Pérez . . . . .    | " " . . . . .                        | 14.500 "                  |
| José Amigo . . . . .             | Arcos de la Llaná. . . . .           | 14.500 "                  |
| Sobrinos de P. Zurita . . . . .  | Melgar de Fernamental. . . . .       | 12.500 "                  |
| Cástulo Orejón . . . . .         | Burgos . . . . .                     | 12.500 "                  |
| Víctor Conde . . . . .           | Cavia . . . . .                      | 12.500 "                  |
| Bienvenido Alonso. . . . .       | Huerta del Rey. . . . .              | 12.000 "                  |
| Hijo de Jesús Asenjo . . . . .   | Lerma . . . . .                      | 12.000 "                  |
| Viuda de la Eranueva . . . . .   | Miranda de Ebro . . . . .            | 11.500 "                  |
| Nietos de I. Lambarri . . . . .  | Aranda de Duero. . . . .             | 10.500 "                  |
| Industrial Hidráulica. . . . .   | San Martín de Rubiales . . . . .     | 10.000 "                  |
| Julián Romeral. . . . .          | Aranda de Duero. . . . .             | 10.000 "                  |
| Julio Vivar . . . . .            | Salas de los Infantes . . . . .      | 10.000 "                  |
| Viuda de José Arroyo . . . . .   | Villadiago . . . . .                 | 8.500 "                   |
| Martínez Aduriz . . . . .        | Medina de Pomar. . . . .             | 8.000 "                   |
| Hijo de Enrique Bienes . . . . . | Villarcayo . . . . .                 | 8.000 "                   |
| Rufino de la Fuente . . . . .    | Burgos . . . . .                     | 7.500 "                   |
| Hijo de Florián Alonso . . . . . | Lerma. . . . .                       | 7.500 "                   |



Molino atribuido a Ruy Díaz del Cid y situado en Vivar del Cid, 8 Kms. de Burgos.

La capacidad total de producción harinera de estas fábricas se eleva a 450.000 Kg. diarios, que en un año significan 164.250 toneladas.

No concebimos la posibilidad de discusión en cuanto a la importancia de esta industria castellana y aún mucho menos acerca del lugar en que las Fábricas de Harinas han de estar emplazadas. En primer lugar nosotros creemos en las supremas realidades y aquí están, para admiración de todos, desde el molino más primitivo de España hasta la más moderna instalación de Fábrica de Harinas realizada por "Establecimientos Morros S. A.", de Barcelona. Durante varios siglos han cumplido y cumplen una sagrada misión. Por otra parte, se afianzan en una maravillosa comprensión de los problemas de la Nueva España. Es la industria que más rápidamente se incorporó al movimiento sindical, en tal forma, que muchas de las normas que han sido aplicadas por este Sindicato de Fabricantes de Harinas de Burgos han servido como modelo para las organizaciones similares del resto de España.

Hemos tenido ocasión de entrevistarnos con los representantes del Sindicato de Harinas de Burgos, señores Pérez, Achirica y Arteché: ellos nos han hablado de aquel febril laborar de los primeros meses del Glorioso Movimiento Nacional, cuando las victoriosas tropas de Franco llevaban a las ciudades liberadas, además de la suprema verdad de nuestra doctrina, el pan blanco que convencía a los incrédulos. Los graneros de Castilla y las Fábricas de Harinas no tuvieron descanso; había que mantener a los miles de voluntarios

que defendían a España y todo se hizo de tal forma que causó admiración.

Creemos sinceramente que una España fuerte y unida, ha de serlo merced a la fortaleza de un núcleo rector que es Castilla: así lo entendían los Reyes Católicos, y en ello no se equivocaron. Es menester que estas industrias de Castilla la Vieja sean libradas de competiciones perjudiciales y se

las permita cumplir su misión para que, con la producción harinera, cierren el ciclo productivo de los campos castellanos.

Por ello estimamos en todo lo que vale la labor de la C. N. S. de Burgos, que ha comprendido la suprema realidad de los problemas del agro y que no descansa por organizar un conjunto armónico de todos los factores vitales de la economía del campo.



El arado de la tierra, primera de las labores que será el preludio de una buena cosecha.



Otro aspecto del interior de una de las modernas Fábricas de Harinas instaladas en la provincia de Burgos por «Establecimientos Morros S. A.»

# La

## INDUSTRIA DE LOS CURTIDOS EN BURGOS

Siendo la provincia de Burgos especialmente ganadera, es natural que la industria de los Curtidos haya tenido aquí desde antaño una gran importancia.

Aun persisten en la ciudad de Burgos la calle de las Tenerías y el antiguo barrio de los Curtidores, donde se encontraba la más genuina representación de este grupo de productores, organizados en un régimen casi familiar y semigremial.

Pasado el tiempo y siguiendo una lógica transformación, de aquel primitivo aprovechamiento de las pieles se ha llegado a una de las industrias más florecientes y más ligadas a la variedad y abundancia de ganados en la provincia de Burgos.

Durante el Glorioso Movimiento Nacional, que tuvo su iniciación y núcleo director en la ciudad de Burgos, hubo ocasión de hacer un recuento y aprovechamiento de los recursos con que contábamos en la España Nacional. Entre los muchos problemas que se plantearon, no fué el de menor importancia el de proveer de calzado adecuado a las victoriosas tropas de Franco, y entonces es cuando pudo apreciarse el trascendental valor de esta industria de Curtidos de Burgos, que tenía una gran razón de existir por hallarse enclavada en un centro de gran producción ganadera.

Hemos tenido ocasión de visitar las **Fábricas de Curtidos** de **D. Juan Alameda**, sita en el término de Bella-Vista, y la de **D. Norberto García**, enclavada en el Capiscol. Son las dos más importantes de Burgos.

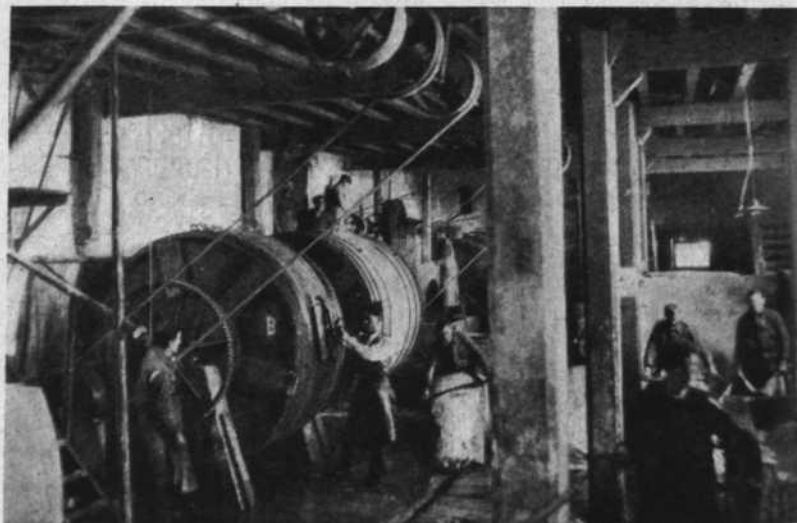
Merced a la amabilidad de los Sres. Alameda y García, el primero de los cuales es Presidente del Sindicato de Curtidos de la C. N. S. de Burgos, hemos podido obtener una serie de datos importantísimos acerca de la magnífica ayuda que esta industria de los Curtidos proporcionó al Ejército Nacional. La Intendencia General del Ejército pudo obtener de ambas fábricas más de 40.000 pieles anuales de ganado lanar, la más adecuada para la fabricación de cazadoras, abrigos de cuero, etc., y más de 200.000 Kg. anuales de cuero sillero y suela.

Minuciosamente se nos ha explicado todo el proceso de fabricación de las diversas pieles, muy especialmente las de ganado vacuno (adulto y lechal), caballar y lanar, que son las más abundantes en Burgos. No se ha escatimado esfuerzo ni ensayo alguno para usar las más modernas técnicas, por lo que podemos decir, con orgullo, que éstas Fábricas de Curtidos de Burgos son modelos en su género. La más previsora organización preside todas las operaciones, y desde la recogida de

Vista exterior de una de las  
Fábricas de Curtidos de Burgos



Bombonas giratorias para  
la operación del curtido





El raspado de las pieles



El secado de las pieles

las pieles en los puntos de sacrificio de las reses, hasta su ulterior aprovechamiento por industrias derivadas, ha sido objeto de estudio en el Sindicato.

Hemos presenciado todas las operaciones a que se somete la piel, tales como la supresión del pelo y eliminación de los tejidos grasos sobrantes (mediante cal y sulfuro sódico), el ablandado (merced a materias orgánicas, modernamente sustituidas por preparaciones bacterianas), el curtido, ya con substancias vegetales, taninos de encina, castaño, pino, quebracho, mimosa, etc., o bien minerales, a base de sales de cromo que se utilizan en las pieles de calidad. Y por último el teñido, para el que se emplean diversos tintes en relación con la piel de que se trate y del color que desee obtenerse.

No podemos silenciar la formidable labor de la C. N. S. de Burgos, que ha sabido encauzar estas industrias derivadas de las riquezas naturales y que, aprovechando el amplio sentido cristiano que las presidía, les ha

infundido el espíritu del Nuevo Estado. El aumento de salarios, el absoluto control de la materia prima, la más equitativa distribución de las pieles curtidas basada en la protección al pequeño industrial (hasta el punto de que más de 1500 zapateros de banquilla reciben puntualmente el cupo de suela que les permite sustentarse) y la creación de un socorro social, son conquistas sindicales ya totalmente en vigor. Y aun más: ya está aprobado un proyecto de creación de una serie de industrias derivadas de las pieles, tales como fábricas de calzado, guantería, fábrica de cazadoras, abrigos de cuero, etc., que habrán de completar esta riqueza de Burgos. Hemos de alabar esta labor sindical que pretende afirmar el resurgir de estas industrias típicamente castellanas y que merecen toda la atención del Estado, por el número de familias humildes que de ellas viven, por el total aprovechamiento de las riquezas naturales que representan y por la absoluta fidelidad al Nuevo Estado Español desde los albores de su nacimiento.



Clasificación y embalaje de las pieles



Sección de corte de las pieles



ALMACÉN DE COLONIALES

## Donaciano Martínez Revuelta



Teléfono 1408

Telegramas: DONACIANO MARTÍNEZ  
Coloniales

BURGOS

## Fábrica de Tapices de Nudo LA CARTUJA

---

---

FÁBRICA:

San Julián, 4 - Teléfono 1885

OFICINA:

Vitoria, 9 - Teléfono 1534

Apartado de Correos núm. 32

Burgos

PLUMAS ESTILOGRÁFICAS  
OBJETOS DE ESCRITORIO

## IMPRESA POLO ESTEREOTIPIA



Lain Calvo, 61  
San Lorenzo, 48  
Teléfono 1713  
BURGOS

### Federica Martínez

## ALMACENES DE TEJIDOS

CASA FUNDADA EN 1857



Calle Santander, 2  
Teléfono 1708

BURGOS

## Automóviles

### Recambios y Accesorios

## Victor Vázquez Martín

Calle de la Victoria, 13

Teléfono 2023

BURGOS

Paseo del Prado, 10

Teléfono 24973

MADRID

## La "Dulce Carmen"

FÁBRICA DE HARINAS Y SÉMOLAS  
SISTEMA BUHLER

## Martínez y Compañía

Dirección telegráfica:

MARTÍNEZ COMPAÑÍA

Teléfono núm. 392

BURGOS

Viuda e Hijos de

## Tiburcio Santamaría

ALMACENES DE TEJIDOS

SECCIÓN DE VENTAS AL DETALL

Plaza de Calvo Sotelo, 10

(Casa del Cordón)

Burgos

## JOYERÍA

PLATERÍA, ARTÍCULOS DE REGALO PARA BODAS

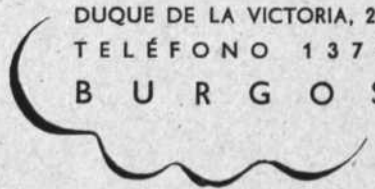
Sucesor de

## HIJO DE PÍO FERNÁNDEZ

DUQUE DE LA VICTORIA, 20

TELÉFONO 1379

BURGOS



2.107

REVISTA NACIONAL  
DE ARTE, LITERATURA E IMPERIO

Dirección y Administración:  
Vía LAYETANA, 39, ENTLO. • TEL. 23608  
APARTADO 290 • BARCELONA



Mayo de 1941  
Año V (segunda época)

Director y Gerente: JESÚS NIETO  
Secretario: JAIME SANTAMARÍA

# MIO CID

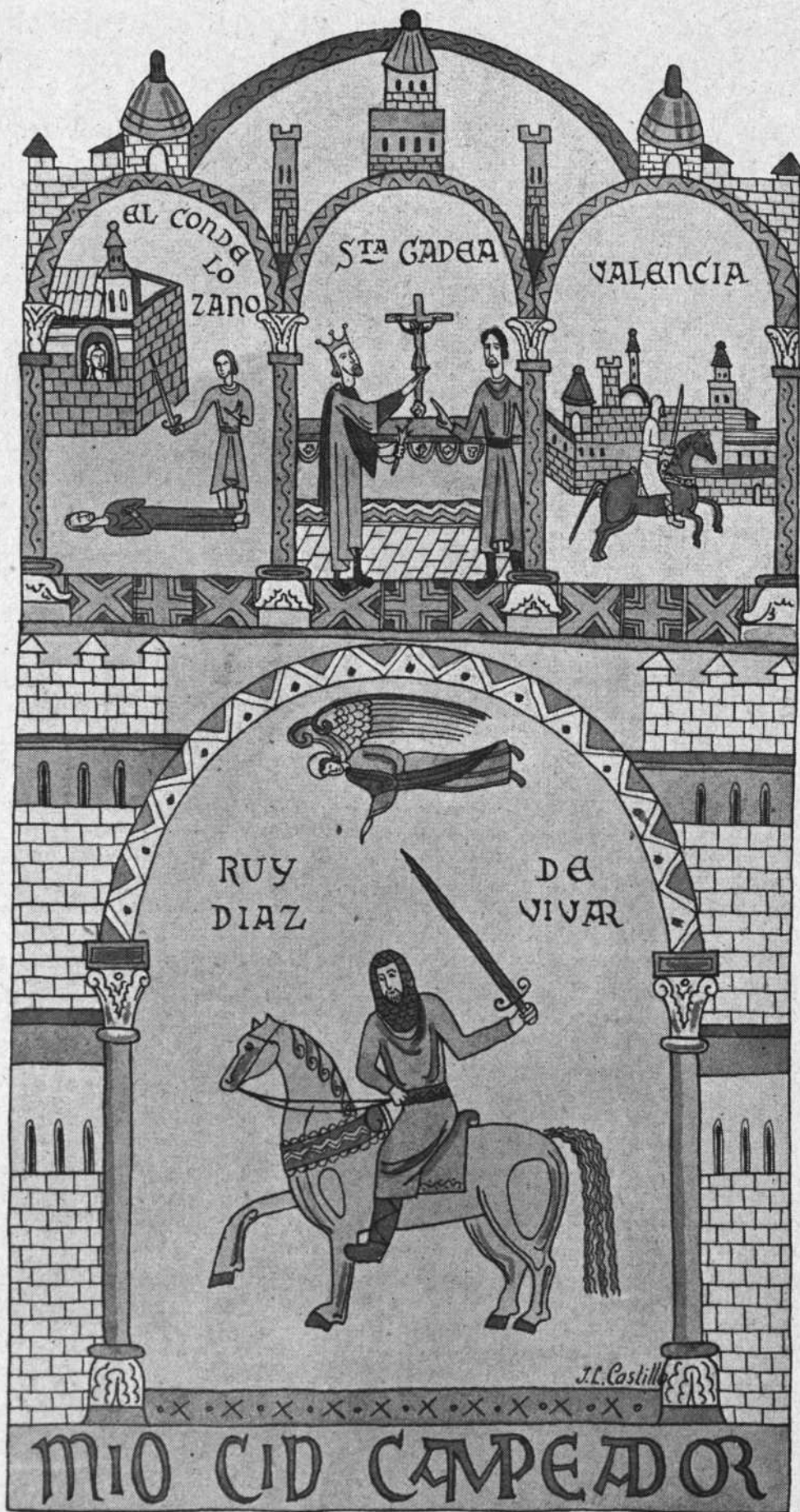
# SUMARIO

|   |                                      |
|---|--------------------------------------|
| Editorial.  |                                      |
| El Cid ante la Historia . . . . .   | Ramón Menéndez Pidal                 |
| Primeras noticias del Cantar . . . . .  | Roque Pidal                          |
| Personificación y símbolo . . . . .   | Alberto Ureta                        |
| Una carta del Cid en Silos. . . . .   | Fray Justo Pérez de Urbel            |
| Personalidad militar del Cid . . . . .  | General Aranda                       |
| Elementos poéticos del Cantar de «Mio Cid». . . . .                           | José M. <sup>a</sup> Hernández Rubio |
| El Año de la exaltación del Cid . . . . .                                     | Karl Wossler                         |
| Mio Cid (poesía) . . . . .  | Manuel Machado                       |
| Las hijas de Mio Cid . . . . .  | Narciso Alonso Cortés                |
| Una poesía cidiana de Víctor Hugo. . . . .                                    | Joaquín de Entrambasaguas            |
| El sentimiento religioso del Cid a través del Poema . . . . .                 | Jesús Nieto                          |
| Tres aspectos de Mio Cid . . . . .  | Manuel Cristóbal                     |
| Posibilidades y dimensión universal de las gestas del Cid . . . . .           | Manuel Ballesteros                   |
| Despedida de Burgos (poesía). . . . .   | A. Ruiz Valderrama                   |
| Recuerdos del Cid . . . . .   | Luciano Huidobro                     |
| Frontera del Duero . . . . .  | Teófilo López Mata                   |
| Inspiración heroica de la métrica del Poema del Cid . . . . .                 | Gerardo Diego                        |
| El amor de Mio Cid . . . . .  | D. Fernández Flórez                  |
| La torre de San Pedro de Cardena . . . . .                                    | José Luis Monteverde                 |
| La carta de arras del Cid.  |                                      |
| Los Romances del Cid . . . . .  | Manuel Muñoz Cortés                  |
| Un fragmento del Poema . . . . .  | Versión de Luis Guarner              |
| Los restos del Cid y de doña Jimena. . . . .                                  | Manuel Ayala López                   |
| El Arte en el Poema del Cid . . . . .   | Javier S. Cantón                     |
| Aspectos lingüísticos del Cantar . . . . .                                    | Rafael Lapesa                        |
| Continuidad de las virtudes históricas del Cid en tierras burgalesas. . . . . | Coronel Juan Casado                  |
| La filosofía de la Historia de Ibn Algama . . . . .                           | Padre López Ortiz                    |
| El Arte español en la época del Cid. . . . .                                  | Enrique Lafuente                     |
| En la glera del Arlanzón . . . . .  | M. Martínez Burgos                   |
| El monasterio de Cardena . . . . .  | Amancio Blanco Díez                  |
| Páginas gráficas.   |                                      |
| Bibliografía.   |                                      |

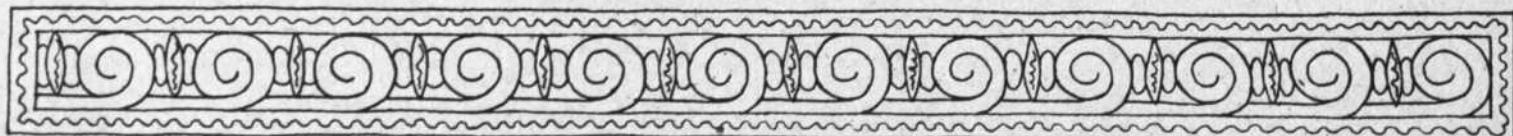


Portada: FORTUNATO JULIÁN  
Tricromía del Cid y Jimena:  
MARCELIANO SANTA MARÍA

Dibujos y viñetas: CASTILLO y FREIXAS  
Grabados y tricromías: ROLDÁN  
Confeccionado en los talleres SADAG



OCTAVO CENTENARIO DEL POEMA DE MIO CID CAMPEADOR



# EXALTACIÓN DE MIO CID



NUNCA hubiéramos soñado más alta coyuntura histórica, para rendir nuestro homenaje a Mio Cid Campeador, que este octavo Centenario del famoso Cantar que dió al héroe clamorosa fama en todos los ámbitos del mundo. Concurrén en torno al gran caballero burgalés tales realizaciones del auténtico genio español, que en la hora presente su figura tiene para nosotros todo el carácter de un luminoso símbolo. *Como declamos ayer* al inaugurar la vida de esta Revista nacional y española, bajo la advocación de Mio Cid, para nosotros el Caballero de Vivar representa la más alta cifra de las virtudes y arrogancias de nuestra raza. Es el *caballero*, el *cristiano* y el *militar*. El hombre del honor por excelencia. El luchador que encuentra su razón de ser en el combate y el más bello ejercicio en la milicia. Hombre de carne y huesos, afincado a la tierra madre por una razón de amor; y al mismo tiempo proyectado por el espíritu a empresas espirituales que no se pierdan en la memoria de los tiempos. Arquetipo de aquella raza de titanes que levantó sus tiendas junto a las estrellas, en el ámbito teológico de la Edad media, tiene, como todas las hondas expresiones de nuestra Patria, un latido humano, inconfundible. Le veréis siempre sediento de justicia y al mismo tiempo tutelando amorosamente las empresas del rey y la gloria de sus amigos y vasallos. A pesar de su temible fuerza, advertiréis por donde pasa una huella de ingenuidad y de ternura. Consciente de la benignidad que le prodiga la estrella de la victoria, por dondequiera que camina alza humilde sus ojos a los cielos para continuamente apelar al socorro de Dios, de quien se considera sencillo tributario de sus bienes. Y hay, sobre todo, en esas efusiones que el Cantar nos descubre — con el lenguaje entrañable de aquellos tiempos —, un don de amar, una religiosa servidumbre a Jimena, que nos llena el corazón de punzante melancolía.

Es un amor que persevera a través de todas las vicisitudes y andanzas de su numen guerrero. Fuerte y sobrio y, al mismo tiempo delicado y generoso. Como aquellos enamorados de la Edad media de que nos hablan los cancioneros galaico-portugueses, el amor de Mio Cid estaba edificado entre las telas del corazón como el más puro sueño y la más bella aspiración humana. Y tenía esa resplandeciente perseverancia y esa exclusividad que cantaban y endiosaban los viejos trovadores.

Pero el afán mayor de esta gigantesca figura fué, con todas las galas y virtudes del hombre de su tiempo, labrar golpe a golpe el destino universal de España. No eran, pues, sus combates meras efusiones de guerrero o simples ambiciones de soldado, sino que le llevaba un impulso recóndito de servidumbre al ideal. Ideal de unidad y de grandeza de las tierras de España. Enjuiciada así la trayectoria de su vida, ¡qué hondas reflexiones nos traerá cada mandoble de su espada y cada jaculatoria de su espíritu! Entonces es cuando el Cid se nos revela íntegramente tal cual era, amoroso de la realización histórica del sueño imperial que desde sus años mozos, vagando por tierras de Vivar, le torturaba. Sueño que en el ámbito del octavo Centenario parece orientado a su cumplimiento histórico.

Por eso hoy está en pie de nuevo el Caballero que ha regresado de su soledad. Al cabo de los siglos su afán glorioso vuelve a nosotros. Hoy nos tiende su mano, y por todos los ámbitos de la tierra vuelve a resonar su acento. El Cantar de Mio Cid llega a nuestros corazones como una lección y una norma, y una consigna. Y, conducidos por su férrea mano, nuestras almas repiten el verso clásico:

*Ya vuelve el español donde solía...*

Vuelve el español al solar de su esperanza. La mano militar le ayuda y le conduce a su destino.



# MANIFIESTO

DEL 1.º DE FEBRERO DE 1937

«Noli foras ire: in Interiore  
Hispaniae habitat veritas»

**E**STA hoja literaria, que nace al calor de una profunda palpitación de Hispanidad, quiere gobernarse firmemente por preceptos y normas sustantivamente hispánicos.

Hoja, que quisiera volar de pensamiento en pensamiento, de corazón en corazón, desde el nido imperial en que ha nacido hasta los últimos confines de España, aparece sencilla, ligera y alegre, en un momento de graves pesadumbres.

Sencilla, ligera y alegre, porque fué engendrada en almas juveniles y quisiera ser, antes que una tribuna literaria, como un evangelio de la nueva poesía nacional y de la nueva mística española.

Porque somos creyentes, auténticos creyentes en el Genio de España, iniciamos esta noble aventura literaria sin dudas o vacilaciones de ningún género en cuanto a pensamiento y estilo. A la manera de aquellos caballeros andantes de la Edad media que no reparaban en peligros y fatigas con tal de mantener en alto su noble servidumbre al ideal de Caballería.

Somos los auténticos «nietos del Cid», y, antes que flores de su carne, nos sentimos sus fieles y pálidos vasallos. A él acudimos y acudiremos en busca de protección y de consejo cuantas veces tengamos que salir a librar nuestros combates. Y este es nuestro mayor testimonio de lealtad y de servidumbre a la emoción presente. Desde hace largo tiempo somos los seguidores del Cid. Paso a paso, con él peregrinamos por los campos de España, viviendo y participando de su vida y de su muerte. Recogiendo aquí nostalgias, allí recuerdos, por doquier pálidos resplandores del pasado Imperio, y un sabor de fruta amarga sobre las clásicas rutas victoriosas.

Y vivimos con él, en su destierro, un sueño de fría piedra, de ojos abismados, de gritos de la Nada, de incertidumbre, de desolación y de vacío.

Pero a pesar de esta dura impotencia de los sentidos, con el alma soñábamos desde la soledad de «Mio Cid» una España perfecta, una España inmortal descansando en los pilares de la Catolicidad y del Imperio.

Nuestra primera aventura literaria, como las venideras, la iniciamos por consiguiente bajo la égida del Cid. El Cid, que es el que abre a España las puertas del Imperio, abre nuestros corazones a una exaltación de todas aquellas cualidades y virtudes que constituyen el alma de la Historia nacional. Como preceptiva literaria, como moral, como filosofía, como disciplina poética y militar, recogemos la gran lección de Hispanidad de Pero Abbat en los inmortales versos del poema. Con el mismo orgullo que su abanderado, nosotros llevaremos el estandarte del Cid por toda España, identificados con su causa, con su espíritu y con su ejemplo.

## RESURRECCIÓN DEL CID

Ocho siglos de silencio, de soledad, de sueño, allá en su grave tumba, fueron el más triste destierro de Rodrigo Díaz de Vivar. 800 años de tinieblas, de ensimismamiento nostálgico. 800 años de frío y abandono de Nuestro Caballero. Y, sin embargo, no anquilosaron esos ocho siglos los huesos del gigante en reposo. No anonadaron su vigilante alma soñadora.

Y es en estos momentos solemnes y trágicos de nuestra Historia, cuando estaba a punto de consumarse el hundimiento eterno de España, que el Cid se ha incorporado en su lecho, como despertando de una pesadilla, y ha pedido sus armas y su armadura para volver a Burgos a lomos de Babieca. Y el Cid está ya entre nosotros y nosotros con él. Babieca piafa y ríe, feliz de recorrer el dulce campo de sus pasadas aventuras.

Y pronto, pronto, cuando ante las patas del leal caballo, y bajo la rienda del inmortal caballero, Castilla y España se ensanchen gloriosamente, los juglares con sus estrofas y las radios con sus altavoces irán cantando a dúo, para alegría de españoles y sobresalto de extranjeros: «El Cid ha vuelto».



# PRIMERAS NOTICIAS DEL CANTAR DE MIO CID

por ROQUE PIDAL Y  
BERNALDO DE QUIRÓS



Mueble hecho expreso para alojar el cofre que guarda el manuscrito del cantar de Mio Cid, propiedad de D. Roque Pidal y Bernaldo de Quirós.

**E**N unos versos bárbaros notables, donde se llora el destierro deste caballero y los guarda Vivar con mucho cuidado, le llama «Mio Cid» que dice así: «De los sos ojos fuertemente lorando».....

Esta es la primera y escueta noticia impresa que tenemos del Cantar de Gesta del Campeador Rodrigo Díaz de Vivar. Nos la ofrece el erudito benedictino y virtuoso prelado fray Prudencio de Sandoval, en su conocida obra de las Fundaciones de los Monasterios de San Benito, en el referente al de Cardeña. La obra se publicó en Madrid el año 1601.

Ni una palabra más relativa al Cantar, y tienen que pasar ciento diez y ocho años hasta que otro monje, también benedictino, e igualmente erudito, el maestro fray Francisco Berganza, en el primer tomo de su obra llamada «Antigüedades de España» y refiriéndose a Sandoval, nos diga: «Leyó los versos muy antiguos que se guardan en Vivar. Consta el libro de setenta hojas y no hay plana donde deje de repetir dos y tres veces «Mio Cid».

Vuelve el silencio en torno al Cantar que dura más de medio siglo, rompiéndolo nuevamente otro hijo de san Benito, tan estudioso y culto como sus hermanos, el conocido fray Martín Sarmiento, el que, al historiar la poesía y poetas españoles, se ocupa de nuestro MS. diciendo: «Sacóse (se refiere a un fragmento del Poema que él conoció) de un códice en pergamino que se guarda en el archivo del concejo de Vivar». (Y traslada los diez primeros versos.)

Cesan los benedictinos en sus débiles aportaciones al Cantar, y surge un clérigo, bibliotecario muy erudito, que, poseedor de estas noticias, arde en deseos de verle, palparle y gustarle, manifestando sus anhelos al oficial de la primera secretaría del despacho universal de Estado, el ilustre investigador don Eugenio de Llaguno y Amirola, quien recoge de Vivar el olvidado códice y se lo facilita al afortunado clérigo, que no es otro que don Tomás Antonio Sánchez.

Cinco años han transcurrido desde las postreras noticias de

Sarmiento cuando aparece nuestro Cantar íntegramente reproducido en el primer tomo de la colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV publicadas por Sánchez.

Menéndez Pelayo dejó escrito: «Pero siempre habrá que decir, en honra de Sánchez, que él fué, en Europa, el primer editor de una canción de gesta cuando todavía el primitivo texto de los innumerables poemas franceses de este género dormía en el polvo de las bibliotecas».

Agotados parecen en obsequio del Cantar los términos de la alabanza, desde que en 1779 tuvo la fortuna y la honra de publicarlo el erudito Sánchez.

Pero aun debemos más a don Tomás Antonio, pues en la introducción a lo que él llamó y consagró «Poema del Cid» nos dice lo que sigue: «Un tal Juan Ruiz de Ulivarri y Leiva sacó una mala copia de este códice en el año de 1596».

Existente dicha copia, fechada y firmada por su autor, la leyó y cotejó Sánchez con su original, comprobando que ya en aquella lejana fecha tenía el códice «las mismas faltas de hojas que tiene ahora».

De modo que, hasta hoy, del primero que se tiene noticia haya conocido el Cantar es Ruiz de Ulibarri, persona que hemos tenido la suerte de identificar (como así lo manifesté en mi última conferencia cidiana), y que, juntamente con otras afortunadas investigaciones, publicaré en breve.

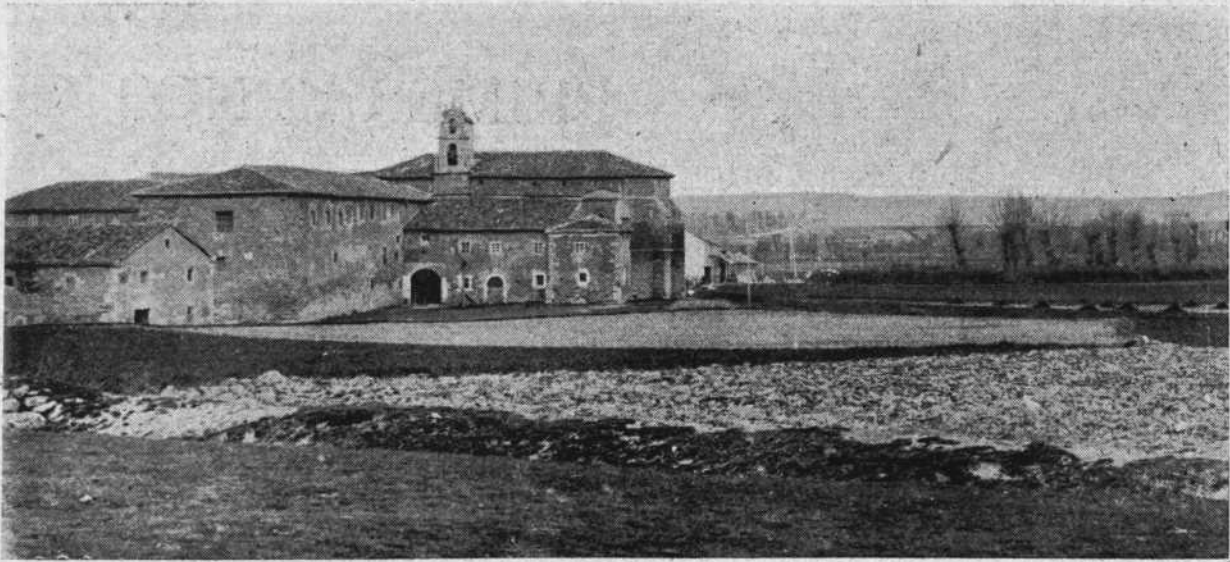
En la búsqueda y ya rara Historia de la Literatura Española publicada por M. G. Ticknor, y en una de las notas debida a los traductores españoles referente al Poema, se lee: «Tenemos a la vista el códice original, el mismo de que don Tomás Sánchez se valió para su edición y que fué primero de las monjas de Vivar y poseyó después el erudito don Eugenio de Llaguno y Amirola, quien lo facilitó a Sánchez para su publicación».

Muerto Llaguno y repartida entre sus herederos la biblioteca, pasa mucha parte de ésta con el «Poema» a poder del señor Gordón de Santa Marta, y de éste, con muchos y buenos libros que fueron de Llaguno, lo adquiere don Pascual Gayangos.

Dueño del códice cidiano el conocido bibliófilo y orientalista, lo remite nada menos que a Boston para que lo vea Ticknor, se lo enseña a varios literatos extranjeros, y entre ellos al célebre escritor francés Damas Hinar, que más tarde hará un estudio comparativo y publicará su apasionada edición crítica del «Poema».

Pero debido sin duda al poco o nulo aprecio que a su aparición se hizo, a fines del siglo XVIII y primeros del XIX, por nuestros críticos y literatos, que sólo veían en él una mala copia de cantares de gesta franceses o un embrión informe del lenguaje de aquella época..., informe en su lengua, versificación y estilo, que nada tiene de épico y que aun pudiera negársele el nombre de poema por no ser más que una crónica rimada...; ¡viejo cartapelón (en fin) del siglo XIII en loor de las bragas del Cid!..., desilusionó a su dueño, y coincidiendo este resultado con una demanda de compra por el Museo Británico, donde Gayangos trabajaba y deseaba complacer..., la catástrofe hubiera llegado a no actuar de providencia don Pedro José Pidal.

Esto es todo lo que sobre el códice del Cantar, antes de vincularse en la familia pidalina, pudo recoger su actual depositario y guardián...



#### CONVENTO DE FRANCISCANOS

Aquí estuvo guardado en silencio largos años el precioso Manuscrito del Cantar. Es el antiguo convento de Franciscanos de Vivar del Cid, lugar inolvidable para toda fervorosa peregrinación cidiana.

Salidos son de Valencia epienslan de andar  
 Talles ganancias q' son a aguardar  
 Andan los dias, las noches, passada han la sierra  
 E las otras tierras parte  
 Pdoz el Rey don Alfonso roman lle a pgunzar  
 Ballando van las sierras, los montes, las aguas  
 Nezan a baldolid do el Rey Alfonso estava  
 En haura le mandado po vermoz, mirava  
 E mandalle escibir a esta compaña  
 Eyo qd el de Valencia en via su plentia  
 Alegre fue el Rey non viehes a rante  
 Quando qualqun apella tod los fijos dilge  
 Byen los pmetos el Rey fueru dio talo  
 Quer estos mensajes del q' en bue era nales  
 Los yfante de carnon laber vs aguaron  
 El conde don garcia lo enemigo malo  
 A los vnos plaze, a los otros va pelando  
 Dow lo auten los del q' en bue era nales  
 Cuedan se q' el almofalla ca no vionen a mudado  
 El Rey don Alfonso ley le loquado  
 Eynava, p vermoz adelant son logados  
 Finieron le a rra decandieron delos caualos  
 Anel Rey Alfonso los ynos finados  
 Belin la rra, los pios amos  
 Ereged Rey Alfonso lides tan ondido  
 Pdoz myo qd el campeado todo esto los belinos

A vos lamo q' se fenez, pienes por uio bailillo  
 Fructo pa la onda qd q' auedes dudo  
 Edoz dias ha ses q' vne lid a amando  
 Na q' Rey de marrucos yacell pa nombrado  
 Con gñema mult arruicid del campo  
 Los ganancias q' fizo mucho son lobeznas  
 Mas los demdos rdes los los ballillos  
 E en via nos doptados caualos, bala uos las manos  
 Dyo el Rey don Alfonso de gobolos de grado  
 Gndeloso a myo qd q' tal don me ha en buide  
 A vn lea era q' de mi sea pagado  
 E en plero a muchos, belaron le las manos  
 Solo al conde don garcia e mal era viado  
 Conz de sus parientes a parte daua labro  
 Gannulla el del qd q' su onda crece tanto  
 En la onda q' d' ha nos lernas abitadas  
 En un bistrada muere doncer Reyos del campo  
 Como si los talillo muere aduzir se los caualos  
 En esto q' si fize nos abremas en bargo  
 Fable el Rey don Alfonso, dya esta razon  
 Gndo al endu, al senex lun elidro el de las  
 E los doptados caualos qm en via myo qd  
 Eyo Rey no adelant meca me podin seruir  
 Dyo mirava alburfinez, ca po vermoz a q'

#### FOTOCOPIA DEL MANUSCRITO DEL POEMA

Reproducción de dos páginas del Cantar de Mio Cid, tomada directamente del códice propiedad de don Roque Pidal.

# VICISITUDES DEL POEMA DEL MIO CID

(Charla con Don Roque Pidal)



Se conmemorarse en estas fechas el VIII Centenario del Poema de Mio Cid, hemos creído de especial interés, para los lectores de la revista MIO CID, que don Roque Pidal y Bernaldo de Quirós, actual poseedor del códice y eminente bibliófilo, nos refiriese en líneas generales las vicisitudes del códice famoso.

A tal fin nos acercamos al señor Pidal, que nos atiende con la amabilidad que en él es proverbial.

— ¿Cómo y cuándo llegó a poder de la familia Pidal el Poema de Mio Cid?

— Hará pronto un siglo. Digo esto, porque en el año 1850 mi abuelo, el marqués de Pidal, escribía al embajador español en París, marqués de Vilumá, lo que voy a leerle:

«Este precioso manuscrito iba a salir de España para el Museo Británico, y deseando yo que no pasásemos por tal mengua, hablé al ministro de Instrucción Pública en aquella época a fin de que lo *adquiriese el Gobierno*, pues su poseedor, a trueque de que el manuscrito quedase en España, se contentaba con la cantidad que a él le había costado.

El Gobierno español *no quiso* dar por él aquella cantidad que, aunque considerable para un particular, era insignificante para el Gobierno; entonces la di yo y me quedé con el manuscrito.»

Fué así como el códice del Cantar de Mio Cid pasó a poder de la familia Pidal.

— ¿Cuál ha sido, a partir de esta oportuna adquisición, la vida del Poema?

— Ésta no fué otra que la de someterse al análisis y estudio de la filología universal. Mi abuelo, que había iniciado un trabajo sobre el mismo, enfermó gravemente, y no pudiendo seguir en la tarea comenzada, hubo de substituirle don Florencio Jener, que publicó la segunda edición castellana en el tomo 57 de la colección de «Autores Españoles».

Heredado por mi padre Alejandro Pidal y Mon, continuó el estudio del Poema en forma más intensiva. Lo estudiaron y copiaron el alemán Volmoeller, el inglés Baist, el norteamericano Huntington y nuestro compatriota Ramón Menéndez Pidal, cuyo trabajo parece definitivo.



Don Roque Pidal y Bernaldo de Quirós

— ¿Se expuso el Poema alguna vez antes de ahora?

— Sí: la primera, en Barcelona, en la famosa Exposición Internacional, el año 1929; la segunda en mi casa, en 1935, con ocasión de un Congreso Universal de Bibliotecarios, al que concurrieron ilustres hispanistas del mundo entero. Por último, lo expuse yo mismo, juntamente con el «Diario del Alcázar», en las naves de San Telmo, en San Sebastián, para conmemorar el aniversario de la gloriosa gesta toledana.

— Permítame una última pregunta: ¿qué suerte corrió el códice al estallar en Madrid la revolución roja?

— La más providencial que darse pueda. A mano armada iban por él las milicias marxistas. Después de asaltar mi domicilio, violentaron el «Fuerte Medieval», en que se guardaba dentro de un cofre de hierro y guadamecil; con palanquetas lograron abrir la cerradura, destruyendo antes las tallas simbólicas del monje de Cardeña y del juglar de Medinaceli. Cuando, después de muchos forcejeos, consiguieron levantar la tapa, sólo se encontraron con una pistola cargada.

Por desgracia, otros ladrones de más altos vuelos dieron con él en una caja fuerte del Banco de España. Éstos, después de robarle, lo internaron en Ginebra...

El triunfo del Caudillo y el valor de nuestros soldados lo rescataron y lo volvieron al viejo cofre, donde le aguardaba, no la fatídica pistola, sino el testimonio heroico del auténtico «Diario del Alcázar», para vivir ya siempre entrelazadas las páginas toledanas y los folios cidianos.

# EL CID

## ANTE LA HISTORIA

Por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL



EN este número, de sentido homenaje a la noble figura de Rodrigo Díaz de Vivar, no podía faltar la máxima aportación del eminente don Ramón Menéndez Pidal. Hónranse las páginas de esta Revista reproduciendo algunos fragmentos de *La España del Cid*.

### BIÓGRAFOS PRIMITIVOS

El Cid ocupó variamente la atención de los que vivieron en su época. En los cuarenta primeros años que siguen a su muerte, se escriben relatos por testigos presenciales o por personas que disponían de testimonios inmediato o muy próximos a la vida del héroe.

Hacia 1110, el moro valenciano Ben Alcama, que había presenciado el asedio y la dominación de Valencia por el Campeador, escribía una relación de estos sucesos, titulándola *Elocuencia evidenciadora de la gran calamidad*, en la que quiere demostrar con la evidencia de los hechos que la desdicha de Valencia fué debida a la impiedad de sus gobernantes, porque hicieron alianza con un enemigo de la fe, como era el Cid.

Ben Alcama no suele ser un historiador embustero, pero sí de media verdad: el deseo de detallar no le deja omitir que el Cid puso condiciones a su benevolencia respecto de los vencidos, pero luego no

dice cuáles eran esas condiciones, porque no quiere hablar del incumplimiento de ellas por parte de los valencianos. Ben Alcama no hace sino dejarse llevar por su adusto humor satírico. Su relato, nimio y detallista, es de un valor inestimable. ¡Lástima que sólo se conserve traducido e incompleto en crónicas castellanas de los siglos XIII y XIV!

El moro portugués Ben Bassam, contemporáneo de Ben Alcama, en el tomo II de su *Tesoro de las excelencias de los españoles*, habla a grandes rasgos de cómo el Campeador conquistó la ciudad levantina. Ben Bassam se deleita en pintar al Cid ávido de crueldad con la mujer y las hijas del cadí de Valencia, pero el escritor portugués no es, como Ben Alcama, incapaz de admiración, sino que llega a redactar, envuelto en odio, un magnífico elogio del caudillo enemigo, a quien mira como un verdadero prodigio del Creador.

Los historiadores árabes son hostiles y malevolentes; en ellos comienza la cidofobia. Pero sin ellos desconoceríamos la mejor cantidad de datos para la biografía del Cid.

Por fortuna, el Cid inspiró a un clérigo innovador una historia más desarrollada y perfecta que la usual entre los cronistas regios. El autor de la *Historia Roderici*, que escribía unos quince años después de la muerte del Cid, nos muestra a Rodrigo Díaz casi

únicamente bajo dos aspectos: como fortísimo guerrero, dotado de acierto invencible, y como leal vasallo que nunca deja de ser fiel y respetuoso para con su rey. La vida civil del héroe, su talento político, su intimidad familiar y otros aspectos diversos no le merecen atención alguna.

La *Historia Roderici* es propiamente el evangelio de la fidelidad y del esfuerzo heroico; toda ella transpira veracidad sencilla y devota.

Por último, hay que considerar como fuentes históricas las más antiguas poesías consagradas al Cid.

En primer lugar, un *carmen* latino en sáficos y adónicos, fragmento conservado en un manuscrito del monasterio de Ripoll y que parece tener por principal asunto la lucha de Rodrigo con el conde de Barcelona.

Cierra este período el *Poema de Mio Cid*, escrito en tierras de Medinaceli unos cuarenta años después de muerto el protagonista. El poema nos da, además de la multitud de tipos, sucesos y costumbres

de la época, la más integral representación del carácter del Cid. Atiende a ensalzar la acción guerrera del Campeador, lo mismo que la *Historia Roderici*; y, más animadamente que ésta, exponen la inmovible fidelidad del desterrado hacia el injusto rey. Pero el poema, además, se fija en otras cualidades íntimas, como la gran benignidad del vencedor para con los moros, y, sobre todo, añade la nota entrañable del amor familiar, elevado a inspirador de la conducta y a estímulo del valor heroico del Cid, pues el corazón del caballero siempre animoso se exalta al sentirse en la batalla contemplado por los ojos de doña Jimena y de sus tiernas hijas.

Al interrogar estos primeros testimonios, los hallaremos tan fidedignos en la sustancia que, a pesar de su muy diverso carácter, cristiano o islámico, poético o prosístico, todos resultan trabados entre sí con una rara conformidad interna que dimana de la vida real en ellos reflejada; a veces el relato de uno completa el de otro, ajustándose los dos en exacto engranaje y aclarándose ambos sorprendentemente.



## HISTORIA Y FÁBULA CONFUNDIDAS



El segundo período de la historiografía del Cid dura desde 1150 hasta comienzo del siglo XVI. En él las dos fuentes, histórica y épica, confunden sus aguas.

Inicia esta mezcla de poesía juglaresca y de historia, cierta *Crónica Najerense*, hacia 1160, la cual incorpora por primera vez los hechos del Cid a la historia general de la nación.

Los historiadores oficiales del tiempo de San Fernando, el obispo de Túc, en su *Chronicon Mundi*, hacia 1236 y el arzobispo de Toledo en su *De rebus Hispaniae*, en 1243, hablan también del Cid.

La historiografía oficial había progresado mucho en amplitud de miras, como la concibieron los dos prelados tudense y toledano. El Cid, que Pelayo de Oviedo ni siquiera nombró, ocupa ahora en la *Primera Crónica General* una parte del reinado de Alfonso VI mayor que la dedicada al rey. La biografía cidiana de esta *Crónica General* es verdaderamente grandiosa por su amplia concepción: allí se reúnen grandes trozos, ora sacados de la *Historia Roderici*, ora de las obras del Tudense y del Toledano, ora de varios cronicones, ora del moro valenciano Ben Alcama, ora de poemas del siglo XIII, como el *Cantar de Zamora* y una refundición del antiguo *Poema de Mio Cid*, ora de una leyenda escrita en el claustro de Cardeña. El héroe lo mismo aparece ensombrecido por el odio de los moros que rodeado de la aureola de veneración con que le fantasean e idealizan los autores castellanos ya tardíos. Se ha supuesto que Alfonso el Sabio, en odio a la nobleza que le destronó, tradujo el mismo relato árabe de Ben Alcama, poco halagüeño para el Cid, y lo tradujo literalmente, incorporándolo a la crónica, a fin de denigrar así del modo más auténtico posible al representante ideal del noble castellano. No hay suposición más insostenible. Bien sabemos que Alfonso X no es el autor de esta parte de la *Crónica General*. El espíritu general

de la biografía cidiana en la crónica es de gran veneración y elogio para el héroe, resumiendo su concepto acerca del mismo en la frase de que el Cid fué el mayor hombre del mundo que señor tuviese. Además, esta pirámide ciclópea que la crónica levanta a la memoria del Campeador, con materiales casi sin labrar y sin unir, es de un valor histórico incomparable: el citado texto de Ben Alcama, por ejemplo, no nos es conocido sino por la crónica. Júzguese cuánto importa que ésta nos lo conserve intacto.

Una segunda crónica *General*, escrita en 1344, y una *Crónica Particular del Cid* se sirven casi de las mismas fuentes que la *Primera Crónica General*, si bien aprovechando las que importa tener en cuenta, y estas tres compilaciones son el modelo a que se ajustan la gran multitud de biografías del Cid que se hicieron hasta fines del siglo XVI. Durante este largo período no se utilizó ningún dato histórico nuevo (excepto en la *Crónica de San Juan de la Peña*), y en cambio se añadieron muchos elementos legendarios, sobre todo relativos a la mocedad del héroe, los cuales, sobreponiéndose y expulsando a los datos históricos, vinieron a dejar convertida la vida del Cid en un relato fabuloso.

En consecuencia, se desarrolló el escepticismo. Alguna duda acerca de varios pormenores de los relatos cidianos se apuntan ya en la *Primera Crónica General*. Después Fernán Pérez de Guzmán, en el siglo XV, y muchos historiadores del XVI, expresan a cada paso sus reservas. Hasta la existencia del héroe venía a ser negada como lo indica, la misma afirmación de Cervantes (1605), por boca del canónigo, en discusión

con don Quijote. El descrédito de la historia cidiana crecía cada vez más. Gracián (1657) imaginaba que, en la región de la inmortalidad, el Cid se cubría el rostro con las manos, «corrido de las necedades en aplauso que contaban de él sus nacionales».



DISCUSIONES BENEDICTINAS



PARA atajar el escepticismo que cundía, se impuso una seria depuración de los relatos tradicionales, y el tercer período de la historiografía cidiana, que va de 1615 a 1790, se caracteriza por el uso de cronicones, epitafios, diplomas y otras fuentes auténticas para comprobar la veracidad de los hechos.

Hicieron principalmente este trabajo los benedictinos castellanos, en pugna a veces con los benedictinos aragoneses.

El iniciador de la crítica fué el benedictino fray Prudencio de Sandoval, en su *Historia de los cinco Reyes* (Pamplona, 1615), estableciendo la veracidad esencial y la cronología exacta de varios hechos de la vida del Cid. Sandoval, hombre de cronicones y privilegios, nos declara su lucha afectiva entre la tradición y la crítica: ni me atrevo, dice, a reformar la *Crónica Particular* del Cid, «ni a quitar al vulgo los cuentos tan recibidos».

Los historiadores aragoneses y catalanes no podían satisfacerse con la crítica castellana; ellos tenían especiales motivos de duda; no era aceptable que el rey de Aragón y el conde de Barcelona hubiesen sido vencidos por el Cid. Zurita (1562), Diago (1603), Abarca (1682) pusieron en duda o negaron los éxitos del desterrado castellano sobre los príncipes de Aragón y Cataluña. Más explícito que nadie es el benedictino don Juan Briz, abad de San Juan de la

Peña, quien en 1620, aunque acata la gloria del héroe castellano, reconoce cierto fundamento al escepticismo que entonces estaba muy arraigado en Aragón, pues lamenta cuán mezclados con patrañas andan los hechos del Campeador.

Los benedictinos castellanos de Cardena se sintieron dolorosamente heridos por esta actitud de los aragoneses y de su hermano en religión.

La historia particular del Cid había sido escrita durante la Edad media en Cardena, y se había publicado por un abad de esta casa en 1512; por eso trabajaron con ahinco en defensa de la historia del héroe. El que más éxito logró fué fray Francisco de Berganza, que realizó el esfuerzo más erudito y documentado para dar valor histórico a casi todo el elemento legendario que en la *Crónica General de España* y en la *Particular del Cid* se contiene.

El éxito de esta benedictina labor fué completo. El presbítero Joseph Pereira Bayam lo proclamó desde Portugal en cierta *Historia verdadeira do famosissimo heroe Rodrigo Dias de Bivar* (Lisboa, 1751). Limitándose a hacer un arreglo de la narración de Berganza, declara que éste ha desterrado con pruebas todas las dudas que los censores aragoneses habían suscitado acerca de las acciones del Cid.

El triunfo de Cardena y de su *Crónica Particular del Cid* parecía asegurado.





## HALLAZGO Y PÉRDIDA DE LA HISTORIA RODERICI

### NUEVO ESCEPTISISMO



El cuarto período de la historiografía del Cid comprende desde 1792 a 1820. Se caracteriza por el hallazgo de la *Historia Roderici*, que yacía ignorada desde los tiempos de la *Primera Crónica General*.

En el siglo XVIII, la erudición histórica estaba ya muy lejos de ser patrimonio principal de la Orden Benedictina. La mayor empresa de investigación documental, la de la *España Sagrada*, se realiza por los padres agustinos Flórez y Risco. Este último halló en un convento de su Orden, en San Isidoro de León, un antiguo manuscrito de la *Historia Roderici*, y fundado en él escribió una vida del Cid, titulada *La Castilla y el más famoso castellano* (1792): Risco, muy orgulloso de su hallazgo, presentaba la Historia latina como única narración antigua digna de crédito, y no sintiéndose ligado por su Orden ni por su convento, como Berganza, a la *Crónica Particular del Cid*, la tachó libremente de mentirosa, y la desechó tan por completo, tan sin examen, que ni siquiera reconoció el gran valor de la parte traducida de Ben Alcama. Realmente, la aparición de la *Historia Roderici* daba un golpe mortal a la benedictina labor de Berganza en pro de las leyendas tradicionales; la nueva historia acertaba la pretendida longevidad del héroe, a quien antes se hacía nacer hacia 1026 y ahora sólo hacia 1043; así se suprimía la posibilidad misma de todas las mocedades con que tan encariñada estaba la memoria. Pero Risco se excedió demasiado en la reacción, no concediendo autoridad más que a la que él llamaba

muy ufano «mi historia latina»; así que su vida del Cid, tan sólida y prudentemente fundada, degenera a menudo en una seca traducción del incompletísimo relato latino.

La vida del Cid llegaba en la notable obra de Risco a un esquematismo documental, a un desabrimiento desalmado, enteramente contrario al brillo poético que antes había tenido.

Cuando en 1805 el célebre historiador de la Conferencia Helvética Johann Müller publicó su *Vida del Cid*, quiso integrar la narración no sólo con el descubrimiento de Risco, sino con otro descubrimiento cidiano, el del *Poema del Mio Cid*, que Sánchez había dado a conocer en 1779, y que Müller juzgaba digno de fe histórica por ser muy antiguo. Dice así el alto concepto que Müller se forma de su personaje: «Todo lo que Dios, el honor y el amor pudieron producir en un caballero se ve reunido en don Rodrigo... Este insigne varón es uno de los pocos que sin engaño, delitos, manejos ni favores haya llegado en vida a ser igual a los reyes y el noble orgullo de su nación.

El inglés Southey publica en 1808 su *The Chronicle of the Cid*, traducción libre, tanto de las dos crónicas *General* y *Particular*, como del Poema, hecha en estilo imitado de las ingenuas narraciones medievales; aunque Southey toma esos textos como verdaderas fuentes históricas, escribe una obra de mero valor poético, porque ni siquiera conoce la *Historia Roderici*.

En cuanto a España, donde el romanticismo había de tardar aún más de veinte años en triunfar, esa visión ideal de la vida del Cid era imposible. Mientras el examen de la Historia latina sugería a Müller el elogio de perfección cidiana que hemos citado, en el mismo año 1805, en el tomo XX de su *Historia Crítica de España*, el jesuita Masdeu hallaba a cada paso, en la misma *Historia Roderici*, «alevosías, perjurios, y desvergüenzas de Rodrigo Díaz». Masdeu era catalán, y heredaba y hacía llegar a su colmo aquel ingenuo resentimiento de los cronistas del reino de Aragón contra el héroe castellano. Masdeu se ensañaba tan furiosamente contra el relato de la *Historia Roderici* porque la juzgaba falsa: él había residido en León catorce meses y no había podido conseguir que los canónigos de San Isidoro le enseñaran el manuscrito antiguo publicado por Risco; no le cabía la menor duda que tal Historia era una superchería, y, una vez desentendido así de ese importante testimonio histórico, creyó que el escepticismo apuntado por Briz como simple rumor podía ser afirmado a altas voces.

Este escepticismo no tuvo gran éxito por lo pronto. Manuel José Quintana no dudó en consagrar al Cid la primera

de las *Vidas de españoles célebres*, que publicaba en 1807. La vida del Cid, por Quintana, es una relación bien escrita pero pálida y en parte abrumada por toda la aridez que sobre la historia del héroe venían amontonando las disquisiciones de Sandoval y de Risco. Quintana estima al Cid como un guerrero formidable; pero la envidia, la calumnia, las disensiones fratricidas de los cristianos, que «para el honor de la especie humana» más valdría pasar en silencio, impidieron la unión del héroe con su rey, «y las hazañas del Cid, dándole a él renombre eterno, no hicieron otro bien al Estado que manifestar la debilidad de sus enemigos». De este modo Quintana mostraba no tener la menor idea del gran poder de los almorávides, y para colmo de incomprensión, él hizo por primera vez, en mal hora, una comparación llamada a tener éxito: «El Cid — dice — fué acaso no más que uno de esos caudillos aventureros como los generales alemanes cuando las guerras del siglo XVII, o los condottieri italianos de los siglos anteriores, aunque con más gloria y quizá con más virtud que ellos». La duda y el respeto con que Quintana enuncia esta comparación, desaparecerán en los que la repiten prendados del contraste, y el Cid será para ellos un simple condottiero, sin virtud ya.



## QUINTO PERÍODO

### LAS FUENTES ÁRABES RECIBEN CRÉDITO PREFERENTE



L último período de la historiografía cidiana comprende desde 1820 hasta hoy y está dominado por la cidofobia.

La *Historia Roderici* desapareció por fin de San Isidoro de León en los primeros años del siglo XIX, y perdida estuvo hasta mediados de esa centuria. Aunque así las dudas de Masdeu volvieron a tomar cuerpo, en seguida el nuevo argumento decisivo contra éstas lo dieron los autores árabes, que empezaron a ser estudiados con más intensidad que antes.

Aunque algunos habían dado ya noticias de origen árabe sobre el Campeador, el que primero presentó las memorias esenciales a él relativas, especialmente a su conquista y dominio de Valencia, y las encajó dentro de la Historia general de los musulmanes y les asignó sus fechas ciertas, fué José Antonio Conde en su *Historia de los Arabes en España* (1820). Conde leyó y tradujo los manuscritos árabes de la Biblioteca de El Escorial relativos a la Historia de la Península, y fundiendo sus noticias, compuso un relato uniforme, de aspecto musulmán, de modo que el lector de la nueva Historia se figura estar en presencia de un libro árabe. Conde conoce, aunque indirectamente, el importante pasaje de Ben Bassam relativo al ex rey de Murcia; lo conoce a través del resumen que de él hace Ben Alabbar; y recreándose en la figura del Cid vista por los enemigos, sin un comentario, sin una atenuación, muy poseído de su papel de remedar a un historiador musulmán, se detiene en relatos como el del horrible suplicio del cadí de Valencia Ben Yehhaf, sin olvidar la crueldad del Campeador, que quiere quemar también a la mujer y a los hijos del ajusticiado.

El efecto más inmediato que produjo la publicación de la obra de Conde fué anular por completo el escepticismo de Masdeu. Pero al mismo tiempo que el estudio de los autores árabes suprimía la negación de Masdeu, apoyaba en cambio la rabiosa cidofobia del jesuita catalán. Si en los períodos anteriores, el Cid conocido por la historia era «el Campeador leal», «el que en buen hora ciñó espada», según lo recordaban los poetas y cronistas cristianos, ahora, al resurgir de entre las cenizas del escepticismo de Masdeu, será «el Campeador que Alá maldiga»,

«el infiel perro gallego» de los historiadores árabes. Así aparece ya en la *Histoire d'Espagne* de Homey (1839), obra mediocre pero bien apoyada en Conde y en otras publicaciones de arabistas. Igualmente Rosseeuw Saint-Hilaire, en su *Histoire d'Espagne*, publicada el mismo año 1839, se deja impresionar por las maldiciones que, siguiendo el estilo árabe, inserta Conde en su narración, y reconoce que la lealtad y virtud sin tacha, pregonadas por las crónicas y poesías castellanas, son poco verosímiles en un condottiero. En Conde también se inspira H. Schaffer para su *Geschichte von Spanien* del año 1844.

Una sensata reacción frente a los relatos árabes representa el docto historiador alemán V. A. Hüber, en su *Geschichte des Cid* (1829) y en su *Chónica del famoso Cavallero Cid Ruy Diaz* (1844). Para Hüber, el Cid de la realidad debe esencialmente buscarse en la *Historia Roderici*, desechando igualmente las idealizaciones de la poesía cristiana y las injurias del odio musulmán. Entre los autores, de esta tempestad de crítica negativa, el único que merece los honores de una discusión científica es Aschbach; en cuanto a Romey y Rosseeuw Saint-Hilaire, necesitarían dar más pruebas de su vocación histórica y de su acierto crítico; desconocen el carácter general de la época y de las naciones entre quienes tuvo que vivir el Cid, y por eso les choca que éste guerree promiscuamente con cristianos y con moros. El Cid, con los defectos que pudiera tener, no dejaba por eso de ser excelente cristiano, campeón de la fe y de la independencia nacional, caballero honrado por todos y sobre todos, no un aventurero sin fe ni patria; bueno fuera que estos hipercríticos conociesen el *Fuero Viejo de Castilla*, para que supiesen que si el Cid combatió a su soberano fué en uso de un perfecto derecho, expresamente reconocido por esa compilación legal.

Al mismo tiempo que Hüber, Damas Hinard rechazaba energicamente el testimonio de origen árabe: el más elemental sentido común indica lo que debe ser la historia de un hombre escrita por su enemigo; pues ¿qué diremos cuando se trata de la historia del vencedor escrita por el vencido? Lo mismo vienen a decir otros, como Monseignat, en su obra *Le Cid Campeador*, que circuló con destino al pasatiempo del viajero en ferrocarril.

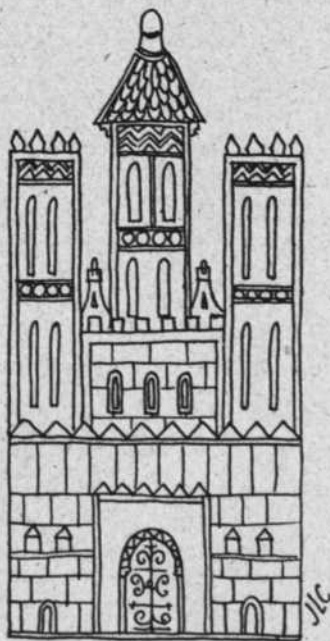
Mas, a pesar de tan razonables protestas, muy pronto el hallazgo de una importante fuente musulmana dió nuevo brío a los islamizantes. En 1844 el orientalista holandés E. Dozy descubrió, en Gotha, el notable pasaje de Ben Bassam relativo al Campeador; en ese pasaje hallaba el relato de una gran crueldad, que presentaba al conquistador de Valencia en aspecto muy otro de como la poesía lo presentaba. Y la curiosidad de Dozy era golosa de contrastes truculentos: un santo como San Olaf, que era a la vez un pirata, le recreaba en extremo y le incitaba a violentar una fecha: así se aplicó a descubrir puntos de vista desfavorables al héroe de la nación española, estudiando, tras Ben Bassam, a Ben Alcama, Ben Alcardabús, Al Maccari y demás historiadores árabes o cristianos. Pero al redactar *Le Cid: textes et résultats* (publicado en 1849), debió de experimentar más de una amargura, encontrándose con que la crueldad consignada en Ben Bassam y el concepto desfavorable del héroe se hallaban ya en Conde, en Masdeu, en Aschbach, en Romey, en Rosseeuw Saint-Hilaire. Era lastimoso que a la novedad y esmero de la documentación no correspondiese la, novedad en la idea fundamental: por eso se dedicó, claro es que más instintiva que maliciosamente, a recargar ese concepto hostil para hacerlo más suyo y buscando por todas partes villanías que atribuir al Campeador, y como si fuese por primera vez, dió una sombría caracterización del héroe, sin mencionar a sus predecesores en semejante tarea, o, mejor dicho, mencionándolos nada más que para combatirlos en otros terrenos. Masdeu, sobre todos, mereció su ira; aunque el escepticismo del jesuita catalán estaba decididamente arrinconado por Quintana, Conde, Aschbach, Romey, Damas Hinard, por todos en fin, no obstante Dozy gastó abundantes páginas en desacreditarlo. También el benemérito Conde, que había dado a conocer lo esencial de Ben Bassam, según el resumen de Ben Alabbar, fué por Dozy maltratado sañudamente como un falsario sistemático que no sabía de la lengua árabe casi nada más que el alfabeto. A los demás no los cita siquiera, salvo a Aschbach y a Rosseeuw Saint-Hilaire y sólo para censurarles su estimación por Masdeu. E igual que el cauto conde Julián descabeza al moro copartícipe del gran secreto, Dozy, deca-

pitando implacablemente a sus predecesores, logró que el rudo contraste que éstos habían visto entre el Cid de la historia y el de la poesía se le atribuyera a él como idea nueva. Tal es la negra historia de muchas celebradas novedades.

Realmente, la caracterización del Cid en la obra de Dozy no representa otra novedad sino la del acendramiento. La cidofobia, que aparece en Masdeu como fruto nuevo, totalmente crecido ya, pero todavía en agraz, ácido e incomedible, ahora, sazonado al calor de cincuenta años de arabismo, llega a perfecta madurez en Dozy. Éste, apoyado en un excelente aparato crítico, impuso a la historiografía ese Cid, muy opuesto al de los poetas.

Como Dozy llevó el acopio de materiales históricos a un grado de riqueza y crítica que nadie antes había alcanzado, consiguió en justicia que su vida del Cid fuese admirada como un modelo de esmerada erudición. Nadie creyó necesario rehacer el estudio de las fuentes, y el relato construido por el orientalista holandés fué universalmente aceptado. Lo aceptaron en España las más importantes historias generales, desde la de Lafuente (1851) hasta la de Ballesteros (1920); lo aceptó Malo de Molina al publicar en 1857 su *Cid Campeador*, arreglo humildemente servil al estudio de Dozy, adornado empero con algunas rectificaciones geográficas que el erudito holandés aprovechó en la reedición de su trabajo, no confesando siempre su deuda; lo acepta F. Fernández y González en el capítulo IV de su *Estado social y político de los mudéjares de Castilla* (1866). En suma, los escritores españoles suelen admirar y respetar como intangible el relato de Dozy, y, atenedos a él, discurren cuan benévolutamente pueden acerca del héroe, descartando la animosidad del crítico holandés allí donde la sorprenden más manifiesta.

Entre los extranjeros no sólo subsiste el relato de Dozy, sino también su espíritu de aversión; no hallamos la menor originalidad, no ya en las Historias Universales y Generales de España, donde no es de esperar, pero tampoco en los trabajos especiales.



## TRABAJOS ESPECIALES



Willemaers, en *Le Cid: son histoire, sa légende, ses poètes* (Bruxelles, 1873), libro hecho sobre ligeros apuntes tomados de prisa y en confusión, yuxtapone el Cid legendario al Cid histórico, y este no es otro que el de la primera edición de Dozy, estropeado con groseras equivocaciones. H. Forneron, en *Le Cid de l'Histoire*, 1884, hace del relato de Dozy un resumen inexacto y declamatorio, completando la cidofobia con una regular porción de hispanofobia. En fin, H. Butler Clarke, en *The Cid Campeador* (1897), practica también, aunque con mucho más cuidado y mejor sentido que Willemaers, la yuxtaposición del Cid legendario y del histórico, pero en cuanto a este último, después de tomarse el honrado trabajo de estudiar las fuentes originales, halla que «diferir a Dozy es imprudente y mejorar su obra, imposible».

Sin embargo, no todo son alabanzas y acatamiento. La pasión hostil de Dozy es demasiado manifiesta. E. de Saint-Albin, como muchos otros, atribuye al descreimiento religioso moderno ese deseo de rebajar el valor moral del caballero cristiano, esa predisposición de Dozy, tan crédula para los relatos árabes como incrédula para las crónicas españolas; según Saint Albin los detractores del Cid obedecen en gran parte al sentimiento de humillación que nos hace soportar impacientemente a aquellos de nuestros semejantes que se han elevado hasta el heroísmo.

No cree en esta explicación Menéndez Pelayo, pues, según él, Dozy era harto escéptico para obrar por odio religioso; sólo guiaba a Dozy el mismo gusto por la paradoja que éste achacaba a Masdeu, la intemperancia agresiva, el afán de crear un tipo enteramente nuevo de condottiero (ya sabemos nosotros cuán poca novedad tenía este tipo), el deseo de pintar una figura truculenta que impresionase la imaginación con su grandeza siniestra. Por lo demás, Menéndez Pelayo censura también al arabista el que apoye su concepto histórico del Cid casi sólo en la depravada retórica de Ben Bassam, y el que tome al pie de la

letra las injurias pomposas, sin dudar de ninguna de las acusaciones que el odio de los vencidos lanzó sobre el vencedor; pero, una vez hecha esta observación, que atenúa de un modo general la denigrante interpretación del carácter del Cid dada por Dozy, Menéndez Pelayo se conforma, en general, con los hechos establecidos por el docto holandés, pues un héroe, dice, no puede ser como un personaje de *Flos Sanctorum*: necesita haber usado y abusado de la fuerza; la cuadran bien cierto género de brutalidad, ciertos rasgos de carácter díscolo y altanero, y no le deshonran las estratagemas y tratos dobles, porque la astucia ha madrugado en el mundo tanto como el valor, y Ulises es tan antiguo como Aquiles.

Aparte estas observaciones de carácter general, rara vez se intentó una discusión especial acerca de la interpretación de las fuentes y sobre el modo como Dozy establece los hechos historiados. Podríamos recordar a Rodrigo Amador de los Ríos, que en 1888 examinó el relato de la batalla de Golpejera, y concluyó el poco fundamento con que Dozy atribuye al Cid en esa batalla una traición para dar a su rey Sancho de Castilla la posesión del reino leonés. Pero después no podemos mencionar a nadie sino a Julio Puyol, autor de un valioso examen de conjunto acerca de *El Cid de Dozy* (1910); en ese trabajo descubre Puyol muchos errores cometidos por Dozy en la interpretación de la *Crónica General*, ora por servirse de un mal texto, ora por no saberlo traducir; manifiesta también la arbitrariedad de Dozy en el relato de la batalla de Golpejera y en el de la vuelta del Cid destruido a Castilla; y, por último, establece que, a pesar del pomposo título «El Cid según nuevos documentos», Dozy no obtuvo de los autores árabes sino tan sólo cuatro noticias, todas secundarias, que no estuviesen ya en las Crónicas castellanas y en la *Historia Roderici*. Puyol no emprende el examen de las acusaciones lanzadas por Dozy sobre el Cid, pero afirma sumariamente que bastaría una sola de las empresas de Rodrigo para justificar su renombre europeo y la general admiración que se rinde a su memoria.



RUINAS DEL MONASTERIO  
DE SAN PEDRO DE ARLANZA  
(Acuarela de Camacho)







El Cid Campeador (pintura de Marcellano Santa María)

# ANSIA DE LEJANÍA

por ÁLVARO RUIBAL

UN país pobre, plano y de dilatados horizontes es un país de conquistadores. Así es Castilla y así son los castellanos. En definitiva, el hombre es producto del paisaje. Y activo o indolente, frío o apasionado, lento o agudo, sensual o asceta, clásico o barroco, el español es como el paisaje de su tierra natal.

El castellano es un hombre prístino que aun conserva signos de fiera milenaria. Un ansia de lejanía le induce a galopar por las llanuras resacas hasta alcanzar las cresterías cimeras de las serranías, y un afán de recogimiento le encierra en los pueblos apretados que tienen nervio de hidalguía. Son las planicies pardas y eternas que cabalgaron los guerreros de la Reconquista y son los pueblos que suscitaron y viven todavía el Romance. Desde lejanos tiempos hasta las guerras civiles de la última centuria, audaces guerrilleros cruzaron por estas tierras sombrías dándoles leyenda y contenido. Nunca hubo reposo para esta raza ejemplar y jamás conoció la mesura ni la templanza.

Espíritus de esta compleción son por naturaleza apasionados. Inútil será pretender cambiar su férreo positivismo y torcer su inclinación por crear cosas universales. Trastornar su paisaje sólo lo lograría un fantástico cataclismo geológico.

\*\*\*

El Cid es el tipo representativo de Castilla. Entre el abundante acopio de místicos y conquistadores, ninguno tan racial. Él es Castilla.

Está montado en su caballo legendario. La bestia, fatigada de trepar hasta la cumbre del teso, está gozosa y en trance de relinchar. Un colosal castillo roquero muestra la mole de sus muros ciclópeos. La llanura hostil se extiende hasta el infinito y el cielo grisáceo, de manchadas nubes infladas, barrunta la tormenta.

El caballero mira a lo lejos. ¿En qué piensa Rodrigo Díaz de Vivar? ¿Qué pensamientos asaltan su mente caliente de dolorosa preocupación?

El artista es siempre intencionado. Una figura sin intención no puede tener emoción estética. Los pinceles del insigne pintor plasmaron el símbolo de una Castilla dominadora, fiera e imperial. El estratega escruta el terreno de la futura batalla. Un deseo de infinito le domina. Un ansia de lejanía le quema las entrañas. Él dará anchura a la heredad. Y la heredad es la Castilla plana y sin arbolado, la Castilla inmortal de las epopeyas.





# EN TORNO AL CID DEL "CANTAR" TRES ASPECTOS DE MIO CID

por MANUEL CRISTÓBAL

## I

### LA FIGURA DEL CAMPEADOR



HACE ochocientos años fué escrito el «Cantar de Mio Cid», poema que exalta la vida gloriosa de Rodrigo Díaz de Vivar, «el que en buena cinxo espada». Cumpliéndose una vez más ese sino que parece recaer sobre las obras maestras, no se sabe quién ha sido el autor. Tres datos tan sólo sirven para ambientarle: fué escrito cuarenta años después de la muerte del héroe, hacia 1140, y por un cristiano vecino de Medinaceli. Pero no importa esta ausencia; el autor no pretendía tampoco meter de contrabando su vida y personalidad en el poema. Su objeto es cantar las viriles hazañas de un castellano en tierra de moros. Más exactamente: cantar una vida singularizada por sus obras. Si narra batallas es porque forman parte substancial de la vida del Cid, y es esta vida heroica lo que le dispara al lirismo. Su visión épica se atenúa por las observaciones humanas que el guerrear le produce. Así, domina en el poema la complacida determinación de las ganancias bélicas y los repartos del botín con más reiteración y agrado que la descripción forzosa de las batallas.

Pero debe subrayarse que no se pierde por ello el valor épico. Al contrario, se humaniza y aparece más cercano a nosotros. No hay en el «Cantar» una pura tensión heroica, sino que, junto a ella, aparece una ingenua y tímida vocación lírica gravitando sobre la vida total del héroe. La obra resulta así, más que una crónica rimada, y a pesar de su evidente historicidad, una exaltación biográfica donde se recogen los elementos constitutivos de la personalidad de Mio Cid en la proporción suficiente para llegar a producir en el lector el palpito cordial de simpatía que sólo se genera en cierta coincidencia anímica.

Hace ya ocho siglos que el Cid, desterrado, realizara la gesta de su vida. Hace ya ocho siglos, y aun pervive con recia personalidad. Por la senda del tiempo han ido pasando otros personajes dejando su caudal de obras, mucho más importantes para la Historia que las hazañas del Campeador; pero éste pervive de un modo más completo, más real que esos personajes más altos y modernos. Porque éstos dejaron sus obras, los resultados objetivos de su actividad; pero del Cid queda el meollo de su hacer, queda su vida, su propio vivir dando savia y sentido a su obrar.

Realízase este milagro gracias al manuscrito de Pero Abbat principalmente, que salva de la desaparición al «Cantar»; gracias también a los diversos textos que toman a este castellano como héroe. Pero en el «Cantar» hallamos un Cid de carne y hueso, un Cid que llora y ríe, obra y padece, pelea y descansa lo mismo que un humano cualquiera, si bien un humano admirable. Un Cid, en suma, centrado en un ritmo vital y lleno de actividades por las cuales transparenta su *por qué* y *para qué*. Lo sentimos vivir; sin duda con cierta reciedumbre, con cierto sabor arcaico cuya ingenua visión no rima enteramente con la nuestra; pero sabemos de dónde viene y a dónde va, qué quiere y siente, galvanizando este núcleo humano su figura.

Y en efecto, hombre, y hombre de carne y hueso, nos parece Mio Cid cumplidos los ocho siglos de su muerte. Gracias al «Cantar», el tiempo volandero no ha aventado sus cenizas, sino que ha fijado en forma ideal, permanente, inmutable, el fiel trasunto de lo que fué su vida humana. De tal manera que ese Cid ideal brota de tales páginas teniendo todos los caracteres



Iglesia de  
Sta. Gadea

de una persona real. Vive en el sentido más esencial de la palabra. Vive con nosotros mientras que otros personajes más cercanos se han ido definitivamente con el tiempo.

Y es curioso que ese alentar del Cid se nos entregue en la que hemos llamado metafóricamente su realidad de carne y hueso, a pesar de que el poeta — tan prolijo en describir la riqueza vestuaria, los itinerarios y detalles de la vida diaria — no nos haga una descripción física de su héroe. Nos habla, sí, de la fuerza hercúlea de su brazo, de su ánimo esforzado, de su aspecto viril; pero no dice una palabra de cómo era su rostro, salvo el detalle reiterado de su barba intonsa, el cual expresa la cualidad viril más que el perfil físico. De este modo no vemos, no podemos ver al Cid, porque el poeta jamás presenta a nuestro ojos su rostro, y los movimientos suyos que cuida de señalar tienen todos una función anímica, no somática.

En una sola ocasión, y ya al final del «Cantar», cuando el Cid se sienta gravemente en un escaño de las Cortes de Toledo (convocadas por el rey a su petición, con motivo de la afrenta de Corpes), parece por un instante que el poeta siente la necesidad de describir su rostro. Amigos y enemigos contemplan la figura grave del Campeador — siempre lejano de distancia y de gloria —:

*Catando están a mio Cid — quantos ha en la cort,  
a la barba que avió luenga — e presa con el cordón;  
en sos aguisamientos — bien semeja varón.*

Y así, el retrato que parece inminente se frustra como descripción somática para obtener, en su lugar, una impresión moral breve y certera. En todo el resto del «Cantar» el poeta nos irá señalando con igual sobriedad esos instantes psicológicos. Cuando comienza el texto de Per Abbat le sentimos llorar con pudor. varonil:

*De los sos ojos — tan fuertementre llorando.*

O bien adivinamos su íntima alegría cuando recupera

de los infantes de Carrión, sus yernos, las espadas «Colada» y «Tizona»:

*alegróse tod el cuerpo, —sonrrisós de coraçón;*

como le vemos meditar largamente, mientras contiene sus ímpetus, al saber la afrenta de Corpes:

*quando gelo dizen — a mio Cid el Campeador,  
una gran ora — pensó e comidió  
alçó la su mano, — a la barba se tomó;*

y dispararse a la pelea:

*Mandó tornar la seña — a priessa espoloncavan.  
«Firidlos, cavalleros, — todos sines dubdança»;*

o bien, reaccionar con optimista esperanza frente al hado adverso:

*Mejó mio Cid los ombros — y engrameó la tiesta:  
Albricia, Alvar Fáñez, — ca echados somos de tierra!  
mas a grand ondra — tornaremos a Castiella.*

El poeta da estas pinceladas breves, precisas, y merced a ellas el corazón del héroe alienta en cada uno de los nuestros hasta cobrar esa vida esencial que nos lo traduce en cuerpo y alma. Así la figura del Cid no flota sobre el conjunto humano del poema, sino que estas notas psicológicas le afirman y posan sobre tierra. El poeta describe genéricamente una circunstancia somática — los ojos que lloran, el cuerpo que se le alegra, la lenta caricia de su barba, — y con ella nos adentra en el alma del héroe de tal manera que hoy, y en sentido inverso, podemos pasar de su alma a su cuerpo hasta obtener esa impresión casi tangible de su figura, a pesar de faltarnos los elementos somáticos particulares que la componían. Es decir, de la expresión abstracta nos lleva a sentimientos sin duda elementales, pero humanos; de modo que deja el paso franco para pasar del sentimiento a la expresión. Y así vemos al Cid, no con «los ojos de la cara», pero sí con los del alma, sin que por ello pierda el héroe su corporeidad.

## SENTIDO PRÁCTICO DE LA VIDA



EXISTE entre el Cid y don Quijote una extraña relación. Ya se ha escrito incidentalmente que en el «Cantar» se reconocen las raíces de la sensibilidad castellana florecientes en la novela cervantina. Pero sobre esto hay mucho que decir y resulta sorprendente que no se haya dicho todavía lo más elemental, si bien en esa relación de parentesco lineal hay sus más y sus menos. Coinciden ambos, ciertamente, en diferentes aspectos; por ejemplo, en ese errante vagar en busca de aventuras. Ambos son caballeros andantes; mas andan por dos mundos paralelos. Don Quijote camina, no por la llanura manchega, sino por su mundo ideal y ciego a la realidad circundante. Camina al azar, aunque orientado interiormente por su misión vocacional de caballero de la Justicia. Su hacer es deshacer la vida para conformarla al mundo permanente de la idea. El Cid, por el contrario, cabalga por senderos terrenales. No descansa en su marcha porque le acucia, no el entuerto a desfacer, no la reforma de la vida, sino el rehacer la suya sometándose a los fueros del vivir. Cuando conquista su reino, que eso es para él la tierra valenciana, lleva allí a su familia considerando forjada su fortuna y su casa; pero mientras no puede realizar el ansia sedentaria, mientras haya de ganar su pan y su solar, sólo cabe la pelea y no el descanso. Porque el Cid es un desterrado, y para un desterrado en tierra de moros, para un hidalgo arruinado por el exilio, y que necesita rehacer su patrimonio, no queda más recurso que cruzar tierras y tierras en continuo trajín de tránsito y batalla. El «Cantar» no olvida de decirlo con toda precisión:

*«Por lanças e por espadas — avemos de guarir,  
si non, en esta tierra angosta — non podríamos bivar,  
e como yo cuedo, — a ir nos avremos d'aquí».*

Y en otro lugar, al preparar una «corrida»:

*«Ya cavalleros, — dezir vos he la verdad:  
qui en un lugar mora siempre, — lo so puede menguar;  
cras a la mañana — penssemos de cavalgar,  
dexat estas posadas — e iremos adelant».*

Ciertamente, el Cid cabalga, como don Quijote, un poco al azar; pero orientado a una necesidad elemental y terrena. Es su sino y su trabajo. Su trabajo sobre todo:

*«Si con moros non lidiáremos — no nos darán del pan».*

Como se ve con toda claridad, dos polos — ideal el uno, terreno el otro — configuran la esfera de ambas actividades. Por eso dan ganas de gritar que el Cid es el antiqijote, o viceversa, si algo hondo no nos

advirtiera otros contactos más sutiles, aunque también adjetivados cada uno de ellos por la personalidad de ambos. Tomemos uno, al azar: el sentido de la virilidad, por ejemplo.

Don Quijote es profundamente viril y, como tal, no conoce el miedo, si bien no lo conoce porque se olvida de sí mismo en la ebriedad de su misión. Y, sin embargo, hay en él mucho más de *homo* que de *vir*. Pero, de todas formas el *vir* trasluce a través del *homo*, de manera que se halla en el contraste, al caer en la cuenta de que no puede concebirse un don Quijote femenino, de que no hay en el loco bidalgo nada que huelga ni remotamente a mujer. Entonces vemos que su virilidad le suda por todos los poros de su cuerpo. Y, no obstante, algo nos dice que no es viril sin más, por propia y natural virilidad, sino que esta cualidad le brota extrañamente de ese modo de ser genérico a ambas especies que es el *homo*. Perdonémos la expresión, ruda y conceptista, en gracia a la exactitud: no le sale el valor de su propia fuerza, sino que le viene impuesto desde lo trascendente. Físicamente es débil, como fisiológicamente no conoce mujer. Su fortaleza, su virilidad y su valentía — que las goza, y ampliamente — le vienen de lo alto, de la idea de justicia, como su Dulcinea descende de las ideas del amor y de la mujer. Si no rehuye la contienda; es más, si la busca, no es porque fíe en su fuerza de modo originario, sino porque está enajenado, fuera de sí, poseído por la Razón y la Justicia. Vive en un supuesto dogmático: que el mundo está estructurado conforme a razón, de acuerdo con las ideas. Vive en un *cosmos*, y por eso busca el entuerto para desfacerlo, porque es excepción, error que desfigura la armonía del conjunto, y ello por fuerza milagrosa, sobrenatural de nigromantes que viven en el reino de las sombras.

Tampoco rehuye el Campeador la contienda, si no es contra su soberano, y ello porque se le impone la idea del deber. Como don Quijote, el Cid también la busca y es caballero andante en busca de batallas. Es más: se alegra y goza cuando la contienda surge:

*a una grand priessa — tañién los atamores;  
alegravas mio Cid e dixo: — «¡tan buen día es oy!»,*  
pues ve en la lucha la ganancia:

*si vençiéremos la batalla — creçeremos en ricta.*

¡Pero, qué contraste entre ambos! El Cid nada espera de nadie, salvo de «la merçed del Criador», y aun esta frase es pura expresión más que sentimiento. Sabe que su fuerza está en su brazo y su triunfo en su es-



Iglesia parroquial de la Piedra

pada. Lo que del mundo cambie, por él será cambiado; por su fuerza y valor, que brotan de sí mismo. Es físicamente fuerte y es buen capitán. Quiere decirse que, además de valiente es prudente, que obra, pero piensa también antes de obrar. Calcula, mide (en radical contraste con don Quijote), poniendo el arrojo, la sorpresa y la astucia como elementos a sumar frente al número enemigo. De este modo, si no conoce el temor, no es por ignorancia de la situación, sino porque mana de sí mismo la fuerza que le salva del peligro posible y previsto:

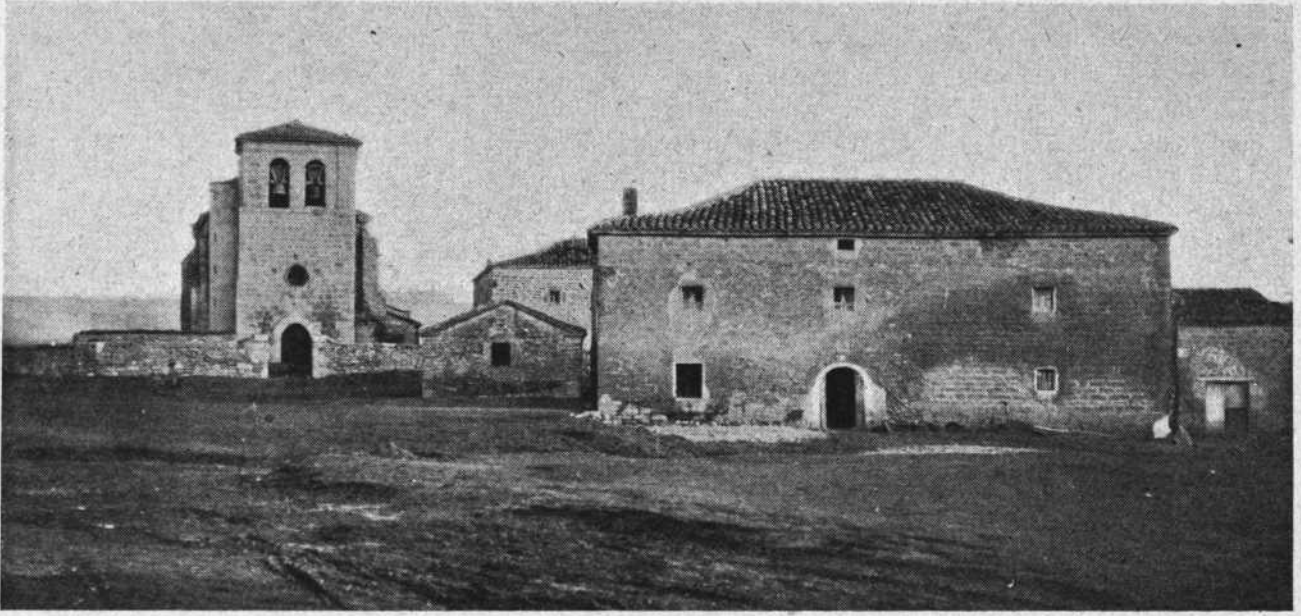
*Si nos muriéremos en campo—en castiello nos entrarán,* dice a sus mesnadas al tiempo que les subraya la ganancia que reporta la victoria. Y con toda sencillez. Porque es mortal, y él lo sabe; pero no le arredra, pues que todos los somos. Y así, no dominando en él el *homo* que en don Quijote se hipertrofia, cobra su *vir* un espléndido perfil y es todo macho cuando sabe colocarse en su sitio el corazón.

En suma, don Quijote actúa como un ente ideal, eterno, mientras el Campeador — ente de cuerpo y alma — está determinado por la trama y urdimbre del espacio y el tiempo, como todo mortal. Por eso, en el primero alienta con tal ímpetu un sentido de universalidad que contrasta con el sentimiento realista del héroe del «Cantar». El Cid vive en el aire de sus propios asuntos, preocupado de los suyos y del Estado que ha creado con tantas fatigas:

*«...Valencia, con afán la gané yo»,*

aunque este Estado sea dependiente del reino castellano-leonés, vislumbrándose así, en el fondo del mismo, un espíritu nacional sobriamente indicado.

Mucho más podría decirse sobre este paralelo. Cómo, por ejemplo, en la novela cervantina se disocian con humor intelectual los dos elementos que en el «Cantar» se nos muestran tan íntimamente unidos «como la uña de la carne»; a saber, la concepción de la vida como pelea en don Quijote, y la concepción sancho-panzescas del vivir como trabajo. Elementos que se funden en el poema sobre el Campeador. Y es que el Cid nace en una España en guerra de siglos. Guerra larga, que ya no es un mero accidente en el vivir, sino el ambiente vital, el modo natural de existencia. Para el Cid y su época, guerrear y trabajar son quehaceres cotidianos; una y la misma mano pueden empuñar el arado y la espada, llegando así a identificarse en un único quehacer. Y como éste, tantos temas y observaciones más que la riqueza anímica de ambas figuras entrega a manos llenas: el sentido del honor, la concepción de la mujer, los medios de pelea, el significado del triunfo en el Cid y el sentido del fracaso en don Quijote, la condición común de Campeadores, etc. No olvidando, naturalmente, que una cosa es la novela y otra don Quijote; pues en aquella se dan los dos elementos disociados por la voluntad de Cervantes, aunque, como ya advirtiera Unamuno, la vida de sus héroes se encarga, a la larga, de corregir. No invalidándose, de este modo, totalmente la íntima descendencia que la novela tiene del «Cantar».



Vivar del Cid

### III

## EL SENTIMIENTO DE LA FAMILIA



ODAS las preocupaciones de la vida del Cid inciden en un punto central, que es el sentimiento de la familia. Sentimiento que es importante señalar, no solamente por ser básico al «Cantar» — en toda la anécdota del mismo aparecerá su vida pública como adjetiva a su vida familiar —, sino por el contraste que el poema ofrece con el resto de nuestra literatura, donde la figura de la mujer desplaza la de la madre y esposa.

En el Cid del «Cantar», no sólo aparece este sentimiento con toda intensidad, sino que es uno de los elementos fundamentales que le dan consistencia humana y nos hace ver al héroe con una realidad de carne y hueso. Y es, entiéndase bien, su «mugier ondrada» como madre de sus hijas, nunca como hembra, la que aparece. Cuando el Cid se va desterrado, doña Jimena se lamenta del desamparo en que quedan sus hijas, doña Elvira y doña Sol, que «iffantes son — e de días chicas», pero no de su propio desamparo. Y la respuesta del Cid a ellas va dirigida principalmente, y sólo en segundo lugar se refiere a la esposa como tal:

*Enclinó las manos — la barba vellida,  
a las sues fijas — en braço' las prendía,  
llególas al corazón — ca mucho las quería.  
Llora de los ojos, — tan fuerte mientras sospira:  
«Ya doña Ximena, — la mi mugier tan complida,  
comme a la mie alma — yo tanto vos quería.*

*Plega a Dios — e a Santa María,  
que aun con mis manos — case estas mis fijas  
e quede ventura — y algunos días vida,  
e vos, mugier ondrada, — de mí seades servida».*

La pena del destierro imponía esta separación; pero al fin, el consentimiento del rey, reconciliado con la gloria de las hazañas del Campeador y con sus espléndidos obsequios — es justo señalarlo, pues informa al espíritu del poema —, da a doña Jimena e hijas la libertad de ir a Valencia a reunirse con el jefe de familia. En tal ocasión el poeta tiene un arrebatado lírico que traduce el gozo del héroe:

*Alegre fo mio Cid — que nunca más ni tanto,  
ca de lo que más amava — yál viene el mandado.*

Y cuando llegan a Valencia, el Cid sale a su encuentro cabalgando briosamente su Babieca. Desmonta y

*a la madre e a las fijas — bien las abraçava,  
del gozo que avién — de los sos ojos lloravan,*

mientras el júbilo se transmite a las mesnadas que contemplan el tierno cuadro familiar y lo expresan jugando las armas. El Cid a continuación, con una íntima satisfacción que se adivina en su rostro, invita a entrar a su mujer e hijas, «mio corazón e mi alma»,

*«...en Valencia la casa,  
en esta heredad — que vos yo he ganada»,*

dando así sentido familiar a sus conquistas, a sus trabajos y afanes.

El significado de su vida se condensa en admirable y sobria plenitud en un pasaje del poema donde se enlazan más claramente estos dos aspectos cidianos. Es aquel en el cual el rey de Marruecos se presenta con sus huestes en Valencia, donde ya reside la familia de don Rodrigo. Al saberlo, éste estalla de gozo, en delicioso contraste con el pavor de su esposa. Una coquetería viril pasa subterráneamente por los versos del poema, al pensar el Cid en los queridos espectadores que tendrán sus proezas:

*«Venídom es deliçio — de tierras d'allent mar,  
entraré en las armas — non lo podré dexar;  
mis fijas e mi mugier — veerme an lidiar;  
en estas tierras agenas—verán las moradas cómmo se  
(fazén),  
afarto verán por los ojos — cómmo se gana el pan.»*

Y hace subir a su familia al alcázar, dando vista al campamento moruno. Así la confusión de trabajo y pelea cobra espléndido lirismo bajo la mirada familiar. Y exclama el Cid, contemplando el campamento:

*«Riqueza es que nos acreçe — maravillosa e grand:  
a poco que viniestes, — presend vos quieren dar:  
por casar son vuestras fijas, — adúzenvos axuvar.»*

En efecto, pronto se casan doña Elvira y doña Sol. Y el Cid, que ve aumentada su familia, preocúpase por sus yernos, los infantes de Carrión. Satisfecho, se acaricia la barba cuando cree ver en ellos la vocación guerrera. Un día, después de una batalla, Minaya Álvar Fáñez le da la nueva de que sus yernos se han distinguido y están «fartos de lidiar». El Cid comenta con orgullo:

*«..... yo desto so pagado;  
quando agora son buenos, — adelant serán preçiados.»*

Y así en todo el poema.

\* \* \*

Sentido práctico de la vida y sentido familiar. Estos son los dos grandes pilares que informan al espíritu del «Cantar». Por eso, si se quiere condensar todo el poema en un único verso, habremos de recurrir a aquel magnífico, rotundo, en el cual el Cid exclama con viril coquetería, al saber que su lucha — su trabajo — será contemplado por los suyos:

*«afarto verán por los ojos — cómmo se gana el pan.»*



# El Cid a través del

## El Cid se prepara a vengar la afrenta hecha a su padre

Pensativo estaba el Cid  
viéndose de pocos años,  
para vengar a su padre  
matando al conde Lozano.  
Miraba el bando temido  
del poderoso contrario,  
que tenía en las montañas  
mil amigos asturianos;  
miraba cómo en las cortes  
del rey de León, Fernando,  
era su voto el primero,  
y en guerras mejor su brazo.  
Todo le parece poco  
respecto de aquel agravio,  
el primero que se ha fecho  
a la sangre de Laín Calvo.  
Al cielo pide justicia,  
a la tierra pide campo,  
al viejo padre licencia,  
y a la honra esfuerzo y brazo.  
Non cuida de su niñez;  
que, en naciendo, es acostumbrado  
a morir por casos de honra  
el valiente fijodalgo.  
Descolgó una espada vieja  
de Mudarra el castellano,  
que estaba vieja y mohosa  
por la muerte de su amo;

y pensando que ella sola  
bastaba para el descargo,  
antes que se la ciñese,  
así le dice turbado:  
—Faz cuenta, valiente espada,  
que es de Mudarra mi brazo,  
y que con su brazo riñes,  
porque suyo es el agravio.  
Bien sé que te correrás  
de verte así en la mi mano;  
mas no te podrás correr  
de volver atrás un paso.  
Tan fuerte como tu acero  
me verás en campo armado;  
tan bueno como el primero  
segundo dueño has cobrado,  
y cuando alguno te venza,  
del torpe fecho enojado,  
fasta la cruz en mi pecho  
te esconderé muy airado.  
Vamos al campo, que es hora  
de dar al conde Lozano  
el castigo que merece  
tan infame lengua y mano.—  
Determinado va el Cid,  
y va tan determinado,  
que en espacio de una hora  
quedó del conde vengado.



## El Cid pide tributo al Rey Moro

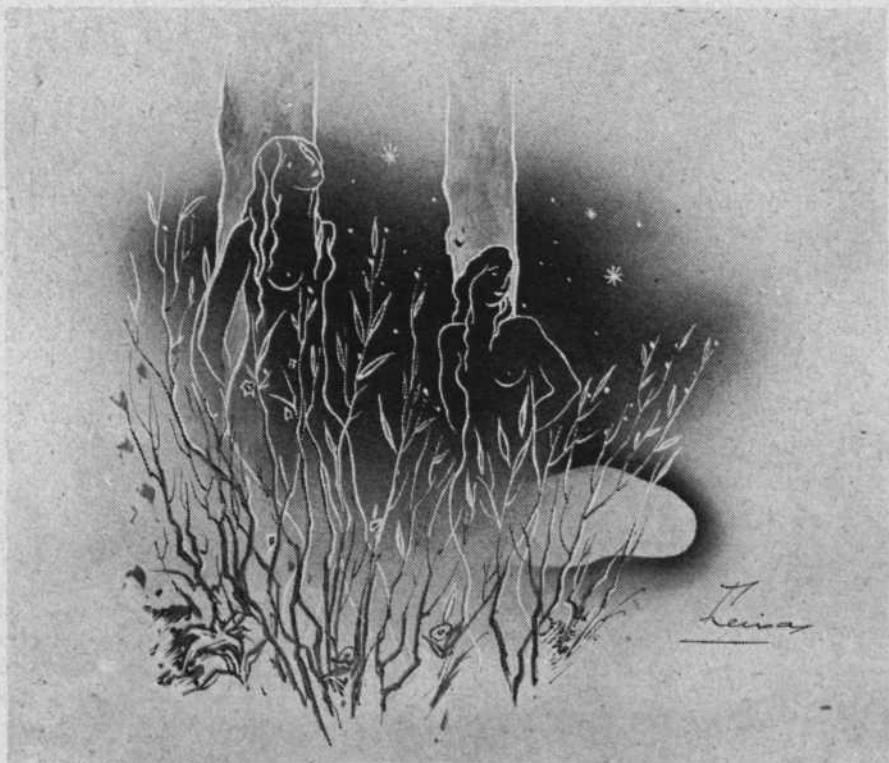
Por el Val de las Estacas  
pasó el Cid a mediodía,  
en su caballo Babieca;  
¡oh, qué bien que parecía!  
El rey moro que lo supo,  
a recibirle salía;  
dijo: — Bien vengas, el Cid,  
buena sea tu venida,  
que si quieres ganar sueldo,  
muy bueno te lo daría,  
o si vienes por mujer,  
darte he una hermana mía.  
— Que no quiero vuestro sueldo  
ni de nadie lo querría,  
que ni vengo por mujer,  
que viva tengo la mía;  
vengo a que pagues las parias  
que tú debes a Castilla.  
— No te las daré yo, el buen Cid,  
Cid, yo no te las daría;  
si mi padre las pagó,  
hizo lo que no debía.  
— Si por bien no me las das,  
yo por mal las tomaría.  
— No lo harás así, buen Cid,  
que yo buena lanza había.  
— En cuanto a eso, rey moro,  
creo que nada te debía,  
que si buena lanza tienes,  
por buena tengo la mía;  
mas da sus parias al rey,  
a ese buen rey de Castilla.  
— Por ser vos su mensajero,  
de buen grado las daría.

# Romancero Español

Jimena, al partir el Cid, le aconseja lo que  
debe pedir en desagravio de sus hijas

Asida está del estribo  
la noble Jimena Gómez,  
y en tanto que el Cid le habla  
el Cid su gabán compone.  
— Mirad, le dice, señor,  
que la sangre de aquel conde  
que matasteis buenō a bueno,  
que la venguéis como noble.  
A las Cortes vais, buen Cid,  
y a lo que os lleva a la corte  
ha de dar corte la espada,  
porque no tiene otro corte.  
Al rey habrán prevenido,  
y a sus amigos los condes,  
que es de cobardes muy propio  
socorrerse de invenciones.  
No acetéis del rey Alfonso  
excusas, ruegos ni dones;  
que mal se cubra una injuria  
con afeite de razones.  
Considerad vuestas hijas  
amarradas a dos robles,  
de quien hoy tiemblan las hojas  
condolidas de sus voces;  
y mirad que aquella ofensa  
contra mí fecha en el monte,  
descubre en vos las señales,  
y en mis hijas los azotes.  
Dios os guarde donde vades,  
que son los competidores

cruelles como cobardes,  
como cobardes traidores.  
Yo sé bien que vais seguro,  
si no fuere de traiciones,  
que atrevidos con mujeres  
nunca lo són con los hombres.  
No entréis, señor, en batalla,  
que menguáis vuestros blasones,  
honrando con vuesa espada  
una sangre tan enorme.  
El que venció a tantos reyes  
no sé iguale a aquestos homes,  
que relinchos de Babieca  
han vencido otros mejores.  
Cobrad vuestas dos espadas  
para Bermudo y Ordóñez,  
que ellos pondrán en sus filos  
el uso de vuestos golpes.  
Sacara del fuego mío  
la Tizona los tizonos,  
y la famosa Colada  
la mancha de mis pasiones.  
Por mi aviso y vuesa mano,  
que a mi venganza se oponen,  
desde luego la esperanza  
me promete alegres dones.  
— Así suceda, Jimena—  
el famoso Cid responde,  
y abajando la cabeza  
picó a Babieca y partióse.





# UNA CARTA DEL CID EN SILOS

por Fray JUSTO PÉREZ DE URBEL



REPRODUCIMOS y traducimos gustosamente los párrafos principales de una carta del Cid a Silos. Refiérese en ella a una donación hecha en 1076, por la cual Rodrigo Díaz da al monasterio la mitad de dos pueblos, Peñacoba y Frescinosa, situados al sur de Silos, a tres kilómetros de distancia. Peñacoba existe todavía; Frescinosa ha desaparecido. Se citan además otros dos pueblos aun existentes: Monte Molare (hoy Mamolar) y Domnos Santos, transformado en Doña Santos.

Algunos párrafos de este documento expresan admirablemente los sentimientos religiosos y poéticos del Cid:

«Bajo el Dominador de los seres y vivificador de las almas, el que ornamentó con su orden el cielo y la tierra, el que descendió de su trono para redimir al hombre perdido y se vistió de la carne mortal para librarnos del poder del enemigo antiguo. En su nombre, yo «Rodric Didaz» y mi mujer «Scemena», con toda nuestra voluntad y espontáneos deseos, ofrecemos, por la salvación de nuestro cuerpo y del alma de nuestros padres, a la casa de San Sebastián las heredades que tenemos de nuestros padres en la entrada de Tabladillo, en las villas que llaman de Peñacova y Frescinosa, de Peñacova «la media», y de Frescinosa «la media», y además cuatro solares poblados en el Campo de Esteban y Domingo, Vicente, Nuño, Stefan y García Zisla.

»Y estas villas las ofrecemos enteramente con sus tierras, viñas, huertos, pomares, prados, dehesas, regadíos y montes, entradas y salidas, con sus términos, que lindan una parte con Tabladillo el antiguo, por otra con Duennos Santos, con otra con Monte Molare, y la otra desde Karazo...

»Y yo, Rodric Didac con mi mujer Scemena, ofrecemos este pequeño presente para que se enciendan luminarias, para recepción de huéspedes, para limosna de peregrinos, para sustento de los monjes y para necesidades de los siervos de Dios que allí habitan.

»Y así ofrecemos lo pequeño por lo grande, las cosas terrenas por las celestes, el barro por el oro, deseando que sean purgados nuestros delitos mediante los sufragios de aquellos por los cuales esperamos ser libres del ardor hirviente. Pues aunque nuestra ofrenda es pequeña, la recompensa del Señor será grande en la retribución de los justos...

»...Yo, Rodric Didaz y mi mujer Scemena, que hemos mandado hacer esta carta, y pusimos en ella nuestros signos y la confirmamos y la dimos a los testigos para que la roborasen.»

Firmaron como testigos: Simeón, obispo de Burgos; Munio, obispo de Sasamón; Sisebuto, abad de Cardeña; Vicente, abad de Arlanza. Y los caballeros: Diego Moriélez, Petro Moriélez, Fernando Díaz, Álbar González, Rodrigo Gonzálvez, Rodrigo Álvarez, Rodrigo Ordóñez y Didaz Rodríguez.



# MOCEDADES HISTÓRICAS DEL HÉROE

por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL



## CRIANZA DE RODRIGO

RODRIGO de Vivar hubo de nacer hacia el año 1043. Tenía nobleza muy alta por parte de madre; por parte de padre era de nobleza famosísima, pero modesta.

La muchachez de Rodrigo no se deslizó en el campesino apartamiento de Vivar sin el beneficio de sacudidas y sobresaltos de frontera; cuando tenía unos doce años andaría por los campamentos, en la guerra victoriosa que su propio padre sostenía con los navarros. ¿No asistió a la desastrosa batalla de Uclés el hijo de Alfonso VI, cuando aun no llegaba al decenio?

Diego Laínez murió no mucho después de sus triunfos sobre los navarros (1058 ?). Su hijo, Rodrigo Díaz, heredaba los bienes paternos siendo todavía de corta edad, y entonces fué criado por el infante don Sancho, el hijo primogénito de Fernando I, que no tendría cuatro o cinco años más que el joven huérfano de Vivar. Era costumbre desde tiempos góticos que los reyes y otras personas principales criaran en su casa donceles y doncellas nobles, hasta armarlos caballeros y casarlos.

Rodrigo seguiría las escuelas que Fernando I organizó para sus hijos, en las cuales se estudiaban las artes libe-

rales, sin duda bajo la dirección de algún obispo o clérigo eminente, y se ejercita a los alumnos en el manejo de las armas, en correr caballos al uso español y en el arte venatoria. Desconocemos los maestros particulares de Sancho el infante y, por lo tanto, los del Cid; el infante Alfonso fué adoctrinado en las letras por el clérigo Raimundo, «varón noble y temeroso de Dios», que después fué obispo de Palencia, muy favorecido de su regio alumno; y en las armas fué criado de Pedro Ansúrez, conde Carrión, que después fué a las veces amigo y a las veces enemigo del Cid. Rodrigo sobresalió en los ejercicios caballerescos de modo extraordinario; aprovechó bastante en las letras; por lo menos se distinguió después como técnico en Derecho. En Gramática empero no anduvo muy allá; escribía *afirmo* con una sola *f*, y hasta ponía *oc* sin *h*, falta imperdonable. Su letra, de puro estilo visigodo o toledano (como era de esperar, dado el tiempo en que aprendió a escribir), era de trazos fuertes, irregular en el tamaño de los caracteres, tortuosa sobre la línea del renglón, pero segura y fácil, bien formada y bien sentida, como de hombre habituado a manejar la pluma.



# EL CABALLERO NOVEL

La historia nos asegura que el huérfano de Vivar desarrolló su cuerpo y paso de la muchachez al vigor de la mocedad en la misma corte del infante don Sancho. Rodrigo Díaz tenía en palacio muy buenos arriños. Su abuelo paterno, Lain Núñez, acompañó al rey Fernando siempre, y el tío abuelo materno, Nuño Álvarez, después de haber sido el primer magnate en la corte de ese rey, era el primer personaje en el séquito de Sancho, el infante primogénito, desde 1060, cuando Rodrigo tenía unos diez y siete años.

Hacia entonces (no sabemos la fecha fija) el infante Sancho armó caballero a Rodrigo, ciñéndole la espada, esto es, con rito sencillo y meramente militar, sin ninguna de las ceremonias religiosas que en el siglo XIII se generalizaron dentro de la caballería.

El mozo de Vivar podía usar con orgullo los atuendos o arreos caballerescos, heredados de su padre. La enumeración de lo que constituía el ajuar de un caballero de entonces, la hallamos cuando un rico hombre burgalés, amigo del abuelo de Rodrigo, dona toda su hacienda al monasterio de Arlanza, en presencia del rey Fernando, retirándose del mundo en el año 1062: «Misa tuendos, esto es, mi silla morzarzel con su freno, y mi espada con cinturón, y mis espuelas, y mi adarga con su correspondiente lanza, y otras espuelas labradas, y mis espadas con labores, y otras espadas que no están labradas, y mis lórigas, y mis yelmos, y mis caballos, y mis mulas, y mis vestidos, y las demás adargas y espuelas, y otro freno de plata».

## GRAUS

¿Qué empresa ofrecía el inquieto infante Sancho a su novel caballero Rodrigo Díaz de Vivar?

Zaragoza era, entre los reinos de taifas, el que menos podía vivir tranquilo sin pagar parias a algún príncipe cristiano que lo protegiera muy eficazmente. La razón es que Zaragoza era el único reino musulmán que tenía por fronteras a todos los estados cristianos, y así, los reyes de Castilla, de Navarra, de Aragón y varios condes de la Marca codiciaban las tierras o las parias de Zaragoza.

Fernando I había atacado, hacia el año 1060, las fronteras de ese reino, tomando a Gormaz y Berlanga; por entonces Zaragoza debió de ajustar con Castilla parias anuales. Y así, en 1063, el infante Sancho, a quien su padre el año siguiente había de adjudicar en solemne partición el reino de Castilla juntamente con el reino tributario de Zaragoza, intervenía ya en las cosas de este reino musulmán para ayudar a su rey Moctádir Ben Hud.

El tío del infante Sancho, Ramiro I de Aragón, tenía de antiguo gran empeño en apoderarse de Graus, y en la primavera de 1063 combatía esta plaza, que formaba un entrante amenazador del reino de Zaragoza en el territorio aragonés de Ribagorza; además, necesitaba asegurar bien aquella frontera, porque el conde de Barcelona, recién apoderado de Camarasa, aspiraba a edificar el castillo de Purroy y pretendía a Estopiñán

y otros castillos en la misma Ribagorza, en su parte sur musulmana, donde estaba Graus.

El infante Sancho se hallaba entonces en Zaragoza. Los juglares castellanos, los noticieros del pueblo, decían, casi cien años después de estos sucesos, que Sancho fué a Zaragoza, llevado de una intriga de amor, a buscar venganza del rapto de su esposa hecho por un príncipe navarro que se había refugiado en la corte del rey Ramiro. La historia nada sabe de esto, y lo que es de suponer es que Sancho estaba en Zaragoza simplemente para ayudar a su tributario Moctádir, pues se afirmaba que el infante castellano estaba animado de mala voluntad hacia su tío Ramiro, a causa de que éste mantenía estrecha alianza con el joven rey de Navarra, enemigo natural de Castilla por las tierras castellanas que detentaba aún.

Moctádir salió de Zaragoza, al frente de un gran ejército musulmán, en dirección norte de su frontera. Le acompañaba el infante Sancho, guiando una hueste de caballeros de Castilla; entre éstos iba Rodrigo de Vivar, que entonces tendría veinte años. Llegados frente a Graus, donde acampaba el rey aragonés, se trabó una batalla en la cual fué muerto el rey Ramiro (jueves 8 mayo 1063). El pormenor de lo que pasó allí es difícil de precisar.

Castilla vencía en Graus a los aragoneses del Pirineo, que eran vascos romanizados, como nueve años antes había vencido en Atapuerca a los navarros, vascos sin romanizar.

Esta primera empresa a que asiste el joven caballero de Vivar le mostraba, en toda su complicación, la política de los príncipes castellanos, aragoneses y catalanes, disputándose encarnizadamente la presa de las parias sarracenas. Esa opresión económica de los reinos de taifas era, según sabemos, la norma que regía entonces la reconquista en los territorios que no podían ser ocupados por falta de población cristiana.

Monasterio de San Pedro de Cardena, de donde partió el Cid



# AMIGOS Y RIVALES DEL CID

por R. M. P.



L obispo don Jerónimo, a pocos días de llegar a León después de abandonar Valencia, se vió con su compatriota, el yerno del rey, don Ramón, que en aquel tiempo era conde de Galicia, Zamora y Coria, y recibió de él, en 22 de junio de 1102, la nueva sede episcopal de Salamanca, ciudad repoblada entonces por segunda vez. En su nueva diócesis, el obispo, añorando los tiempos heroicos de Valencia, expresó al comienzo su voluntad de ser enterrado en Cardeña para dormir el sueño eterno junto al Campeador; pero vivió todavía muchos años, y cuando murió, que fué hacia 1120, recibió sepultura en su catedral de Salamanca.

Álvar Fáñez, el sobrino del Cid, que tantas veces luchó con desgracia contra los almorávides, asistió también a la derrota de Uclés, en 1108, y sin duda como consecuencia de ella vió perderse su tierra de Zorita con la Cuenca. Recibió entonces el gobierno de Toledo, teniendo en seguida que defender la ciudad del sitio que le puso el nuevo emperador almorávide Alí, en 1109. Tuvo un éxito en 1111, recobrando, aunque pasajeramente, a Cuenca, y poco después, en 1114, fué muerto en guerra con los de Segovia, defendiendo él los derechos de su reina Urraca, la hija de Alfonso, contra los partidarios del rey de Aragón, Alfonso el Batallador.

Pedro Ansúrez dejó su antiguo gobierno de Zamora al conde Ramón de Galicia, y sin duda, como compensación, recibió el gobierno de Cuéllar, Madrid y Simancas. En estos nuevos territorios pobló y engrandeció a Valladolid desde 1095. No se singularizó mucho en la guerra, al menos las crónicas no le mencionan como caudillo de Alfonso, así como mencionan a Álvar Fáñez y a García Ordóñez. Murió muy viejo entre 1118-1119.

El rey Alfonso continuó enérgicamente la difícil resistencia contra Yúfuf, el segundo Almanzor, y continuó experimentando la incontrastable superioridad de la táctica almorávide. A los últimos reveses (el que él mismo sufrió en Consuegra, el de Ramón de Borgoña en Lisboa, 1094, y el de Álvar Fáñez en Cuenca, 1097) hay que añadir otros dos importantes en defensa de la región de Toledo: el de Enrique de Borgoña en Málaga, el año 1100, y el de García Ordóñez en Uclés.

El conde García Ordóñez, sublimado con todos los honores oficiales, siguió siendo en el reino la más alta eminencia de la vulgaridad. Preso humillantemente en Cabra, incapaz para defenderse de la ira del Cid en Logroño, inútil para intervenir por el rey en Valencia, preso otra vez al actuar contra Pedro de Aragón, ineficaz siempre, tuvo no obstante la supletoria habilidad de hacerse siempre grato a los ojos del monarca. Alfonso se complacía en exaltar públicamente, con fórmulas desacostumbradas, al conde de Nájera fidelísimo y a la ilustre

condesa, gloria y decoro del reino: «gloriae nostri regni gerentes», y a este favorecido conde confió la crianza del único príncipe varón, Sancho, el hijo de la mora Zaida.

Al cuidado del niño Sancho fué enviado García Ordóñez por Alfonso a la mencionada expedición de Uclés, en 1108, contra una nueva agresión almorávide; y en Uclés murió el conde como era preciso que muriese un ayo, cubriendo con su escudo al príncipe niño, cuando los moros le asaltaban por todas las partes. García supo honrar sus muchos fracasos con una muerte de sereno sacrificio. Efecto de esta derrota se perdieron Uclés, Consuegra, Cuenca; toda la dote de la mora Zaida fué a poder de los almorávides, en oposición a los cuales había otorgado esa dote Motámid, al entregar su hija a Alfonso. El rey murió de dolor un año después que su hijo único.

No fué ciertamente Alfonso un rey que sólo tuviese el valor postizo de ocupar el primer rango social y de encargarse a su nombre la ordinaria actividad de sus súbditos; dió en las batallas su sangre y la de su único hijo, lo cual basta para que comprendamos cuán noblemente sintió la responsabilidad aneja al trono. Como gobernante se mostró perspicaz; como caballero, fué guerrador incansable; como hombre de mundo, tuvo el conjunto complejo de las cualidades felices que se necesitan para ser un habitual favorecido de la fortuna, que a menudo veía los corazones de las gentes inclinarse dóciles en beneficio de él: las grandes conmociones regicidas de Castilla o de Navarra, los desaciertos del rey de Toledo, el infructuoso arrepentimiento antialmorávide de los reyes de Sevilla y Badajoz, todo sucedía para mayor provecho de Alfonso. Mas, por otra parte, criado Alfonso como preferido de sus padres y hermana, beneficiado por ellos con injusticias enormes, fué egoísta, ególatra. Así se ensoberbeció irritantemente con los reyes andaluces, hasta lanzarlos a la intervención extranjera; desagradecido repetidas veces a los reyes de Aragón sus constantes auxilios; se melancolizó con la envidia, dejándose embaragar por el odio defensivo contra la superioridad ajena; tuvo el defecto habitual de los que dirigen sin generosidad: para comodidad y descuido del que manda, son siempre preferidos los incapaces, lo mismo en los palacios del harén que en los de la camarilla. Y esa predilección por el inepto o el sumiso la sintió Alfonso con exageración extraña, dado su temperamento. Alfonso era templado, manso y benigno de condición, y, sin embargo, trató al Cid con obcecado encono; esto no se explica por la hábil intriga de un conde de Nájera, ni por los defectos de carácter que pudiese tener el Cid, cuyas dotes era preciso que el gobernante aprovechara a cualquier precio; no se explica sino por la envidia de que acusa al rey la *Historia Roderici*.

# El Cid Campeador como símbolo DE CASTILLA LA VIEJA

por JAIME SANTAMARÍA RUIZ



En la áspera tierra de Burgos y bajo el alto cielo de Castilla, vió su luz primera Rodrigo el de Vivar. Aquí dió sus primeros pasos y aprendió a cabalgar el que más adelante, al correr de los años, ha de ser llamado «Cid Campeador». ¿Cómo era nuestro Rodrigo, el de Vivar? He aquí una pregunta que nos inquieta.

Rodrigo, como hombre, había de poseer, forzosamente, cualidades excepcionales. No es fácil su retrato físico, en cuanto a los detalles. El gran pintor burgalés Marceliano Santamaría ha tenido un acierto indudable cuando, en sus repetidos cuadros sobre el Cid, ha captado la apariencia del héroe. Hemos de concederle a Rodrigo una elevada estatura, una fortaleza física sin límites, una mirada clara y penetrante y un rostro agradable, pero fuerte y expresivo, que le hicieran merecer el respeto y la consideración de sus mesnadas.

Ahora bien, lo más interesante hoy es nuestro conocimiento del hombre como símbolo y resumen de las eternas virtudes y aspiraciones de Castilla. Y es más fácil soñar su alma y figurar su cuerpo a través de lo que hizo y aun de lo que se le atribuye, partiendo del áspero paisaje natal.

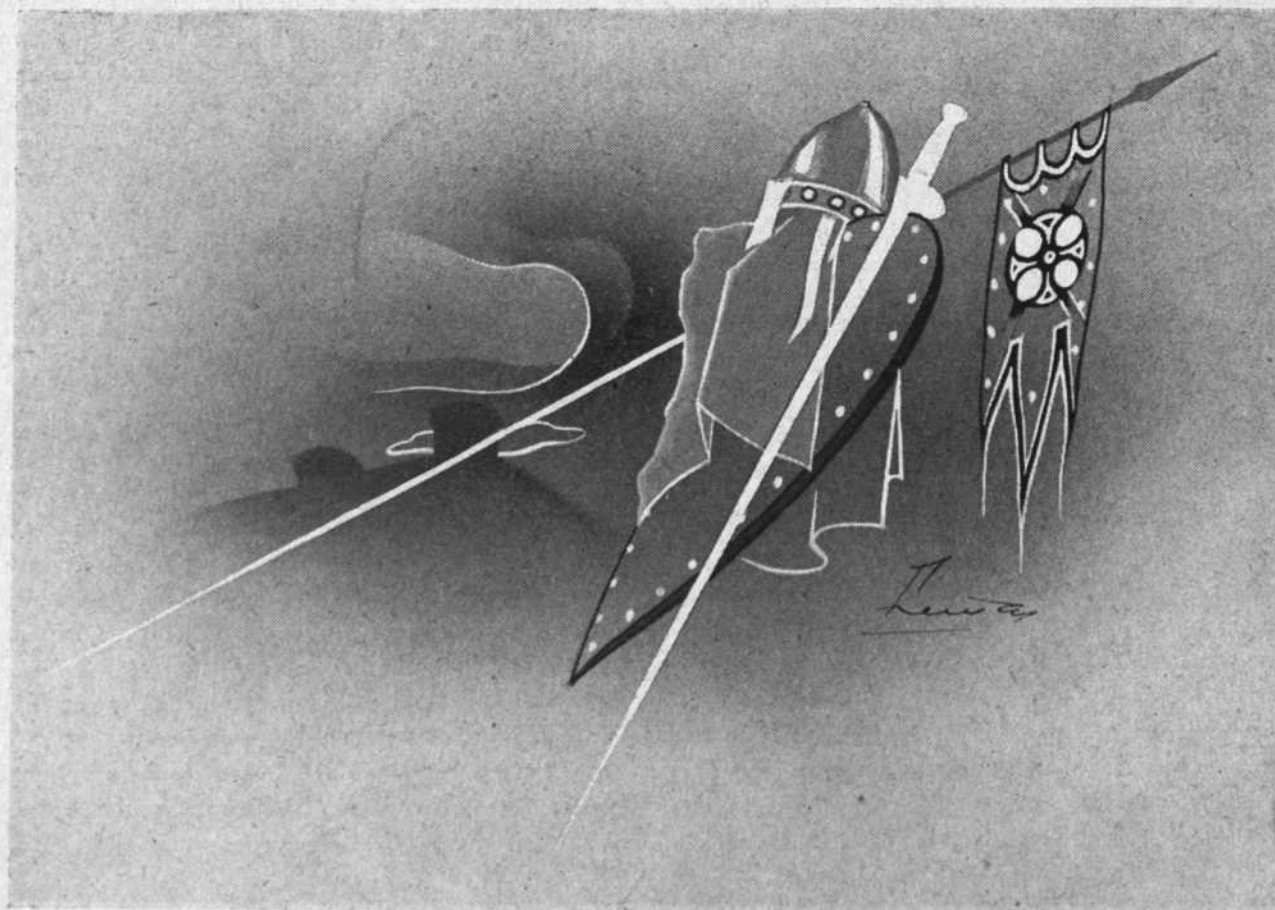
Hemos de pensar que la popularidad del Cid deriva de la misma entraña de su procedencia, por su identificación con el medio en que vive y sobre todo porque es el «hombre esperado» que realizará en breves años todas las aspiraciones de Castilla la Vieja, que tiene ansias de universal renombre y poderío. El Cid en este aspecto representa a la Castilla sedienta de victorias y de expansión, precisamente, sobre tierras de infieles. Es lo cristiano y lo español. Por ello, su nombre rueda y se agranda en los labios de la madre castellana cuando, acariciando a su hijo, sueña en él el nuevo símbolo para la Patria.

Cuando Castilla no era todavía España aquí se sentía la fiebre de nuestro universal destino y así surge el héroe que plasma en realidades el ansia infinita de su pueblo.

Del héroe nos queda su figura, y hasta los accesorios complementarios de su gloria tienen un particular sentido. Su caballo tiene un nombre sonoro, «Babieca», y ha sido ganado en buena lid. Sus espadas «Colada» y «Tizona» antes pertenecieron a sus vencidos. Hace la guerra fiado en su valor y en su fe. El resto, incluso sus armas y sustento, lo tomará de los mismos a quienes derrota.

Su barba «bellida», según el cantar, le dará majestad y es símbolo de fortaleza y de virilidad.

Su valor personal y su presencia de ánimo quedará reflejada en la hazaña del león, narrada en el cantar, que antes pusiera en trance vergonzoso a los infantes de Carrión. Es el varón fuerte, enérgico, aguerrido, el que brota de esta estampa. Pero posee la ternura de los privilegiados de corazón. Así llora al despedirse en Cardena de su esposa e hijas, porque también es buen esposo y buen padre. Lloro en Cardena. Lloro y sueña el porvenir a través de sus lágrimas. Sobrio y austero como los campos castellanos, la sed de la llanura le impulsa a conquistar el lejano horizonte inaccesible. Castilla logra en él su símbolo. Y ha conseguido que este símbolo sea universal. Y no renunciará jamás a él. Aquí, en esta tierra de castillos — corazón de España —, el Cid revive para siempre, con su mezcla de historia y de leyenda. El paso de los años no hará sino aumentar su gloria, y cuando Castilla necesita renacer e imponer su alto destino, tiene siempre a mano, en la cristiana conciencia de sus mejores hombres, el hondo sentido cistiano de la vida — fe y milicia — que hace inmortal a España.





# P

## ERSONALIDAD MILITAR DEL CID

por el EXCMO. SEÑOR  
GENERAL ARANDA  
Director  
de la Escuela Superior de Guerra



IS campañas y mando posterior en la región de Levante, me llevaron continuamente tras las huellas del Cid Campeador y permitieron reconstituir sobre el terreno gran parte de sus más notables hechos de armas, y aun cuando tenía la intuición de la grandeza del jefe que había hecho posibles tan gran epopeya, encontré más aún de lo que buscaba, pues junto a la figura del primer héroe épico que ha entrado en la Historia de España lo suficiente para poder ser el ejecutor de juicios, junto al Cid de la leyenda, maestro del valor, caballero sin tacha y jurista estimable, hallé el jefe militar, capitán que supo obtener de los medios de la época un resultado sorprendente anticipándose con mucho a algunos jefes geniales que más tarde se repudiaron como originales y aun a criterios políticos considerados como novedades en el siglo presente. El deseo de hacer resaltar la primordial importancia del jefe en la decisión de todos los

problemas militares, voy a mostraros a Rodrigo de Vivar como muestra patente de lo que representa para un buen ejército de cualquier clase y época que sea la buena selección y formación de sus jefes. Han sido siempre los pueblos amigos de las panaceas. Sin remitirme a épocas más antiguas, desde hace un siglo se ha basado la obtención del triunfo rápido y aplastante sucesivamente en el fusil de repetición, la ametralladora, la artillería pesada, la aviación, los submarinos y más recientemente las divisiones acorazadas. Sin negar la participación que cada uno de estos elementos ha podido tener en el triunfo, es fácil demostrar que la base principal del éxito son las cualidades del jefe, ya que una de las manifestaciones de su genialidad es siempre la adopción o utilización de los medios de combate en forma tal que sorprenda y domine al adversario.

## AMBIENTE EN QUE SE DESENVOLVIÓ EL CID



L mundo se desenvolvía entre dos polos religiosos: el musulmán y el cristiano. En la época de expansión musulmana la nueva religión asaltó Europa por los dos extremos del Mediterráneo. En el momento de entrar el Cid en acción, el peligro era el mismo, conjurándose en Oriente gracias a las Cruzadas y en Occidente merced al sacrificio de España en el esfuerzo personal del Cid. En el polo musulmán se repartía el dominio un imperio Abbasida en decadencia en Bagdad; un califato Fatimita en Egipto y otro califato Omeya en España, todo lo cual se fundió en dos imperios: el constituido por los nómadas turcos que invadieron el Oriente y más tarde Europa, y el formado por los nómadas bereberes arabizados que invadieron España, primero Almorávides y luego Almohades. El polo cristiano se formó a base de las dos mitades del imperio romano: una en Oriente, influida por eslavos y asiáticos, en plena decadencia, y otra en Occidente, a base de la influencia del Papado, sostenido por el imperio germánico.

En España existía exactamente un núcleo cristiano N. y NO. y otro musulmán S. y SE. El núcleo cristiano, como el musulmán, tenía sus zonas expansivas en el O. y otras estáticas y fraccionarias hacia el E. Así constituían el núcleo de la Reconquista

Castilla, León y Galicia, mientras permanecían estacionarias de momento Navarra, Aragón y Barcelona. Del lado musulmán la expansión radicaba en Córdoba, Sevilla y Badajoz, mientras se limitaba a vivir Zaragoza, Lérida, Valencia, Murcia y Denia, retrocediendo al concepto de Ciudad-Estado.

Los conceptos de la época se reducían a una vaga idea de la patria. La nación no existía. Sobre el Estado tenían distintas ideas los nobles y la Iglesia. Los primeros partían de la base de un contrato tácito entre el rey y los hombres de mutua ayuda y defensa. La Iglesia no aceptaba los derechos del rey sin los deberes de protección a los vasallos, es decir, a los humildes. La reconquista había pasado del período heroico de la guerra absoluta entre cristianos y musulmanes al de avance político, secundado por la guerra cuando y como resultaba posible y conveniente. Los reyes cristianos, sometido el poderío musulmán, le imponían parias o tributos e iban borrando del mapa los estados enemigos a medida que disponían de población cristiana o mozárabes suficientes para poblarlos. No existía gran unidad entre los cristianos, que fácilmente guerreaban entre sí por la expansión de sus estados, valiéndose todos de aliados musulmanes.

Solar del Cid



## II

### FORMACIÓN DEL CID



ACIDO junto a la frontera de Navarra, conoce desde su infancia el rigor de la guerra. Huérfano a los 15 años, es criado en la corte del rey Sancho, armado caballero a los 17 y promovido a los 23, en 1066, a Alférez de Castilla, dignidad que comprendía el mando de las huestes reales y la obligación de velar y combatir personalmente por el honor de su rey y de su estado de Castilla, cargo que desempeñó muy brillantemente siete años, hasta que la muerte del rey Sancho ante los muros de Zamora le pone a merced de su hermano Alfonso, contra quien había siempre combatido y al que exigió el juramento de Santa Gadea. Diez años soportó con entereza su desgracia manteniéndose fiel a su rey, hasta que los mezcleros o mextureros de la corte, tan desgraciadamente frecuentes en todas épocas, le hicieron caer en desgracia y marchó al destierro que tan maravillosamente ha popularizado el juglar de Medinaceli en el Poema del Cid.

Cinco años pasó el Cid seguido de su mesnada

buscando dónde ganarse la vida y adquirir crédito, sin faltar jamás a la lealtad que voluntariamente, y sin obligación ninguna según las costumbres de la época, guardaba a su rey. Rechazado por el conde de Barcelona, luego su más constante enemigo, se mantuvo cuatro años al servicio del rey de Zaragoza (primero Moctádir y luego Motamin de la familia Beni Hud), hasta que la creciente influencia del rey Alfonso le llegó a impedir en absoluto el desarrollar ninguna actividad guerrera, ya que todos los Estados cercanos eran aliados o tributarios suyos.

En esta situación, 1086, se produce la invasión almozárabe, y la batalla de Sagerejas, cerca de Badajoz, fatal a los cristianos. Había el rey Alfonso de Castilla llamado para la batalla a su súbdito Álvar Fáñez, sobrino del Cid y jefe de las lanzas castellanas que sostenían en Valencia al rey musulmán, y para reemplazarle envió Alfonso al Cid, que de esta manera entró en acciones como fuerte escudo opuesto a la invasión en la región de Levante.

## III

### MEDIOS DE QUE DISPUSO



CONtra de la opinión extendida más corrientemente, los ejércitos de la época, tanto cristianos como musulmanes, disponían de bastante infantería, parte de ella muy buena, indispensable para la defensa de la plaza fuerte y la vigilancia de las zonas fronterizas, reservando la caballería como arma de choque, difícil de organizar en gran cantidad por la escasez y carestía de los caballos, que en esa época llegaba a suponer, con su montura, el valor de 50 bueyes. El ejército cristiano contaba con una caballería extremadamente sólida, debido a su espíritu y a estar tanto el jinete como el caballo muy protegidos por placas de hierro; la infantería comprendía los almogávares o infantes ligeros especializados en el lanzamiento de dardos, los saeteros, arqueros y los llamados tropeles, la infantería ligera especialmente

reclutada en las provincias montaraces del Norte. Los musulmanes contaban con una magnífica caballería ligera superior a la cristiana en velocidad y aptitud maniobrera y muy inferior en el choque por la diferencia de armamento y protección, de la cual copiaron más adelante los cristianos la caballería a la jineta. Los almoravides trajeron de África una magnífica infantería de gran cohesión y aptitud maniobrera cuyos movimientos se regían por el toque de grandes tambores, que en los primeros momentos produjeron gran impresión en los cristianos. Las cifras aproximadas señalan 600 lanzas para las primeras batallas del Cid, y 1.200 a 1.300 para las de mayor importancia, lo que representa de tres a siete mil hombres, dado que cada lanza representaba el caballero jinete y un arquero a caballo y tres combatientes a pie.



## CONCEPTO DEL CID SOBRE LA GUERRA



L Cid practicó la totalidad de las modalidades de guerra de su época. Es decir, la guerra de castigo o razzia, que no tenía otro objeto que disminuir la cosecha enemiga y recoger el mayor botín posible, y la guerra de sorpresa y asalto a algunas fortalezas, pues las medianamente organizadas y defendidas resultaban totalmente invulnerables a los medios ofensivos de la época. Su personalidad se acusa en nuevas modalidades a las que se anticipó de manera genial a su época en bastantes siglos. En primer lugar, hizo la guerra de tipo estratégico, como su primera campaña sobre Valencia cuando fué ésta amenazada por el conde de Barcelona y rey de Zaragoza, desarrollando una invasión con las mismas preocupaciones o principios y consideraciones que se han practicado recientemente en la guerra de liberación e incluso por algo que rebasa los límites de la casual coincidencia, partiendo de la misma región de Calamocha y Cella, asegurando previamente Albarraçin y el valle del Turia en Villed para descender

por Viver y Segorbe sobre Murviedro (Sagunto), obteniendo el resultado de hacer abandonar al enemigo el sitio sin llegar a combatir. Practicó la guerra defensiva, tanto en la organización de la región de Levante a base de fortalezas y destacamentos en Tortosa, Burriana, Alpuente, Játiva y Benicadell (Albaida), como en la campaña que tuvo su desenlace en el combate del Pinar de Tebar (La Pobleta). La batalla ofensiva tuvo su mayor razón en la provocada por el Cid durante el último sitio de Valencia por los almorávides, decidida en la llanura de Cuarte, y la defensiva en la batalla organizada en el Pinar de Tebar y en la preparada sobre la acequia de Mislata, entre los dos sitios que el Cid puso a Valencia. Se ve, por consiguiente, cuán completa era la concepción militar del Cid y en qué forma supo adaptarse perfectamente a los medios de que disponía, siendo el precursor de los grandes capitanes españoles que, como Gonzalo de Córdoba, desarrollaron la batalla ofensiva en Garellano.

## PERSONALIDAD DEL CID COMO JEFE



L concepto de jefe militar es muy complejo, y su altura depende en gran manera del equilibrio entre cualidades muy distintas. El valor personal del Cid se acreditó en la batalla de Golpejera, cercanías del río Carrión, luchando contra quince lanzas para libertar a su rey, en Zamora, llegando hasta la puerta de la fortaleza furioso por la traición, y en Albarracín, donde sorprendido, por siete lanzas, las pone en fuga, no obstante hallarse gravemente herido en el cuello. El más rencoroso cronista de sus enemigos, Ben Hassam, decía: «Este hombre fué, por su habitual y clarividente energía, por la viril firmeza de su carácter y por su heroica bravura, un milagro entre los milagros del Señor». Su concepto del mando se reflejó en sus palabras al entrar en Valencia: «Yo soy un hombre que nunca tuve un reino ni nadie de mi familia, y ved cuál es el poder de Dios: el día que yo vine a sitiar la plaza no tenía más que cuatro panes. A Dios debo la merced de haber ganado Valencia, y si bien encamino mis pasos, Dios me la con-

servará, y si no, bien seguro estoy de que me la quitará». Buen político y perfecto organizador de un protectorado, fué muy mal cortesano, defecto éste muy corriente en los grandes capitanes por ser absolutamente opuesto a su grandeza de alma y sinceridad — recuérdese al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba y el triste papel de Hernán Cortés en la conquista de Argel —. Su concepto de lealtad era tan rígido, que ha quedado como muestra que nadie puede rebasar, y si de alguna manera hubiera de caracterizarse por una sola cosa, el Cid Campeador, sería seguramente su perenne y acrisolada lealtad, el atractivo de su extraordinario espíritu y caballerosidad. Por último, muestra en gran medida una condición muy general en todos los caudillos, como es mantener en todo momento estrecho vínculo con sus soldados y con su pueblo hasta llegar a constituir la más completa representación de sus virtudes, y bien lo define el cronista al exclamar: «A todos alcanza honra, por lo que en buena hora venza».

## VI

### MORALEJA: CARACTERÍSTICAS DEL JEFE



ESCRITA a grandes rasgos la figura del Cid, su condición suprema de caudillo y la influencia que ejerció en el arte militar y la política general de su época, queda abierto el camino para generalizar, pasando al estudio de los caracteres de los grandes jefes y las condiciones más favorables para su selección y formación, asunto de gran trascendencia para el futuro de la Escuela Superior del Ejército, que por benevolencia del Caudillo tengo el honor de dirigir. Las características de los jefes en la Historia pueden concretarse como sigue:

- 1.º El jefe nace, y logra su mejora mediante larga formación. No ha lugar a jóvenes prodigios. Nadie puede nacer genio.
- 2.º Su revelación se efectúa siempre en las grandes crisis, salvo el caso de los reyes hereditarios.

- 3.º Son muy humanos y representativos de su raza. En cuanto se consideran divinos, degeneran.
- 4.º Su superioridad se basa en el exacto conocimiento de su fuerza y de la debilidad de los demás.
- 5.º Suelen crearse un sistema propio. Cuando se amaneran surge el antídoto y son vencidos.

La característica española es la inteligencia, y sus consecuencias la absorción, la iniciativa y la indisciplina que tiende siempre a un exceso de personalismo. Como es preciso operar sobre la realidad si no se quieren sufrir fuertes desengaños, es forzoso que la selección se realice teniendo en cuenta las condiciones nacionales y el fin a lograr, siempre que se parta de la base de una moral firme, una virilidad enérgica y un amor extraordinario a la Patria sobre todas las cosas.

## VII

### CONSECUENCIAS

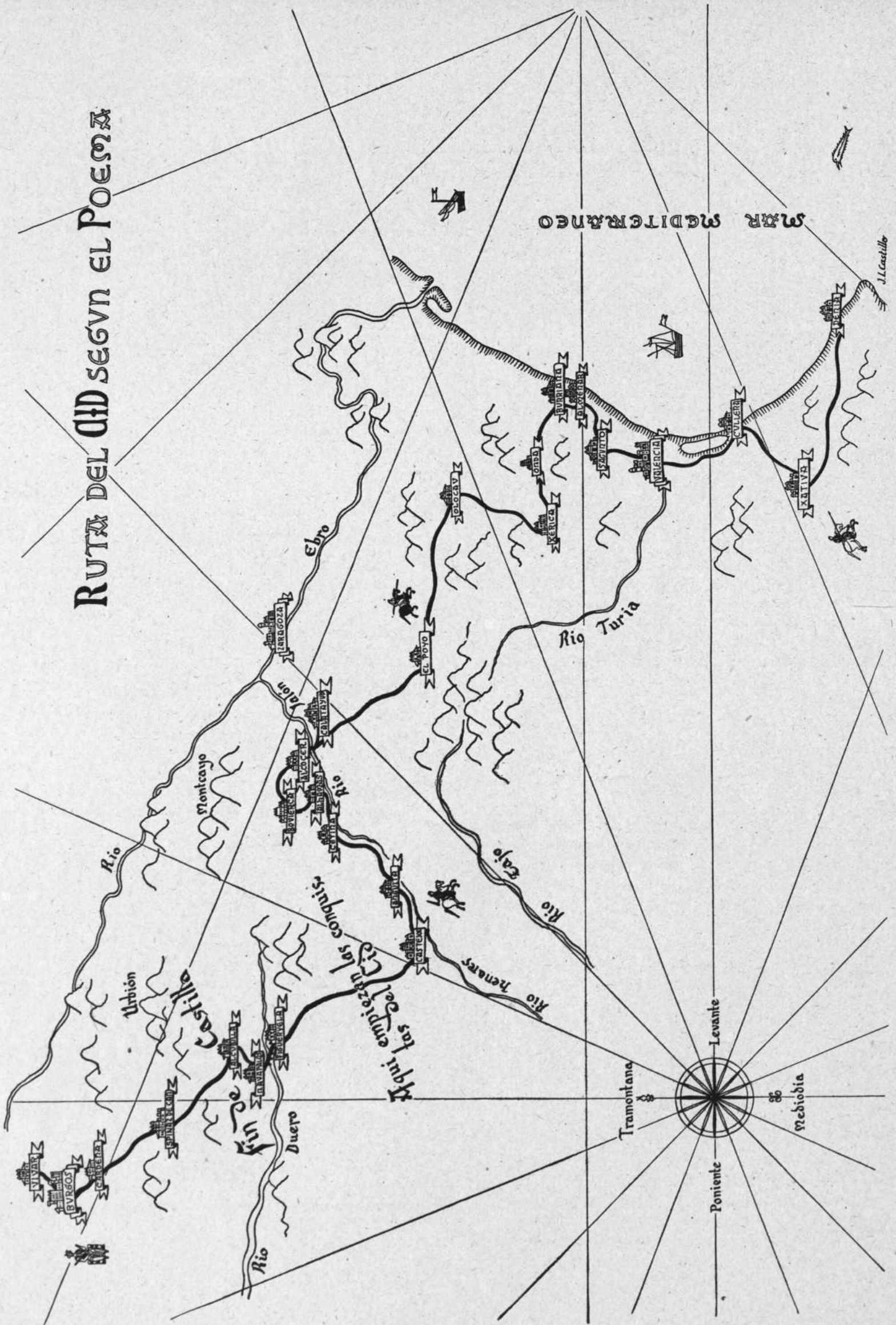


ADA debemos esperar de la copia servil y sí de cultivar esmeradamente nuestro propio jardín. Partamos siempre de la realidad más desnuda, seamos justos al seleccionar los mandos y tenaces en su preparación. Vuelve a reproducirse en los momentos actuales la crisis del Mediterráneo y el ataque de N. a S. en sus dos extremos. La política nacional sigue la orientación clara y vidente de nuestro Caudillo, se basa en la posesión absoluta del Mediterráneo occidental, al menos en la parte que baña nuestras

costas, y en poseer del promontorio del N.O. africano la profundidad suficiente para el dominio absoluto del estrecho de Gibraltar, la seguridad de la península española y para servir de base amplia y firme desde la cual podamos lanzarnos sobre el Atlántico en busca de los 100 millones de españoles que rezan y hablan con nosotros. Estamos seguros de que se realizarán cumplidamente los destinos de España cuando y cómo lo disponga nuestro Caudillo mientras, sean la fe y la virilidad los atributos esenciales de los españoles.



# RUTA DEL CID SEGUN EL POEMA





# COSAS DEL CID

que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.  
Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,  
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.

— ¡Oh Cid, una limosna! — dice el precito.

— Hermano,  
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano! —  
dice el Cid; y quitando su férreo guante extiende  
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Tal es el sucedido que el condestable escancia  
como un vino precioso en su copa de Francia.  
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano,  
el Cid siguió su rumbo por la primavera  
senda. Un pájaro daba su nota de cristal  
en un árbol. El cielo profundo desleía  
un perfume de gracia en la gloria del día.

Las ermitas lanzaban en el aire sonoro  
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;  
el alma de las flores iba por los caminos  
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,  
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,  
iba cual si llevase una estrella en el pecho.

Cuando de la campiña aromada de esencia  
sutil salió una niña vestida de inocencia,  
una niña que fuera una mujer, de franca  
y angélica pupila, y muy dulce, muy blanca.  
Una niña que fuera un hada, o que surgiera  
encarnación de la divina Primavera.

Y fué al Cid y le dijo: «Alma de amor y fuego,  
por Jimena y por Dios un regalo te entrego:  
esta rosa naciente y este fresco laurel».

Y el Cid sobre su yelmo las frescas hojas siente,  
en su guante de hierro hay una flor naciente,  
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

**C**uenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,  
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,  
pura como una perla. No se oyen en la hazaña  
resonar en el viento las trompetas de España,  
ni el azorado moro las tiendas abandona  
al ver al sol el alma de acero de *tizona*.

*Babieca*, descansando del huracán guerrero,  
tranquilo pace, mientras el bravo caballero  
sale a gozar del aire de la estación florida.  
Ríe la primavera, y el vuelo de la vida  
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.  
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,  
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,  
tendiéndole la mano le detiene un leproso.

Frente a frente el soberbio príncipe del estrago  
y la victoria, joven, bello como Santiago,  
y el horror animado, la viviente carroña

# EL CID

## PERSONIFICACIÓN Y SÍMBOLO

por ALBERTO URETA

UNA interpretación exacta del genio de la Raza, habría de apoyarse en el examen de dos valores esenciales del espíritu español, que, contradictorios en apariencia, se conjugan, sin embargo, armoniosamente, para forjar el tipo de una nacionalidad inconfundible: la perseverancia en el culto de la virtud activa y la heroica persecución de lo imposible. Así, a la obra inmensa de un pueblo que es realización empeñosa y tenaz a través de los siglos, tantas veces en lucha con una fatalidad inexorable, se aúna ese afán de lo inaccesible y de lo infinito, que es el signo de la verdadera grandeza. Y por eso más admirable aun que la obra misma, es la fe en el milagro que la empuja, que la levanta, que la cumple, que da verdad a cosas inauditas que son verisímiles sólo por haberse realizado. Don Pelayo, que lega a la posteridad en la cueva de Covadonga, con su heroísmo, el designio gigante de restaurar una nacionalidad definitivamente perdida; Isabel la Católica, que lanza a un visionario a la más atrevida de las aventuras y logra para España el prodigio de un mundo; el César que hizo temblar la tierra con el estrépito de sus hazañas, y en el pináculo de la gloria se despoja del más grande poder de todos los tiempos para servir a Dios en el humilde recogimiento de los claustros; Felipe II, árbitro de los destinos de Europa, que empeña generosamente en la salvación de la fe católica la vida de un imperio, son el tipo completo de esos héroes que tallan en roca la fisonomía moral de un pueblo. Pero si en éstos, como en tantos otros, los caracteres de la nacionalidad cobran tan alto grado de vigor espiritual y de riqueza activa, en ninguno España encuentra una personificación más alta como en aquel legendario paladín de la Reconquista que paseó triunfante por toda la Península el pendón de su fe, de su rey y de su patria. El Cid Campeador encarna plenamente el alma de su pueblo, no sólo porque su figura incorpora lo que hay de esencial en el espíritu de la Nación, sino porque su voluntad de vencer sabe, en la extraordinaria gesta de su vida, ultrapasar los límites de lo asequible. Osado y valiente, fiel a su religión, leal a su rey, es hidalgo y generoso, pero también altivo y soberbio. Ni el infortunio lo abate ni la injusticia de su señor lo humilla. Cuando, después del juramento de Santa Gadea, Alfonso VI lo destierra, el Cid — según reza el Romancero — halla la expresión justa de su orgullo:

*«Vete de mis tierras, Cid,  
mal caballero probado,  
y no vengas más a ellas  
desde este día en un año.»*  
*«Pláceme, dijo el buen Cid;  
pláceme, dijo de grado:  
tú me destierras por uno,  
yo me destierro por cuatro.»*

Orgullo que en nada mengua, sin embargo, la proverbial hidalguía castellana. Conquistada Valencia, el Campeador envía al rey las llaves de la ciudad en prueba de vasallaje, y al relatar el hecho, el mismo Romancero pone en boca del héroe:

*«Y conquistado un castillo,  
fago pintar en sus piedras  
las armas del rey Alfonso...»*

Pero lo que confiere al Cid carácter específico y lo hace genuinamente español, es su don de ver grande, su capacidad de sobreponerse por el pensamiento a lo posible y contingente, su ambición desproporcionada y magnífica. Como en el héroe de Cervantes, su vida es una constante oposición entre la infinitud de su ideal y las limitaciones de la realidad. El Cid no combate sólo por abatir a los moros y conquistarles reinos. Su designio es más vasto. Asume en su persona la tarea gigante que había de ser obra de ocho siglos. No sin razón la leyenda le atribuye la arrogancia de esa frase que es toda una profesión de fe: «Si por culpa de un Rodrigo habían entrado los moros a España, otro Rodrigo los arrojaría».

Personificación auténtica de una Raza, el Cid es algo más todavía: un símbolo. Su figura desborda la representación de una época, de una aspiración, de una idea, de un sentimiento, para convertirse en imagen de una actitud eterna del espíritu en la conciencia nacional del pueblo. A través de los siglos, en un avatar perenne, este gesto heroico, inconfundible, que es todo el Cid e inmortaliza su leyenda, vive y se agita en el genio o en el valor o en el esfuerzo de cuantos han dejado un surco en la grandeza de España. Es Guzmán el Bueno en Tarifa, Gonzalo de Córdoba en Nápoles, don Juan de Austria en Lepanto, Hernán Cortez en Méjico, Francisco Pizarro en el Perú.



# LOS ROMANCES DEL CID

por MANUEL MUÑOZ CORTÉS

**L**A figura de Mio Cid Ruy Díaz, «el que en buen hora nació», dió origen a un cantar de gesta, maravillosa obra de arte, cuyo octavo centenario ha tenido reciente conmemoración. Este poema lo conocemos por un cuadernillo juglaresco olvidado y perdido durante centurias enteras y hoy conocido y estudiado perfectamente gracias, sobre todo, al genio de don Ramón Menéndez Pidal.

Pero en la tradición oral siguió vividamente marcada la huella que habían producido las hazañosas gestas de Mio Cid. Y cuando esa veta tradicional surge fuerte y con cauce anchuroso de río viejo, en el Romancero hay un verdadero ciclo de esos poemas breves y anónimos que recrean con singular gracia y estilo la amada personalidad del mejor caudillo castellano. Si nuestro Romancero es nacional por ofrecer en sus características culturales coincidencias exactas con las determinantes fundamentales de la cultura española y del espíritu de su tiempo, es aun más intensamente nacional por la persistencia de esta temática heroica y dentro de ella por la preferencia por los hechos cidianos.

Pero estos hechos cidianos no están narrados con la sencillez emocionada del juglar. Aparecen además otras hazañas muy diferentes de las cantadas en el Poema. Ya durante la Edad media, siguiendo una ley general de la epopeya, habían aparecido relatos de las *mocedades* cidianas. Hay en el alma popular un sentimiento apasionado ante estos héroes que los juglares hacen revivir, se siente con ellos, y parece que, como si sus hechos fuesen escasos, hay que hacerles realizar nuevas heroicidades. Entonces se prolonga idealmente su vida hacia adelante y hacia atrás y aparecen las *jeneusses* y los *moniages*, juventudes y monacatos.

De estas nuevas etapas sólo tenemos una en la temática cidiana. Y el romancero la toma con cariño. Del relato viejo tomará otros sucedidos y poco a poco, fragmentándose las baladas, sometidas al juego de la reelaboración, irán diseñándose nuevos poemillas. Conocemos gran cantidad de ellos que forman el Romancero del Cid. ¿Cómo aparece el Campeador en él?

Un lector del Poema, cuando toma los primeros romances de este ciclo, observa sorprendido que aquel

leal vasallo, siempre combatido pero siempre firme en su lealtad, aquí es un mozuelo rebelde e inquieto. Mio Cid, de quien exclama el juglar «que buen vasallo si hubiese buen señor» nunca querría lidiar con el rey Alfonso. Rodrigo, «el soberbio castellano», todo hecho irrefrenable ímpetu juvenil, está rebosante de desmesura. La desmesura, ese terrible torcedor íntimo de los vasallos rebeldes franceses que forma el *leit-motiv* de ciclos enteros épicos y que en los poemas de esos ciclos hace a los personajes incendiar, arrasar, asesinar, no araña siquiera el alma bien temperada del Campeador. Él nunca ha de ser torbellino, siempre hablará «bien e tan mesurado». Es buen sabidor de leyes y a ellas somete su fuerza. Pero Rodrigo el doncel de nuestros romances aparece con un antagonismo desgarrado en contra del rey. Cuando va por primera vez a palacio, marcha hosco y desconfiado, es el único de la hueste que va con guante de malla, cabalgando a caballo y con las armas de combate. Cuando llega frente al rey Fernando, no se apea, queda erguido en su cabalgadura y sólo a instancias de su padre se aproxima a besar la mano a su señor. Pero como al arrodillarse se le arranca el estoque, el rey se asusta y lo rechaza, y entonces Rodrigo exclama estas tan célebres palabras:

*Por besar mano de rey  
no me tengo por honrado;  
porque la besó mi padre  
me tengo por afrentado.*

Como cada época toma de la Historia — real o legendaria — lo que conviene a su particular deseo, estos versos hicieron fortuna entre los románticos. ¡Qué diferente, esta desmesurada rebeldía, del heroico silencioso servicio a la idea amada del destino castellano que nos penetra de emoción leyendo el viejo cantar!

Otro aspecto distinto de este antagonismo es el romance de la Jura de Santa Gadea. Desdeñado injustamente por Menéndez Pelayo, ha sido objeto de un detenido estudio de Menéndez Pidal, que ha probado su entronque con poemas épicos que cantaban ese episodio de las juras. Las distintas versiones de él nos muestran la evolución de la actitud popular ante el antagonismo entre Rodrigo y el rey. En las más

antiguas, que conservan modificados algunos versos de gesta, aun no tiene el vasallo la arrogancia orgullosa que muestra en las últimas, que ofrecen por contaminación los mismos versos «por besar mano de rey...», del que hemos visto anteriormente. Hay un idéntico regusto, según caminan los años, de acendrar esta desmesura de convertir en «sturm und drang» lo que en Mio Cid era serenidad, seguridad en sí mismo, en la fuerza propia dominada y orientada como flecha contra blanco seguro por el recuerdo y la nostalgia operante de Castilla la gentil.

\* \* \*

Mas dejemos estos aspectos del Cid y veamos otros quizá más gratos. Parece que en el Romancero hay una especial preferencia por el aspecto bélico de Ruy Díaz. Si, como he dicho en otra ocasión, el Cid del poema ofrece una magnífica unidad de ardimiento combativo y apacibilidad intelectual frente a la división de personalidades de la *Chanson de Roland* (Rolanz est proez et Olivier sage), sus romances más popularizados son los que relatan hazañas guerreras, los que cantan lides individuales contra reyes moros. Pero, de todas maneras, los diversos matices con que en el Cantar se nos presenta a nuestro héroe tienen continuación más o menos extendida pero siempre existente en el Romancero. Y en él las gestas tardías, en las que se funden diversas épocas de la vida del Cid, tienen numerosas continuaciones. Los dramáticos relatos del cerco de Zamora quizá sean las piezas más emocionadoras de nuestra poesía heroico-popular. ¿Quién no se ha sentido conmovido leyendo el «Guarte guarte Rey Don Sancho?» ¿Quién no siente la íntima tragedia del héroe cuando dialoga de campo a muralla con la infanta doña Urraca? Esa mujer tan mal amada de los castellanos que irrumpe en la habitación donde su padre agoniza quejándose con

durísimas palabras, esa hembra fuerte que resiste a su hermano encerrada en sus murallas, es la que niña jugaba con Rodriguillo, la que estaba enamorada de él y la que ahora hiere el pecho del joven alférez castellano con una vira que hierro no traía. Y la traición de Vellido Dolfos consumada; el dolor de Ruy Díaz, que sin embargo no puede retar a los zamoranos porque al expirante rey Fernando había jurado nunca el mandato de las particiones incumplir y menos luchar contra sus hijos. Y sólo — magnífica sutilidad continuada en los romances — lo había hecho por seguir a su señor don Sancho. Luchas de paladines, íntimos dolores de fuertes personalidades, tragedias inmensas... todo esto nos ofrecen estos romances cidianos.

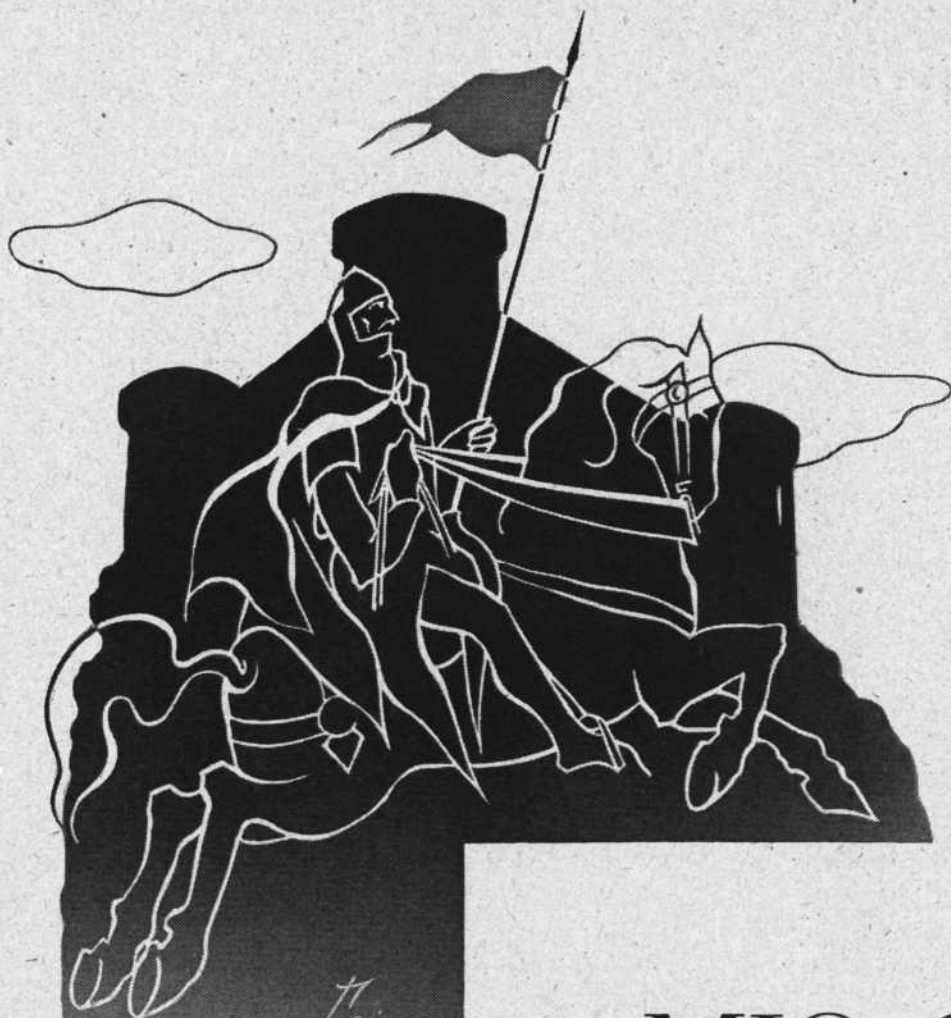
Y, junto a, ellos los que continúan el primitivo poema. Madurez del héroe, culminación de su fama y honores, bodas de sus hijas, tremenda afrenta, Cortes de Toledo, todas estas escenas cantadas y recreadas una y otra vez, aun repetidas hoy en pueblos hundidos y olvidados.

\* \* \*

Así es el Romancero del Cid. Rico de matices, siempre suscitador de emociones diversas — admiración, tristeza, cariño —. Hoy, casi agotada la veta de la tradición, no hay nuevas refundiciones. Sólo la deliciosa *Flor Nueva de Romances Viejos* de don Ramón nos ofrece un romancerillo cidiano nuevamente rehecho. Pasan los tiempos y cambian los gustos literarios, pero diremos, remedando el verso de Garcilaso, que nadie nos podrá quitar el sentir trémulo, la renovada emoción ante estos poemas breves y anónimos que, leídos desde nuestra adolescencia, siempre nos traen una brisa vivificadora de belleza y de sentido nacional, un regusto de lo absoluto y de lo que tiene raíces en nuestra alma de españoles.



Sepulcro del Cid en Cardeña



## MIO CID

Alto como la luz de su desvelo,  
del solar al castillo se levanta.

Y — lanza herida en el mojón — se planta  
en la mitad, sobre ancho paralelo.

Capitán de bandera en primer vuelo,  
combate, al eco de romance y llanta,  
fajando tierras, en que se amamanta  
su limpia estirpe, bautizando suelo...

Y el pabellón arraiga. De la peña,  
que desbarata tela y maravilla,  
su cuño bravo la altivez domeña.

Balhuceo plural bulle en la arcilla.  
Y la unidad de España, con que sueña,  
se hace grito de gesta: ¡Ancha es Castilla!



# EL SENTIMIENTO RELIGIOSO DE MIO CID A TRAVÉS DEL CANTAR

por JESÚS NIETO PENA



Cristo pectoral del Cid

**S**I en sus relaciones con el rey, su legítimo señor en la tierra, fué Rodrigo Díaz de Vivar el más ejemplar vasallo, el hombre fiel que lleva esta fidelidad a extremos de heroico sacrificio, nadie hallará en nuestro gran caballero la menor tacha en esa otra índole de relaciones que, como buen hijo de su tiempo, fervoroso cristiano, mantiene con su Dios. El Cantar, a este respecto, es todo lo aleccionador que deseamos. Del mismo modo que el juglar, a través de sus toscas expresiones, traza un itinerario geográfico magistral, exacto, de las andanzas de Mio Cid, cada movimiento esencial del protagonista dentro de la órbita del Poema tiene una actitud religiosa clara y vibrante, aunque, como en toda la personalidad cidiana, la sobriedad frene toda tendencia o arrebatado íntimo.

Así la exclamación inicial, cuando convocados los parientes y leales anúnciales el destierro con sobrio gesto aunque infinitamente conmovido — «Fabló Mio Cid bien e tan mesurado: „Grado a ti, señor padre, que estás en alto”» —, nos revela su espiritualidad cristiana. Alaba al Señor en la hora de su amargura, y nos recuerda, desde Job hasta los mártires de Roma, la forma dulce y resignada de aceptar con «alegría» el castigo humano por amor de Dios. Prueba clara de su fe, esta exclamación la reitera el Cid como una clave de su actitud en el destierro y en todos sus combates.

Sale el Cid para su destierro recordando el dulce amor y los nombres de las heredades familiares. Entristecido fija sus ojos en el paisaje castellano. Caballero en su caballo, va recogiendo la forzada hostilidad de puertas y ventanas. Oye las palabras de la niña que se atreve a decirle la razón de aquella concertada enemistad aparente:

*«Si non, perderíemos los haberes e las casas,  
e aún demás los ojos de las caras».*

Pero llega a Santa María, la catedral burgalesa, y entonces nos dice el Poema:

*Luego descabalgó;  
fincó los hinojos, de corazón rogaba.*

A Dios se humilla. Religiosa servidumbre a Aquel en cuya justicia santa ha puesto todas sus esperanzas. Ruega de corazón, como el buen cristiano reza siempre. Y, confortado el ánimo con la plegaria

*la oración fecha, luego cabalgaba,*

jinete en su caballo legendario, prepara con arte militar y con cautela las venideras jornadas.

Ya arreglada la difícil cuestión de aparejar recursos suficientes con el trato hecho, merced al buen servicio de Martín Antolínez, con los judíos Raquel y Vidas, las tiendas recogidas, la comitiva en marcha, el Cid reitera

su devoción y marca cumplidamente su empresa con el signo de la cruz:

*La cara del caballo tornó a Santa María,  
alzó su mano diestra, la cara se santiagua.*

Y como en todo su obrar tiene presente no sólo la inclinación religiosa de su alma, sino el acatamiento de los preceptos, la fe viva y el claro entendimiento de las facultades divinas de la Iglesia, después de rendir gracias al Señor y de suplicar la intercesión de la Virgen, anuncia y promete mil misas al altar de María Santísima.

\*\*\*

La devoción, muy extendida en España, a la Virgen María en toda la Edad media, pero de un modo especialísimo en los siglos XII y XIII, se proyecta con vigoroso trazo en el Cantar lo mismo cuando se trata del Cid que de doña Jimena y otras figuras menos esenciales del Poema.

El título con que Rodrigo la llama frecuentemente es el de Gloriosa:

*«Válanme tus virtudes, gloriosa Santa María».*

Y más adelante:

*«Vuestra virtud me vala, Gloriosa».*

Así se comprende que, fortalecido su ánimo con la protección divina, emprenda el Cid su peregrinación fabulosa sin que manifieste ante sus leales el menor decaimiento y flaqueza.

Prueba eficaz de las relaciones felices de nuestro caballero con la Iglesia, las encontramos en el sencillo gozo con que el autor del Cantar describe la llegada del Cid a Cardeña:

*¡Dios, qué alegre fo el abbat don Sancho!  
Con lumbres e con candelas al corral dieron salto,  
con tan grant gozo reciben al que en buena hora nasco.  
«Gradéscolo a Dios, Mio Cid, dixo el abbat don Sancho,  
pues que aquí vos veo, prendet de mi hospedado».*

Es la Iglesia la que personifica don Sancho. La misma que da el derecho de asilo, a través de nuestra historia, sin reparar condición o desvelo del perseguido. Maternal tiende sus brazos al que busca justicia lejos de su airado señor. Y el Cid corresponde piadosamente a esta maternal coyuntura eclesiástica. Se siente amparado eficazmente, y a su custodia deja lo mejor de su vida:

*«Dues fijas dexo niñas e prendellas en los braços;  
aquí vos las acomiendo a vos, abbat don Sancho».*

Todavía el santo nombre de Dios ensalzará el labio del guerrero cuando se dispone a desprenderse de sus familiares:

*«Plega a Dios e a Santa María  
que aún con mis manos case estas mis fijas».*

Prosiguiendo la corriente devota de la Edad media, pide al abad que en las primeras horas del día diga la Misa de Santa Trinidad. Y él va con Jimena a este acto religioso:

*Mío Cid e su mujier a la iglesia vane.*

Y postrado de rodillas, asiste al Santo Sacrificio, mientras Jimena preludia su bellísima oración «rogando al Criador cuanto ella mejor sabe». Acabado el acto, después de abrazar a los suyos, mira a sus hijitas y a su esposa y las encomienda a Dios con aquellas palabras conmovedoras:

*«A Dios vos acomiendo, e al Padre espirital;  
agora nos partimos, Dios sabe el ajuntar».*

La última noche que Rodrigo Díaz de Vivar descansa en tierra de Castilla, duerme con dulce dueño. Es esta también una semblanza religiosa primitiva, magistralmente trazada por el juglar. El ángel Gabriel se le aparece en sueños al Cid. Le da la orden de cabalgar profetizándole una venturosa marcha. El desterrado acoge con valor de revelación divina esta simbólica noticia y nuevamente arma su pecho con el signo de la cruz:

*Cuando despertó el Cid, la cara se santigó.*

La profecía del Ángel se ha cumplido. La suerte se alista en sus banderas. Victoria tras victoria, botín tras botín, el Campeador corona triunfalmente sus jornadas. Vence al conde de Barcelona, a quien gana la célebre *Colada*; se enriquece su ejército y ya le espera con el laurel y la sonrisa la ciudad de Valencia. El Cid, presuroso, apenas asegura su conquista envía a recoger a su esposa y a sus hijas. Son los días felices de su historia. Jimena contempla la grandeza humana de aquel esposo fiel que también puede enorgullecerse de santificar el sacramento del Matrimonio. El Cantar ahora está preñado de aquella dulce imagen:

*Ojos bellidos catan a todas partes.*

Sin embargo, no puede dormirse en sus laureles Mío Cid Campeador. El rey de Marruecos le amenaza. Le envía sus mejores ejércitos como un reto a muerte. Ya llegan a su encuentro. Le buscan. Le amenazan. Y entonces, con ejemplo de valor magnífico, como en los malos tiempos ya olvidados, sube la oración a su labio victorioso:

*«¡Grado al Criador e al Padre espirital!  
Todo el bien que yo he, todo lo tengo delant;  
con afán gané a Valencia, e hela por heredad,  
a menos de muert no la puedo dexar;  
¡grado al Criador e a Santa María Madrel...».*

Colmado está su pecho de esperanza en la divina protección. Su fe no tiene dudas. Sabe que lucha por algo más alto que el valor de aquellas hermosas heredades. Las circunstancias le han hecho también paladín de la cristiandad. Tan alta es su visión y su brazo tan fuerte, que no vacila en dar seguridad del triunfo a la dulce Jimena:

*«Mujier, seed en este palacio, en el alcácer;  
non hayades pavor porque me veades lidiar,  
con la merced de Dios e de santa María madre,  
crécem el corazón porque estades delant;  
con Dios aquesta lid yo le he de arrancar».*

Poco después reiterará a su esposa estos motivos de seguridad en el triunfo cuando la mira angustiada y temerosa:

*«Non hayades miedo ca todo es vuestro pro;  
antes destos quinze días, si ploguiera al Criador,  
haviemos a ganar aquellos atamores»;*

y al mismo tiempo expresa su devoción a María con ciertas promesas a cumplir tras la victoria:

*«A vos los pondrán delant e veredes cuáles son,  
deri han a seer del Obispo don Jerome.  
Colgar los han en Santa María Madre del Criador».*

Vence de nuevo el Cid. Un botín valioso es ganado en la batalla y se reparte equitativamente entre los suyos.

Dota a las dueñas de su esposa Jimena, a las cuales presenta su homenaje en el que van fundidas sus gracias al Señor:

*«A vos me humillo, dueñas, grant prez vos he gañado;  
vos teniendo Valencia, e yo vencí el campo,  
esto Dios se lo quiso con todos los sos santos.  
Rogad al Criador que vos viva algunt año».*

El Cantar, a partir de este instante, sitúa constantemente al Cid en el marco de toda su grandeza humana. Es la figura moral del caballero el aspecto más cultivado en las estrofas que se suceden. El rey se reconcilia con su fiel vasallo, después de recibir de éste riquísimos presentes. Entre tanto, la fama del Campeador crece como sus victorias. El juglar nos situará en seguida ante una nueva coyuntura dramática. El deseo o propuesta de los infantes de Carrión de contraer matrimonio con las hijas del Cid. El rey Alfonso les promete solicitar la mano. Minaya y Per Vermúdoz llevan al Cid la petición del rey, dándole cuenta del amor y admiración que el rey le profesa. Oído el mensaje del rey Alfonso, nuevamente la palabra cidiana invoca al Señor:

*«Esto gradesco a Cristus, el mio Señor.  
Echado fu de tierra, he tollido la honor,  
con grand afán gané lo que he yo;  
a Dios lo gradesco que del Rey he su amor».*

Y cuando medita, por amor de sus hijas, en la propuesta de matrimonio, eleva a lo alto sus ojos pidiendo inspiración al cielo:

*«A fe Dios del cielo que nos acuerde en lo mijor».*

Otras expresiones religiosas se reiteran a través de los siguientes versos. Y aunque en el ambiente de la época eran corrientes dichas expresiones, es de observar, como afirmación profundamente religiosa del Cid, la proclamación constante, en el orden jerárquico, de Dios sobre todas las cosas de la tierra; su ruego u oración en los momentos de mayor congoja o alegría de su alma, y algunas expresiones características suyas que el juglar sólo a él concede y atribuye. Para toda esperanza de victoria sueña «la ayuda del Criador». Para todo proyecto de conquista piensa en Dios «que del mundo es Señor». Y aun en los momentos más dramáticos que debieron llevar su esforzado ánimo al borde de la ira, como al recibir noticias de la afrenta de Corpes, su primera exclamación es:

*«¡Grado a Cristus, que del mundo es Señor!»*

Y es verdaderamente portentoso el dominio de sí mismo y su rectitud moral, cuando en el caso de hallar a sus hijas tras el horrible episodio de Corpes, las recibe con palabras transidas de las más cariñosa ternura paternal y de la más alta resignación cristiana. A Dios le pide que venga la afrenta de doña Elvira y doña Sol, sin que en su ánimo quepan más pensamientos que exigir del rey el castigo de los culpables y esperar de Dios el castigo de los infantes.

Otro momento significativo es aquel que describe el Cantar cuando el Campeador, con los suyos, se queda en San Servando. Son vísperas de un momento decisivo para su honor. Pasa la noche en San Servando, donde

*Mandó fazer candelas e poner en el altar.  
Sabor ha de velar en essa santidad,  
al Criador rogando e hablando en prioridad.*

Toda la noche la pasa en esta piadosa vela nuestro caballero, que pone en las manos divinas la resolución de su congoja. No duerme y asiste a los maitines y seguidamente a la misa de alba.

Las citas a lo divino se multiplican monótonas en las siguientes estrofas. No hay acontecimiento que no mueva el corazón del Cid a dar gracias al Señor de cielos y tierra. Y como su vida fué piadosa, piadosa fué su muerte. Magnífico prototipo del español de la Edad media, Rodrigo Díaz de Vivar llevó su ideal religioso como motor principal de sus campañas. Y fué sin duda ese ideal el que, iluminando su espíritu, le llevó, por las tierras enemigas de la cruz, de victoria en victoria.



Ruinas del Monasterio  
de San Pedro de Arlanza

por JAVIER S. CANTÓN



I nuestros escritores máximos — quizá con las solas excepciones de Lope, Góngora y Quevedo — se mostraron esquivos para las bellas artes; si Cervantes no cita a más artista que el grotesco Orbaneja y apenas prestó atención a monumentos insignes; si los lectores concienzudos de Tirso y Calderón no adivinaran por sus obras que fueron coetáneos de Velázquez, ¿cómo el cantor del Cid había de apreciar, ni menos describir edificios, pinturas, joyas, etc.?

Quisiera avisar que no intento en este acto — piedrecilla en el mosaico dedicado a conmemorar el octavo Centenario del Poema — estudiarlo como expresión del arte de su tiempo, según se ensayaría hace décadas cuando en una epopeya al modo clásico se veía el reflejo completo, si no la suma de su civilización. Es menos ambicioso el designio, afortunadamente para vosotros y para mí.

Por otra parte, si alguien tuviera osadía para enfocar el tema desde tal punto de vista, pronto desistiría fracasado: el poeta del Cantar pasa por delante de iglesias, alcázares y castillos sin pararse a contemplarlos; es raro que un sencillo adjetivo avalore la escueta referencia. Y sería anacrónico aludir a su cultura artística, o siquiera a su gusto.

En todo el Poema ocurre dos veces la palabra *arte*, y ambas en la acepción de artimaña, casi de engaño, o treta; ausente, como es lógico, toda complicidad con la belleza y hasta con la destreza en elaborar objetos primorosos. Sólo pretenderé, mediante la lectura del Poema, subrayar los pasajes susceptibles de ilustración gráfica monumental, o de índole arqueológica. Con ello quizá diseñaremos notas aprovechables por quienes aspiren a acrecer el deleite del lector del Cantar con viñetas y estampas.

Dejo a un lado, desde luego, cuanto se refiera a la interpretación de la figura del protagonista y demás personajes, tarea arriesgada y que no sé si alguna vez coronó el éxito; y, asimismo, prescindo de la composición de las escenas que dentro de su sobriedad descriptiva sugiere el Poema en todas sus páginas. Me reduciré, por lo tanto, a hablar de la posible ilustración basada en edificios y objetos.

Entre los aspectos que piden remedio en nuestra producción bibliográfica, está el de la carencia, o el de la calidad inferior de la ilustración. Si descontamos dos oasis — el segundo cuarto del siglo XVI y el último del XVIII —, la bibliografía española semeja una estepa. O los libros carecen de todo adorno, o, si lo tienen, podría excusarse casi siempre. Y eso que el Bachiller de Arcadia, posible seudónimo de don Diego Hurtado de Mendoza, escribía con gracejo: «A la verdad, un libro sin pinturas

## EL ARTE EN EL POEMA DEL CID

es como un templo de luteranos, que ni tiene crucifijo, ni santo a quien volver los ojos».

Si aspirásemos a lograr una edición del Cantar del Cid ilustrada, ¿qué elementos suministraría su texto?

Debemos desembarazarnos, previamente, de cierta minucia erudita: la de las referencias a artistas. No hay en el Poema ninguna genérica, pero se ha señalado una individual y concreta. El caso es por demás curioso, aunque muy problemático. Entre los compañeros de armas del Cid celebra el Cantar al aragonés Galín, o Galindo, García, o García — según lo requiera el metro —. En un pasaje le llama «fardida lanza», y dice de él como de otros en la acción de Alcocer: «¡Cual lidia bien, sobre exorado arzón!» Después le califica de *el bueno de Aragón*, y le nombra, por fin, entre los que en Valencia se acicalan y engalanan para acompañar al Cid, que viene a entrevistarse a orillas del Tajo, con Alfonso VI. Don Ramón Menéndez Pidal lo identifica con un Señor de Estada y Languarres en el occidente de Aragón, que figura en varios diplomas. Nada de extraño singularizaba a estas menciones, hasta que mi amigo, el doctísimo arquitecto Leopoldo Torres Balbás, señaló agudamente que el mismo nombre lleva el más antiguo pintor español de la Edad media que hasta el día se haya documentado, firmante bajo el alero y encima de la puerta de la iglesia de Iguacel (Huesca), construída en 1072. M. G. Gailard, que no recoge la hipótesis, se inclina a suponer que el pórtico de Iguacel hubo de estar decorado con pinturas; pero el señor Gómez Moreno, que tampoco se hace eco de la observación de Torres Balbás y que llama al artista Galindo Garcés, sostiene que fué el escultor de la talla que adorna la portada. Pintor, o entallador, la coincidencia de nombre, apellido, fecha y comarca con el soldado cidiano da qué pensar. Es innegable que más de un aragonés llamado García pudo en aquellos años tener hijo bautizado Galindo; también lo es que la identificación propuesta por el señor Menéndez Pidal es difícil de impugnar y que la organización medioeval no parece fuese propicia para que imaginemos un soldado noble que emplea sus afanes, o sus ocios, en labrar las piedras de una iglesia; sin embargo, el cúmulo de coincidencias aconseja no extremar la calificación de inverisímil.

Emprendamos sendas más seguras.

El poeta cidiano distante más que por nada de los épicos-tipo de los preceptistas, por su parquedad en las descripciones, apenas añade un dato a la mención de las iglesias donde el Campeador reza, de los castillos que toma o defiende, del alcázar que en Valencia habita; de la sala donde se reúne el tribunal juzgador de la felonía de Corpes y demás referencias

que, quizá con notorio aumentativo, podrían denominarse monumentales.

Las citas de Santa María de Burgos, de San Pedro de Cardeña, de la mezquita mayor de Valencia cristianizada son tan someras, que no podemos deducir de ellas, no ya rasgos de su aspecto, ni siquiera si el poeta las había visto. ¿Cómo eran estos edificios?

En dos ocasiones se habla de la catedral de Burgos. Al comienzo, cuando el Cid entra en la ciudad:

*Partíos de la puerta, por Burgos aguijaba;  
llegó a Santa María, luego descavalga.  
finó los inojos, de coraçon rogaba...*

Sabemos muy poco de la catedral románica burgalesa; los cronistas Yepes y Sandoval, y con ellos Mariana, sostuvieron (siguiendo a don Alonso de Cartagena en su *Anacephaleosis*) que en el siglo XI hacía de sede la iglesia de San Lorenzo; pero ya el canónigo Martínez Sanz, en su *Historia del templo catedral de Burgos*, rebatió en 1866 la creencia antigua, basada en el proyecto de Fernando I, comenzado a poner en práctica al adquirir dicha iglesia al monasterio de Cardeña en 1068. El P. Flórez publicó la donación de Alfonso VI, fecha 1.º de mayo de 1075, por la cual destina para solar de la catedral el palacio que había heredado de sus padres; al confirmarla, en la Navidad de 1077, declara que la está edificando, y en otro documento, de 19 de septiembre de 1096, consigna «la concluí en mi tiempo». La cita del Cantar refuerza — si fuese preciso — la rectificación a don Alonso de Cartagena. La iglesia románica estaba situada en parte del terreno que ocupa la actual: «al poner calefacción en el coro se descubrieron ruinas que — en frase del señor Gómez Moreno — no tuvo empeño en explorar el señor Lampérez; pero se sacaron de allí tres capiteles, conservados hoy en el claustro y suficientes para fijar la escuela a que pertenecen, ligándolos con la portada de San Isidro de Dueñas, en tierras de Palencia... y San Pedro de Arlanza». Quedan también restos del claustro que un documento de 1285 llamaba ya viejo. Leve es todo ello, aunque bastaría para reconstruir con lápiz experto el ámbito del templo en que oró el Campeador al salir desterrado. La robusta puerta de Dueñas, con sus capiteles pesados, en desproporción con los frágiles fustes, sirve para imaginar al Cid descabalgando y penetrando en el templo; sus preces hubieron de ser oídas, pues, agradecido, al lograr el botín, tras la victoria sobre Feriz y Galve, encarga a Minaya Álvar Fáñez que:

*lleve de oro e plata fina  
una uesa llena, que nada nol mingua,  
en Santa María de Burgos quitedes mill misas.*

Y he ahí la segunda mención de la catedral de Burgos.

Más en número, pero no más explícitas, son las que se leen en el poema sobre San Pedro de Cardeña, reedificado por Alfonso III y reconstruido en los siglos XI y XII con arreglo al plano de San Gall. Es el monasterio entrañable del Cid; confiadas al abad don Sancho, deja allí a su doña Jimena y a sus hijas. El poeta conserva y nos transmite un recuerdo fresco y alborozado del monasterio: el de sus campanas:

*Grant yantar le fazen al buen Campeador,  
tañen las campanas de San Pedro a clamor...  
Tañen a maitines e han priessa tan grant.  
Mio Cid e su mugier a la iglesia vane;  
Echós doña Ximena en las gradas delantel altar.*

Y ya antes, sin mentarse al campaneo, lo adivinan nuestros oídos bulliciosos en la llegada del héroe:

*Apriessa cantan los gallos e quieren quebrar albores,  
cuando llegó a San Pedro el buen Campeador  
el abbat don Sancho, cristiano del Criador,  
rezaba los maitines a buelta de los albores...*

Por dicha, de esta torre de campanas vocingleras permanecen restos notables, citados ya por el P. Berganza y desconocidos en el siglo XIX. Dos órdenes de ventanas de medio punto, no en

arco de herradura como dijo Lampérez, separados por impostas ajedrezadas; su planta es cuadrangular, y sus muros espesos datan, seguramente, del siglo XI. Del monasterio viejo se conservan, también, el ala del claustro contigua a la iglesia actual, con columnillas y capiteles de hojas y bolas; y en la sala capitular, que es de estilo de transición del románico al gótico, se utilizaron grandes y arcaicos capiteles románicos, que serán de la reedificación del conde Garci Fernández, como lo antiguo del claustro; si bien algunos capiteles puedan ser restos de la obra de Alfonso III.

En suma, la evocación de la despedida de los esposos, que el poeta expresa mediante la inolvidable metáfora: «así parten unos dotros como la uña de la carne», puede hacerla todavía el menos imaginativo de los lectores al pie de aquellas piedras impregnadas de memorias vibrantes.

La gratitud del Cid al monasterio de Cardeña y a su abad consta muy avanzado el Cantar, cuando envía a Minaya a visitar a Alfonso VI:

*Mandó mill marcos de plata de San Pedro levar  
e que los quinientos diese a Don Sancho el abad...*

No más que otras dos iglesias se mencionan en el poema, especialmente la de Santa María, esto es, la catedral de Valencia; su mezquita mayor, purificada en 1096 y reformada magníficamente un año después, cual prueba de diploma confirmado de puño y letra del Cid; en ella se celebran las bodas de las hijas del héroe con los cobardes infantes de Carrión:

*...salieron del palacio  
pora Santa María apriessa adelinando  
el obispo don Jerome...  
a la puerta de la eclegia seduelos esperando...*

Ni rastro queda hoy de la mezquita valenciana, y el señor Tormo cree que la puerta del Palau pudiera corresponder, primeramente, al postizo cristiano añadido a la vieja obra musulmica; está situada en el lugar del mirab.

El edificio con destino religioso que en San Servando, sobre Toledo, hubo, desde que fué donado por el conquistador Alfonso VI, en 1088, al monasterio de San Víctor de Marsella, hasta su destrucción en 1109 y donde pernocta el Cid antes de entrar en la ciudad a las Cortes que habían de juzgar el desaguisado de Corpes, participaría, ya entonces, de la naturaleza y ser de castillo; más propios, dados su emplazamiento y posición dominante, que los de un cenobio. El Campeador decide tener allí la vigilia «sabor a de velar en essa santidad» y para ello «mandó poner candelas e poner en él altar».

San Servando sirve así de enlace con el capítulo de las fortalezas que nos aguarda; nómbrense, como es natural, con frecuencia en el Cantar, y también con descorazonante exiguidad de pormenores.

Sea previo el advertir que las fortificaciones de los siglos X y XI exceden poco de murallas y torres, humildes rudimentos de las que hubieron de construirse en las dos centurias siguientes. Continúa gravitando sobre el sentir común la imagen convencional del castillo románico y veces hay quienes — ya no son vulgo — pueblan con fantasía prestada las ruinas de los castillos medioevales de España con esplendores y riquezas que nunca albergaron sus muros.

Basados sobre este principio de humildad constructiva intentamos el recuento de los castillos citados en el Cantar.

Del de Burgos, volado hace más de un siglo, apenas resta nada evocador; quien quisiere representar el momento en que Martín Antolínez penetra en él preguntando por Raquel y Vidas, los prestamistas judíos, podría inspirarse en la puerta de San Esteban, con arcos de herradura y casi coetánea de la de Atienza, que era una «peña muy fourt»; aquellas «torres que moros las han» siguen en pie; son dos madrilongas, con algunas piezas abovedadas, y se mantienen asimismo lienzos de la doble muralla. En cambio, nada se conserva del de Castejón, que no retuvo el Campeador por faltarle el agua. Borradas están también las huellas del de Alcocer, en la ribera del Jalón, entre

Ateca y Terrer, «en un otero redondo, fuerte e grand». La toma, el cerco por los moros, la salida y batalla campal, el botín, y, al cabo, la venta a los moros ocupa no menos que desde el verso 553 hasta el 861; el testimonio monumental ha desaparecido.

Sobre Calamocha, ribera del Jiloca, está el hoy llamado Poyo del Cid, que el poeta, en un rapto lírico, infrecuente en su tranquilo narrar, le hace prorrumpir:

*y hincó en un poyo que es sobre Mont Real;  
alto es el poyo, maravilloso e grant:  
non teme guerra, sabet, a nulla part.*

De este fuerte se ven todavía, según el señor Menéndez Pidal, restos de extensas murallas que unían las dos elevadas eminencias de Poyo.

Si retrocedemos a Castilla, podremos admirar la masa del castillo de Gormaz, que el poeta encomia por «fuort» cuando Féliz Muñoz, sobrino del Cid, busca a sus ultrajadas primas. Obra califal, con alguna adición cristiana, pocas fortalezas de la línea del Duero le aventajaban en valor estratégico y le superan hoy en valor emocional y probablemente en valor arqueológico si con criterio científico se explorase. No estaba lejos la torre de doña Urraca — en donde Féliz Muñoz perdió el rastro de sus primas —:

*a las aguas del Duero ellos arribados son,  
a la torre de Doña Urraca ella las dexó.*

De esta fortaleza sólo queda la memoria de dos topónimos:

la torre, a siete kilómetros de San Esteban, y el llano de doña Urraca, orillas del río.

Al seguir a Mio Cid por tierras levantinas, tropezamos con la mención de Beni Cadell:

*quando el Cid Campeador uvo Peña cadiella,*

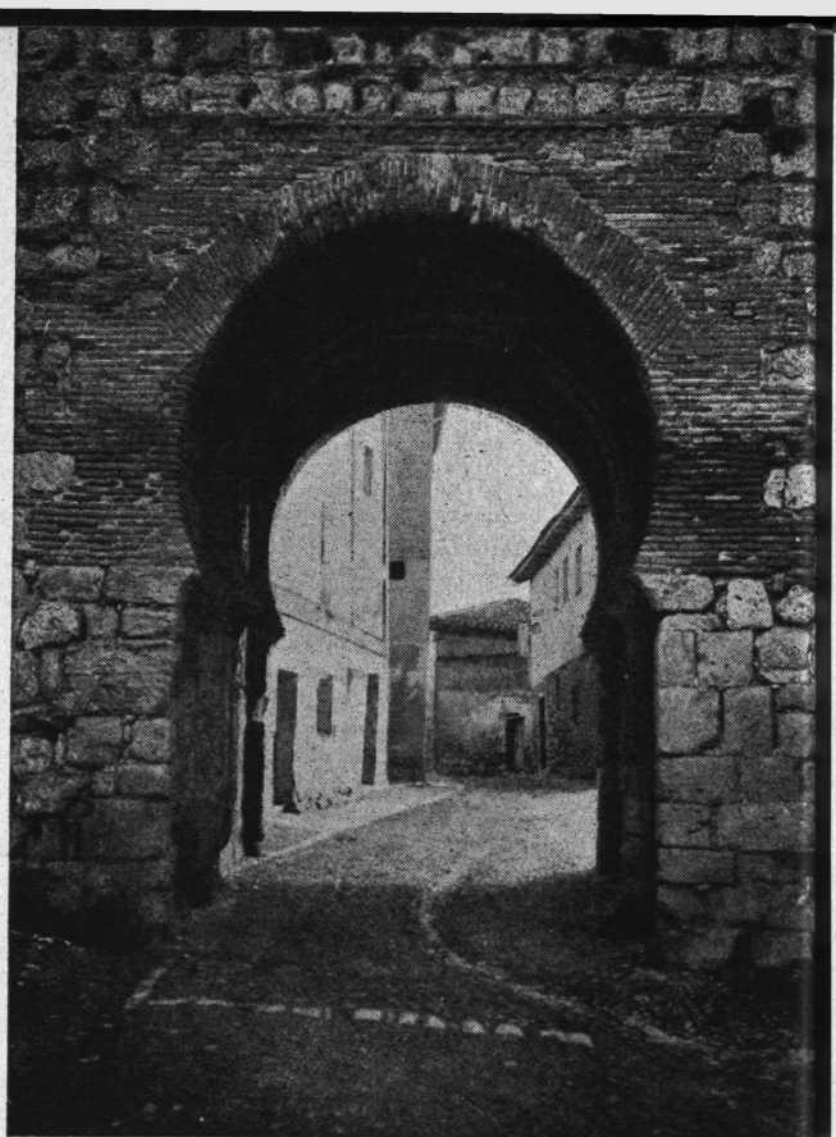
Cuenta la *Crónica de veinte Reyes* que viendo el héroe en 1091 que éste «era de los fuertes castillos del Mundo», lo reconstruyó con ayuda de maestros de obras, operarios y dinero que le dió el rey moro de Valencia y lo dotó de muchos y muy firmes edificios, lo rodeó con muros de la mayor resistencia, «Todo en vano para nosotros: La abundancia de aguas — dice Menéndez Pidal — ha ocasionado la casi total desaparición de las ruinas... Los labradores se han llevado las piedras para formar bancales y cercas de huertas».

Algo queda antiguo del castillo de Cullera — que el poeta llama «un castillo palaciano» — que despierta curiosidad respecto de su arquitectura.

Si es de lamentar la pérdida de todos estos castillos, de varios de los cuales hoy ni montones de piedra marcan sus solares, mayor falla supone, para la evocación del ambiente que refleja el Cantar, la total desaparición del alcázar de Valencia, asiento de lo que sin exagerar se denominaría su corte. En él entró el Cid poco después del 10 de febrero de 1095. Allí recibió a doña Jimena y a sus hijas en el momento de más tranquila solemnidad del poema, que tanto celebraba Menéndez y Pelayo. ¿Qué no daríamos hoy por recitar, desde su torre más eminente, los versos llenos de serena majestad, los primeros en que la lengua castellana se revela entre los romances, única capaz de emular con la madre latina?:

*Adelinó mio Cid con ellas al Alcázar,  
elle las subie en el más alto logar.  
Ojo bellidos catan a todas partes:  
miran Valencia, commo yaze la cibdad;  
e del otra parte, a ojo han el mar;  
miran la huerta, espessa es e grand;  
e todas las otras cosas, que eran de solar.*

Diríase que una maldición borró las trazas de lo árabe en los monumentos valencianos; tierra tan conservadora de tipos, de unos no supo guardar edificios ni apenas fragmentos, y del alcázar habitado por el Cid sabemos tan poco como de su mezuquita mayor, que el mismo Cid cristianizó.



Agotadas las referencias de castillos y de iglesias, fuera entrar en un aspecto sugestivo de la ilustración del Poema tratar del paisaje y de su interpretación, si no requiriese un estudio particular y no fuese desflorarle enunciando unas notas rápidas. Indicaré, tan sólo que el poeta, fuera de algún epíteto — el admirable de *gentil* aplicado a Castilla, por ejemplo —, recorre campos y riberas, sube cerros y vadea ríos sin mostrarse emocionado por la naturaleza. El sentimiento del paisaje, y aun el vocablo que lo expresa, son harto modernos para intentar ponerlo de resalte en un texto tan antiguo. Por eso son de mayor estima las excepciones, tales como la manera de entender y explicar el panorama divisado desde la torre más elevada del alcázar de Valencia. Hay en la exposición contigua una admirable fotografía en la que, a través del arco romano de Medinaceli — que no mereció del poeta ni una simple alusión —, se divisa el valle de Arbujuelo, por donde pasan y repasan las huestes cidianas, y nótese que de tierras de Medinaceli debía de ser el autor o en ellas escribió su Cantar, pues es la comarca que mejor pormenorizada tiene su topografía en el poema. Agregaré que el paisaje es a veces mudable y de vida limitada, como los monumentos: quien en la fiera sierra de Miedes «busque la selva maravillosa e grand», encontrarála monda y pelada, y quien gustare buscar la sombra del robledo de Corpes, cuyas ramas según el poeta, «pujan con las nubes», hallará una paramera, queiebras en la tarea de documentar la ilustración.

Sobran los pormenores aducidos, para confirmar cómo una lectura atenta del Poema proporciona materiales abundantes para suscitar y documentar ilustraciones adecuadas. Si el poeta pecó de sobrio al describir; si las noticias que poseemos del arte y de las costumbres de su tiempo distan de ser completas, creo que todavía puede adornarse una edición del Poema el Cid con evocaciones que nos comuniquen el emocionado temblor de la realidad traducida por la fantasía.

Y no es baladí la belleza externa del libro para su fruición. Alonso de Herrera, en la *Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil*, da como aforismo: «Cual libro leemos, tal vida hacemos». Me atrevería a parodiarle: Un buen libro bien ilustrado es para el espíritu alimento completo.



# MIO CID

«Huésped eterno» de los paladines celestes:  
flamíferas espadas  
te saludan en alto perennes.  
Gloriosas trompetas solemnes  
mitigan tu sed de batallas.  
Ni auroras ni ponientes.  
En la eternal mañana,  
cálida y luciente,  
mirándote en los ojos  
gozosos  
de tu Jimena hermosa, casta  
y fuerte,  
como en un claro río épico de España.

ISIDORO MARTÍNEZ ALONSO



Portada principal de la Catedral de Jaca



A vida de nuestro héroe nacional transcurre en la segunda mitad del siglo XI. Si arrojamos una mirada a lo que el arte produce en España en este lapso de tiempo, encontraremos reflejado, en el esquema que podemos trazar, aquella heterogeneidad original, aquella única complejidad que trama la incomparable existencia del caudillo de Vivar. Guerrero hidalgo, de linaje castellano, fiel servidor de las radicales ideas que alientan en la reconquista española, ligado a las esencias germánicas que como supervivencia de lo visigodo laten en las monarquías que van repoblando y conquistando la tierra de la meseta frente a la oleada oriental, pasa gran parte de su vida sirviendo y señoreando musulmanes. Enlaza en su carrera el servicio de los reyes castellanos con el de los reyezuelos de taifas, a los que subyuga y gobierna; sale de la dura meseta y la fría tierra burgalesa para asomarse a las dulzuras del Mediterráneo. Y, a pesar de las adversas dificultades de su vida y del posible despecho que pudiera engendrar el trato que de Alfonso recibe, no pierde nunca de vista ni la lealtad ni los deberes que le imponen su fidelidad a los ideales obligados en un campeón de la reconquista cristiana. Singular entrecruzamiento de cosas dispares, y en apariencia inconciliables, que saturan la vida del Campeador como la de toda la vida española. Este entrecruzamiento y esta heterogeneidad se acusan también en el arte de su tiempo, no sin que de esta polifonía deje de acusarse una dirección querida y consciente, una voluntad de orientación histórica.

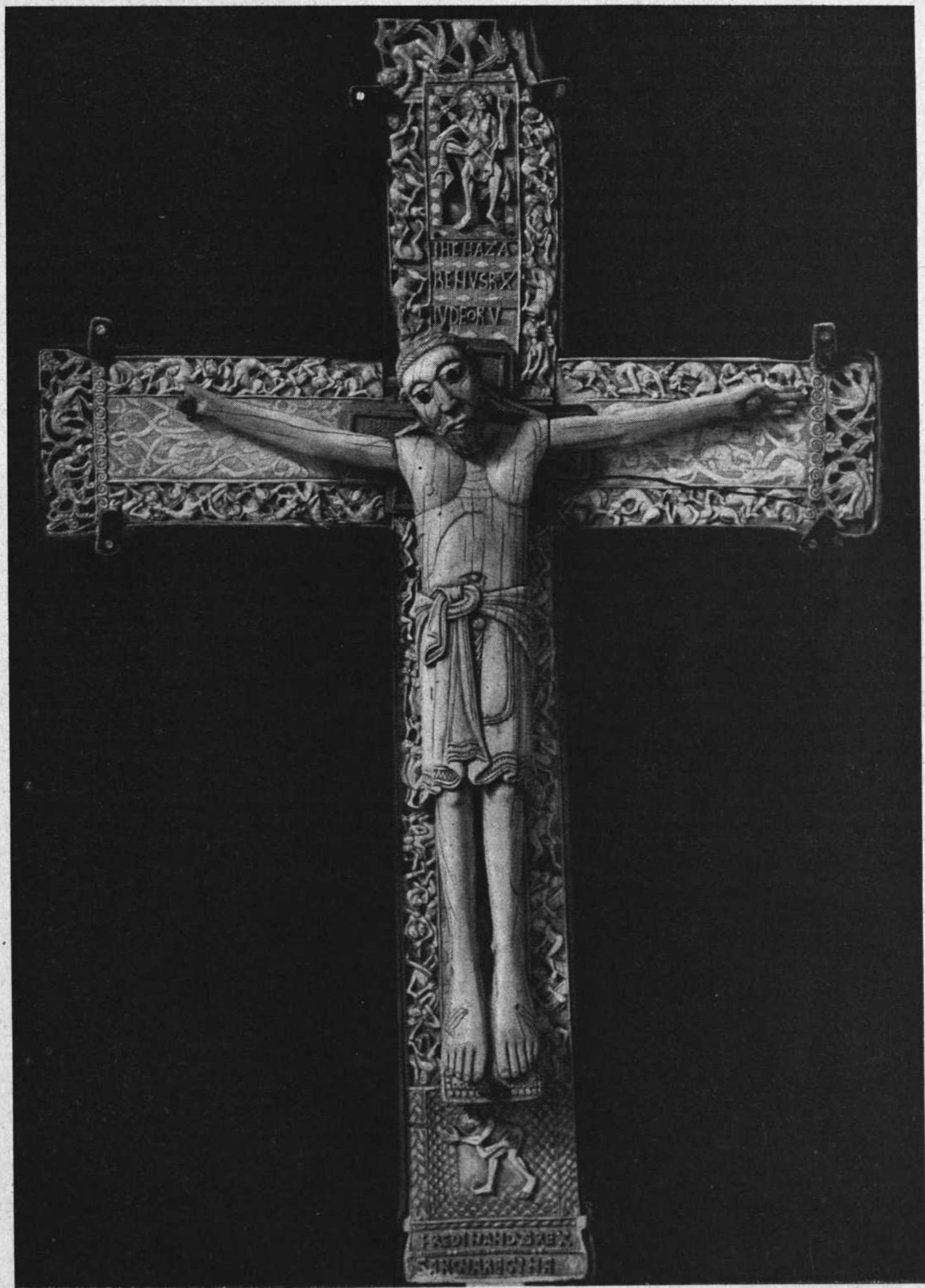
Arte musulmán y arte cristiano, que es como decir Oriente y Occidente, conviven entonces también sobre

# EL ART E ESPAÑOL

EN  
LA ÉPOCA DEL CID

por ENRIQUE LAFUENTE.

las tierras de España. Pero no como dos mundos aparte, sino en contacto fecundo estimulador de originalidades únicas. En lo musulmán, deshecho el Califato, el arte se despeña en barroquismos decorativos, ricos en fantasía ornamental y pobres en estructura. Su exponente fué aquel moruno castillo de la Aljafería de Zaragoza que edificaba Almoctadir, el reyezuelo amigo del Cid, con sus fantásticas exornaciones en estuco de las que nuestro Museo Arqueológico Nacional guarda curiosas muestras. Vivese todavía del impulso califal que perdura con cierta pujanza en las artes industriales. Eco de la escuela de marfiles cordobeses del siglo X, vive en el XI en la Cuenca musulmana un taller que produce obras tan bellas como la arqueta de Palencia, hoy en el Museo Arqueológico; labrada por un Abderrahmen ben Zeyan, en 1049, para un hijo de Almamun de Toledo; en la fina labor de su ataurique está vivo el sentido decorativo de los artífices musulmanes. Mas si en Castilla la dinastía navarra, nueva savia que va a vigorizar la monarquía, significa con Fernando I y Alfonso VI un poderoso esfuerzo de organización y conquista que lleva consigo un impulso cultural parejo, el contacto con lo musulmán fecunda, en muchos casos, el propio arte cristiano. Así, en una de las más insignes obras de arte de la época, el crucifijo de don Fernando y doña Sancha, el cuerpo exento del Cristo, primitivo y tosco, expresión del naciente arte religioso de su tiempo, se destaca sobre finísimas labores que recuerdan la mano de obra y aun el sentido ornamental de la eboraria islámica. Esto mismo está patente en el arca de plata de la catedral de Oviedo, la llamada Arca Santa, donada por Alfonso VI.



Crucifijo de marfil donado por los Reyes Fernando y Sancha  
en 1063 a San Isidoro de León

( Museo Arqueológico Nacional )



Rasgos de arte musulmán tocan, en lo decorativo, obras cristianas de la época que ofrecen así aspectos de novedad y matiz original que personalizan nuestro arte frente a lo europeo. Mas el esfuerzo español se encamina en el sentido en que todo Occidente trabaja para cuajar en esa espléndida resultante en que la Europa cristiana parece por primera vez cobrar conciencia de su unidad: el arte románico. Son estos temas arduos, de enconada discusión entre los sabios y, por ello, difíciles de abordar en tan breve noticia como cabe en un artículo; mas en el punto en que estamos no parece ninguna ligereza creer, con muy ilustres arqueólogos, que a España, a los reinos españoles del norte, corresponde un papel importantísimo en la constitución del románico, que en tiempos del Cid se define y comienza a levantar sus grandes edificaciones, aquella renovación de las iglesias cristianas, blanca vestidura a que alude el comentado texto de Rodolfo Gabler, escrito hacia 1040. En los años de plenitud y madurez de la vida del Campeador comienzan a erigirse en España los grandes monumentos cuya prioridad en fecha respecto del románico francés parece segura: San Isidoro de León, la Seo de Jaca, San Martín de Frómista, y la más importante de todas, la catedral de Santiago, lugar de atracción internacional de las peregrinaciones de toda Europa. Las representaciones iconográficas que comienzan a aparecer en tímpanos y portadas llevan también un sello de influencia española: la que ejerce sobre lo escultórico la miniatura de los escriptorios mozárabes que desde el siglo X ilustraban con incorrectas pero expresivas composiciones los comentarios apocalípticos de Beato de Liébana. En los códices del siglo XI la tosca y poderosa originalidad de los artistas mozárabes conoce una elegancia de línea y un refinamiento sugerido por influencias europeas. El Beato de Fernando I y el Beato de Osma son índice de este nuevo matiz ilustrativo. Ahora los temas de los Beatos van a servir de pauta a los escultores de las portadas, en las que estos tremendos temas servirán de admonición al pueblo creyente.

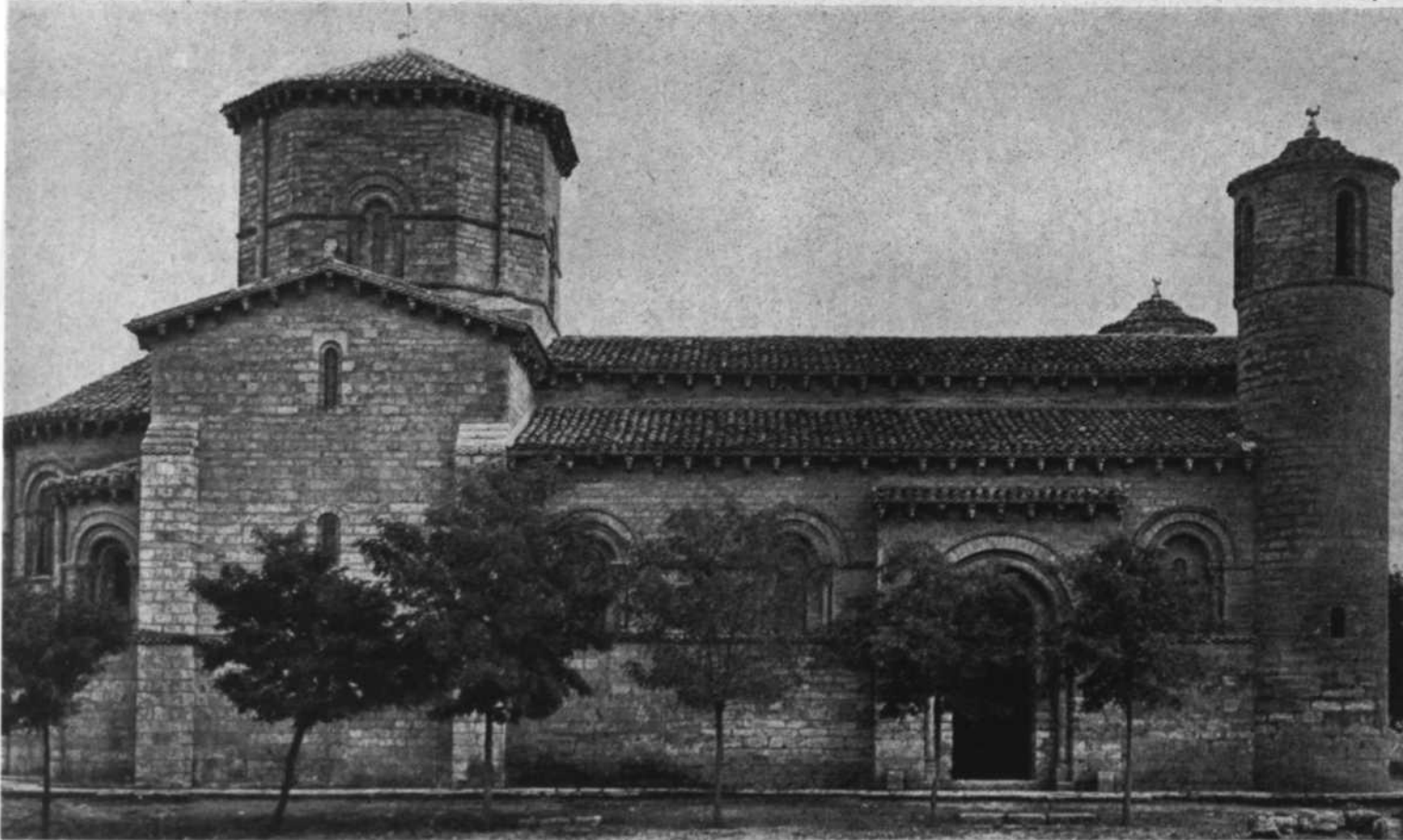
Sin desaprovechar, pues, la influencia del Oriente, ya arraigada de siglos en España, y visible no sólo en las

Arqueta  
de marfil de  
Palencia

(Museo Ar-  
queológico  
Nacional)



artes menores sino en la propia arquitectura cristiana — arcos lobulados, bóvedas de arcos cruzados —, nuestras monarquías y nuestra cultura se orientan definitivamente hacia lo occidental europeo, bien recibiendo sugerencias del arte otónico alemán, primero y luego, a partir de los finales del siglo XI, las del arte francés, en lo que la creciente influencia de la Orden de Cluny tiene parte principal. En los marfiles del arca de San Millán de la Cogolla pueden analizarse aspectos de esta mezcla de elementos artísticos; acaso el Rodolfo, cuyo nombre aparece en ellos, nos indica un maestro germánico que trabaja influido por la tradición española patente en los arcos de herradura de los edificios que allí se representan. Pero nuestra suerte está decidida: somos una avanzada de Europa cuya peculiaridad y autonomía defendemos frente al Oriente. Estimulados por esta tensión podemos en ocasiones, como en este siglo XI, cuajar fórmulas originales que Europa desarrolla después, ni sin que ella, muchas veces, olvide nuestra labor precursora y la valía de nuestro esfuerzo. Fecundo fué en España y para Europa el que nuestro arte de la segunda mitad del siglo XI desarrolló. Contribuimos a constituir el arte románico, que fué, en definitiva, el primer estilo artístico en el que la unidad del Occidente se afirma. Del mismo modo es paralelamente representativo de nuestra misión de avanzada de honor, contra la peligrosa y tentadora intromisión del Oriente, la vida ejemplar del Cid, justo y humano, comprensivo y acogedor en sus luchas contra musulmanes, pero nunca olvidado de su papel de campeón de una idea que era, en definitiva, la de Europa.



San Martín  
de Frómista

U N F R A G M E N T O D E L

# Poema de Mio Cid

Versión de LUIS GUARNER

Como conmemoración del VIII Centenario del Poema de Mio Cid, nos complacemos en publicar en estas páginas — ningunas tan propicias — uno de los más bellos fragmentos de la versión moderna que del inmortal Poema ha llevado a cabo el poeta Luis Guarnier, quien nos ha autorizado expresamente para dar las primicias de su obra, que acaba de ser publicada en Valencia, en edición oficial, como homenaje de la ciudad a la venerable Gesta castellana que constituye el Poema Nacional de España.

## *Llegada de Doña Jimena y sus hijas a Valencia, donde el Cid las espera y, luego, les muestra la ciudad desde el Alcázar*

Alegre se puso el Cid — como nunca estuvo tanto, porque de lo que más ama — las noticias le han llegado. A doscientos caballeros — que salgan les ha ordenado a recibir a Minaya — y a las damas hijasdalgo; él se quedará en Valencia, — cuidándola y aguardando, que bien sabe que Álvaro Fáñez — todo lo lleva cuidado.

He aquí que todos salen — a recibir a Minaya, a las dueñas y a las niñas — y a los que las acompañan. Mandó mío Cid a todos — los que tenía en su casa que el Alcázar guarden bien — como las torres más altas, igual que todas las puertas, — y las salidas y entradas; mandó traer a Babieca, — que ha poco lo ganara del rey moro de Sevilla — en la ganada batalla, aún no sabía mío Cid, — que en buen hora ciñó espada, si sería corredor — a dócil a las paradas.

A las puertas de Valencia, — allí donde a salvo estaba, ante su mujer e hijas — quería jugar las armas. Recibidas con gran honra — de todos, fueron las damas, el obispo don Jerónimo — delante de todos marcha, apeóse del caballo — y en la capilla se entraba; con todos cuantos encuentra, — que preparados estaban, con sobrepelliz vestidos, — llevando cruces de plata, salen así a recibir — a las damas y a Minaya.

El que en buen hora nació — tan poco se retrasaba: sobregomela vestía — de seda y larga la barba; ya le ensillan a Babieca — que enjaezan con sus galas; montó mío Cid en él, — llevando todas sus armas. Sobre el nombrado Babieca — el Campeador cabalga emprendiendo una corrida — que a todos parece extraña;

cuando la hubo terminado, — todos se maravillaban. Desde aquel día Babieca, — se hizo famoso en España. Cuando acabó la carrera, — el Campeador descabalga, y se va hacia su mujer — y hacia sus hijas amadas; al verlo doña Jimena, — a los pies se le arrojaba: «Merced, Cid Campeador, — que en buen hora ciñó espada! Sacado, por fin, me habéis — de muchas vergüenzas malas; aquí me tenéis, señor, — a mí y a estas hijas ambas, para Dios y para vos — son buenas y bien criadas». A la madre y a las hijas — el Cid con amor abraza, y del gozo que sentían — sus ojos sólo lloraban. Todas las gentes del Cid — con júbilo los miraban, jugaban las armas unos, — el tablado otros quebraban. Oid lo que dijo el Cid, — que en buen hora ciñó espada: «Vos doña Jimena Gómez, — mujer querida y honrada, y mis dos hijas, que son — mi corazón y mi alma, entrad conmigo en Valencia, — que ella ha de ser vuestra casa, en la heredad que yo quise — para vosotras ganarla». La madre con las dos hijas — las manos del Cid besaban. Y en medio de grande pompa — todos en Valencia entraban.

Mío Cid hacia el Alcázar — con su mujer e hijas va; cuando llegaron, las sube — sobre el más alto lugar. Con hermosos ojos ellas — no se cansan de mirar, ven como Valencia extiéndose, — a una parte la ciudad, y por la otra parte, ven — cómo se extiende la mar; miran la huerta, tan grande — y frondosa y tan feraz, y todas las otras cosas, — que eran de verlas solaz; alzan al cielo las manos — porque a Dios quieren rogar y agradecer la ganancia — tan buena que Dios les da.

# LA FILOSOFÍA

## DE LA HISTORIA DE IBN 'ALQAMA, CRONISTA MUSULMÁN DE MIO CID

por el P. LÓPEZ ORTIZ



LORECE en los días del Cid, en las dos mitades en que está partida España, una filosofía de la Historia, uniforme en las líneas generales; la de los rudos cronicones cristianos tiene un claro abo-lengo agustiniano-orosiano; la de los historiadores islámicos brota en abierta oposición a una actitud mental, poco menos que obligatoria para todo buen musulmán.

La idea madre de esta filosofía—el providencialismo—es tan clara y lógica en ambos mundos culturales, que no hay necesidad, para explicar la coincidencia, de acudir a imitaciones o influencias. El hecho es aleccionador; es una de tantas manifestaciones de la nivelación que se iba produciendo en sentir y en cultura, en el siglo XI, entre cristianos y musulmanes.

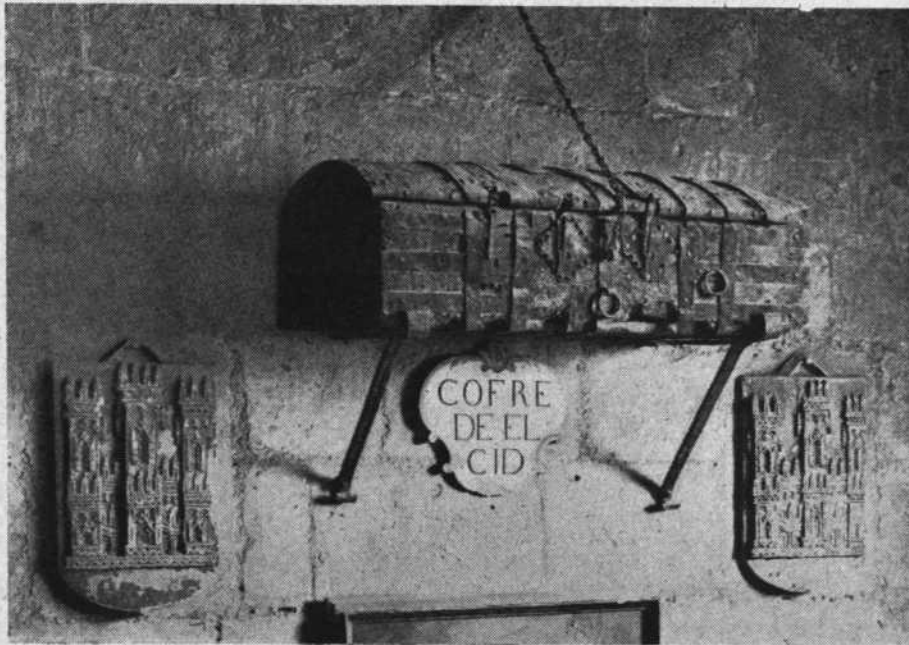
Dozy no fué capaz de entender la filosofía de nuestros cronicones; su intuición, casi siempre, sagaz encontraba un muro infranqueable al tropezar con lo religioso; para interpretarlo, tanto en el Islam como en la Cristiandad, disponía tan sólo de dos patrones: fanatismo o superchería. ¡Cuánta hermosa página, de intensa emoción humana malogró con una fácil ironía, por lo común injusta en sus fundamentos de escepticismo metodológico y siempre en valoración ética!

El querer descubrir las causas providenciales de los acontecimientos; el atribuir los golpes de adversidad, a los que con frecuencia eran sometidas las armas cristianas, a una providencial sanción de extravíos colectivos, era seguir la tradición agustiniana, emparejarse en las ideas del gran libro conductor del Medioevo, *La Ciudad de Dios*, y seguirle sobre todo aquí en España, donde Orosio hizo su primera adaptación. Y era sobre todo buscar un sentido a la confusión torturante de aquel vivir precario y sacar de desgracia fortaleza e impulso para restaurar lo derruido. Sólo esta filosofía hizo posible la gran obra espa-

ñola, alma y esencia de nuestro Medioevo: la *Reconquista*.

Pensar, como hace Dozy, que Witiza o Bermudo II fueron recargados de tonos más sombríos de lo justo por algún clérigo, preocupado de no desmoralizar a sus lectores, es, hoy que conocemos algo mejor la historia, notoriamente exagerado, y sobre todo falta en interpretación.

Para el Islam no era tan fácil adoptar esta filosofía; y no porque su concepto de la intervención providencial en la vida humana difiera mucho del cristiano. El Islam—y aquí radicaba la dificultad—no es tan sólo una religión: debe ser, y lo fué en sus principios, una hueste victoriosa; sus primeros pasos fueron la conquista de más de la mitad del mundo conocido con una velocidad de vértigo; en vida del Profeta se inicia ya la marcha triunfal, y en la doctrina, desde los primeros momentos, se reflejan los hechos con precisión. No faltan quienes suponen que el intento de la guerra, que por sistema es actividad esencial del Islam — la guerra santa — es el de la propagación de la Doctrina y práctica musulmana. Los textos abundantes del Corán y sus comentadores enseñan otra cosa, a lo menos en lo que se refiere a las *gentes del Libro* — los judíos y cristianos son guardadores también de un *libro* revelado —. Éstos habrán de ser combatidos hasta que reconozcan la superioridad *política* del Islam y se sometan a la protección de las autoridades musulmanas, bajo las cuales les es permitido seguir practicando su religión. La guerra no puede cesar hasta que se logre esta sumisión; los príncipes están obligados a emprender por lo menos una campaña al año — así lo hacía Almanzor — para llevar las armas musulmanas cada vez más lejos. Los juristas musulmanes utilizan en detalles de alambicada casuística para justificar los casos en que los príncipes musulmanes pueden amortiguar este impulso conquistador, que es obligatorio para ellos y



Cofre llamado del Cid, que según tradición fué el que sirvió de préstamo al matrimonio judío Raquel y Vidas

para todo musulmán. La muerte en esta empresa abre las puertas del Paraíso.

¿Cómo reconocer, y lo que es más, justificar la derrota? ¿Cómo aceptar que la Providencia tenga establecido un orden permanente, según el cual la comunidad de los creyentes no sólo se vea imposibilitada de realizar uno de sus fines, sino aun más se vea forzada a reconocer superioridad en el enemigo — política y casi lógicamente religiosa?

Estas consideraciones hacen resaltar lo extraño de la tesis de la obra de Ibn 'Alqama, tal como la reconstruye Menéndez Pidal a través de los fragmentos de la versión de la misma que se encuentran incorporados a la *Crónica general*.

No poseemos el original de este libro: «Elocuencia aleccionadora de la gran calamidad», sabemos, sí, por los fragmentos conservados, que esta elocuencia es una elocuencia doliente y una amonestación a los musulmanes, que van abandonando insensiblemente su piedad y entablan relaciones demasiado íntimas con los enemigos de su fe, y, sobre todo, es aviso a los reyezuelos que tiranizan sus pequeños estados sin respeto a la ley. Sus pecados están perdiendo el Andalus.

Determinar si es esta la primera, o segunda... o tercera vez que en nuestra España musulmana se abre camino esta filosofía, es posible que no merezca la pena de una investigación agotadora. Sin duda, ya en el siglo x, en el norte de África, por ejemplo, Abu Bakr al Maliqí en su «Riyad al Nufus», stampa frases como ésta: «Permitió Allah por nuestros pecados la derrota». En nuestra historiografía peninsular apuntan desde los primeros momentos siniestras predicciones sobre la pérdida de España para el Islam; Ibn Habib y el autor anónimo del «Ajbar Maymua» — dos de las más antiguas fuentes históricas del Islam español —

relacionan este peligro con la inobservancia de la ley.

Pero una obra de tesis sostenida, como la de Ibn 'Alqama, supone ya una posición estable del Islam en derrota. La Historia tiene una sensibilidad política sobreagudizada; la jurisprudencia tarda aún unos siglos, hasta avanzado el período granadino, en dejar transparentar este estado de cosas. Ibn 'Alqama siente certeramente que la caída de Valencia es episodio definitivo en la lucha española. Su tesis teológica corresponde a aquella conocidísima estrofa de un poeta contemporáneo en que exhorta a los musulmanes a abandonar rápidamente el Andalus; permanecer aquí era una locura.

Pero, más aún que este grito de pavor enloquecido del poeta, sirve para medir la presión inexorable de las armas cristianas esta otra explicación laboriosa, que Ibn 'Alqama iba rumiando fugitivo en Valencia.

El Cid y Alfonso VI han decidido virtualmente la Reconquista. La obra del caballero de Bibar parece que va a derrumbarse con su muerte; la leyenda le hace sobrevivir, empuñando en sus brazos exánimes una vez más su invencible tizona. La realidad fué aún más que la leyenda: fué el embotar definitivamente el ímpetu arrollador de los almorávides. Momento oportuno para que Ibn 'Alqama u otro cualquiera empezara a pensar en teólogo para realizar lo inevitable.

La filosofía de Ibn 'Alqama, de todos modos, no llega a la de los cronicones; sus descripciones de los últimos días de Valencia detallan el horror de la ciudad sitiada en tonos de desesperada amargura; con la miseria del pueblo especula su último tiranuelo. La teología de Ibn 'Alqama es un latigazo más en sus espaldas innobles; está derrotado y cautivo y maldito de Allah.



# POSIBILIDAD

## Y DIMENSIÓN UNIVERSAL DE LA GESTA DEL CID

por MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS  
Catedrático de la Universidad de Valencia

**E**S necesario sacar toda la gesta, toda la colosal empresa de conquista del Cid, de su marco habitual para lanzarla a uno más amplio y universal. ¿Es posible encajar al Cid, con consecuencias generales para la Historia de la humanidad, entre los hombres que las condicionaron y le dieron forma? Del Cid, que sale de Vivar y llega hasta Valencia por sobre un puente de victorias, nos queda el recuerdo brillante de un tropel de hombres de guerra que se pierden en nuestra propia historia envueltos en un torbellino entremezclado de batallas, ruido de armaduras y trotar de caballos. Nos resta una imagen que supo captar, cierta y concreta, Machado al decir:

*Polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga...*

¿Es posible que esta estampa española, medioeval y nuestra, tenga consecuencias que encuadren en lo universal?

### EL MUNDO DEL CID

Creemos sinceramente que sí. Que su función histórica no se reduce a lo que sabemos de él en la esfera hispana. La posibilidad universal del Cid nos lleva a considerar ampliamente, en mirada fugaz, para tener elementos de juicio en que apoyar el nuestro, lo que llamaríamos «el mundo del Cid», en rasgos mucho más ligeros de lo que ha sido estudiada «la España del Cid», de la cual, tras Menéndez Pidal, en su obra maestra, no cabe ya nada que decir ni sugerir. De este cuadro mundial, europeo, de la Edad media del siglo XI, hemos de ir entre-sacando los elementos que nos ayuden a comprender, dentro de su época, la significación del Cid.

Pero no sólo en cuanto a su tiempo, sino también en cuanto a su «mundo», a las concepciones y creencias, modo de vida, costumbres y movimientos político-sociales que lo constituyeron. El Cid hemos de considerarlo, dentro de este marco inmenso, como jefe militar que actúa por su cuenta o a las órdenes de un ente superior, rey, como hombre de gobierno y como un fenómeno feudal, centrado en su papel providencial de símbolo cristiano frente a los infieles.

La idea imperial, romana, es mantenida en los dos polos de Europa por dos potencias distintas. Por un lado, la tradición carolingia quiere vigorizarse en el Sacro Romano Imperio, mientras que Bizancio recaba para sí también la continuidad imperial, directamente tomada de Roma. Pero Bizancio, en situación de precario, acometida en oriente por la avalancha turca, en cuyo análisis y valor entramos más adelante, y en su misma carne por la enemiga constante de los pueblos balkánicos, indómitos, feroces y prolíficos, frente a la decadencia, nunca consumada por entero, de un imperio que revivía de sus propias cenizas, como el Ave Fénix, cuyo simulacro nunca puede ser mejor empleado que refiriéndose a Bizancio. Este esquema somero, externo, se completa con la visión que nos ha de presentar este siglo en su vida interna. Veremos en ella la paradoja emocionante de cómo, con elementos disolventes, precisamente por las virtudes que en su seno yacían, Europa va a levantarse y a vivir de nuevo, cuatro siglos más, una historia medioeval.

### LA VIDA FEUDAL

La estructura toda de la organización — lo que tanto nos interesa para mejor comprender la esencia misma del Cid y de su acción — descansa sobre la base del vasallaje, con un concepto absolutamente distinto del romano de ciudadanía, pese a las muestras de juramento de fidelidad al emperador, que ya aparecen en la época imperial-helenística de Galieno. El vasallo efectúa un contrato con su señor, contrato que es rescindible y que puede producir el «desnaturamiento». Los señores practican contratos similares con los reyes, que tienen honda raíz germana en su aspecto militar y que producen formas nuevas en cuanto a la administración. Con este régimen de contratos de fidelidad mediante juramento se borra por completo la idea unitaria que presidiera todo el proceso variadísimo de la monarquía imperial romana. El feudo — cuyo origen, matices y variaciones locales no nos han de ocupar ahora — tiene una

doble característica, territorial y militar. El caballero viene a ser sinónimo de «miles» romano e impregna totalmente de su carácter a todo el régimen feudal, que se establece en una forma jerárquica piramidal — como ya es muy conocido el decir — que va del vasallo al castellano, de éste al duque (con carácter más marcadamente administrativo y político) y por último al rey.

Este lento y largo proceso culmina precisamente en el siglo XI, permitiéndonos establecer un paralelo entre el país feudal por excelencia — Francia — y la España en la que bullía la gesta heroica de los hombres del Cid. En ambos la disolución del poder es un hecho, si bien la manifestación es aparentemente distinta u opuesta. El derecho real está más fortalecido en España, pero no por ello el feudalismo puede dejar de ser típico aquí. Mientras Francia se fraccionaba en ducados que incluso — más adelante, en el correr histórico de los siglos — habían de entrar en órbitas nacionales no francesas, España no poseía un solo poder, aunque fuera nominal, que la coordinara, y el equivalente de los grandes ducados eran los reinos diversos de la reconquista peninsular. La idea de una superación — no sólo por afán de unidad, que se manifestará en toda su pujanza, conducida por sus propios medios, en el siglo XV — latía ya feudalmente en la España del Cid. La frase de *Adefonsus imperator Hispaniae*, contemporánea de Rodrigo Díaz de Vivar, es signo claro de este aserto. Esta tendencia disgregadora y atomística, netamente medioeval, tiene sin embargo caracteres comunes para todas las fracciones. La milicia feudal va a ser su agente constructor y de cohesión.

\*\*\*

Consideremos a la Iglesia no sólo como un valor más en el dilatado marco de la evolución feudal de la Edad media, sino por lo que significa frente a ella. Es entonces — siglo XI — el único poder multiseccular que no ha sufrido variaciones, tergiversaciones ni cambios. Se erige a sí mismo como árbitro y dirimidor. ¿Fue siempre sereno este arbitraje? En la negativa hallamos precisamente la entrada al interés que en el año mil tiene para nuestro estudio la posición de la Iglesia. Es un poder que ha de imponer una autoridad, una disciplina, dentro de su seno y sobre la sociedad y los estados feudales. La lucha por esta imposición ha de producir la querrela de las Investiduras. La labor hacia dentro — y por ende, en lo relativo a disciplina eclesiástica universal, europea también, hacia los estados cristianos — tiene sus escollos asimismo. La Santa Sede se halla ante un duro dilema: la organización eclesiástica y la organización de la Santa Sede en sí. Para lo primero cuenta con una milicia adicta, dependiente directamente de ella, ajena a ningún señorío terrenal, político o eclesiástico. Los monjes negros de Cluny son el arma primordial para la gran batalla de la unificación. Para solucionar el segundo término de dilema — que hacía imposible el solucionar el primero —, la Iglesia había de cortar la podredumbre que en su misma raíz iba produciendo el monopolio ejercido — como si se tratara de una prebenda mundanal — por los obispos pertenecientes al patriarcado romano o de origen alemán.

La Iglesia reacciona lentamente, pero de un modo seguro, llena de buenos intentos, hasta Alejandro II, hasta, para concretar mejor, el año 1073. La aparición de Gregorio VII marca el punto inicial del verdadero triunfo de la voluntad reformadora. Por medio de sus luchas constantes contra todos los poderes y todas las influencias que habían hecho vacilar a la silla de San Pedro, Hildebrando logra vencer la simonía y subyugar al poder civil. La centralización en Roma de todos los asuntos de la Iglesia y el que Roma sirva de modelo para todo lo que con ella tenga que ver, es el resultado lógico.

España, que desde tiempo venía siendo directamente influenciada por los monjes negros, que los había acogido con cariño y solicitud especiales, de un modo muy particular sus monarcas, va a caer inmediatamente bajo la órbita romana. Las ideas centralistas habían de repercutir en los reinos peninsulares de una manera directa con el cambio de la liturgia gótica — ya intentado otras veces antes — en favor de los modos gregorianos, romanos.

## LA MILICIA FEUDAL

El objetivo que ha de ponerse como término la actuación de la milicia feudal, en sus más grandes empresas, ha de ser el Oriente dominado por los infieles. Contra éstos, allí en Oriente, la muralla, la barrera, está constituida por Bizancio. Aquel Bizancio compelido por todas partes que hemos visto hace poco. Un resto imperial que se debate entre el sostenimiento de su propia esencia vital y la ruina completa o la desaparición. El gran siglo para el imperio bizantino va a ser el siglo XII, pero no por ello hemos de dejar de buscar, entre los años que constituyeron el XI, tan fecundo, la raíz, la semilla que se manifestó en la centuria siguiente. Cuando Bizancio luchaba sin éxito frente a los turcos y contra serbios, petchenegos, húngaros y normandos, surge Alejo Comneno y pone de nuevo las bases para una posible reconstrucción de la idea imperial romana. En 1081 usurpa Alejo el poder al decadente Nicéforo Botaniates y pasa, de un golpe, de general a «basileus», fundando sobre cimientos, al menos tan honorables como los de sus antecesores, una nueva y brillante dinastía.

Sobre tan lejana cabeza de puente de la Cristiandad han de actuar los caballeros y las milicias feudales. Éstas tienen un modo especial de actuación y de guerra, que es preciso considerar para comprender mejor el encaje certero de la persona del Cid y de su gesta en la escena amplísima del mundo de su época.

De esta característica fundamental de las milicias feudales participan los resultados de ellas. Así, en Italia, los normandos se apoderan de las ricas tierras del sur por medios de infiltración. En 1029 son milicias aisladas de Renufo; desde 1060 es ya una empresa de mayores alientos la de Roberto Guiscard. Ambos logran formar un reino a costa de bizantinos, infieles e italianos. Similar es lo llevado a cabo por Guillermo el Bastardo—luego sobrenombrado el Conquistador—por el año 1085 en Inglaterra. Por todos sitios, aun la España misma del siglo XI, guerreros aislados, con sus mesnadas y gentes de guerra, avanzando o retrocediendo, como resultante de iniciativas privadas que no obedecían a sugerencias u organizaciones reales, estatales. No podemos, sin embargo, establecer todavía la conclusión definitiva de lo que tiene de dimensión universal la gesta cidiana, si no completamos todo este cuadro con sus consecuencias más destacadas. Hemos de lanzar una mirada hacia el mundo infiel y las Cruzadas.

## LOS BALUARTES DE LA FE

Sin que queramos asegurar que entre los mahometanos todo obedeciera a un solo criterio y a una idea de unidad, como la que presidía, pese a todo, el fraccionamiento de la Europa medioeval, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el mundo infiel significa dentro del siglo XI una revitalización de todas las esencias y potencias del islamismo. Los turcos—ganados para la causa del mahometismo después de una duda entre él y las doctrinas cristianas—van constituyendo a costa de Bizancio un amplio estado que plasmará del mismo modo que las dinastías puramente mahometanas que acababa de vencer. Bagdad no va a ser más centralista que Damasco.

Tienen sin embargo, estos turcos seljucidas, un valor en que descansan y una potencia que les hace ser confiados; su acometividad y su empuje, que arrastrará todo lo que se le oponga, especialmente si lo que intenta combatirlos es el decadente ejército del Imperio. Contra este peligro, que sufre en primer término Bizancio y que amenaza a la Cristiandad toda, tocada en su punto neurálgico de los Santos Lugares, sitios sagrados que representan para el encendido espíritu medioeval la reliquia más preciada de su propia historia, sólo cabe el remedio que la sociedad feudal podía emplear: la milicia. Y desde 1096 las Cruzadas son un hecho. 1097, Nicea. Luego Cilicia, Antioquía, y por último, en 1099, el Santo Sepulcro.

Toda esta riada de hombres enervorizados, de fracasos rotundos, hambres y victorias inauditas van a producir hechos similares a los de otras empresas que no tuvieron móviles religiosos, ni cristianos universales. Nacen en Oriente los establecimientos, los estadios latinos de Siria y de Palestina, comparables a los creados en Sicilia por los normandos o en Inglaterra. O en España...

Porqué la revitalización del mundo islámico, que dijimos no obedecer a un solo impulso, tuvo sus consecuencias en Occidente, como coincidencia de un doble proceso: por un lado, la reacción árabe contra los triunfos cristianos, y por otra, el gran movimiento almorávide. España—dentro del gran marco de la guerra feudal—había ido constituyéndose, muy especialmente en este siglo XI, a costa del poderío árabe. Se llegaba a nuevas fronteras con la adquisición de baluartes en el Duero, Tajo y Ebro. La toma de Toledo en 1085, por Alfonso VI, marcaba el límite máximo de la distensión conquistadora castellana. Contra ello era lógico que los reinos musulmanes buscaran una protección y un auxilio. Podía prestárselo entonces el creciente poder de los almorávides. Desde 1039 Abdallah había conquistado—con la austera disciplina militar de las revoluciones creadoras y dominadoras—todo el Sáhara, llegando al Sudán. Hasta 1086—al año siguiente de Toledo—no presta atención Yúsuf, su sucesor, a los acontecimientos

españoles, que hubieron de esperar a la conquista de Marruecos. En Sagradas se enfrentan dos ideologías militares: la lucha de tipo caballeresco y la táctica de masas uniformes marchando al redoble de tambores. La impresión de la batalla—descrita magistralmente por Menéndez Pidal—ha de dudar largo tiempo en las mentalidades cristianas. Contra este peligro sólo caben dos posiciones: o la lucha frente a frente, renovando encuentros similares al de Sagradas, o atacar al enemigo en otros puntos menos defendidos o, al menos, menos previsibles de ser atacados. El paladín que va a efectuar la proeza, de un modo providencial y oportuno, es el Cid.

Para llevar a cabo su designio empleará, sin embargo, las costumbres y los modos de su época. Las costumbres y los modos feudales, con consecuencias extraordinarias en el dominio de lo universal. Arma su mesnada como empresa privada, y aunque—con caballerosidad solamente de él propia—ofrece todas sus conquistas a su rey y señor, procede con absoluta independencia, crea una corte e impone toda una nueva vida al estadios por él creado. Podemos comparar su hazaña valenciana con las gestas de Guillermo el Conquistador o de Guiscard. El Cid, como ellos, marcha en vanguardia con los hombres de guerra, pero, una vez conseguida la victoria y el asentamiento territorial, lleva consigo a las mujeres, a los comerciantes y a las clases civiles.

Las conclusiones vienen, pues, solas por sí mismas. Tenemos, en primer lugar, al Cid frente al centralismo eclesiástico. El poema es bien explícito en cuanto a su posición a este respecto. Pero si no tuviéramos ese dato, su hazaña viene a quebrar con su impulso las pretensiones papales a tierras arrebatadas a moros por caballeros franceses enviados por él. Son precisamente las regiones sobre las que lanzara su mirada Gregorio las que va a ocupar el Cid. Como hombre de guerra feudal y como gobernante medioeval, está por completo dentro de la órbita de su tiempo. Obedece a la ley de las milicias expansivas feudales, que van ampliando el área de dominio de Europa, y, como ellas, crea organizaciones estatales que podemos parangonar con las nacidas en Oriente al impulso de los cruzados.

Nada de ello—con ser mucho—nos entregaría todavía completa la interpretación que queremos concluir y que es la luz nueva que cabe hoy poder arrojar sobre la figura del Cid. El que una figura española obedezca a imperativos de su época no es demasiado extraordinario para que a base de ello nos mostremos emocionados y batamos palmas. Lo es, sin embargo, si logramos aún extraer consecuencias de más entidad. Porque un hombre del que dijera Ben Bassán que «...fue por la habitual y clarividente energía, por la viril firmeza de su carácter y por su heroica bravura, un milagro de los grandes milagros del Señor», no ha de ser considerado sólo como una gran figura, egregia y sobrehumana, del conjunto total de hombres, sino que hay que pensar que si fue tan grande y sobresaliente, su función no hubo de reducirse a la consecución de una serie de objetivos concretos, sino que éstos servían a causas más amplias y eternas. Aquí se halla precisamente la posibilidad y dimensión universal de la gesta del Cid: en que todo lo que llevó a cabo, como un hombre más de su tiempo, con las leyes de vida y de conducta de su época, tuvo una amplia resonancia para el porvenir de Europa, atribuyendo con ello, además, a España un papel de gran altura.

Porque si todos los actos excepcionales de la gesta cidiana—encuadrados, a pesar de todo, repetimos, dentro del marco universal de su mundo—, tienen alguna positiva significación, es la de haber respondido en Occidente a lo que sucedía en Oriente. La avalancha infiel contenida por las cabezas de puente de los estados latinos de Palestina, halla su digna réplica en el Cid, constituyendo otro baluarte en España, similar a los otros, con una función específicamente semejante: contener a la riada mahometana. España es, en virtud del Cid, una vez más la muralla de Europa. Los reyes cristianos, vacilantes ante el empuje de Yúsuf—lo que no volverá a repetirse hasta el siglo XIII, en que un navarro (Rodrigo Jiménez de Rada) detiene a las disciplinadas masas almohades—, no se puede saber hasta qué punto habrían resistido si no se hubiera visto el poderío musulmán debilitado por las campañas del Cid. España, pues, asume el puesto que eternamente—desde la historia más remota—jugó ante Europa, formando con sus hombres y su esfuerzo el baluarte defensor de la cultura, la civilización y la vida europea en plena gestación.

La posibilidad y la dimensión universal del Cid crece a nuestros ojos de modo relevante, con fuerza propia. Patente y claramente. No se trata ya sólo de una gesta inaudita llevada a cabo por un hombre excepcional, pero cuya resonancia quedará encerrada en el marco de la historia hispana, como un conjunto de hechos muy notables, sí, pero de escasa conexión con la vida del siglo. No; el Cid pasa a ser un personaje de envergadura universal, no ya por sus extraordinarias condiciones humanas, que lo hacen figurar entre los mejores de la raza, sino por su función providencial obedeciendo a imperativos feudales, medioevales y cristianos, en virtud de los cuales constituye él solo en Occidente todo lo que en los Santos Lugares significaron las Cruzadas.

# EL AÑO DE LA EXALTACIÓN DEL CID

por KARL VOSSLER

**C**UÁNDO nació el Cid? Casi al mismo tiempo que la nacionalidad española. Se puede festejar el aniversario del nacimiento de un héroe verdadero de un pueblo tantas veces como la nación lo necesite y se sienta digna de que su recuerdo resucite en su memoria. Por este motivo ha decidido, el Ministerio de Educación Nacional de la nueva España, celebrar en el año 1941 una serie de actos en honor de Rodrigo Díaz de Vivar. Esto no quiere decir que Rodrigo o Ruy Díaz naciera en el año 1141, ya que se trata del 800 aniversario. Se puede suponer que vivía el año 1043 y se sabe que murió el 10 de julio de 1099. Cerca de 40 años después de su muerte y 100 después de su nacimiento — en esto podemos confiar, según las investigaciones de Ramón Menéndez Pidal — salió el prodigioso «Cantar de Mio Cid», que es la primera poesía en romance castellano y la más perfecta descripción, jamás superada por nadie, de la histórica personalidad del Cid.

¿Es que se trata en realidad de conmemorar el nacimiento del niño Rodrigo que resultó ser más tarde el conocido vencedor de los moros y conquistador de Valencia, o bien del nacimiento de un Poema? Sí y no. Sin el «Cantar del Cid», hubiera encontrado tal vez el nombre del castizo portador de la espada milagrosa una tumba tranquila en algunas crónicas, o en alabanzas poéticas, o acaso en las páginas de los historiadores árabes. Sólo un gran poeta podría glorificarlo eternamente en la memoria de la nación.

A pesar de eso, no representa la celebración del 800 aniversario del Poema del Cid, como ocurre en la nueva España, solamente un acto literario o espiritual, sino, en mayor grado, un acontecimiento estético-político. Desde hace unos años sale en Madrid y Barcelona una publicación «Mio Cid», con el subtítulo «Revista de Arte, Literatura e Imperio», editada en Burgos, al comienzo del Movimiento Nacional Español, y al servicio del Caudillo. Lo que glorifica esta revista, y los actos culturales celebrados en todo el país, bajo la dirección de Antonio Tovar, (que ha publicado el folleto encantador «El Imperio de España»), muestra la armonía entre la acción variada de la historia y la tradición, del heroísmo y la poesía, en la cual está intercalada de una manera única la figura del Cid español.

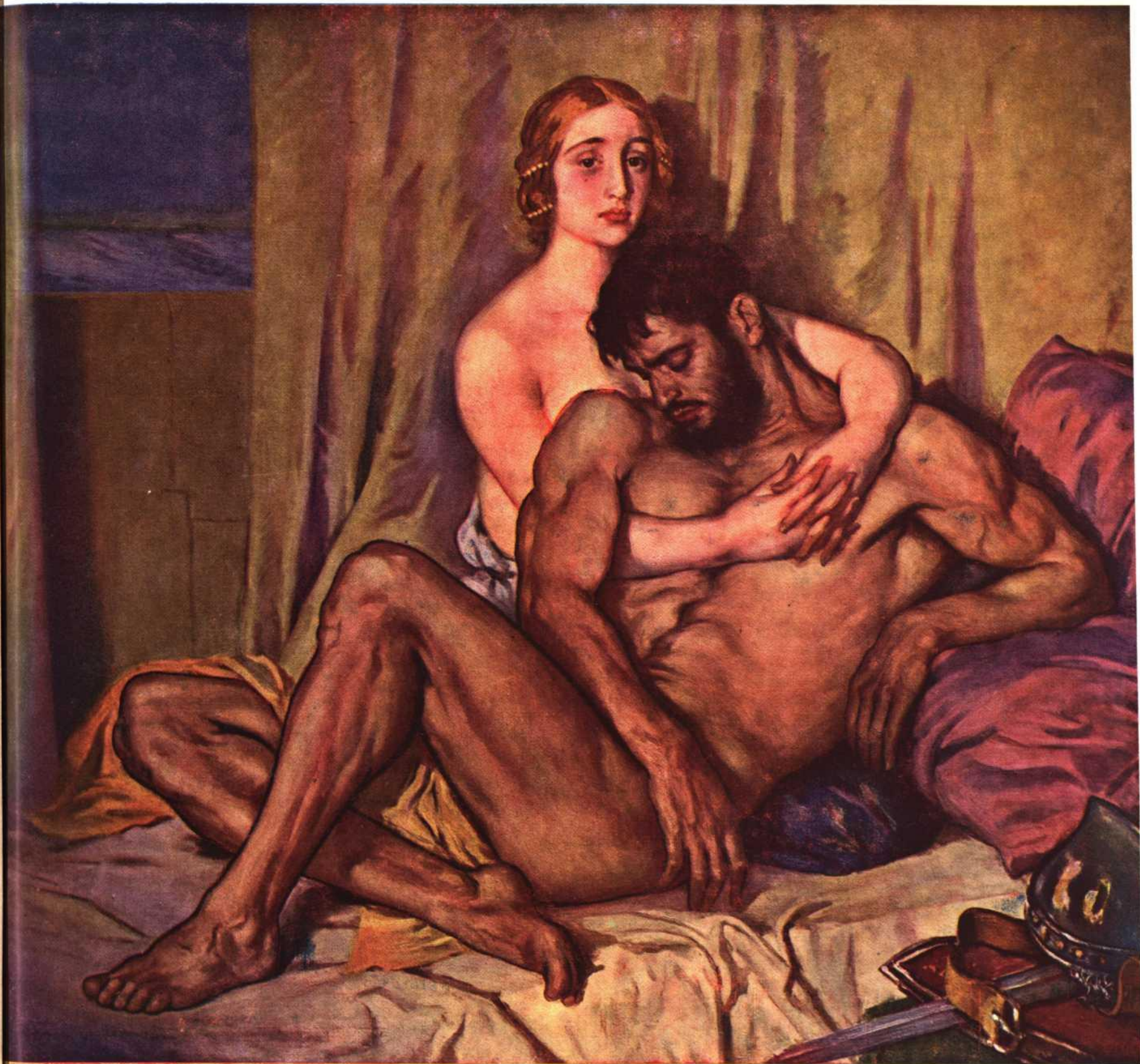
Walter Kienast dice, en una crítica tan fuerte como caballerosa de las investigaciones cidianas, que su mito valía más para la historia de España que el Cid mismo. Sin embargo, sólo la primera fase de todo el mito del Cid, la más próxima a la realidad, tiene valor instructivo e importancia nacional para el español de hoy. Debemos apartar al Cid de las novelas y espectáculos como lo conocemos, por Herder o por Corneille, o más todavía por el Romancero y el drama de Guillén de Castro. No debemos pensar en el amante de doña Ximena, ni en el duelo que tenía con el padre de ésta, ni en sus remordimientos en la lucha entre el amor y el honor.

Tales ilustraciones románticas, que han sido dedicadas a Rodrigo durante siglos, necesitamos hacerlas desaparecer si queremos honrarlo de nuevo con la antigua, modesta, humana y castiza probidad del héroe.

El «Cantar del Mio Cid» se acerca a la realidad en tres sentidos. Está lleno de realismo artístico, estético y político, y queda libre de lo fantástico y maravilloso. Serena y aparentemente casual aparecen los acontecimientos, y, por consiguiente, causan veracidad, como si fuesen cantados según el relato de una crónica. El juglar sin nombre relata cómo el Cid, desterrado por el rey indignado, marcha con pocos adictos, después de dejar a su esposa e hijas en un convento, y emprende asaltos victoriosos contra los moros; después de una seria desgracia, hace casar regimiento a sus hijas, y por éxitos bélicos, con ricos regalos y sumisión inalterable sabe reconquistar la confianza y la clemencia del Rey, recomponiendo espléndidamente su propio honor. Tiene de sí mismo el concepto de un hombre que saldrá victorioso de toda contienda, poseyendo todas las fuerzas vitales: la del brazo, y la del corazón; y además el valor, la precaución, la vivacidad, y el ingenio. Así se defiende y lucha en principio, sólo para salvar su honor personal, el respeto de su casa, de sus hijas y de las personas que le son leales. En vez de ir contra su Rey, que todo lo codiciaba, ataca a un país desconocido — en esto reside la verdadera serenidad de su acción —, a consecuencia de lo cual su séquito y el mismo rey Alfonso VI, que antes le había desterrado, queda reconciliado y agradablemente satisfecho, según la voluntad de Dios.

Pero la rehabilitación del Cid y los suyos se efectuó en circunstancias favorables y propicias por la vecindad de sus huestes con los reinos moros. Estos enemigos comunes al Rey y al Cid, que juegan un papel pasivo, servirán para procurar el motivo de reconciliación profunda entre ambos; y, aun como conclusión, le otorgarán el título de Cid (nombre que en árabe significa *Señor*). A través del Cantar, estos enemigos son considerados por el poeta y por el héroe mismo sin ningún odio profundo, y hasta con cierta benevolencia, picardía y humor, materiales que servirán para levantar finamente el templo del honor español. Ruy Díaz es un hombre práctico; no destroza inútilmente, es demasiado magnánimo para ser cruel, y demasiado prudente para correr algún riesgo a causa de algún gesto impropio, como lo hizo aquel francés Rolando en el desfiladero de Roncesvalles. El conocimiento de que es responsable del bienestar de su familia y que su acompañamiento está ligado a él, incluso por intereses materiales, atribuye, a este luchador precursor del honor español, un carácter sumamente recto y nada literario. No es vanidoso ni sentimental, *pero creyente hasta los huesos*. Posee una devoción soldadesca, es persona mundana, franco y nada vengativo. Esto es, más o menos, el símbolo de la glorificada figura, por cuyo aniversario se debe felicitar a España.





FIGURAS DE ROMANCE  
(por MARCELLIANO SANTA MARÍA)

*En tanto que ellos venían,  
Alvar Fáñez ha hablado  
que pongan el cuerpo muerto  
en ataúd y tapado,  
y con púrpura le cubran  
con clavos de oro clavado.  
No quiso doña Jimena,  
y así los ha razonado:  
— El Cid tiene rostro hermoso,*

*los ojos muy secados,  
mientras esté d'esta suerte  
no hay pora que sea mudado,  
que mis yernos folgarán,  
y mis hijas en su cabo,  
de verlo como ahora está,  
que non su cuerpo enterrado. —  
Todos tuvieron por bien  
lo que Jimena ha ordenado.*





# ALGUNOS ASPECTOS LINGÜÍSTICOS DEL "CANTAR DE MIO CID"

por RAFAEL LAPESA



El anónimo juglar de Medinaceli cuando compuso el «Cantar de Mio Cid», las manifestaciones literarias en lengua vulgar empezaban a ganar consideración social. La producción romance que indudablemente existía en la península desde los siglos X y XI ha desaparecido, sin que los cronicones o documentos coetáneos den apenas referencias de ella. Así, las más antiguas gestas castellanas nos son parcialmente conocidas por resúmenes o prosificaciones de las centurias siguientes. En su tiempo, la lengua romance sólo merecía de los hombres cultos el nombre despectivo de «rustica locutio» o el más duradero de «vulgale eloquium». Pero en el siglo XII abundan ya noticias significativas de un mayor aprecio de la poesía vulgar. Juglares y juglaresas cantaron en las bodas de Ramón Berenguer III de Barcelona con Dolça de Provenza (1112), y lo mismo ocurrió al casarse la infanta doña Urraca, hija de Alfonso VII, con García de Navarra (1144). En Compostela, los relieves del palacio arzobispal guardan el recuerdo de fiestas con que músicos y cantores alegraron tal vez la mesa de Gelmírez. De la ciudad del Apóstol procedía el juglar Palla, quien figuraba a mediados del siglo en la corte imperial de Alfonso VII. Según la crónica latina de este monarca, la emperatriz doña Berenguela, rodeada por un cortejo de damas que tañían y cantaban, salió a las almenas del Alcázar cuando los moros, en ausencia de su marido, intentaron apoderarse de Toledo; cantos bélicos acompañaban el regreso de las expediciones vencedoras; y las mujeres toledanas acudían a la tumba del caudillo Munio Alfonso para llorar su muerte, probablemente con endechas fúnebres. La actividad literaria que revelan todos estos hechos debió verse estimulada por el ejemplo de los muchos poetas viajeros de Francia y Occitania que eran acogidos con gran honra y liberalidad por nuestros reyes.

Precisamente entonces el habla romance es designada como «nostra lingua» en la mencionada *Chronica Adelfonsi Imperatoris*. El autor, erudito, no la desprecia ya; se vale del latín como instrumento culto de expresión, indispensable para una obra de tipo áulico, pero reconoce como idioma propio el romance, del que recoge sin desdoro abundantes términos para actualizar los correspondientes latinos. Y el Poema de Almería (hacia 1147), donde se halla la primera alusión al «Cantar de Mio Cid», pondera con orgullo la sonoridad del castellano: «illorum lingua resonat quasi tympano tuba». Este verso, engastado entre otros que recuerdan la secular rebeldía de Castilla, es la más antigua caracterización de su dialecto, que enérgico y rotundo, como el son de trompetas guerreras, tenía ya ganado el rango de lengua épica. Había celebrado las hazañas de Fernán González, las desgracias familiares y políticas de sus sucesores, la muerte alevosa de los infantes de Salas y las luchas de Sancho II contra sus hermanos, coronadas por el trágico episodio de Zamora. Ahora, en el siglo XII, cuando Castilla empezaba a sentirse eje de la comunidad hispánica, no cantaba sólo viejas contiendas particulares, sino que encarnaba en el Cid empresas de interés común a toda la cristiandad española.

En contraste con el castellano, el fondo melancólico del

alma gallega encontraba sus primeros temas poéticos en deliciosas canciones femeniles — las *cantigas de amigo* —, que expresan la intimidad con la naturaleza, las tristezas de la ausencia, el desbordamiento jubiloso o la ironía. La poesía cortés de los trovadores provenzales halló en Galicia y Portugal terreno propicio a la canción de amor apasionado y saudoso.

También en Cataluña florecía la lírica; pero las semejanzas entre el catalán y la lengua de oc, tan esplendorosa entonces, favorecían el empleo del provenzal. La pléyade constituida por Berenguer de Pal-lol, Guillem de Bergadà, Alfonso II de Aragón, Ramón Vidal de Besalú y tantos otros, no pertenece a la literatura en «pla catalanesca». Habían de pasar bastantes años hasta que los historiadores y Ramón Llull volvieran los ojos a su auténtica lengua nativa.

Castilla revelaba, pues, su personalidad vigorosa e independiente en el cultivo de la epopeya, igual que en la actividad política o en la repugnancia por el Fuero Juzgo. Pero también el dialecto castellano era en el siglo XII un islote excepcional. Menéndez Pidal ha demostrado en sus *Orígenes del español*, obra maestra de la filología hispánica, cómo la básica unidad que ligaba a los romances peninsulares fué rota por la expansión del castellano, notablemente distinto de los otros, original e innovador. Los diptongos *ie, ue* de *tierra, cielo, bueno, puerta* lo separaban del catalán, gallego y mozárabe de algunas zonas, los cuales conservaban las vocales *e, o* latinas; en cambio, la *o* de *noche, ojo* y la *e* de *tengo, lecho* contrastaban con las formas leonesas, aragonesas o mozárabes *nuette, uello, ueyo, tiengo, lieto*, así como con las catalanas prehistóricas *nuelit, uell, lleit* (modernas *nit, ull, llit*). Mientras en el resto de España se mantenía incólume la *f* inicial latina (catalán *fulla, fill*, aragonés y leonés *fuella, fillo*, gallego *folla, fillo*), el habla de Cantabria y Burgos la sustituía con *h* aspirada o la omitía (*hoja, hijo*). Perdía la consonante inicial de *genesta, januariu* (castellano *hiniesta, enero*), que perduró en los demás romances peninsulares (catalán *ginesta, giner*, gallego-portugués *giesta, janeiro*, mozárabe *yenesta, yenair*). Y la *ll* de *llama, llantén, lleno, llave* se oponía tanto a los orientales *flama, ple, pleno, clau*, o al mozárabe *plantain*, como a los occidentales *chama, cheno* o *cheio, chave, xamar*. Estas divergencias primitivas se vieron aumentadas al rebasar el castellano los grados en que se estancaba la evolución de otros dialectos; mientras el leonés y el aragonés se detuvieron en el diptongo *ie* de *siella, ariesta*, en Castilla se llegaba a la reducción *i* de *silla, arista*; en toda la península existía el sonido *ll* en *palla, muller, orella*, pero el castellano lo transformó en *j*, que se pronunció hasta el siglo XVI de modo parecido a la *j* catalana de *jo* o a la portuguesa de *janela*; también el grupo *it* de *oito, feito, leite* se convirtió en la *ch* castellana de *ocho, hecho, leche*, novedad extraña a los demás romances hispánicos. Por último, a esta mayor rapidez evolutiva se unía la pronta decisión cuando era dable elegir entre diversas soluciones coincidentes; hasta nuestros días quedan en leonés y aragonés restos de la vacilación entre *puorta, quarta* y *puerta*, que en Castilla se resolvió muy temprano a favor de *puerta*.

Hacia 1140 la mayoría de estos rasgos distintivos estaba ya consolidada en el habla de Burgos, aunque algunos — como la *h* por *f* inicial o las terminaciones *-illo*, *-illa* — no triunfaron en la escritura hasta varios siglos después. Pero el lenguaje de Castilla no estaba aún unificado: la Montaña, Campóo, el valle del alto Ebro y la Bureba eran regiones arcaizantes; el riojano tenía dialectalismos especiales; en Toledo, Madrid y la Alcarria sobrevivían deijos mozárabes; y en la Extremadura soriana el influjo navarro-aragonés se había acrecentado con la pasajera, pero reciente, dominación de Alfonso el Batallador. Ninguno de los escasos textos literarios del siglo XII responde con exactitud al habla burgalesa; en el «Cantar de Mio Cid» hay algún aragonésismo, y las rimas exigen *Osca* o *Huosca*, *mort* o *muort*, *font* o *fuont* en vez de las formas castellanas puras *Huesca*, *muert*, *fuert*; además el copista del siglo XIV pudo eliminar formas dialectales ajenas a su tiempo.

Tal como se nos presenta en el Cantar, la lengua había recorrido casi toda la distancia que media entre el latín vulgar y el español áureo. Pero tenía que resolver cuestiones fundamentales de su estructura fonética; una de ellas se refería al ritmo del habla, comprometido por la inseguridad de criterio respecto a la vocal final. Las rimas, por un arcaísmo propio de las necesidades poéticas, conservaban la *e* de *sole*, *mare*, *trinidad*, *laudare*; pero la corriente más poderosa tendía a suprimirla, no sólo en estos casos en que al fin se ha perdido, sino también en muchos otros, como *noch*, *fuert*, *cort*, *mont*, *estonz*, *fizist*, *aquest*. Con tal abundancia de finales agudos el castellano se acercaba al catalán y provenzal más que en épocas posteriores. No se habían acomodado las consonantes puestas en contacto al desaparecer una vocal interior latina, por lo que había grupos incómodos como los de *comde*, *dubda*, *riebto*, *homne*. Y la pronunciación estaba sujeta a todas las oscilaciones a que da lugar la acción de unos sonidos sobre otros: *mejor* y *mijor*, *menguar* y *minguar*, *soltura* y *sultura*, *voluntad* y *veluntad*. Las alteraciones fonéticas excedían los límites de las palabras, que englobadas en la frase, experimentaban apócope (*levós* 'levantóse', *una ferí dal' dava* «un golpe le daba», *don Elvira*) o deformaciones ocasionales (*nimbla messó* «ni me la mesó», *tóvelo* «túvetelo»).

El sistema morfológico carecía de regularidad, tanto por el extraordinario desarrollo de la evolución fonética, cuanto por anomalías heredadas de la flexión latina. Aparte de los contrastes que ofrece nuestra conjugación actual (*morimos-muero-muramos*, *tengo-tienes*, *visto-vestir*, *digo-dices*, *quiero-quise*, etc.), la lengua antigua tenía muchos más (*cingo-ceñir-cinxe-cinto*, *seer-sove*, *meter-mise*, *repentir-repiso*). Con las formas etimológicas convivían las que forjaba la analogía; *mise*, *cinxe* y *prise* contendían, por ejemplo, con *meti*, *ceñi*, *prendi*. Además, cada forma podía mostrar variantes que respondían a los diversos grados de su proceso fonético: *sedía*, *sedie*, *sedí* y *sedí*, *comeré* y *combré*; y se daban también duplicidades analógicas como *estido* y *estovo*, *vençido* y *vençudo*.

La distribución de las funciones gramaticales era menos rigurosa que en español moderno. Cualquier demostrativo podía tomar el valor de artículos: «con *estos* cavalleros quel' sirven», «*essas* yentes christianas» equivalen a «*los* caballeros», «*las* gentes». Cual tenía usos reservados más tarde a *el* cual o a *cualquiera* que. El adjetivo se empleaba frecuentemente como adverbio, modificando al verbo y al sujeto: «sonrisó el rey, tan *vellido* fabló». Las distinciones entre *haber* y *tener*, *ser* y *estar*, tan características después, estaban todavía en grado embrionario.

Igual abundancia e indiferenciación se advierte en el vocabulario. Coexisten *cabeça* y *tiesta*, *mañana*, *man* y *matino*, *salir* y *evir*, *coraçón* y *cuer*; esto es, términos privativamente hispánicos junto a otros comunes con las demás

lenguas neolatinas; aun no se mostraban con claridad las preferencias léxicas del idioma. Como sinónimos, o poco menos, se usaban *coger*, *tomar* y *prender*, o *fincar*, *quedar*, *rastar* y *remanir*. Alternaban voces primitivas como *dubda*, *sobejo*, y derivadas como *dubdança* y *sobejano*.

Desde que Alfonso X hizo del castellano vehículo de cultura científica, siete siglos de elaboración nos han acostumbrado a que la expresión literaria se caracterice por la precisión lógica, rehuyendo las incongruencias del habla espontánea. Pero en tiempo del Cantar no se había iniciado esta separación; el juglar, que constantemente se dirige a su público, emprende la narración con propósito de belleza, pero también con la sintaxis fluida y móvil del coloquio. Busca la viveza, la expresividad; no se preocupa de puntualizar, sabedor de que el oyente, con la atención tensa, le acompaña en el desarrollo de las ideas y pone algo de su parte para comprenderle. Por eso omite nexos, emplea constantemente la elipsis o el pleonismo, desplaza las palabras según impulsos imaginativos o sentimentales, y alude con pronombres a términos inexpresos:

«*Evades vuestros yernos, tan osados son,  
por entrar en batalla desean Carrión*» (2326-7)<sup>(1)</sup>

«*Pendón trayo a corças e armas de señal;  
si ploguiesse a Dios, querrialas ensayar  
mio coraçón que pudiesse folgar*» (2375-7)<sup>(2)</sup>.

«*Por esso salí de mi tierra e vin vos buscar*<sup>(3)</sup>,  
por sabor que avía de algún moro matar» (2371-2),

«*Miedo iba aviendo que mio Cid se repintrá,  
lo que non farié el caboso por quanto en el mundo ha,  
una deslealtança, ca non la fizo alguandre*» (1079-81).

«*En Burgos dél entró su carta  
con grant recabdo e fuertementre seellada  
que a mio Cid Roy Díaz, que nadi nol diessen posada*»  
(23-25)<sup>(4)</sup>

«*Tienes por desondrado, mas la vuestra es mayor*» (2950)<sup>(5)</sup>

No veamos en este impresionismo un desorden tosco y deshilvanado. A veces, privados de la ayuda que proporcionaban al auditorio medieval la entonación y ademanes del recitador, nuestra lectura tropieza con dificultades en esta sucesión de miembros inconexos. Pero en el Cantar, ese tipo de frase lozana y ágil resulta eminentemente artístico. Su rapidez compensa la solemne lentitud de los versos, la hierática reiteración de epítetos y fórmulas consagradas por la tradición épica. Y su cálida immediatez acierta a pintar con viril energía el fragor del combate y el entusiasmo del guerrero al ver «por el cobdo ayuso la sangre destellando»; o nos habla, con sobria dignidad, del amor conyugal, de la separación amarga, de la intimidad del dolor, de la hermosura del amanecer: «ixí el sol ¡Dios, qué fermoso apuntava!». Son escapes de fuerza concentrada, cuya eficacia consiste en haber preferido la emoción contenida a la blanda efusión.

Igual que su héroe, el juglar de Medinaceli poseía el don de la palabra justa y comedida; como el Cid, «fablava bien e tan mesurado». En el Cantar, el idioma niño manifiesta ya sus caracteres más permanentes: aliento varonil y movilidad afectiva. La ulterior acción de la literatura le había de prestar rigor y conciencia de sus propios recursos. Y así como Castilla sería más tarde el fundamento de la unidad nacional, su lengua se extendería por «quant grant fo España».

1) «Son tan osados [que] en vez de entrar en batalla...»

2) «Querrialas probar para que mi corazón pudiese...»

3) «Salí de mi tierra y os vine a buscar porque tenía gusto en matar a algún moro.»

4) «Entró la carta del rey, [la cual decía] que nadie diese posada a Mio Cid.»

5) «Se tiene por deshonrado, mas vuestra [deshonra] es mayor.»

# ELEMENTOS POÉTICOS DEL CANTAR DE MIO CID

por JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ-RUBIO



El conocimiento y el estudio del «Cantar de Mio Cid» comenzó no ha mucho tiempo, a pesar del origen medioeval del poema. En el siglo XVIII fué bastante superficial, sin que se llegara a alcanzar toda la belleza e interés múltiple del Cantar.

Sin embargo, se iba intuyendo su mérito, y así Vargas Ponce, en 1791, decía que el Poema tiene un exquisito sabor de antigüedad, comparando al mismo tiempo sus epítetos a los homéricos.

En los primeros tiempos del siglo XIX las opiniones permanecen aún dispares, y si Quintana se limitaba a decir que el autor del Poema no estaba tan falto de talento que de cuando en cuando no manifieste alguna intención poética, Martínez de la Rosa consideraba el Poema tan sólo como un embrión informe.

Es el escocés Roberto Southey el que, en 1808, dice que el «Cantar de Mio Cid» es el más hermoso poema escrito en lengua española, y algunos años más tarde añadía que de todos los poemas que se habían escrito después de la «Iliada» era el del Cid el más homérico en su espíritu. Hallam, en 1818, afirma que el «Cantar de Mio Cid» aventaja a todo lo que se escribió en Europa antes de la aparición del Dante, opinión que confirmó Ticknor en 1849.

Se va formando ya un ambiente de curiosidad literaria y científica alrededor del Poema y se multiplican los trabajos para su estudio. Wolf considera que su gran belleza estriba en la reproducción inconsciente de lo real, por eso veraz y sorprendente, imponiéndose esta exposición desnuda del arte en virtud de la naturalidad, sencillez e ingenuidad que respira todo el Cantar. El venezolano Bello, en 1830, confirma esta opinión de Wolf, alabando las cualidades poéticas y sobre todo el candor delicado de las expresiones y la sobriedad de algunos pasajes.

Más tarde, Menéndez Pelayo encuentra el mayor encanto del Poema en que su poesía parece vivida y no cantada, producto de una misteriosa fuerza que se confunde con la naturaleza misma, uniéndose a esto el sentido nacional, que sin estar expreso en ninguna parte, vivifica el conjunto y se destaca sobre todo en la figura del héroe; y si falta la divina poesía del ensueño y la visión mística, esto es algo que ocurre en todos los poemas épicos, pero que, sin embargo, en el del Cid flota en todo él con cierta delicadeza afectuosa.

A finales del siglo XIX es grande el número de estudios sobre el Poema, fenómeno que se continúa en el actual, analizándose desde todos los puntos de vista.

Pero sin duda uno de los más debatidos, y que es de interés definitivo para estudiar los elementos poéticos del Cantar, es el de su origen. Si echamos una mirada sobre el amplio campo donde se han expuesto las diversas teorías sobre el origen del Poema, inmediatamente destacarán dos de ellas alrededor de las cuales se agrupan todas las demás.

Una es la defendida por Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal (don Ramón), siendo este último el que la ha perfilado y desarrollado más ampliamente.

Según esta teoría, el Poema deriva de las gestas, en virtud de una relación muy importante establecida entre juglares franceses y españoles, tanto en la épica como en la lírica, y aunque haya diferencia entre la rima perfecta de los poemas franceses y la imperfecta de los españoles (alejandrinos o una mezcla de variados metros a base de alejandrinos), y diferencia de temas, que en los españoles son casi contemporáneos del relatante, y no ocurre así en los franceses cuyos temas son más remotos. De ningún modo proviene el Cantar de los romances populares castellanos anteriores a él, pues no se conservan textos de ellos, y además, para Menéndez Pidal, son los romances los derivados de la Gesta, cosa que ocurre con los romances viejos del siglo XV. Esta es la idea de Pidal en su «Poesía Popular y Romancero» («Revista de Filología Española», 1916-III). En «Poesía juglaresca y juglares» dice que el Poema fué compuesto hacia 1140 por un juglar anónimo del lugar de Medinaceli, ciudad fortísima recién ganada en la frontera de los moros, y que acaso tal juglar no era castellano sino mozárabe, criado entre los musulmanes de aquella comarca, a juzgar por ciertas palabras que emplea. Influidó por las «chansons de geste», el juglar de Mio Cid mantiene, sin embargo, la austeridad narrativa y la historicidad de los juglares castellanos, y además, en ciertas rimas de su Poema, incluye formas mozárabes en lugar de las castellanas. Sobre motivos poéticos insignificantes de la vida del héroe conocidos por el juglar, monta el Poema revistiendo estos recuerdos locales de un perdurable valor artístico. Indudablemente — sigue diciendo Menéndez Pidal —, era destinado el Poema a ser recitado para solaz público y el juglar cuenta su historia pensando en el público que tiene delante, al cual se dirige expresamente muy a menudo, y, a fin de interesar a éste, abandona la objetividad de la acción para tomar en ella parte afectivamente. Así, cuando los infantes de Carrión maltratan a las hijas del Cid, dice:

*¡Qual ventura serie esta, si pogliese al Criador  
que assomase essora el Cid Campeador!*

La división del poema en partes pretende conseguir el interés, como los dramáticos con los diferentes actos. Por último, es interesante la descripción de viajes y marchas, elemento poético esencialmente juglaresco que refleja el carácter andariego de éstos.

Frente a esta teoría, Julio Cejador, apoyándose en Wolf, Rajna, Lang, Restori, etc. y en minuciosos estudios del Poema y de la *Crónica*, establece la siguiente:

En España existió en primer lugar, antes que el Poema, o que él llama el «mester de juglaría», cuyas composiciones hechas para cantar — canciones, fablas y romances —, en versos octosílabos (pie de romance), formaron la epopeya popular castellana que fué prosificada en las «Crónicas», como lo demuestra el número de octosílabos que de ellas se sacan. Más tarde nace el «mester de clerecía», que era la épica escrita, generalmente por clérigos, gente culta, erudita y de letras. Comenzó en el siglo XII o XIII con el «Cantar de Mio Cid», con el metro alejandrino traído de Francia y otros metros afrancesados.

«Romanz» era la poesía popular no escrita, cantada por los juglares. «Dictado» era la leída, dictada, escrita.

No hubo, pues, cantares de gesta prosificados en las «Crónicas», ni eran largos, ni muchos en número, populares, escritos en alejandrinos y cantados y recitados por los juglares, sino por el contrario los que fueron prosificados fueron los romances octosílabos, cantados, populares, y luego el «mester de clerecía» los utilizó para formar los alejandrinos y similares de tipo francés. Por otra parte, el pie de romance de los romances viejos del siglo xv no salió del alejandrino, sino del primitivo romance popular castellano y del musulmán andaluz, cuyo principal representante fué Abencuzmán. La *Crónica del Cid* no salió del Cantar, aunque el Cantar pudo salir de la *Crónica* la cual lo tomó a su vez de los romances.

Hay, pues—creemos nosotros—, siguiendo a Cejador, una trayectoria romances populares-crónicas-cantares de gesta-romances viejos.

El «Cantar de Mio Cid» salió, pues, de los romances populares, y una prueba está en que los romances del siglo xv concuerdan con la *Crónica*, no con el Cantar. La *Crónica* es prosificación de los romances antiguos, y el «Cantar de Mio Cid» es obra que queda fuera de aquella epopeya popular y es obra de autor erudito particular, y ni se cantó ni se dijo al pueblo. Su autor tomó de la epopeya todo el asunto y los octosílabos, reformándolos según el gusto francés, acomodándolos al tipo de alejandrinos, pero dejando muchos octosílabos. Existen en el Poema muchos galicismos que indican que el autor, perteneciente al «mester de clerecía», tuvo una gran influencia del «Roland» y las demás «chansons». Para Cejador, fué compuesto a fines del siglo xii o en el xiii y seguramente bastantes años después de 1151. Pudiera ser — dice este autor — que el código de 1307 fuese no la copia sino el original y Pero Abbat el autor y no el copista. (J. Cejador, «El Cantar del Mio Cid y la epopeya castellana». — «Revue Hispanique», 1920, XLIX).

En cuanto al metro y clases de versos del Cantar, seguimos también los estudios de Cejador, que ha completado y reformado los que Menéndez Pidal había hecho en su obra sobre el texto, la gramática y el vocabulario del Poema.

Seguramente, el autor del «Mio Cid», guiándose por la sinalefa, o, como dice Milá, por el oído, muy común al principio del «mester de clerecía», formó los hemistiquios heptasílabos del alejandrino, dejando algunos octosílabos de pie de romance. Hay dos clases de versos predominantes en el Poema: el alejandrino y el pie de romance, pero esto se ve más claro si se atiende al hemistiquio más que al mismo verso, explicándose por el hecho que el primero que escribió en castellano se atuviera más al hemistiquio que al verso, pues la pausa le daba tal unidad, que como verso podía considerarse.

Pretendió el autor del Cantar hacer hemistiquios de siete sílabas, es decir, alejandrinos, que era como escribían entonces los franceses, pero al ser tomado el Poema de la epopeya popular (a través de la *Crónica* principalmente), escribió tantos hemistiquios de siete sílabas como de ocho, esto es, octosílabos propios de los romances populares. Los octosílabos abundan sobre todo en el segundo verso, que es el que da el tono. El empleo de hemistiquios de 5 y 9 sílabas es producto también de la imitación de las «Chansons».

Hay un gran número de octosílabos comunes al Cantar y a la *Crónica*, sobre todo si empleamos la sinalefa y heptasílabos formados de aquellos octosílabos por el autor del Cantar, en tan gran número que no cabe duda de que salieron de los romances populares. El mismo Pidal reconoce que la tendencia a hacer el segundo hemis-

tiquio de ocho sílabas, parece que nos encamina al verso del romance (8 + 8), que fué la base de la poesía popular, y que tan sólo en «Mio Cid» se impuso la de 5 + 9 y 7 + 7 por la influencia francesa. Confirma la opinión de Cejador sobre el origen del Cantar en los romances, las frases hechas que están todas en octosílabos o hemistiquios de pie de romance.

Analicemos, por último y brevemente, las influencias de las distintas épicas en el Cantar y los caracteres de su poesía.

Gastón París y E. Hinojosa defienden la influencia francesa basándose en la semejanza de la métrica, y en realidad es así, pero esta influencia se ejerce sobre el Poema después que un asunto ha sido prosificado en la *Crónica* sacándolo de los romances, y en virtud de la tendencia del «mester de clerecía» hacia lo francés. El espíritu es muy distinto y los temas igualmente.

Menéndez Pidal defiende el origen germánico y una influencia tardía de la épica francesa, y cree que en la épica castellana palpita el elemento más noble del espíritu de los germanos, como son la organización del ejército, la reunión de amigos y vasallos alrededor del señor, el crecerse en el combate con la presencia de la mujer e hijos, como lo hace el Cid en la batalla contra el rey de Marruecos.

Para don Julián Ribera, existe en la epopeya castellana, y especialmente en el Poema del Cid, la influencia de una poesía épica-romanceada que debió florecer en Andalucía en los siglos ix y x, épica popular casi del todo perdida, de la cual queda como ejemplo la leyenda contada por Benalucía sobre Muza-ben-Muza e Izrac. Los caracteres de esta épica andaluza se cumplen en el Poema cidiano: humanidad, naturalidad y ausencia de entes maravillosos (diablos, genios, abstracciones, erudiciones), así como un desarrollo sencillo del asunto.

Esta triple influencia forma la poesía del Cantar, cuyos caracteres esenciales son éstos: Frente a lo maravilloso, lo rudo y lo violento; frente a la idea de la venganza y de la muerte; frente a lo unilateral, brillante y artificioso de otras epopeyas medioevales, el «Cantar de Mio Cid» presenta un colorido de tonos suaves y discretos y una emoción llana y sincera. El Poema se va construyendo paso a paso, aun en perjuicio de las descripciones y de la vistosidad. Gradual y finamente, sin saltos, el poeta logra la belleza sin esfuerzo ni aparato, pero al mismo tiempo con una gran amenidad e interés, debido a la variedad de ambientes sociales que se presentan. Junto a un tono delicado y sentimental en las escenas de familia, existen pinceladas cómicas, como en el ardid de Antolínez y el lance del león, ambientes sombríos como en la tragedia de Corpes, y energía extraordinaria en las descripciones de las batallas. En algunas escenas hay candorosas divagaciones derivadas de lo popular. Nada convencional ni amanerado existe en el Poema, y el autor es todo entusiasmo al hablar del héroe — como dice Milá en su obra *De la poesía heroico-popular castellana*. La personalidad del Cid aparece elevada a una gran altura moral y a una imponente equidad, da muestras de grandes virtudes, y aun así, como dice Menéndez Pidal, el poeta vence artísticamente la dificultad de desenvolver dentro de esta altura moral y moderación una epopeya de guerra, de enemistades y venganzas, y, fiel a una concepción del vivir, acierta a poetizar hondamente en el héroe un decoro absoluto, una mesura continente y un gran respeto a aquellas instituciones sociales y políticas que pudieran coartar la energía heroica, cosa que no ocurre en otros poemas de este tipo. Y ni siquiera utiliza — más que en dos casos, la aparición del ángel Gabriel y la escena del león — el elemento maravilloso, para formar la figura heroica, españolísima, del Cid.



Fachada de la Iglesia de San Esteban, donde ciertos indicios suponen que se casaron las hijas del Cid

# LA MUJER

## EN EL POEMA DEL CID

por CAROLA REIG

**P**OCAS, muy pocas y apenas esbozadas, son las figuras de mujer que, destacándose de un confuso tropel de moras y «dueñas de pro», cruzan por el Poema del Cid: la niña de Burgos, doña Jimena, doña Elvira y doña Sol. El recio poema medioeval es completamente masculino, como corresponde a su naturaleza castellana. La mujer española, la castellana sobre todo, no tiene historia, su vida se desliza en la intimidad del hogar a la sombra del padre o del marido.

La primera figura femenina que aparece apenas esbozada en la gesta del Cid, no es todavía una mujer, es «una niña de nueve años», blanca y rubia, «toda ojos azules y en los ojos lágrimas», como la ve Machado acentuando su fragilidad frente a la rudeza de los castellanos, que eleva su voz de cristal pidiendo para la ciudad de Burgos, aterrada ante las terribles amenazas proferidas por el rey contra los que acogiesen al desterrado:

*«Cid, en el nuestro mal vos non ganades nada;  
mas el Criador vos vala con todas sus virtudes santas».*

Aquella delicada figurita en su patético desamparo es la única fuerza que puede oponerse eficazmente al empuje del Cid y sus caballeros que allí buscan posada, decididos a tomar por la fuerza lo que no se les da de grado. ¡Qué bello contraste presentan las figuras del cuadro! Parece como si toda la luz estuviese concentrada sobre esta promesa de mujer en la que el artista ha utilizado los colores más claros y delicados de su paleta, dejando las tonalidades cálidas y sombrías para el grupo de guerreros fatigados, sudorosos y polvorientos que, silenciosos, sienten su rudeza sacudida por un estremecimiento de emoción. Y una vez más la debilidad femenina, aquí dos veces débil por mujer y por niña, triunfa de la fuerza viril, y el Cid y los suyos salen de Burgos sin osar llamar a ninguna puerta. La primera batalla del épico poema ha sido ganada por una pequeña mujercita sin más armas que sus lágrimas.

Doña Jimena es la figura femenina que aparece con rasgos más vigorosos y definidos. Perfecto tipo de mujer española sumisa y dócil ante la voluntad del esposo y señor, típica mujer de hogar, se nos muestra aquí muy lejos de la rica hembra ofendida y enamorada del Cantar de Rodrigo y del Romancero, que pide justicia al rey contra el matador de su padre, bárbara justicia, incomprensible hoy para nuestra psicología, que le une al objeto de su amor. La Jimena del Cantar ruega a Dios para que no abandone al Cid que marcha al destierro.

*«Tú que a todos guías, val a mío Cid el Campeador»;*

pidiéndole, al final de su larga oración de reconocida influencia francesa:

*«Quando oy nos partimos, en vida nos faz juntar».*

El Cid tiene para ella toda clase de consideraciones, llamándola «mi mugier tan complida», «mugier ondrada», «como a la mía alma yo tanto vos quería», encomendándola al cuidado, primero del abad de Cardeña, don Sancho, después al de Minaya Álvar Fáñez, que la conduce con sus hijas a Valencia. La fe religiosa sostiene a Jimena en la dolorosa despedida que desgarró sus corazones:

*Ansis parten unos d'otros como la uña de la carne;*

fe profunda y arraigada que, unida al estoicismo de raíz senequista, informa el tradicional espíritu español.

Jimena confía en Dios, pero también en el Cid, y es tan grande la fe que en éste tiene, que cuando, ya en Valencia junto a su

triunfador esposo, se asusta al ver desde la torre del Alcázar las huestes del rey de Marruecos, acampadas alrededor de la ciudad,

*Miedo a su mugier e quiérel crebar el corazón,*

le basta la palabra del Campeador, que le asegura la victoria, para cambiar su temor en gozo:

*Alegre son las dueñas, perdiendo van el pavor.*

Todo cuanto el Cid hace le parece perfecto:

*«Todo lo que vos feches es de buena guisa»;*

y así acata, sin discutir las, todas sus decisiones, aun en asunto de tan gran trascendencia como las bodas de sus hijas con los infantes de Carrión:

*Elle hizo aquesto, la madre lo doblava:*

*«Andad, fijas; d'aquí el Criador vos vala;*

*de mí e de vuestro padre, bien avedes nuestra gracia.*

*Id a Carrión do sodes heredadas,*

*assí como yo tengo, bien vos he casadas».*

Y luego, cuando éstas vuelven maltratadas y escarnecidas, ni un reproche de sus labios, ni una queja contra el rey que dispuso tan desdichado casamiento, ni contra el padre que lo consintió. El juglar sólo nos habla de su alegría al recobrarlas:

*Gran gozo fizo con ellas doña Jimena su madre.*

El juglar se ha complacido en pintar todas las cualidades de la más perfecta esposa del más perfecto caballero.

Sus hijas doña Elvira y doña Sol están muy lejos de tan fuerte caracterización. Son dos figuritas borrosas, pasivas, gemelas, sin cualidades que las destaquen una de otra, y esta misma impersonalidad las envuelve en un atractivo halo de idealización.

Así dice Minaya Álvar Fáñez, al llegar para sacarlas de Cardeña:

*«El rey por su merced sueltas me vos ha  
por levaros a Valencia que avemos por heredad.  
Si vos viese el Cid sanar a su mal,  
todo sería alegre que non avría ningún pesar».*

¡Qué emocionada espera! ¡Qué actividad despliega el Cid para proteger y honrar su viaje! Envía tropas, pero no sale a su encuentro por no abandonar Valencia. Conmovedora escena, casi tanto como la de la separación en Cardeña, en que el gozo es tan grande que se traduce en lágrimas:

*«Vos doña Ximena, querida mugier e ondrada  
e amas mis fijas, mio corazón e mi alma,  
entrad conmigo en Valencia la casa,  
en esta heredad que vos yo he ganada».*

¡Con qué orgullo paternal les muestra desde la torre del alcázar «cómo yace la ciudad», la huerta «que espessa es e grand»! Pero en todo momento la pasividad de las hijas del Cid es tan grande, como absorbidas, anuladas por la poderosa personalidad de éste, que no ofrecen ningún rasgo que las haga salir de la sombra. Muy amadas de su padre, que las abraza llorando al despedirse de ellas, «a mucho las quería», su boda constituye para él una verdadera obsesión. Para ellas lucha, para su dote gana batallas y botín de guerra:

*«Si yo lo visquero serán dueñas ricas».*

Las dejamos niñas, las volvemos a encontrar mujeres, pero siempre silenciosas ante la gloria del Cid. Su candorosa juventud las hace juguete en manos de los infantes de Carrión, fácil presa de su ambición e indefensa víctima en quien saciar sus envidias y rencores. El amor paternal del Campeador, aun cuando receloso ante el honor que recibe del rey,

*«Vos casades mis fijas, ca non ge las do yo»,*

las precipita en brazos de su desdicha, hacia la que caminan alegres en su inconsciencia, exclamando ingenuamente:

*«Quando vos nos casaredes bien seremos ricas».*

Nada sabemos de doña Elvira y doña Sol en los dos años que transcurren desde su boda al episodio de Corpes, pero las suponemos felices en la intimidad de su hogar, al que si no fueron llevadas por amor, pronto hubo éste de acudir, que los pocos años ponen su afición en aquello que tienen delante.

La niña de Burgos, doña Jimena, doña Elvira, doña Sol, suavidad y dulzura, fresca de fuente en el abrasado poema castellano, ¡cómo quisiéramos conocerlos más! Y, sin embargo, vuestro mayor encanto está, sin duda, en esa vaguedad en que os dejó el viejo poeta.

# INSPIRACIÓN HERÓICA

## EN LA MÉTRICA DEL «POEMA DEL CID»

por GERARDO DIEGO

**E**L Poema del Cid es, desde el punto de vista poético, la más perfecta y más bella realización de nuestra épica. Y lo es, evidentemente, por haber acertado genialmente con el tipo de verso y de serie estrófica más adecuado, por un lado, al genio de nuestra lengua, y, por otra parte, al género épico narrativo; cantar de gesta entonces, epopeya heroica luego, en la poesía culta del Renacimiento. Consideremos, en efecto, esa hermosa y libre sucesión de series de asonancias — con las que alternan indistintamente las consonancias — de número indefinido de versos, pero siempre en función de la materia sentida y expresable que no sea larga, ni un verso más de los precisos para decir o cantar — según el tono del Poema bajo o suba — lo que de un arranque brota naturalmente, de un tirón — para decirlo con palabra fea, aunque expresiva —. Notemos, además, cómo refresca, cómo alivia la fatiga de atención el cambio de asonancias, pues aparece un nuevo color en el momento impensado, verdadero procedimiento de modulación comparable a la transición de una tonalidad a otra en la técnica musical.

Por ejemplo, la urgencia de una expresión emotiva no halla suficiente escape en la serie de asonancias *o-e*:

*Qual ventura sería esta si ploquiese al Criador  
que asomasse essora el Cid Campeador.*

Y pasa a repetir por procedimientos paralelísticos gemelos a los de la lírica — porque el Poema aquí ha llegado a un éxtasis a la vez trágico y lírico («leváronles los mantos e las pieles arminas») —, con nueva asonancia *i-a*, que culmina — la serie esta vez es brevísima, como cumple a la concentración de la emoción — en la nueva exclamación:

*Qual ventura sería — si assomase essora el Cid Ruy Diaz.*

Si ahora comparamos esta técnica libre construida a la medida, a la escala de la capacidad humana de intensa narración cantada, correlativa a la capacidad humana de suspensa atención vigilante del oyente; esta técnica que, al reducirse y concretarse en cada verso, en cada pormenor, encuentra o puede encontrar siempre el recurso más justo, más expresivo en ese ritmo respiratorio de los dos elásticos hemistiquios que se estiran o se concentran — siempre en torno al módulo heptasílabo — como la respiración misma, natural, viva, del que canta, del que se exalta del que vuela; si comparamos, digo, esta técnica, este sistema rítmico con el empleado luego a partir, no digo ya de la Cuaderna vía del siglo XII del Renacimiento, todas las ventajas serán para la formidable intuición de nuestro juglar.

Resulta, en efecto, fabuloso que la poesía española, como la europea, se haya obstinado durante largos siglos en olvidar y, desconocer tan hermosos comienzos y se haya obcecado en persistir infatigablemente para los largos poemas tipos estróficos, de una pesadez y una desgracia en verdad lamentables. (Perdón: una vez más reaccionaremos contra esa incomprensión nuestra momentánea de la incomprensión ajena, para explicárnosla históricamente por los gustos ambientes, la educación o, si se quiere, por la fatalidad de los hechos artísticos. Dejémoslo, pues, si no en asombro ante lo fabuloso, al menos en elegía ante lo irremediable.) Y vino el Alighieri y escribió su *Commedia*; en mala hora lo hiciera, porque tuvimos para unos cuantos siglos el suplicio de la noria infinita de los tercetos encadenados de todas nuestras epístolas, sátiras y demás máquinas semiépicas de por lo menos unos cuantos centenares de eslabones. Y menos mal que ahí quedó la cosa y no les dió a nuestros abuelos por escribir epopeyas encadenadas. Alguna vez se me ha ocurrido que sería divertido, y además lo único en verdad lógico, encadenar una serie de tercetos, pero no para rematarla al final con una *serventesio*, con la adición de un verso de propina para no dejar ninguno soltero — lo cual nos deja siempre secretamente satisfechos —, sino volviendo a la rima y verso inicial con el enlace al mismo tiempo del sentido, y cerrando así el anillo para ser recitado «hasta la eternidad de lo probable», que dijo Rubén Darío. Me ha faltado humor para esta broma, pero conste que es lo único que lógicamente cabe hacer partiendo de tales premisas.

A fines del siglo XIV y durante todo el XV estuvo en boga, para los poemas narrativos y aun líricos de alguna ambición, la copla de

arte mayor o de Juan de Mena, la cual es, sin duda como ninguna, idónea para la expresión de lo grandioso y heroico. Como formidables máquinas guerreras avanzan por el «Laberinto» de Juan de Mena las octavas reales de arte mayor con los dodeca o endecasílabos, según la catalexis, pero siempre desplegando en orden de batalla sus cuatro acentos equidistantes:

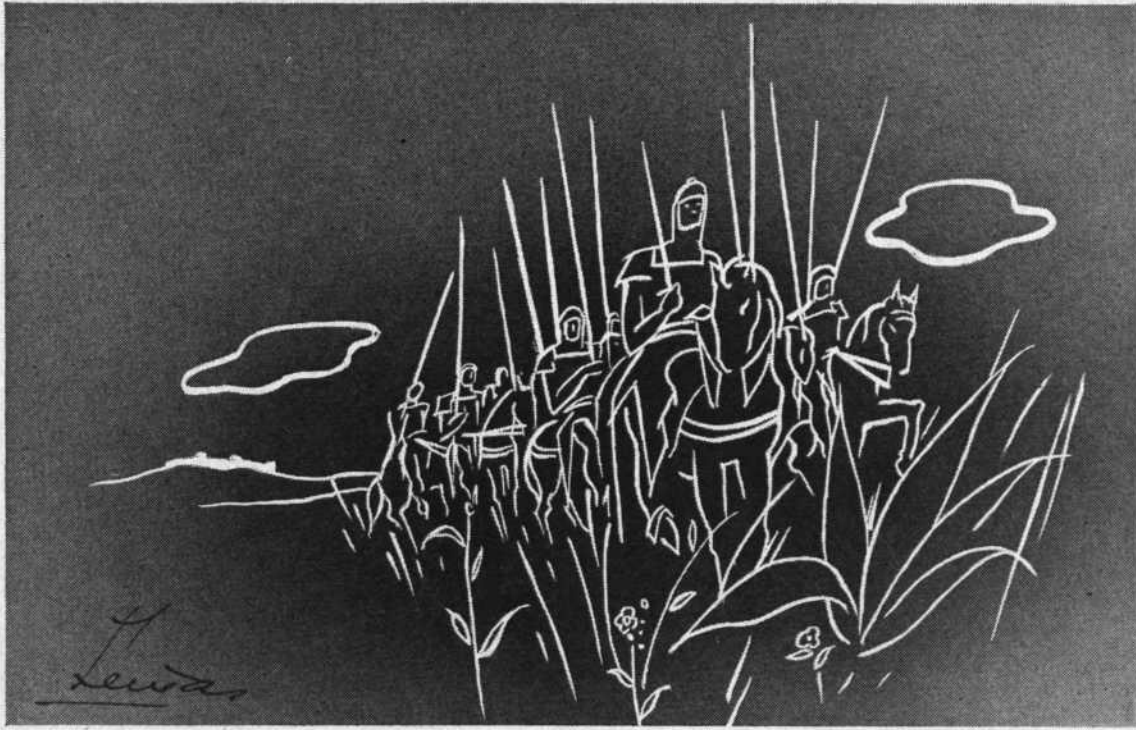
*El Conde e los suyos tomaron la tierra  
que estaba entre el agua y el borde del muro,  
lugar con menguante seco e seguro;  
mas la creciente del todo lo cierra;  
quien llega más tarde presume que yerra,  
la pavesada va junto a las alas,  
levantan los trozos, crecen las escalas,  
crecen las artes mañosas de guerra.*

El inconveniente de tan robusta estrofa reside en su pesada monotonía, que en los poemas ya un poco dilatados, como el propio «Laberinto», termina pronto por fatigar nuestra atención y herir nuestra sensibilidad con el persistente bombardeo de los acentos anfibráquicos. Finalmente, sobreviene, con Boscán y Garcilaso, la octava, rima e inmediatamente la estrofa, que desde el Boyardo se había consagrado como épica por excelencia, va a ser el único molde en que funden sus ardientes módulos todos los poetas del Renacimiento en nuestra Península.

Ciertamente, la suerte de las estrofas es un poco como la de las mocitas casaderas: la ventura de la fea la bonita la desea. Resulta difícilmente explicable, si no es por la superstición de la autoridad de un modelo, por qué centenares de poetas durante cuatro largos siglos se obstinan en edificar esos interminables muros de octavas reales que se acumulan canto a canto en pavoroso número de millares. Porque en verdad que la estrofa es desdichada: el cruce de las rimas hasta tres veces seguidas es infeliz, y en el quinto y sexto versos rara vez puede compensar la pura belleza de inspiración poética la pobreza de la combinación rimada; después se recibe con un cierto alivio el cambio de rima en el pareado final, pero viene demasiado tarde y no consigue equilibrar con su cierre de broche, también en exceso subrayado y sonoro, la economía del conjunto. Y que esta estructura es un desacierto, lo demuestra que no falta quien tuviera conciencia de ello, y así Pedro de Oñate, en su «Arauco domado», para remediar su intrínseco aburrimiento ensayó la sustitución del insufrible orden de rima *a-b, a-b, a-b* por el más gallardo yafortunado *a-b-b, a-b-b*, con lo cual se dibuja en el interior de la octava una curva que le da esbeltez y variedad. Pero este ensayo pudo menos que la rítmica, lo mismo que el de Bocángel y otros poemas barrocos, al reducirla — no menos felizmente — a una sextina, suprimiendo el quinto o sexto versos, y en otros la tercera insistencia de la rima, con lo cual el pareado final equilibraba bien la repartición del peso y resistencia de materiales de la estrofa:

*Allí cae el soldado y le socorre;  
allí el campo se engríe y le sosiega:  
mengua una tropa y a llenarla corre;  
al osado amenaza, al flaco rueda;  
bombardas ceba, centinelas muda,  
asurra bombres y caballos suda.*

Cierto que el endecasílabo italiano, alternando sus varias acentuaciones, no cansa y es el verso ideal en nuestra lengua para un noble estilo en proporciones dilatadas. Pero la octava real, su insufrible monotonía, es causa principalísima del fastidio que nos causa una lectura seguida y dilatada de cualquiera de los poemas épicos del Renacimiento. Aunque Ariosto, Tasso, Camoens y Lope entren en la cuenta. Frente a todos estos tipos estróficos, la viva biológica elasticidad del metro irregular del Poema del Cid acusa más sus ventajas para la expresión de lo heroico. Y sin que queramos decir que el juglar del siglo XII tuviese una plena conciencia de lo que era todavía un ensayo más o menos espontáneo, no podemos menos de felicitarnos de que en los albores mismos de nuestra poesía se comprendiese tan genialmente la condición singular de nuestra lengua, se acertase con un esfuerzo poético que no había de ser, no ya superado, pero ni siquiera igualado en épicas de mayor perfección técnica.



# MIO CID

El ciego sol se estrella  
en las duras aristas de las armas,  
llaga de luz los petos y espaldares  
y flamea en las puntas de las lanzas...  
El ciego sol, la sed y la fatiga...  
Por la terrible estepa castellana,  
al destierro, con doce de los suyos —  
polvo, sudor y hierro — , el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo.  
Nadie responde. Al pomo de la espada  
y al cuento de las picas el postigo  
va a ceder. El aire abrasa.

A los terribles golpes,  
de eco ronco, una voz pura, de plata  
y de cristal, responde... Hay una niña  
muy débil y muy blanca  
en el umbral. Es toda  
ojos azules y en los ojos lágrimas.  
Oro pálido nimba  
su carita curiosa y asustada.

— Buen Cid, pasad. El Rey nos dará muerte,  
arruinará la casa  
y sembrará de sal el pobre campo  
que mi padre trabaja...  
Idos, el Cielo os colme de ventura...  
En nuestro mal, ¡oh Cid!, no ganáis nada. —  
Calla la niña y llora sin gemido...  
Un sollozo infantil cruza la escuadra  
de feroces guerreros  
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»

El ciego sol, la sed y la fatiga...  
Por la terrible estepa castellana,  
al destierro, con doce de los suyos —  
polvo, sudor y hierro — el Cid, cabalga.



# El moro Abengalvón, Rey de Molina

## EN EL CANTAR DEL MIO CID

por JOSÉ SANZ Y DÍAZ

**C**ON motivo del VIII Centenario del Poema del Cid, queremos escribir de un personaje importante que en él se cita repetidas veces y que, sin embargo, apenas ha sido estudiado con relación a este tema.

Nos referimos al rey moro Abengalvón, señor de Molina y fraternal amigo del Cid, al cual empieza a citar el Cantar en los versos 1463 y siguientes, cuando (al recibir el ingrato Alfonso VI de manos de Álbar Fáñez de Minaya los cien caballos que el Cid le enviara como regalo) accedió el monarca castellano a que salieran de Cardeña para Valencia doña Jimena y sus hijas, con un lucido acompañamiento de ciento sesenta y cinco caballeros:

*«Vayades a Molina (1), que iaze más adelant,  
tiénela Avelgalvón, mio amigo es de paz,  
con otros ciento cavalleros bien vos consigrá.»*

Sucedía esto en el año 1095, sobre un paisaje medioeval de azul cobalto y placidez antigua, más fuerte y árido que aquel de las novelas pastoriles de Sannázaro y Gil Polo. El obispo Jerónimo se había adelantado para anunciarle al Campeador por dónde y cómo venían su mujer y sus hijas, y es entonces cuando Rodrigo manda mensajeros al régulo molinés, rogándole que como amigo fraternal salga a esperarlas y las acompañe con cien jinetes hasta Valencia, la bella ciudad recién conquistada, que él no puede abandonar.

¿Cabe mayor prueba de confianza en la lealísima amistad de Abengalvón por parte del Cid? Le confía lo que más quiere, por tierras quebradas llenas de fieras y de traidores enemigos.

La amistad de Rodrigo Díaz de Vivar con el soberano árabe de Molina se confirma — según Claro Abánades (2) — en muchas crónicas históricas; no sólo se señala reiteradas veces en el «Cantar de Mio Cid», sino también en una obra del agustino fray Manuel Risco; en un códice latino hallado en el convento de San Isidoro, en León; en un ensayo histórico de don Manuel Malo de Molina; en el segundo juramento o declaración que Cid envió al rey castellano para probar su inocencia, y en muchos trabajos más de plumas castellanas y aragonesas.

Aunque nos pese como cristianos — si bien español era Abengalvón, que nació, vivió y murió en España —, ¡cómo resplandece en el Cantar la noble caballerosidad del monarca árabe al lado de la turbia y villana conducta de los infantes de Carrión!

Abengalvón fué aquel famoso alcaide de Molina de que nos habla con elogio el *Romancero*, el mismo que aconsejaba a sus capitanes:

*«Dejad la seda y brocado,  
vestid la malla y el ante,  
embrasad la adarga al pecho,  
tomad lanza y corvo alfanje...»*

Abengalvón no era tributario de Rodrigo, pues — como muy bien dice mi docto paisano Anselmo Arenas (3) — no se hace mención en la Gesta, ni en el Poema, ni en la *Crónica General*, de que le pagara tributo y «el Cid le llamó siempre con gran deferencia *míoamigo* (4).

Grandes virtudes debieron adornar al rey de Molina, para que el *Campidocti*, enemigo acérrimo de la morisma, se entregara a su amistad sin reservas.

Una referencia más de este vínculo estrechísimo que a los dos caballeros unía lo hallamos en Diego Sánchez Portocarrero, el cual dice en su

(1) Ordena el Cid a sus emisarios.

(2) Abánades: «Molina, avanzada de Castilla», pág. 33.

(3) Arenas: «El Cid y D. Manrique de Sara», pág. 101.

(4) Dozy: «Recherches», capítulo «El Cid en la poesía».



obra (5): «De aquí en adelante Abengalvón se llamó rey de Molina y fué muy constante en la amistad del Cid...».

Al llegar los emisarios de *Rodiceri* a las pintorescas márgenes del Gallo, los centinelas árabes de las alcazabas señalaron su presencia y el rey moro salió a recibirlos como reza el romance:

*Batiéndole las ijadas  
con los duros acicates,  
y las riendas algo flojas,  
porque corra y no se pare,  
en un caballo tordillo,  
que tras de sí deja el aire,  
por la plaza de Molina...*

Cuando supo las nuevas que le traían y los deseos de su gran amigo, se expresó así:

*«Venides, los vassallos de myo amigo natural.  
A mí non me pesa, sabet, mucho me plazze.»*

O lo que es lo mismo: «¿Sois vosotros los vasallos de mi entrañable amigo? Pues tened por cierto que vuestra llegada me llena de alegría» (6).

Enterado de que el Cid quería que acompañara a su familia con cien caballeros, él dobla la cifra con notoria gentileza:

*«Cientol pidieron, mas él con dozientos va.»*

Abengalvón es digno de la grandeza moral, racial y castellana del Cid y un admirador de sus altísimas proezas.

Claro Abánades asegura que este caudillo agareno «albergó varias veces en su palacio de Molina al héroe castellano, dispensándose grandes honores» (7).

Después de agasajar regimiento a los enviados de su amigo, el moro partió al frente de sus doscientos jinetes hacia la romana y árabe Medinaceli, por los montes abruptos de Selas, Mazarete y Maranchón, dejando Luzón a la izquierda.

Cuando descendía el escuadrón de rudos caballeros, entre nubes de polvo, por la cuesta que termina en el valle del Arbujuelo, Álvar Fáñez de Minaya lo divisa con temor desde la atalaya de Ocelli, la elevada ciudad, y manda un par de jinetes a cerciorarse de la clase de gente que es:

*E en Medina todo el recabdo está;  
vidolos venir armados temió Minaya Alvar Fáñez,  
envió dos cavalleros que sopiessen la verdat.*

Pronto supo el acompañante de las damas que se trataba de los enviados del Cid: Pedro Bermúdez, Muño Gustioz, el burgalés Martín Antolínez, el obispo don Jerónimo y el rey moro Abengalvón con sus doscientos guerreros de a caballo, armados de relucientes cimitarras y de corvos alfanjes.

Álvar Fáñez se adelantó a recibirlos con gran alegría y pompa, dejando en Medinaceli a doña Jimena y sus hijas.

Se le postran los castellanos al de Minaya y:

*Quando llegó Abengalvón dont a ojo lo ha,  
sonrrisándose de la boca hyvalo abraçar,  
en el ombro lo saluda ca tal es so husaje.*

Es decir, que al verlo el monarca molinés, sonrió amistosamente y le dió un abrazo, besándole en el hombro, según la costumbre mora.

Agradecióselo Álvar Fáñez y correspondió al efusivo saludo con estas palabras:

*«Ya Abengalvón amigol sodes sin falla.  
Si Dios ne llegare al Cid e lo vea con el alma,  
desto que avedes fecho vos non perderedes nada.  
Vayamos a posar ca la çena es adobada.»*

Y el rey Abengalvón le contesta:

*«Plazme desta presentaja:  
antes deste terçer dia a vos la daré doblada.»*

O lo que es lo mismo, en la prosa de Alfonso Reyes: «Me place este agasajo. Antes de tres días os lo devolveré con creces».

Y bien que cumplió su real palabra, pues al continuar el cortejo su marcha:

*Vinieron a Molina la que Abengalvón mandava.  
.....  
Entrados son en Molina, buena e rrica casa.  
El moro Abengalvón bien los servie sin falla.  
De quanto que quisieron non ovieron falla.*

Como puede verse, el soberano molinés llevó a su corte a las damas y a los caballeros, tratándolos lo que se dice «a cuerpo de rey»; sobre todo con la esposa e hijas de su gran amigo el Cid.

Luego las acompaña hasta Valencia, el Campeador lo abraza con gratitud, quiere hacerle lujosos regalos, que el árabe cortésmente rechaza, y se torna con sus doscientos caballeros a sus extensos territorios del Alto Tajo, cuya capital era Molina.

Aun reaparece el gran amigo del Cid en el Cantar, y es cuando, casadas doña Elvira y doña Sol con los menguados infantes de Carrión, se tornan con sus esposos a tierras leonesas. Rodrigo Díaz de Vivar encarga a su joven sobrino Félez Muñoz que las acompañe y le dice:

*«Oyas, sobrino, tú, Félez Muñoz!  
por Molina yredes, i yazedes una noch;  
saludad a mio amigo el moro Abengalvón;  
reçiba a míos yernos commo elle pudier mejor;  
díl que enbío mis fijas a tierras de Carrión,  
de lo que ovieren huebos sirvalas a so sabor,  
desi escárralas fasta Medina por la mi amor.  
De quanto él fiziere yol daré por ello buen galardón.»*

Efectivamente, el rey Abengalvón recibe a las hijas de su amigo y a sus maridos con toda clase de atenciones, las rodea de fiestas y agasajos, les regala caballos magníficamente enjaezados, y al partir de la corte molinésa las acompaña hasta Medinaceli, ciudad fronteriza en la que ya mandaba Alfonso VI, con doscientos guerreros. Por cierto que a los cobardes infantes de Carrión, que ya llevaban urdida la alevosía del bosque de Corpes, tentados por el lujo del monarca moro y por las riquezas que consigo traía en su escuadrón, no se les ocurre más que planear la muerte del noble Abengalvón:

*«Hya pues que adexar avemos las fijas del Campeador,  
si pudiésemos matar el moro Abengalvón,  
quanta rriqueza tiene la yemos nos.  
Tan en salvo lo habremos como lo de Carrión:  
nunca avrie derecho de nos el Cid Campeador.»*

Pero quiso la buena estrella del régulo molinés que uno de sus hombres, que sabía latín, oyese la plática de los de Carrión y le diera cuenta en seguida a su señor. Éste, que era un mozo gallardo y ponderado, los increpó delante de todos, echándoles en cara su ruindad: «Si no fuera por respeto a mi amigo el Cid de Vivar, yo haría con vosotros, por traidores y villanos, un escarmiento y le devolvería al Campeador sus bellas hijas y vosotros no llegaríais jamás a vuestras posesiones de León»:

*«Si no lo dexas por mio Cid el de Bivar,  
tal cosa vos faría que por el mundo sonás,  
e luego levaría sus fijas al Campeador leal;  
vos nunca en Carrión entrariedes jamás.»*

Y pidiéndoles con una rendida zalema, a doña Elvira y a doña Sol, permiso para retirarse con su escuadrón, y aunque presentía una desgracia para ellas al verlas desposadas con tales miserables, rogó al cielo porque tuvieran viaje feliz.

Y dicho esto, volvió grupas y se tornó con sus caballeros a su pequeña corte de Molina, donde tenía un palacio con jardines y serrallos que no describe el «Cantar de Mio Cid».

(5) Sánchez Portocanero: «Historia del Señorío de Molina», capítulo XX, folio 77. Este manuscrito se halla en la B. N., sig. K. 1556 a. 1558.

(6) Traducción de Alfonso Reyes, edición *Austral*, pág. 125.

(7) «Molina, avanzada de Castilla», pág. 31.

# NOTAS DISPERSAS

por NARCISO ALONSO CORTÉS

## LAS FIJAS DE MIO CID

Aquel buen «Antón el de los Cantares», que tan bien sabía sentir la literatura popular, leyó el *Mio Cid* con la atención y la emoción naturales en quien llevaba muy adentro el amor a nuestras glorias y a nuestras tradiciones. Y no se contentó con la lectura, sino que tuvo la idea de tomar uno de los más interesantes episodios del Poema y *prosificarlo*, procurando conservar el lenguaje original. Publicó este trabajo en el *Semanario Pintoresco Español* de los días 8, 15 y 22 de enero de 1854, con el título de «Las fijas de Mio Cid», y acompañado de una advertencia que decía así:

«Viene a ser un extracto de la parte más interesante del Poema del Cid, en el que no hay una voz ni una locución que no estén justificadas en el original. Para llevar a cabo este cuando menos curioso trabajo, hemos tenido que aprender, digámoslo así, el lenguaje del Poema del Cid, es decir, el idioma del siglo XI, la lengua castellana en sus primeros albores. Ciertamente, bien merece tareas de esta especie el Poema del Cid, ese venerable decano de nuestra literatura, donde, como dice uno de sus comentadores, aparecen el Cid y los personajes más famosos de su época en toda su sencillez, con sus férreas armaduras, sin ricas cimbras ni costosas sobrevestas, con la cabeza erguida a fuer de valientes hasta en la adversidad, con la confianza en el cielo siempre viva, con la fe y el amor en el corazón, siempre generosos, caballeros siempre, y dispuestos a morir por su Dios, por su rey y por su dama. El autor del Poema del Cid, ese poeta cuyo nombre se ha perdido al atravesar las tinieblas de los siglos que entre él y nosotros median, el poeta que acaso dobló la rodilla ante el glorioso caudillo castellano, viéndole partir al destierro, no cubierto de ignominia, sino coronado de gloria; ese poeta, rudo sí, como los hombres de su tiempo, pero ingenuo y entusiasta y buen cristiano como los héroes de la *bellida barba* y la *fardida lanza*, bien merece ser leído y estudiado con detención, porque nadie como él nos da a conocer las costumbres, el carácter y el idioma de la edad de hierro en que le cupo vivir. Quizá el trabajo que hoy publicamos, en el que aparece el doloroso episodio de las hijas del Cid despojado de las redundancias y la inconexión que hacen poco menos que imposible la lectura seguida del citado Poema, contribuya a despertar la afición al estudio de la rústica pero venerable Iliada castellana. De todos modos, le ofrecemos sin ningún género de pretensiones literarias, confesando que en él hemos ejercitado la paciencia más bien que la inteligencia».

De cómo realizó su intento Antonio de Trueba, puede juzgar el lector por unos fragmentos de su larga prosificación:

«Mio Cid el quen buen hora náscó, conquirió a Valencia las tierras que y son e priso grandes ganancias de oro e

de plata e de pieles e de mantos, a tal que non habie cuenta. Esora fuese conseiar con Minaya Álvar Fáneez, un caballero de prestar quel mucho quería, e fablóle desta guisa:

» — Grado a Dios, Minaya, ondra e haberes hemos ganado en Valencia la casa! Enviar vos quiero a Castiella la gentil con nuevas desta ricad, ca mi mugier e mis fijas habrán sabor deste mensaie. Airóme el rey Alfonso e echóme de la tierra a grant fonta e por conseio de míos enemigos malos; mas non he rencura por ende, qué es mi señor natural. Liebelde en don cien caballos corredores e fuertes, todos con siellas e frenos e sennas espadas colgando de los arzones, e la mano le besad por mi, ca so buen vasallo e non precio un figo los haberes sin la ondra. Decilde que la mi mugier doña Ximena e las mis fijas doña Sol e don'Elvira quiera soltarme, ca lorando de los sos oios fincan luengos annos en Sant Pero de Cardena e non es ley que mugier e fijas me tuelle con la hacienda e la ondra. E si oviese merced de soltármelas, aduxildas convuseo e trataldas como a duenas de pró. Vedes aquí de oro e de plata una bolsa lena: en saneta María de Burgos quitedes mill misas e lo que remaneciére dálgelo al abbat don Sancho porque ruegue por mí las noches e los días.

» — Esto faré yo de buena voluntad, respondió Minaya sonriendo feroso, ca habíe grant placer de servir al que en buen hora cinxó espada.

» Adeliñó Minaya pora Castiella liebando en su compana cien homes que Mio Cid le dió, e en legando a Burgos, demandó por Alfonso do le podría fallar, e dixéronle quel rey era en Sanctfagunt.

.....

» Aquijan cuanto pueden los infantes e en Sancta María d'Albarracín facien la posada. Felos en Molina e otro día mañana iban trocír Arbuxuelo e posar do dicen el Ansarera. Hya movieron de lá e acoiéndose a andar de día e de noch, a siniestro dexan Atineza una peña muy fuerte, pasan sierra de Miedes e entrados son al roble de Corpes.

» Los montes son muy altos e las ramas puian a las nues e a derredor andan las bestias fieras. Infantes de Carrión fallaron un vergel con una fuent limpia e mandan fincar la tienda e con sus mugieres en brazos y iacen esa noche. Cuando salie el sol mandaron cargar las acémilas e que vayan adelant todos los de la criazón e que non fincas' ninguno varón nin mugier sinon doña Sol e don'Elvira, ca deportarse quieren a so sabor con ellas.

» Allí las tuellen los mantos e páranlas en cuerpos e en camisas. Espuelas tienen calzadas los malos traydores e en manos prenden las cinchas. Cuando esto vieron las duenas, fablaba doña Sol:

» — Dos espadas tenedes fuertes e taiadoras, por Dios vos rogamos nos cortedes las cabezas.

»Lo que ruegan las duenas non lo precian un dinero malo, e esora les compiezan a dar con las cinchas corre-dizas e con las espuelas agudas e maianlas a so sabor, a tal que rompien las camisas e las carnes e limpia salie la sangre de las heridas. ¡Cuál ventura sería ésta si ploguiese al Criador que asomase esora Ruy Díaz!

»Ensaiaados amos cual daríe meiores golpes, cansados son de ferir. Hya non pueden hablar doña Sol e don'Elvira e por muertas las dexan e lébanles los mantos e las pie-lles arminas.

»Por los montes do iban fablaban infantes de Carrión:  
» — La desondra del León asís' irá vengando.»

## EL CID DEL CONDE DE CHESTE

Don Juan de la Pezuela, conde de Cheste, Director de la Real Academia Española, militar y poeta, conocido entre los Árcades de Roma por *Olmisto Fauriense*, ha dejado memoria por su heroico comportamiento en la guerra civil, que le valió honores y distinciones; por sus traducciones de la *Divina Comedia*, el *Orlando furioso*, la *Jerusalén libertada* y *Las Lusíadas*.

En el periódico *El Iris*, número de 27 de junio de 1841, se publicaron 22 octavas reales de don Juan de la Pezuela, encabezadas así: «El Cid. — Fragmentos de un poema inédito». Aunque se trata sin duda del poema *El cerco de Zamora*, que Pezuela presentó al concurso de la Academia Española en 1832, y que ha quedado inédito, del título puesto a los fragmentos parece deducirse que el propósito del autor era erigir al Cid en la figura principal. La crítica no se mostró nunca muy benévola con el conde de Cheste; mas en las octavas de dicho fragmento, que se refieren principalmente al comienzo del sitio de Zamora por el rey don Sancho, se descubren rasgos inspirados. Juzgue el lector por las siguientes:

*Junto a un yelmo y espada no distante,  
en un flotante airón juega la brisa,  
y un guerrero vestido de diamante  
al pie del ancho foso se divisa.  
Por su apostura y varonil talante,  
caballero parece de alta guisa,  
y en su ademán prestísimo impaciente,  
rival citado espera o dama ausente.*

*Hacia la rampa en majestad se mueve,  
y entre las nieblas de la noche impías,  
ve una diáfana sombra cruzar breve  
las afiligranadas galerías.  
Gime el velo flotando al aire leve...  
açercan su gemir las auras frías,  
y brilla en fin, cual ángel de luz pura,  
traslado aéreo de ideal figura.*

*Suave, tierna, gentil; si el viento mece  
la blanca nieve del cendal ligero,*

*áureo, brillante querubín parece  
que al mundo baja alado mensajero;  
mas si serena, inmóvil enmudece  
entre la calma del desierto otero,  
semeja estatua en tumba majestuosa,  
fúnebre emblema de llorada esposa.*

*No fué tan linda la engañosa Helena  
cuando en medio de Pérgamo abrasada,  
dura al clamor de la desdicha ajena,  
recibía al esposo enajenada,  
Héctor tan bello en la sangrienta arena,  
no como el paladín de la celada.  
La de la veste y el cendal ligero  
era Urraca; Rodrigo, el caballero.*

*No pudo el Cid en la pasada aurora  
a la Infanta gentil abrir su pecho,  
cuando sólo por verla, de Zamora  
pusó a la juventud en duro estrecho;  
mas libre ya de afán la dice ahora  
de don Sancho traidor el torpe acecho:  
la muerte, el luto que en los campos vaga,  
el inminente riesgo que la amaga...*

*El rey, en tanto, a la ciudad camina  
y aprovecha las sombras diligente,  
que es su intento mostrarse en la colina  
cuando asome la aurora en el oriente;  
y brilla el sol, y la ciudad vecina  
mira acercarse la enemiga gente,  
y de armas y caballos el sonido,  
y el polvo que levantan y el ruido.*

## EL CID EN LA ÓPERA

La ópera *Le Cid*, de Massenet, se estrenó en París en diciembre de 1885. Era entonces corresponsal de *La Ilustración Española y Americana* en la capital de Francia don Pedro de Prat, y con fecha 3 de enero del siguiente año envió a dicha revista su acostumbrada crónica — «La quincena parisiense», se titulaba —, en que hablaba por extenso del estreno. Refería el asunto de la ópera de modo muy pintoresco, y terminaba con las siguientes palabras:

«En una sola audición es difícil, es imposible tener, y por tanto dar, una apreciación sobre la obra de Massenet; a mí, no como crítico musical (¡Dios me libre que se me crea tal pretensión!), mas como puro, neto, sencillo espectador, el *Cid* me ha hecho el efecto de hallarme con dos bocinas acústicas de un aparato telefónico aplicadas a los oídos. Mientras que a la oreja derecha me llegaban apagados los ecos de los melifluos sublimes acordes de *Parsifal*, del lado zurdo oía ecos alegres, repiqueteo de castañuelas, rasgueos de guitarra, algo que me anunciaba mi lejana amada patria, algo que se parecía al pasodoble de *Pan y Toros*, a la jota del *Molinero de Subiza*. Fusiónese el *Oratorio* tudesco con el *jaleo* de nuestra tierra, y se tendrá una idea de la impresión que me producido la nueva ópera del autor del *Roi de Lahore* y de *Manon*».

# Carta de Arras

DEL CID Y D.<sup>a</sup> JIMENA DÍAZ QUE SE CONSERVA  
EN EL ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE BURGOS

Traducción del P. BERGANZA

**E**N el nombre de la Santa e indivisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Criador de todas las cosas visibles e invisibles, un solo Dios Admirable y Rey Eterno, como saben muchos y pocos pueden declarar. Yo, pues, Rodrigo Díaz, recibí por mujer a Jimena, hija de Diego, duque de Asturias. Cuando nos desposamos, prometí dar a dicha Jimena las villas aquí nombradas, hacer de ellas escritura y señalar por fiadores al conde don Pedro Ansúrez y al conde don García Ordoño, de que son ciertas las herencias que tengo en Castilla; Es a saber, la hacienda que tengo en Cabia y la porción de la otra Cabia, que fué de D. Diego Velázquez, con las que tengo en Mazuelo, en Villaiján de Campo de Munio, y en Madrigal, y en Villasaucedo, y en Escobar, y las que me corresponden en Grajal y en Ludero, y la que me toca en Quintanilla de Morales, y en Boada, y en Manciles, y en Villagato, y las porciones que llevo en Samanceles, y en Villaiján de Treviño, y en Villamayor, y en Villa Hernando; y Vallecillo en totalidad, y la parte que me corresponde en Melgosa, y en Boada, y en Alcedo, y en Fuente Revilla, y en Santa Cecilia; y en Espinosa, y en Villanueva la totalidad, y la porción mía en la otra Nuez, y en Quintana Láinez; y las partes que tengo en Villanueva, y en Cerdifios, y en Vivar, y en Quintana Ortuño, y en Ruseras, y en Pesquerino, y en Ubierna, y en Quintana Montana, y en Moradillo, con todo el Monasterio de San Ciprián de Valdecañas, y las partes que me tocan en Villanbistia. Doite todas estas Villas sobredichas, por las Villas que me sacaron Álvar Fáñez y Álvaro Álvarez, mis sobrinos. Demás de las cuales te doy las sobredichas partes con todas sus tierras, viñas, árboles, prados, fuentes, dehesas, molinos, con todas sus entradas y salidas. Y os son dadas estas arras a vos mi mujer Jimena, hechas y otorgadas conforme al fuero de León. Y demás desto fué acordado, entre mí Rodrigo Díaz y vos mi mujer Jimena, que hiciésemos título de escritura de filiación o prohibición; y demás desto, te doy todas las demás villas y heredades, fuera de las contenidas en estas arras, donde quiera que yo las tenga, y tú puedas haber enteramente por razón de esta prohibición así las que ahora tenemos como las que en adelante ganáremos, y aumentar pudiéremos. Y si yo Rodrigo Díaz muriere antes que vos mi mujer Jimena Díaz y vos permaneciereis viuda en mi fe, sin casaros otra vez, que tengáis las dichas villas en título de prohibición, o de tus arras, y todo lo demás que yo dejare, y todo lo que quedare dentro de mi casa de bienes, muebles, gavillas, ganado, caballos, mulas, lórigas, y armas, y todo lo demás

adorno de casa, quiero que sin tu voluntad, no se dé cosa alguna, ni a mis hijos, ni a otra persona del mundo. Y después de tu muerte lo hayan todo los hijos que de ti y de mí nacieren. Y dado caso que yo Jimena tomara otro marido, pierda por el mismo caso todos los bienes que por razón desta prohibición y arras recibo, lo hayan los hijos que de vos y de mí nacieren; y asimismo yo Jimena Díaz prohibo a vos Rodrigo Díaz mi marido de estas mis arras y de todos mis bienes muebles, y de todo lo que heredare, en la forma sobredicha: esto es, villas, oro, heredades, plata, yeguas, mulas, armas y todo el adorno y menaje de nuestra casa. Y si fuere que yo Jimena Díaz muriera antes que vos mi marido Rodrigo Díaz, heredéis toda mi hacienda como queda dicho para que seáis señor de todo ello, y lo podáis dar a quien quisiereis después de yo muerta; y después de tu muerte, marido mío Rodrigo Díaz, lo hereden y hayan todos los hijos que de ti y de mí nacieren. Lo cual todo así otorgo y prometo yo el dicho Rodrigo Díaz, a ti mi mujer Jimena Díaz por tu mucha hermosura, y en fe y pacto del matrimonio virginal. También nosotros los dichos condes don Pedro, hijo de Asur, el conde don García, hijo de Ordoño, que somos fiadores, y así lo seremos. Por tanto, yo el sobredicho Rodrigo Díaz otorgo esta carta, a ti Jimena Díaz, y quiero que sea firme de todas las heredades arriba nombradas, y de la prohibición que entre nos hacemos, para que las hayas y hagas de ellas según tu voluntad fuere. Si alguno en adelante así por mí como por mis parientes, hijos, nietos, extraño o herederos, contravinieren a esta escritura, rompieren o instaren a romperla, el tal quede obligado a pagar dos o tres veces doblado, y lo que se hubiere mejorado, y pague al Fisco Real dos talentos de oro, y vos lo gocéis perpetuamente. Fué hecha esta carta de donación y prohibición en diez y nueve de julio de la era de mil ciento y doce. Nosotros Pedro, conde, y García, que fuimos fiadores, oímos leer esta carta, la confirmamos con nuestras manos. En nombre de Cristo, Alonso Rey por la gracia de Dios, Urraca Fernández, Elvira, hija de Fernando, juntamente con mis hermanos, conde Nuño González, conde Gonzalo Salvadores, Diego Álvarez, Diego González, Álvaro González, Alvaro Salvadores, Bermudo Rodríguez, Álvaro Rodríguez, Gutiérrsz Rodríguez, Rodrigo González, page de lanza del Rey, Munio Díaz, García Muñoz, Froila Muñoz, Fernando Pérez, Sebastián Pérez, Álvaro Añiz, Álvaro Álvarez, Pedro Gutiérrez, Diego Maurel, Sancha Rodríguez, Teresa Rodríguez. Fueron testigos Anaya Diego y Galindo.



In nomine dei Amen. Nos Henricus comes de Castella et de Leonibus...
Admirationem quidem meam...
scilicet unam partem...
causa mea portione...
causa illa que dicitur...
pro parte prosequutionem...
semper illud que...
que hinc restat...
ad hoc nos...
facto ad hoc...
quodammodo...
quodammodo...

- Comite munitio quidamliby
Comite quidamliby
Dionysio albaris
Dionysio candidalibz
Albaro candidalibz
Dionysio quidamliby
Dionysio quidamliby
Dionysio quidamliby
Dionysio quidamliby
Dionysio quidamliby

Sub epi ante adoptionem...
Henricus...
Gedante...
Henricus...
Henricus...





# Una poesía cidiana de Víctor Hugo

por JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

Aunque son de todos conocidos los lazos diversos que unieron al gran poeta francés con España, y sobre todo su amor y entusiasmo por nuestro país, según ha demostrado Morel-Fatio en «L'Hispanisme dans Victor Hugo», *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. I, págs. 161-213, no pudo sustraerse en muchos casos a la atracción gala de la «espagnolade» y al impulso romántico de su imaginación.

Harto populares son sus composiciones sobre el Cid, contenidas a lo largo de *La leyenda de los Siglos*, en las cuales reconoce el mismo Morel-Fatio que hay también «mucho de fantástico».

Pero quizá ninguna puede compararse a la que, dedicada también al Campeador, se recogió en la obra póstuma del poeta *Toute la lyre*.

La gracia impensada y la devota «politesse» se dan la mano deliciosamente en esta breve composición, apenas conocida en España, que he tenido el capricho y atrevimiento de incorporar a nuestra lengua con la mayor fidelidad que me ha sido posible, como un motivo cidiano más, conmemorativo del VIII Centenario de nuestra epopeya nacional.



## Le Cid et le Lion

Le Campéador, l'homme honnête et sans ennui,

Cria dans la forêt profonde devant lui:

— Ici, lion! Il faut que je te parle. Approche. —

Alors on vit sortir de derrière une roche  
L'habitant chevelu des monts d'Almonacid.

— Tiens, vous me tutoyez, dit le lion au Cid.

Pourquoi? — Le Cid terrible et doux, cher à l'Espagne,

Dit: — Parce que je suis ton frère. — Et la montagne,

Et la forêt, la rose et l'herbe et le buisson

Trouvèrent que le Cid superbe avait raison.

(*Toute la lyre*, «L'Humanités», XIV.)

## El Cid y el León

El Campeador, el hombre alegre y caballero,

gritó ante el bosque umbroso que tenía ante sí:

— ¡Aquí, león! Acércate, que necesito hablarte —

y de detrás de un risco, entonces vió salir  
al peludo habitante de sierra Almonacid.

— ¡Calla! Me tuteáis, dice el león al Cid.

¡Por qué? — Y el Cid feroz y dulce que ama España

dice: — Porque soy tu hermano. — Y la montaña,

el bosque, hierbas, rosas y zarzales,

comprendieron que el Cid y el león eran iguales.

(*Toda la lira*, «La Humanidad», XIV.)







**D** iuina preterea cuncta uice nullis ambigat...  
 lectari omni deesse...  
 repubuo...  
 upurina...  
 uerit...  
 pmulachie...  
 h epula...  
 di calai...  
 ad uerit...  
 laiq annoz...  
 laqoz...  
 copia opulencia...  
 sine...  
 aone...  
 dante...  
 calat...  
 Gumeone...  
 Domini...  
 lacina...  
 unino...  
 facultate...  
 omni...  
 imuni...  
 eroz...  
 ul...  
 pcurat...  
 Ego...  
 miazam...  
 acty...  
 m...  
 Masan...

|          |       |   |     |     |     |     |     |
|----------|-------|---|-----|-----|-----|-----|-----|
| Tanmirat | libra | 8 | ... | ... | ... | ... | ... |
| Oyano    | libra | 8 | ... | ... | ... | ... | ... |
| Rodico   | libra | 8 | ... | ... | ... | ... | ... |

MARCINUS SCRIPSI

ACTA DE DONACION DE LOS BIENES FUNDACIONALES DE LA CATEDRAL DE VALENCIA CON LA FIRMA AUTÓGRAFA DEL CID

# Los restos del Cid y de doña Jimena

por el DR. MANUEL AYALA LÓPEZ  
Maestro de Ceremonias y Cronista de la Catedral



los cinco años de haber arrancado Valencia del poder musulmán, moría de tristeza (julio 1099) por la derrota infligida a sus soldados, mandados a la sazón por los lugartenientes, el invicto Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Su esposa doña Jimena, digna consorte del caudillo, continuó todavía defendiendo la ciudad contra los ataques del enemigo, hasta que en octubre de 1101 le puso cerco un poderosísimo ejército mahometano.

Aun así se estuvo por espacio de siete meses, al cabo de los cuales Jimena recabó el socorro del rey de Castilla. Prestóselo Alfonso VI, entrando con su ejército auxiliar, sin que el de los almorávides fuera capaz de impedirlo; mas conociendo que sin el brazo y la espada del Cid sería difícil sostener una ciudad tan apartada de sus estados, determinó el rey abandonarla; y después de haberle puesto fuego salió con la guarnición cristiana, trayendo Jimena el cadáver de su esposo.

El 5 de mayo de 1102 entraba Mazdalí, el general moro, en el campo valenciano, cuando la infortunada esposa dirigía la doliente comitiva a Toledo, para de allí venir a Burgos, a buscar sepultura en el convento de San Pedro de Cardena.

En este acogedor asilo, donde tranquila morara en cristiana hospitalidad durante las ausencias del marido, especialmente en el destierro impuesto por el sañudo enojo que provocó la jura de Santa Gadea, quería doña Jimena que piadosamente descansaran los tristes despojos de aquel caballero sin tacha.

## I

No buscó para él lugar destacado y prominente; su cuerpo reposaría en la anteiglesia o atrio del templo, según era costumbre para los seglares, a tenor de las disposiciones conciliares en los siglos VIII y IX.

Aquí parecía descansar a perpetuidad, mas aquella vida andariega tuvo su réplica en las páginas de ultratumba. En el año 1272, Alfonso X quiso honrar cual merecía la memoria del glorioso conquistador de Valencia, trasladándole dentro de la iglesia, al centro y hacia el lado de la Epístola, a un suntuoso lucillo. Consta de dos grandes lápidas, una que servía de lecho sepulcral y otra en forma de lauda, con una inscripción exterior, en el grueso, con caracteres góticos, que decía: BELLIGER INVICTVS FAMOSVS MARTE TRIVM-



PHIS CLAVDITVR HOC TVMVLO MAGNVS DIDACI RODERICVS. ERA MCXXXVII.

Suerte idéntica corrieron los restos de la amante compañera. Muerta doña Jimena en 1104, recibió sepultura cerca de donde estaba su marido, y allí permaneció hasta las reparadoras disposiciones del Rey Sabio, quien hizo colocar estos huesos, dentro de una urna de madera policromada, con epitafio de caracteres azules, en la capilla mayor, al lado del Evangelio, en emplazamiento paralelo al de su esposo.

En esta forma permanecieron los restos de ambos esposos hasta el 1447, cuando el abad Pedro del Burgo, con ocasión de las obras de la nueva iglesia, instaló los restos del Cid frente a la sacristía, en sepulcro sobre cuatro leones de piedra.

Luengos años continuaron las obras del templo, hasta el abando de fray Lope de Frías, y al hacer en 1540 las gradas del presbiterio se estimó que no quedaría con la debida amplitud para los cultos monacales sin modificación del sepulcro, adosándole entonces al muro del Evangelio.

El 14 de enero de 1541 se hizo la traslación. Con inusitada solemnidad cantóse la misa y el oficio litúrgico; a continuación los maestros alarifes levantaron la tapa del sepulcro, ante los ministros oficiantes, la comunidad y numeroso público burgalés, mientras la capilla de música entonaba el salmo *Mirabilis Deus in sanctis suis...* Abierta la tumba, apareció una caja de madera, tachonada de clavos dorados, y dentro de ella el cuerpo del Cid, *envuelto en un paño labrado a lo morisco*, y a los costados la espada y las espuelas, los dos objetos más preciados para el alma caballeresca del soldado medioeval.

Menos fortuna tuvieron en esta ocasión los restos de Jimena, que fueron relegados al claustro, separando así con mezquino criterio lo que la mano de Dios había unido.

Intranquilos andaban los ánimos del pueblo de Burgos, que no encontraba suficientemente justificadas semejantes traslaciones, tanto que el condestable y el concejo acudieron en tono de protesta a la cesárea majestad de Carlos V, que por entonces se hallaba en Flandes, quien, celoso por la gloria del héroe castellano, desaprobó las actuaciones y mandó reponer las cosas en su primitivo estado. Acordada la reinstalación, en vista de que multitud de ciudadanos pensaban acudir al convento para presenciarla, los monjes, deseosos de evitar aquella

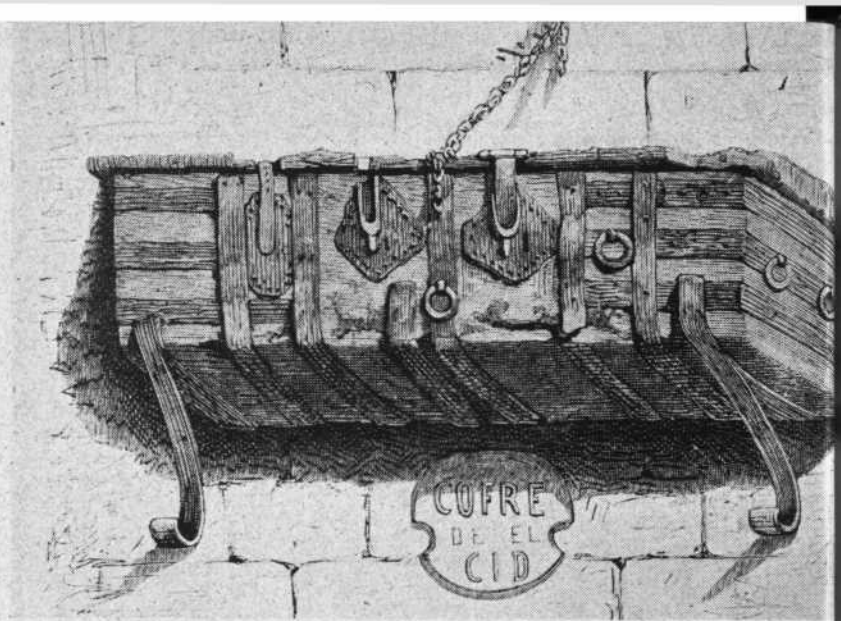
concurencia que para ellos tendría aires de censura, anticiparon los sucesos, haciendo el traslado con una relativa intimidad, a últimos de octubre del mismo año de 1541.

Por los años de 1736, cuando este monasterio iba ya resultando el Escorial de la dinastía burgalesa y relicario de la raza castellana, quisieron (aunque con mal acuerdo) ordenar sepulcros y enterramientos, organizando un panteón en la recientemente levantada capilla de San Sisebuto, dando el lugar de honor y primacía a los venerandos restos de la heroica pareja, que, con autorización de Felipe V, ocuparon el centro de la capilla, en una caja, unidos para no separarse más. Era el sepulcro de estilo barroco, utilizándose con laudable respeto la losa del anterior, la que por desafortunado ajuste hubo de perder el inciso MAGNVS DIDACI RODERICVS, cual se se echa de menos en Cardaña. Hasta aquí los traslados habían sido leves y siquiera honrosos, aunque con escaso acierto; luego comenzará accidentada odisea.

## II

Cuando, en los días 10, 11 y 12 de noviembre de 1808, la noble ciudad de Burgos sufrió la tremenda desgracia de verse invadida y saqueada por un ejército francés, la soldadesca desenfundada (tal vez los dragones del mariscal Ney, que de orden de Napoleón estuvieron acantonados en los alrededores de Burgos, después de la gloriosa resistencia de Gamonal), llegó a Cardaña, ahuyentó de allí a los monjes, profanó el sepulcro del Cid y de su esposa y esparció con flagrante irreverencia los huesos del egregio matrimonio por aquellos suelos sagrados. Después de estos nefandos crímenes de lesa historia patria, los que no están justificados ni aun por las duras necesidades de la guerra, llegó el barón Thiebault con el altisonante nombramiento de Gobernador General de Castilla la Vieja, y bien por sincera admiración por el Cid o bien con la calculada finalidad de ilusorio proselitismo, quiso reparar la falta y honrar al héroe castellano. Recogió los huesos con extraña delicadeza y los transportó a Burgos con honores dignos de un monarca, en solemnidad militar, a cargo del ejército francés.

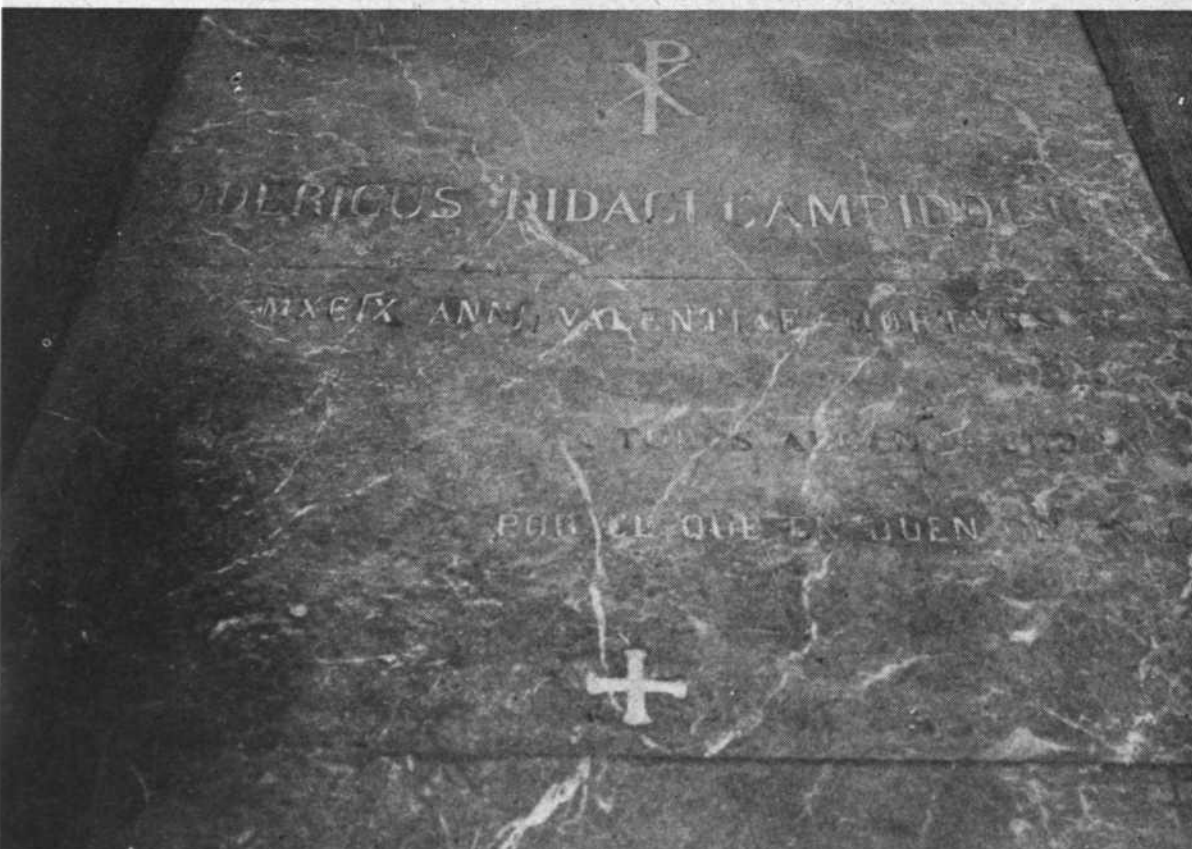
Para ello, mandó que junto a la ribeza del Arlanzón, frente a las Casas Consistoriales, en lo que más tarde fué jardín de la marquesa de la Vilueña (hoy Paseo del Espolón), se acotase una parcela con ánimo de hacer un plantío de árboles y de construir un esbelto pedestal sobre elegante gradería, según idea de su ayudante Vallier, que hizo los planos, para colocar encima el sepulcro. Con fecha 3 de marzo de 1809 solicitó del rey José la oportuna aprobación, la que fué concedida según comunicación del ministro del ramo, el afrancesado Azanza. Recabó a continuación de los párrocos de Santiago y San Cosme la bendición del terreno, y procedió en seguida al traslado. En la madrugada del 19 de abril se dirigió Thiebault a Cardaña con brillante acompañamiento y con lucida escolta de honor, y tomando en proceso verbal todas las noticias y comprobantes que interesaban al caso, instaló los restos en tres hermosas cajas, las dos exteriores de madera y de plomo la más interior, y trayéndolas a Burgos, las depositó la misma mañana en el edificio de la Biblioteca Provincial, entonces



Academia de Dibujo del Consulado. Aun no estaba terminado el monumento; no obstante, a las cuatro de aquella tarde se hizo la conducción. La comitiva, integrada por las cruces y clero de las parroquias de Santiago y San Cosme, el Ayuntamiento, el Consulado, el Comisario General de Policía y los elementos oficiales de la ocupación francesa, y presidida por Thiebault, al que acompañaba un brillante estado mayor, desfiló por todo el Espolón, dando vuelta por la margen del río, hasta depositar el féretro en el monumento. Continuaron los trabajos de ornato y embellecimiento hasta el 15 de mayo, en que tuvo lugar la inauguración oficial con intervención de autoridades y tropas francesas, corporaciones populares y numeroso público.

Debió ser la fiesta muy solemne; de ella no queda más recuerdo que los discursos pronunciados en el acto de la inauguración, colocados previamente el 19 de abril dentro del sepulcro: uno de Thiebault y otro de Domingo Blanco de Salcedo, que era el intendente de la provincia por parte de los extranjeros. El discurso de Thiebault, en francés, era una glosa, en que alardeaba de criterio amplio y comprensivo respecto a las cosas de España, de la inscripción: QUIBUS CUMQUE TEMPORIBUS, POPULIS, LOCIS INCLYTORUM VIORUM MEMORIA COLEND A EST, que para el lado oriental del monumento había insinuado el literato francés Carrion de Nisas, quien formaba parte del ejército invasor. El de Blanco de Salcedo no fué otra cosa que una servil adulación al organizador del acto, el pomposo Gobernador General de Castilla la Vieja.

Por tan extraño cúmulo de circunstancias vinieron por primera vez a Burgos esas preciadas reliquias. Mas las intenciones del general francés no habían de encontrar acogida entre nosotros. Expulsados los ejércitos invasores y transcurridos algunos años, la vida pública de la Nación se reintegró a su ritmo normal. Entonces el convento de San Pedro se vió de nuevo poblado por sus naturales moradores, y muchos burgaleses, pensando en el Cid y en sus cenizas, que a su vista constantemente se ofrecían, juzgaron que todo resto humano debe ser sepultado bajo la silenciosa penumbra de un templo o en la devota soledad de un camposanto. Así es que cuando



Lápida que cubre los restos del Cid, bajo el crucero de la Catedral de Burgos.

el abad fray Emeterio de Lara, en 28 de mayo de 1826, pidió al Ayuntamiento que le fuesen entregados los huesos del Cid y de su esposa, porque en aquel convento quiso el héroe ser enterrado, los regidores de Burgos, en sesión de 8 de junio, accedieron gustosos a la entrega; la cual, después de un reconocimiento facultativo dirigido por un competente cirujano, don Cipriano López, se verificó en 30 de julio con fiesta muy vistosa...

El 18 se inició el desmonte del mausoleo, quedando provisionalmente depositados los restos en el archivo municipal, con intervención del corregidor, un procurador mayor, dos monjes de Cardeña, buen número de testigos y del escribano, que levantó el acta, en espera de la fecha del traslado. Llegó el día 30; a las siete se expusieron los restos en la capilla de la Casa Consistorial sobre catafalco cubierto de rico terciopelo negro, dando guardia los granaderos del batallón de voluntarios realistas, acompañados de religiosos benedictinos y algunos regidores. A las nueve se cerró la caja con las debidas formalidades, y tomada en hombros por cuatro oficiales realistas, fué conducida a la fúnebre carroza, la cual partió hacia el puente de San Pablo y camino de la Quinta. La carretera estaba cubierta por el tercer regimiento de Caballería de línea y batallones de realistas hasta el límite de la ciudad. De aquí la comitiva, integrada por todas las autoridades, el clero todo, por muchos monjes y por cuantos elementos representaban algo en Burgos, se dirigió por los altos de Miraflores, escoltada por el tercio de caballería de voluntarios realistas, hasta Cardeña, devolviendo al monasterio los preciados restos.

Era prudente el pensar que allí reposarían ya para siempre las reliquias venerandas; pero sucedió que algunos años después, en 1840, al suprimir el gobierno revolucionario las órdenes religiosas, quedara en consecuencia el monasterio, como todos los demás conventos, desierto de monjes. El pueblo burgalés, acordándose de los restos del Cid y de su esposa, poco menos que abandonados en el viejo cenobio, pidió al Ayuntamiento, en 30 de septiembre de 1840, que se trajesen a Burgos y se depositasen provisionalmente en las Casas Consistoriales, mientras se determinaba el lugar perpetuo de su descanso; y el Ayuntamiento, muy complacido, en cuanto tuvo la aprobación correspondiente, otorgó lo que se pedía. No pudo, en verdad, realizarse la traslación en aquel año ni en el 1841, porque se opusieron dificultades de costoso vencimiento; pero, felizmente superadas más tarde, el municipio acordó que se efectuara el día 19 de junio de 1842. Otra procesión cívica, solemnisima y brillante, se celebró en esa fecha, con el concurso de autoridades, clero, ejército y representaciones ciudadanas; las cuales fueron a Cardeña, recogieron en magnífico féretro de caoba, y de manos del pobre exclaustro que abnegadamente los custodiaba, los restos del Cid y de su esposa, mandaron que los examinara facultativamente el mismo benemérito cirujano que en el año 1826 los había reconocido, y los trajeron a Burgos, depositándolos con grande solemnidad y curiosas ceremonias en la capilla de las Casas Consistoriales.

Aun había de presentarse ocasión de algún peligro para otra salida de lo que del Cid y de doña Jimena quedaba en el mundo. En el año 1837 las Cortes Constituyentes habían hecho una ley cuyo artículo segundo preceptuaba la erección de un panteón nacional; mas la idea permaneció muerta 33 años, hasta el 31 de mayo de 1869, en que el gobierno, queriendo llevar a él las cenizas de todos los grandes hombres que hubiera en España, pidió al Ayuntamiento de Burgos que le remitiese inmediatamente los restos de don Rodrigo y de doña Jimena para que fuesen los primeros en entrar en aquel grandioso monumento; pero el Ayuntamiento, al que la petición causó profundo disgusto, juzgando que tales huesos, de no haber sido posible conservarlos en la abadía de Cardeña, no podían ni debían estar más que en la ciudad de Burgos, contestó con una valiente negativa. En esta expresión se revelaba una actitud tan decidida, que el gobierno, aunque insistió tímidamente en su deseo, dejó al fin a la ciudad en pacífica posesión de aquel inestimable tesoro. Desde aquí sólo resta un paso para encontrar la sepultura definitiva, cuanto de definitivo cabe en lo humano.

### III

Delicado era, a la verdad, desplazar del Ayuntamiento el mayor tesoro histórico que con patriótico orgullo conserva el pueblo burgalés. Mas el concejo, dándose cuenta de que en su capilla estaba con carácter provisional y que, por la ingente magnitud que su figura presenta entre los hechos capitales de la historia patria, la memoria del héroe requiere un monumento de suntuosidad insuperable, de acuerdo prelado, cabildo y municipio, en sesión celebrada en 9 y 19 de febrero de 1921, tomó la trascendental resolución de llevar las cenizas del Cid a Santa María la Mayor de Burgos, a la catedral burgalesa, lugar ni más sagrado para su memoria, ni más seguro para su descanso, ni más apropiado para la gloria de quien representa todas las cualidades de la raza castellana y sintetiza todas las



Los Reyes D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Victoria en la ceremonia del traslado de los restos del Cid.

brillantes páginas de la Historia de España. Entonces se convino que el traslado había de ejecutarse con inusitado esplendor, dentro del ciclo, ya previsto, de fiestas del VII Centenario de la catedral.

El día 21 de julio de 1921 había sido señalado para la solemnidad; mas, a fin de que el éxito acompañase a los proyectos, se necesitaban algunas precauciones que prudentemente habían de anticiparse.

En día 18 de julio, terminada la misa pontifical en honor de San Fernando, el santo rey que colocó la primera piedra de la catedral, que constituía uno de los números del programa del Centenario, se celebró en el Ayuntamiento una sencilla ceremonia emocionante e histórica, la de colocar los restos del Cid y de doña Jimena, sacados de la urna en donde habían estado guardados desde el año 1842, en la caja metálica en que habían de quedar para su definitivo enterramiento, en el crucero de la catedral. La actual caja de cobre, construida por disposición del municipio, es muy sobria, con tres cerraduras, estilo siglo XI, y su interior, dividido en dos compartimientos, para que estén debidamente separados los restos del Cid y los de doña Jimena, como han permanecido hasta ahora en la urna construida en 1842. Al acto asistieron el cardenal-arzobispo de Burgos, Emmo. Sr. Benloch, el ministro de Instrucción Pública, don Francisco Aparicio, el gobernador civil de la provincia don Isidoro León, el alcalde don Ricardo Díaz-Oyuelos, con el Ayuntamiento en pleno, la junta del Centenario y otras personas de notorio relieve. Después de los necesarios preparativos, se procedió solemnemente a abrir la urna. No sin alguna dificultad se logró separar el marco que servía de cubierta interior con las lunas de cristal y tela metálica, y, por fin, quedaron completamente visibles las venerandas cenizas. Entre las del Cid se encontró una cajita de bronce y cristal, conte-

niendo algunas esquirlas y huesos pulverizados, que se recogieron al ser traídos los restos desde Cardeña el año 1842. El archivero y cronista de la ciudad, señor Salvá, dió lectura a las actas levantadas los años 1826 y 1842, con motivo de las traslaciones. En aquellas fechas fueron examinados los restos por un facultativo, consignándose un inventario detallado de los huesos existentes; reconocidos ahora por los médicos titulares don Pedro Rojas y don Mariano Páramo, aparecieron en absoluto conformes con los inventarios de dichos años. Los dos esqueletos se encuentran casi completos, a excepción de los cráneos, de los cuales sólo se conservan algunos fragmentos, faltando también varios huesos de las manos y otros de pequeñas dimensiones. Emitido informe por los indicados facultativos, procedióse a depositarlos en la nueva caja, trasladando primero los de la esposa, que fueron colocados en el compartimiento correspondiente al lado de las cerraduras. Se recogieron cuidadosamente hasta los últimos vestigios de polvo de la antigua urna, y luego se hizo en igual forma el traslado de los restos del Cid, los cuales quedaron depositados en la caja, a la parte de las visagras. Seguidamente se cerró la caja, con las tres llaves de sus distintas cerraduras, las cuales quedaron en poder del cardenal, del ayuntamiento y del cabildo, de lo cual se levantó acta. La caja fué instalada en el despacho de la Alcaldía, hasta el momento de ser trasladado a la catedral el sagrado depósito, y a su lado se izó el pendón de Burgos con el color morado de Castilla.

Jamás en la ciudad se ha sentido la emoción que en la mañana del 21 de julio de 1921, en que se llevaron a la iglesia mayor los restos del Cid y de doña Jimena. El día amaneció espléndido, radiante de luz, con ese azul cobalto propio del sereno cielo castellano. Desde el alba hasta que se cerró la fosa, la artillería hizo salvas sin interrupción. La animación por calles y paseos era extraordinaria. Hasta en las alturas del castillo se desbordaba la muchedumbre atalayando las evoluciones de la guarnición, que, con uniforme de gala, desde las ocho cubrió la carrera.

Los restos del Cid se custodiaban por un piquete del regimiento de Lealtad, con armas a la funerala, en la sala de Jueces del Ayuntamiento. Cubría la urna paño de brocado morado con los escudos de España, Castilla, Burgos y el Cid.

A las nueve llegó el Rey, acompañado del infante don Fernando y el marqués de Viana, revistando las tropas que formaban en la Plaza Mayor. El monarca subió al Ayuntamiento, dispuso los últimos detalles para iniciar la marcha, y dió la orden de avance, no separándose ya un momento de las reliquias del héroe burgalés. Inmediatamente tomaron las andas a hombros los tenientes alcaldes del Ayuntamiento de Burgos señores don Mariano Gonzalo, don José Ramón Echevarrieta, don Perfecto Ruiz Dorrensero y don Fidel D. Monedero. En el descansillo de la escalera, frente al famoso cuadro del Cid obra del ilustre burgalés Marceliano Santa María, se colocó la urna, entonando un responso el prelado oficiante. Seguidamente fué bajada a la Plaza y colocada sobre un armón de artillería, en cuyo momento la batería emplazada en el castillo hizo nuevas salvas y todas las bandas y músicas batieron marcha.

Inició el desfile la Guardia civil de a caballo, a la que seguían dos secciones de Infantería, desfilaban a continuación Artillería e Intendencia, las corporaciones sin carácter oficial, los ayuntamientos de Vivar del Cid, Cardeñajimeno, Santa Gadea del Cid, Melgosa, Villahernando y Manciles, genuina representación de la España ancestral, sencilla y guerrera, vigorosa y mística, campesina en su traje y señorial, en sus sentires, especialmente invitados por la conexión con la historia del héroe, que tuvo señorío en ellos, cuyos hijos, descendientes de los bravos mesnaderos de la epopeya cidiana, venían con el traje típico del país trayendo los enormes pendones, que airosos ondeaban a los embates del viento, y sus cruces parroquiales con crespón negro. A continuación seguían representaciones oficiales de distintos ministerios, Diputaciones de Burgos y Valencia, senadores y diputados, Excmo. Sr. Arzobispo de Valencia de pontifical, clero de servicio, nuncio, cardenales y demás prelados; finalmente, el armón con los restos del Cid, entre los Ayuntamientos de Burgos y Valencia, llevando éste la «señera» y aquél el «pendón rojo» de nuestra ciudad, ostentando los concejales de ambos municipios la tradicional vara de plata usada en las grandes solemnidades. Al lado derecho del armón cabalgaba el Excmo. Sr. Capitán General, don Francisco Carbó; inmediatamente detrás iba la compañía del regimiento de Infantería núm. 40, encargada de tributar los honores, con armas a la funerala y bandera plegada con crespón. Seguía después el Monarca a pie, a quien acompañaban el ministro de Instrucción Pública, cerrando la marcha la escolta real.

La comitiva ofrecía una brillantísima nota de color, por el contraste de la diversidad de uniformes, con la riqueza de los ornamentos sagrados y las vestiduras de los maceros, clarineros y timbaleros, de historiado carácter, de las corporaciones populares; mientras las músicas municipal de Valencia y del regimiento de Lealtad ejecutaban marchas fúnebres y los

clarines y timbales dejaban oír sus tradicionales sonos. Entre inmensa muchedumbre desfiló por la Plaza Mayor y calles, hoy, de Queipo de Llano y de Primo de Rivera, hasta el Paseo del Espolón.

En este lugar habíase levantado, junto a los Cuatro Reyes y frente al Ayuntamiento, una tribuna que ocupaba la Reina, acompañada de la duquesa de San Carlos, del cardenal Benlloch y del nuncio de Su Santidad, Mons. Tedeschini. Al pie de dicha tribuna se detuvo el armón, situándose a su lado don Alfonso, rodeado del infante don Fernando, Diputaciones y Ayuntamientos de Valencia y Burgos, representantes en Cortes, prelados y magnates. Frente a la tribuna se colocó el Capitán General y la escolta real, e inmediatamente comenzó el desfile de tropas, durante media hora. En el momento evolucionaban sobre el público varios aeroplanos militares.

Reanudada la marcha, el fúnebre cortejo entró, por el arco de Santa María y puerta del Perdón, en la catedral.

Doña Victoria descendió entonces de la tribuna, y en coche descubierta se dirigió por la Plaza Mayor y calle de la Paloma a la catedral, donde penetró por la puerta del Sarmental, anticipándose a la llegada de la comitiva.

A las once llegaban los restos del Cid, tomando las andas los mismos concejales que las bajaron del Ayuntamiento, mientras doblaban las campanas de la Catedral y tronaba la artillería, quedando depositada la urna en el crucero. Seguidamente se celebró misa de «Requiem», oficiando el arzobispo de Valencia y pronunciando la oración fúnebre el entonces obispo de Vitoria, Excmo. Sr. Eijo, cuyo discurso fué una maravillosa exposición de la religiosidad del Campeador, de sus virtudes cristianas, de su lealtad acrisolada, del amor a la familia, del recio temple de su espíritu heroico. A continuación se cantó el «Liberate me», de Perossi, por la capilla de música, dió la absolución el Emmo. Card. Benlloch y, terminado que fué el responso, se hizo formal entrega de los restos al Excmo. Cabildo Metropolitano.

En una mesa continua se extendió acta notarial, por duplicado, del sepelio, que firmó el Rey, la Reina, el Cardenal, el Ministro, los jefes de Palacio, el Alcalde de Burgos, el de Valencia, el de Vivar del Cid, el de Cardeñajimeno, el Deán, el Capitán General, el síndico del Ayuntamiento, el Presidente de la Diputación y el notario, conservándose una de estas actas en el Ayuntamiento y otra en el Cabildo.

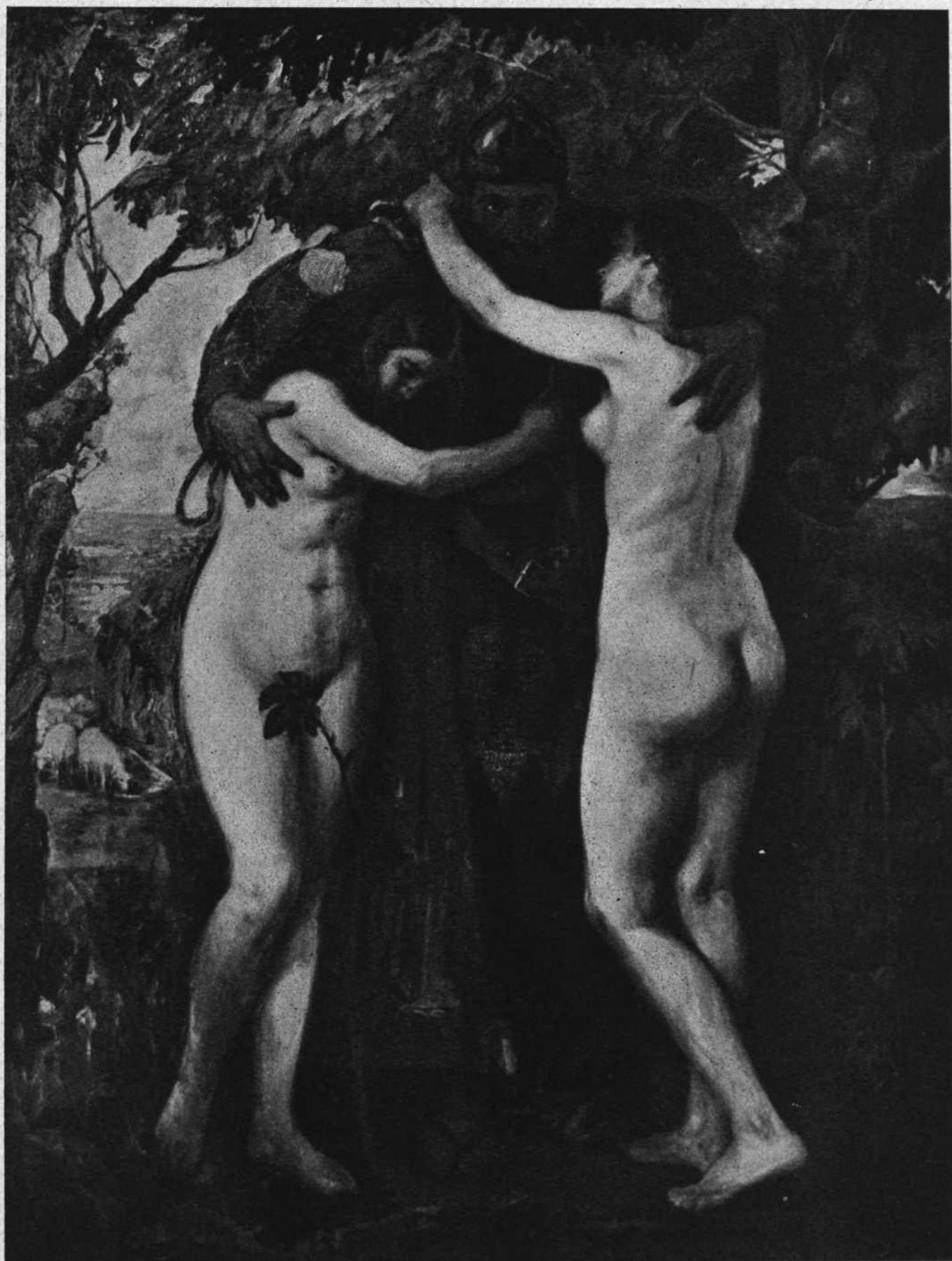
Siguiendo la antigua y piadosa tradición cristiana, habíase preparado sepultura plana, sin la aparatosisidad de un mausoleo, ya que de mausoleo sirve en este caso la catedral entera, coronada por la cúpula del crucero, la obra de arte más genuinamente burgalesa de cuantas atesora la ciudad. En el centro mismo del crucero, en el punto de intersección de las naves, se abrió una fosa, lo suficientemente grande para contener el féretro y dejar alrededor un paso de medio metro que permita la circulación del aire y las reparaciones y limpiezas cuando fueran necesarias. Dentro, sobre cuatro pies, para que haya suficiente ventilación por debajo, va una capa de gres esmaltado, el único material inatacable por la humedad. Es rectangular, de capacidad suficiente para la construida en chapa de cobre, que encierra los huesos. Para cubrirlo todo, al nivel del suelo, se destinó una lápida de mármol rojo, de 3 metros de larga por 1,90 de ancha, en la cual están embutidas las letras romanas de bronce dorado que constituyen la inscripción, original del erudito Menéndez Pidal. Es el autor una gloria entre los filólogos e historiadores de lenguas romances, que al Poema de Mio Cid ha consagrado profundos estudios, resultando el verdadero creador de la moderna crítica cidiana, la que ha sabido proyectar en nuestros días torrentes de luz sobre la figura incommensurable de Rodrigo Díaz de Vivar. Redactada en el latín-romanceado, usual en el siglo XI, y con una frase intercalada del «Mio Cid» en el castellano incipiente de aquel tiempo, dice así:

RODERICUS DIDACI CAMPIDOTOR. MXCIX ANNO VALENTIAE MORTVVS. A todos alcança ondra. Por el que en bven ora nació. EXIMINA VXOR EIVS DIDACI COMITIS OVETENSIS FILIA REGALI GENERE NATA.

Fué depositado el sarcófago por el infante don Fernando; el Ministro de Instrucción Pública; el duque del Infantado, que también ostentaba el título de conde del Cid; marqués de Bendaña; primer teniente alcalde del Ayuntamiento de Valencia, y los alcaldes de Burgos, Vivar del Cid y Cardeñajimeno.

\*\*\*

En este lugar, queda esperando la resurrección de la carne el héroe popular burgalés, el prototipo de la raza, que supo encarnar como nadie el dechado de todas las virtudes ancestrales y cuya figura, constituye la síntesis esplendorosa de todas las perfecciones de la Edad media castellana en cuanto hubo en ella de noble y de generoso, de rudo y de leal, de guerrero y de piadoso, de tradicional y de dinámico, de legendario y de verdadero, de mezquino y de grande; la manifestación, en fin, de lo esencial y de lo permanente en la nacionalidad española.



LAS HIJAS DEL CID  
(Cuadro de MARCELIANO SANTA MARÍA)

*Tanto las majaron que sin cosimente son:  
sangrientas en las camisas e todos los ciclatones.  
Cansados son de ferir ellos amos a dos,  
ensayandos amos cuál dará mejores colpes.  
Ya non pueden hablar don Elvira e doña Sol,  
por muertas las dexaron en el robledo de Corpes.*

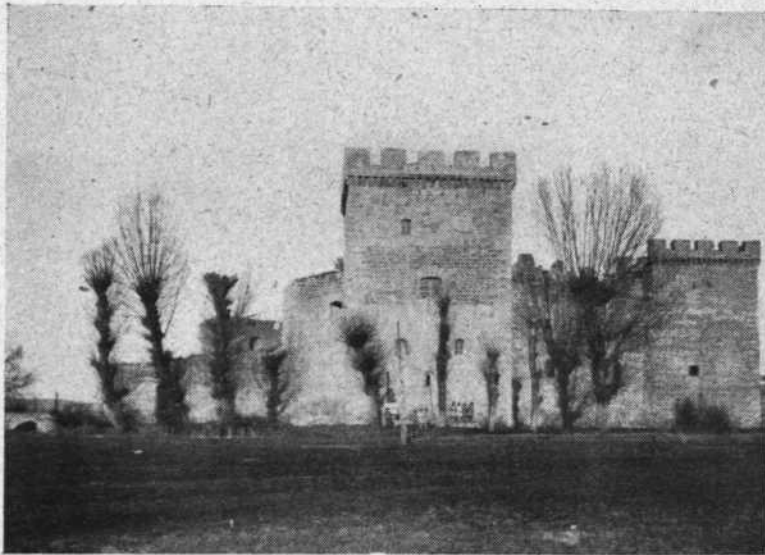
.....

*Por el rastro tornós Félez Muñoz,  
falló sus primas amortecidas amas a dos.  
Llamando: «¡Primas, primas!», luego descabalgó,  
arrendó el caballo, a ellas adeliñó;  
«Ya primas, las mis primas, don Elvira e doña Sol,  
mal se ensayaron ¡jantes de Carrión!»*

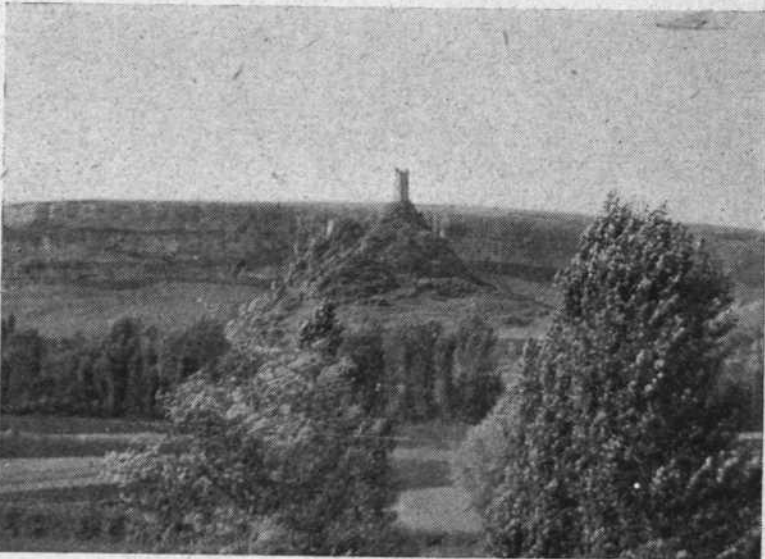
.....

# RECUERDOS DE EL CID

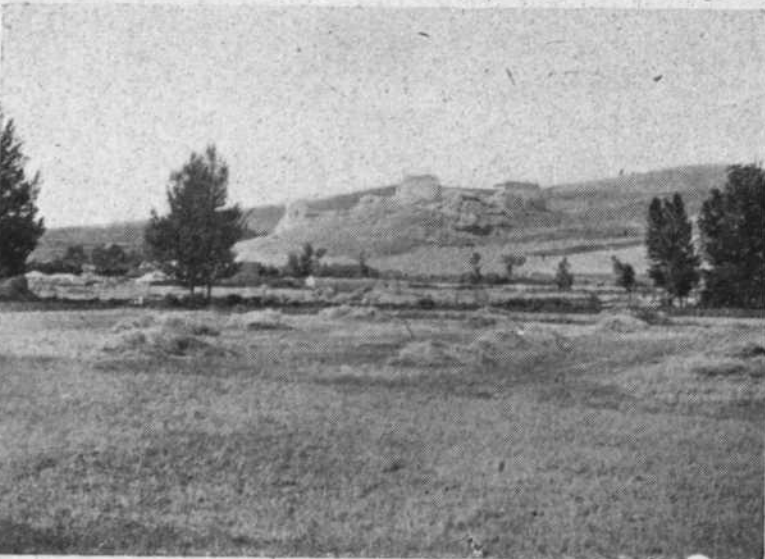
por LUCIANO HUIDOBRO Y SERNA  
Crónista de la Provincia



Castillo de Sotopalacios (Burgos)



Castillo de Urbel (Burgos)



Castillo de Ubierna

**B**IEN hayan los promotores de la solemne conmemoración del VIII Centenario del «Poema de Mío Cid», al presentar a la nueva generación los ejemplos de patriotismo y otras virtudes que nos da a conocer el famoso poema: *Exempla movent*.

Por esto, invitado a contribuir a dicho homenaje, pienso que tal vez mis recuerdos de visitas hechas a lugares cidianos, espolcado por la admiración sentida hacia el héroe, puedan interesar a mis benévololectores.

Nada he de decir sobre la famosa «Patada del Cid», oquedad natural de la roca en un camino, relacionada por el pueblo con el Campeador, al norte del partido de Villadiego, por donde debió andar durante sus mocedades; ya que allí poseía fincas y el castillo de Urbal, y es paso para tierra de Aguilar, donde vivía su tío, el clérigo que le regaló el potro, que después fué famoso *Babieca*.

Sus mejores recuerdos se hallan junto a Burgos, porque, como dice el señor Menéndez Pidal en «La España del Cid», a orillas del río Ubierna, junto a estos molinos (los de Vivar) y por estos trigales, corrió la infancia de Rodrigo. Y como antes había dicho: «El molino en la época solía ser un monopolio de privilegio señorial muy estimado», es de suponer que junto a él se alzaba la torre y palacio solariegos.

Desgraciadamente, no resta nada de ellos. Únicamente se reconoce al norte muy próximo al molino, en una finca llana de vega, un levante artificial, donde abundan restos de construcción. En cambio persiste el poblado de Sotopalacios, fundación del Cid, según se anota en la Historia de la antiquísima cofradía de Nuestra Señora del Acorro, establecida allí en la iglesia de este título (Archivo parroquial de San Lorenzo, Burgos), donde ejercieron cierto señorío los Manrique de Lara, descendientes del fundador, quienes construyeron el palacio-castillo y pusieron sus armas en la picota de la villa.

De las banderas regaladas a Santa María la Real y antigua de Gamonal (Memorias de San Juan de Ortega), no queda más que el recuerdo, testimonio de la devoción del personaje al célebre santuario.

Igualmente, la torre de la iglesia de San Martín, construida con el quinto de la batalla de Hita, también ha desaparecido (Castillo, «H. E. de Burgos», 1697).

De la iglesia de la Jura escribe este autor: «Era muy celebrada en las historias y en los romances antiguos, por el juramento que en ella se solía hacer en un cerrojo de hierro. Hay en la sacristía un cofre de los dos, que dió el Cid llenos de arena a los judíos, cuando le prestaron el dinero para ir a cumplir el destierro. Es de madera muy gruesa y barretado a lo antiguo. El juramento que se tomaba en esta iglesia en el cerrojo, se haría bajo protesta y algún castigo de Dios, que le venía a quien no le cumplía. Duró esta costumbre hasta el tiempo de los Reyes Católicos, que el obispo don Pascual de Ampudia quitó el cerrojo y le hundió... En esta iglesia se juraron y coronaron los primeros reyes de Castilla. Hay memoria de ella en el año 1023».

Llevo treinta y tantos años pasando diariamente junto a este templo y en su plazuela he vivido no pocos. Estó me ha dado ocasión de examinar sus muros, y observar la conducta de los paisanos de los pueblos limítrofes a Burgos, que entran en la ciudad por la puerta de San Martín, al enfrentarse con el edificio. En los primeros al extremo de la cabecera se descubría, antes de hacer la actual sacristía, un resto de estribo de aspecto antiguo y piedra molazga, como se observa en la torre de doña Lambra al fin de los Cubos y en las murallas primitivas de la capital; y en la parte media del segundo tramo de la nave aun se distingue un rudimentario ventanillo sin adorno alguno, tapiado, que no tiene razón de ser más que para dar luz a una construcción pobre. En la subida a la torre una ventana de medio punto queda semitapiada, indicando mucha antigüedad.

A estos restos, que pueden corresponder al primitivo templo, se añade otro seguramente contemporáneo a la Jura. Es una pequeña cruz de piedra dura repintada, distinta de la usada en toda la fábrica, que actualmente campea en la parte baja del estribo adosado a la puerta de ingreso, y fué repuesta allí cuando en el siglo pasado se restauró el templo, rehaciendo aquel apoyo, según testimonio del señor Ontaño, hijo del maestro restaurador, don Donato. Es de forma *patada* de resalto, y tiene los caracteres de los primeros siglos de la Reconquista. Señal de la veneración en que se ha tenido este recuerdo coetáneo del héroe, es la devoción de algunos paisanos que pasan junto a ella, a quienes, sobre todo en los primeros años del siglo, he visto tocarla, besarla y santiguarse después.

# DESPEDIDA DE BURGOS

Aun es noche oscura, oscura,  
aun es noche bien cerrada...

Las estrellas en el cielo  
son como puntos de plata...  
El Arlanzón se desliza  
con murmuradora calma...  
— En su dilatada glera  
se morían las fogatas... —  
Entumece ya los miembros  
el frío de madrugada...  
La ciudad duerme tranquila  
y el Cid ordena la marcha,  
que quiere estar en San Pedro  
antes que despunte el alba.  
Las tiendas son recogidas,  
las acémilas cargadas,  
ensillados los caballos  
y apercebidas las armas...

Aun es noche oscura, oscura,  
aun es noche bien cerrada...

\*\*\*

Todos miran hacia Burgos,  
que casi no se destaca  
sobre la noche sin luna,  
y a su vista todos callan.

Alguna lágrima lenta  
por el rostro les resbala...  
Allí dejarán Castilla,  
allí dejarán la patria.

Marchan lejos y no saben  
si volverán a pisarla.

— El Arlanzón rumoroso  
parece que se quejara... —  
Pero es tan sólo un momento,  
que a las gentes castellanas  
la pena del infortunio  
el ánimo no acobarda.  
Una canción arrogante  
de los sus pechos escapa,  
en sollozo se convierte

al pasar por la garganta,  
y vibra en la noche quieta...

Y a la voz autoritaria  
— temblorosa — del cabdillo,  
se organiza la mesnada...

\*\*\*

Pero Rodrigo a los suyos  
deja que marchen... Y para  
su caballo.

Posa triste  
en la ciudad su mirada.  
Santa María se sale  
por cima de la muralla...  
A su vista, reverente  
Mio Cid se santiguaba.  
— «Gracias, Dios, que justiciero  
sobre cielo y tierra mandas.  
Gloriosa Santa María,  
que tus virtudes me valgan.  
Hoy me marchó de Castilla,  
quizá por siempre me vaya...  
Valedme, Señora mía,  
y bendecid mis hazañas.  
Yo haré que en vuestros altares  
mil misas sean cantadas.»

\*\*\*

En los ojos de Rodrigo  
brilla profunda una lágrima.

Ya lejos van los vasallos,  
que sus canciones se apagan...

Mio Cid sobre Babieca  
a poco les alcanzaba...

\*\*\*

Ya se apagan los luceros  
y alegres los gallos cantan...  
A San Pedro de Cardeña  
llegarán con la alborada...







Aranda de Duero (Burgos): Vista de la Ribera del río



## FRONTERA DEL DUERO

por TEÓFILO LÓPEZ MATA

El Duero es el río de la epopeya castellana de los siglos X y XI. En la inclemente dureza de sus márgenes, la poderosa vitalidad de un pueblo guerrero por excelencia se consagra en derroche de heroísmos y se enciende en ideales de expansión, que, al iluminar los más dilatados horizontes, guía entre ensueños de gloria el vuelo de sus ansias creadoras hacia la magnificencia de una unidad circundada por los mares peninsulares.

Límite y frontera de Castilla, la corriente de altas mesetas en foso de angosto perfil, podía reflejar en las opuestas orillas a los hombres de esas centurias de hierro, diferentes de raza y ardentemente animados en pugna secular por el antagonismo de sus concepciones.

Es cierto que los jinetes castellanos de Fernando I galoparon por los campos meridionales del río hasta alcanzar los crestones de las montañas centrales de España, campos yermos de la Extremadura castellana, de indecisa dominación y que no fueron consolidados hasta la conquista de Toledo en 1085.

Fernando I, al morir, dejó el reino de Castilla, desde las riberas del Pisuerga hasta las montañas sorianas del norte dominadas por Navarra, a su hijo Sancho II (1065-1072), fraternal amigo del Campeador.

En estos años que preceden a la tragedia de Zamora, las atalayas castellanas, asentadas a orillas del Duero, iniciaban su aparición a corta distancia de su confluencia con el Pisuerga. En la sección del río perteneciente hoy a la provincia de Valladolid, y por soledades de la orilla derecha, pobladas en tiempos posteriores de densa población monacal, Sancho II ofreció en 1067 al monasterio de Sños, llamado entonces de San Sebastián, un monasterio abandonado cerca de Peñalba de Duero, denominado más tarde Santa María de Duero; y a corta distancia de Peñalba, en la unión del Duero con el Valcorba, el vado Guijosa constituía el extremo occidental del gran alfoz de Peñafiel. La carta puebla de esta fortaleza data, al parecer, del año 942, concedida por el infante don Sancho, hijo de Ramiro II. Peñafiel perdióse en las campañas de Almanzor, y años después, en 1013, fué una de las muchas poblaciones recobradas por el conde castellano Sancho García.

Aguas arriba, en riberas burgalesas, San Martín de Rubiales, o un lugar de este nombre próximo a él, señalaba en 1068 el límite de las diócesis de Palencia y Oca — «... sicut dividitur de Palentino episcopatu...» —, lindero de indudable abolengo eclesiástico aprovechado en la demarcación hoy existente.

El gesto guerrero de la fortaleza de Roa, surgida en 912, paralizó en la gran convulsión de fines del siglo X, y aunque en 1069 aparece rigiendo un vasto alfoz, la vida no empezó a renacer hasta su segunda repoblación en 1085 por Alfonso VI. De estas pueblas sobre el Duero, el historiador Morales señala la de Aranda como obra de Ordoño I de León (850-869); mas las noticias de estos remotos tiempos referentes a este asunto no han llegado comprobadas debidamente a nosotros; probable es que estuviese incluida en la extensa demarcación de Clunia extendida hasta el Duero, ya que el pueblo de Suzones es designado como lugar cluniense en un documento de 1062.

El tramo occidental de la corriente en la provincia de Soria está impregnado de recuerdos históricos de la Castilla condal Langa, Alcozar, San Esteban de Gormaz, Osuna y Gormaz hicieron converger los desesperados esfuerzos del noble y des-

graciado conde García Fernández contra las fuerzas del guerrero más grande de la España musulmana. En la terrible lucha cayó alanceado el conde el año 995, entre Langa y Alcozar. Años antes había visto retroceder su frontera con la entrada de los moros en Osuna y Alcoba, y en el año que precedió a su muerte la suerte adversa le arrebató la fortaleza de San Esteban de Gormaz.

Un siglo después los ecos de la epopeya cidiana alcanzaban épica resonancia en estas tierras fronterizas de Castilla la Gentil.

Con la entrada de Langa y Gormaz — «un castiello tan fuort...» — en el señorío del Cid, las riberas del Duero fueron tejiendo por sus aguas ascendentes guirnalda de recuerdos del caballero de Vivar, prendidas en los pueblos de San Esteban de Gormaz, Alcubilla del Marqués y Navapalos.

San Esteban sintió el dolor de la innoble villanía de que fueron objeto las hijas del Cid en el robledo de Corpes:

*Los de Sant Estevan siempre mesurados son,  
quando sabien esto pesóles de corazón.*

Años antes Alcubilla y Navapalos habían presenciado la salida de Castilla del glorioso desterrado:

*Passó por Alcobilla que de Castiella fin es ya,  
sobre Navas de Palos el Duero va passar.*

Remontando la corriente, el Duero señala la curva que marca el cambio de dirección de oeste a este, que hemos seguido hasta ahora, por la de sur a norte primero y este-noroeste después hasta, alcanzar sus fuertes.

En el perfil de la convexidad dirigida hacia oriente, Alfonso VI pobló en 1098 el lugar de Almazán, donando en ella el monasterio de San Millán una propiedad cuya demarcación encargaba a su amigo predilecto Gonzalo Muñoz, conde de Lara. Transcurridos pocos años de la epopeya cidiana, en 1119, Alfonso de Aragón poblaba en la parte septentrional de la curva la ciudad de Soria.

Al norte de Soria la frontera abandonaba el tramo este-noroeste, cuya alta corriente aparecía incluida en el condado de Lara, para seguir la línea del río Tera, afluente del Duero, en cuya confluencia se encontraba Garray, ejerciendo jurisdicción sobre la cuenca del mencionado afluente, probablemente hasta las estribaciones de la sierra de Cebollera, desde donde partían límites Navarra y Castilla.

Huellas del ímpetu guerrero castellano se perdían en las lejanías al oriente de la gran curva del Duero, y si el silencio restó evocación a las proezas del valiente conde García Fernández, sepultando casi en el olvido la jornada de Alboreca contra los Beni Amril, en cambio perduró la sombría y viril emoción de los viejos cantares perdidos referentes a los infantes de Lara, con la dramatización de los legendarios episodios de su muerte en los campos de Almenar o en las vegas del río Arabiana:

*En campos de Arabiana murió gran caballería,  
murieron los Siete infantes que era la flor de Castilla.*

Por estos extremos de Castilla, donde la tradición y la historia florecían en imágenes poéticas de fuerte e incomparable belleza, iban a salir para continuarla y superarla, en afanes de conquista y dominación, las magníficas mesnadas del Caballero de Vivar, abriendo en los rumbos del levante español caminos de inmortalidad para su patria castellana.

# EN LA GLERA DEL ARLANZÓN

por M. MARTÍNEZ BURGOS

**C**UANDO se ha querido representar gráficamente el itinerario del Cid en su destierro, el arranque de la línea indicadora se ha hecho nacer en Burgos, para morir en Valencia; y no es esa la verdad poética de la epopeya. Porque el destierro del Cid no se inicia en Burgos, sino en Vivar.

Es en Vivar donde se le arrasan al Cid los ojos, cuando tiene que abandonar su palacio, él el último (para enseñanza de caballeros y aun de reyes), después de haber enviado con tiempo su mujer y sus hijas a Cardeña, y haber desmantelado la casa, presumiendo que el abandono iba a ser largo, porque la ira del rey sí que lo era, y el concono de los *mestureros* aun era más.

Lora el Cid como hombre, encomendando a las lágrimas lo que no puede, por ser buen vasallo, encomendar a los brazos, aunque los músculos le chasqueen y hagan vibrar sin quererlo la espada y la lanza. Y dando espaldas a Vivar, se viene a Burgos al frente de su mesnada, con intento seguro de pasar aquí tarde y noche, proveyéndose durante ellas de cuanto hubiera menester para las primeras necesidades del camino.

Pero la ira del rey le precede como columna de fuego, y las casas de Burgos se han cerrado ya para el Cid y para los suyos. Ni aun su *posada* se le abre, cuando el caballo, sacando el pie del estribera, da a su puerta una *ferida*, es decir, un golpe fuerte, testimonio del derecho en llamar y de la obligación de abrir. Si su *posada* era lo que en Burgos venimos tradicionalmente conmemorando como *Solar del Cid*, pronto pudo convencerse de lo que aquí le esperaba, porque, apenas traspuesto el arco de San Martín, entrada de la ciudad, hubo de llegar a aquélla, y escuchar la conminación funesta y la queja dolorida juntamente de la niña de los nueve años, la sin dolo, la irresponsable portavoz electo de la ciudad entera, cuyas autoridades no querían dar al Cid tan malas inmerecidas noticias.

Adelanta Mio Cid por la calle Tenebregosa, para bajar por la Cuesta de las Armas a Santa María, única puerta franca, porque es la de Dios, donde el Cid ya no queda a caballo, como delante de su *posada*, sino que echa pie a tierra y avanza por sus naves y ora de rodillas y de corazón, afirmando en la tribulación su primer ideal, el primer ideal de la hispanidad, Dios. Huían los celajes de la tarde. Asomaban las primeras sombras de la noche.

Todos duermen en el campamento, menos el Cid y Martín Antolínez. Hay necesidad perentoria de dinero para aquella *compaña*. La cena de la noche se salvó por una generosidad que no puede repetirse; el desayuno podrá ser de la sopa del convento en San Pedro de Cardeña; pero ¿cómo vivir así a salto de mata?

— ¡Ah, los judíos! ¡Esos son los amos del dinero!

— Hay que sacárselo con engaño; «*de grado non avrié nada*», por buenas no lograría nada.

— ¿No dicen que me he enriquecido con las parias del rey de Sevilla? Pues aprovechemos la maledicencia.

Y aquí los dos cofres de arena, de apariencia tentadora, porque van forrados con guardamecí bermejo, con clavos dorados bien relucientes. Aquí el matrimonio judío Raquel y Judas (1), el primero que les vino a las mientes, porque, en mediando ganancia, no hay que escoger entre judíos. Aquí el trato chalanesco de Martín Antolínez, primera página de la picaresca española, hasta con su propina de treinta marcos para calzas. Y todo, como en la picaresca, a la luz del candil, y entre sombras alargadas, y a ver quién puede engañar más.

«*Yo más non puedo e amidos* (contra mi voluntad) lo fago, véalo el Criador con todos los sos Santos».

Y antes de apuntar el alba, alzadas ya las tiendas de aquel primer campamento cidiano en la glera del Arlanzón, para llegar a San Pedro de Cardeña, cuando los gallos quieren *apriesa quebrar albores*, el adiós a Castilla, a su Castilla gentil, con aquel lamento profético:

«*Non sé si entraré y más en todos los mios días*».

He aquí en esbozo toda la vida ulterior del Cid, prototipo de hispanidad, buen cristiano y buen patriota.

(1) No resulta aceptable que, siendo ficticio, es decir, de pura invención poética el episodio de las arcas de arena y engaño del matrimonio judío, el autor del Cantar pusiese al marido de aquel matrimonio un nombre tan poco hebreo como VIDAS, según ha solido transcribirse; y menos al lado de RAQUEL, que no puede ser más genuinamente hebreo. Es verdad que Simonet registra como nombre mozárabe el de VITHAX; pero como nombre mozárabe, no judío; en esa forma de VITHAX, y no en la castellanísima de VIDAS; y además derivándole del latín, que no del hebreo, ni aun del árabe. La identidad paleográfica de VIDAS e IVDAS engendró el error ya en las primeras ediciones de las Crónicas, no sin que Ocampo reaccionara al imprimir la *Tercera Crónica General*. Con él entiendo que debe rechazarse la lectura VIDAS en un nombre que ha de ser típicamente judío, por designar a un judío tipo en la ficción del poeta.

Si en Cardeña se despide de Jimena y de sus hijas, episodio que no desmerece de la despedida homérica de Héctor y Andrómaca a las puertas de Troya, el Cid las encomienda a Dios, que es Padre espiritual, y luego al abad don Sancho su representante; y por fin, a impulsos del deber, se arranca de ellas «como la uña de la carne», aunque el amor de padre y de esposo le haga ir tornando la cabeza para mirarlas hasta que Minaya le saca de su arrobamiento con esta pulsación de valor:

«*Cid, ¿do son vuestros esfuerzos? ...Pensemos de ir nuestra vía...  
...Dios que nos dió las almas, consejo nos dará*».

Si, apenas pasada la frontera de Castilla, gana por sorpresa a Castejón, en el reino de Toledo, tributario de Alfonso, es porque la necesidad le fuerza a vivir de la ganancia bélica; pero como no tiene ánimo de provocar a su rey, ni de ofenderle siquiera por semejas, liquida rápidamente el botín, y se corre a los dominios de Zaragoza, donde puede lidiar a sus anchas. «*Con Alfons mio señor non querría lidiar*».

Y cuando se apodera de Alcocer, y tiene luego que defender su conquista en batalla campal, la primera en que mide sus fuerzas a lo caballero, con rebosante alborozo de Minaya, entonces, al partir de la ganancia, después de pagar bien a todos sus vasallos, «*a los peones e a los encavalgados*», le asaltan el pensamiento sus grandes amores, los que han dado fisonomía histórica a la hispanidad, y le dice a Minaya:

«*Embiar vos quiero a Castiella con mandado desta batalla que avemos arrancado.*

*Al rey Alfons, que me a ayrado,  
quierol embiar en don treinta caballos,  
todos con siellas e muy bien enfrenados,  
señas espadas de los arçones colgando.*

Con qué tranquilidad hubo de dormir el Cid aquella noche! Sólo una envidia llegaría e ensombrecerle: la de no ser él quien venía a Castiella, aunque le personificara Minaya «*el mio diestro braço*». Dícele entre envidioso y resignado:

«*Ides (vais) vos, Minaya, a Castiella la gentil?  
A nuestros amigos bien les podedes decir:  
Dios nos valió e venciemos la lid.*

Y tornando Minaya de Castilla al cabo de tiempo, un tanto impacientes ya los que esperaban;

*Quando vido mio Cid asomar a Minaya,  
el cavallo corriendo, valo abraçar sin falla;  
besóle la boca e los ojos de la cara.*

Hasta tres veces más brinda Rodrigo «su presentaja», sus presentes al rey. La primera, la más espléndida de todas, en agradecimiento a la devolución de su mujer y de sus hijas, mandando doscientos caballos

*con siellas e con frenos e con señas espadas,  
para*

*que non diga mal el rey Alfons del que Valencia manda.*

La otra, como remate de las imponderables vistas, orilla del Tajo, cuyas aguas arrastran al olvido para siempre la ira del rey, y envuelven en el oro de sus arenas aquella puja emotiva entre la humildad de Rodrigo, vasallo voluntarísimamente leal, y la afabilidad de Alfonso, rey hondamente paternal, cuando se desliga de «*mestureros encismadores*».

*Con unos quince a tierras se firió,  
como lo comidia, el que en buen ora nació.*

El último regalo fué en despedida de estas famosas vistas como recuerdo:

«*Ya rey don Alfons, señor tan ondrado,  
destas vistas que ovimos, de mí tomedes algo.  
Tráyovos treinta palafrés, estos bien adobados,  
e treinta cavallos corredores, estos bien ensellados;  
tomad aquesto, e beso vuestras manos.*

Todavía en otra ocasión solemne, a raíz de las cortes de Toledo, cuando había recabado ya entera justicia del agravio que en sus hijas le infirieron los desatentados infantes de Carrión, el Cid, a punto de partirse de su rey, que semeja ser su ídolo o su debilidad, quiso obsequiarle nada menos que con *Babieca*, el caballo corredor:

«*en moros ni en cristianos otro tal non ha oy;*

pero Alfonso rehusó aceptarle, porque

«*si a vos le tollies* (quitase), *non avrié tan buen señor.*

Brillantísima faceta de la vida del Campeador, cristiana y castellana hasta la medula, esta su inquebrantable devoción de vasallo por quien, pagado o airado, era siempre su señor natural, y reverberaba lumbres divinas de autoridad, avivadas por la continuidad histórica.

# CONTINUIDAD

DE LAS VIRTUDES HISTÓRICAS DEL CID  
EN LAS TIERRAS BURGALESAS



por JUAN CASADO  
Coronel de Ingenieros  
y Presidente del Círculo  
de la Unión de Burgos

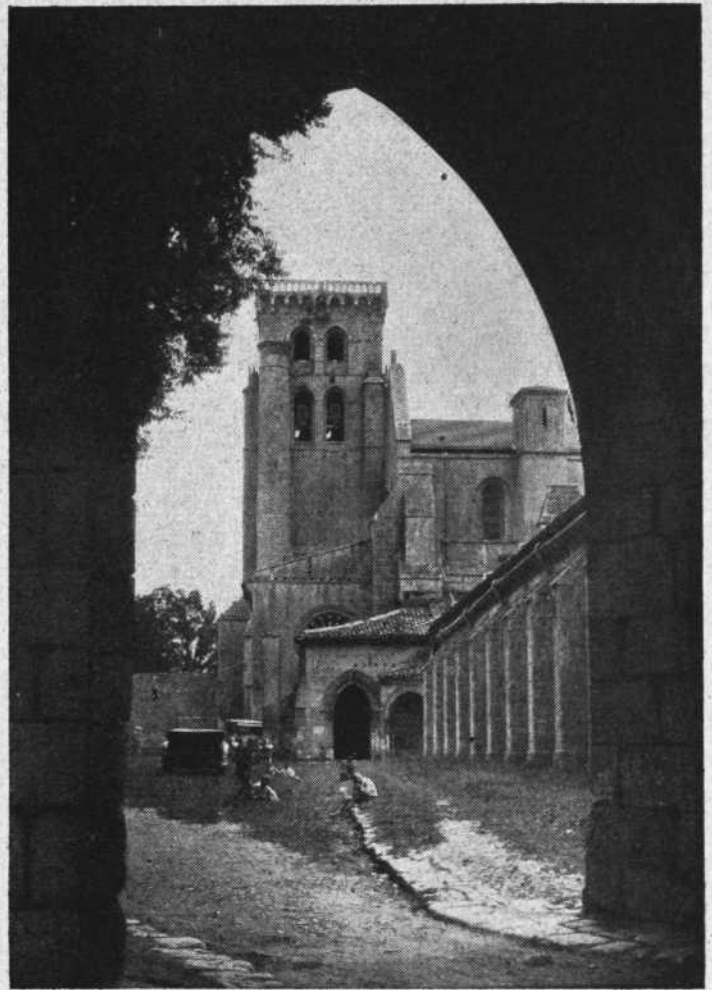
En el octavo centenario del poema del Cid, que con tanto acierto y patriotismo proyecta conmemorar la importante revista de Arte Mio CID, nos honramos en colaborar con un modesto grano de arena, aceptando la cariñosa invitación que para ello hemos recibido de su ilustre Director.

La austera y noble ciudad de Burgos, que tuvo el galardón de ser la capital de España durante el glorioso Movimiento Nacional, haciendo con ello honor a cuanto dicen los lemas de su escudo y certifican los instrumentos de su historia, se precia siempre de haber tenido un hijo, como el Cid, azote de la morisma, de igual modo que Madrid conserva su Dos de Mayo, Valencia su Sagunto, Aragón su Zaragoza y Cataluña su Gerona.

De aquí que, en todas partes, en las calles tortuosas de la parte vieja de la ciudad, en los hermosos paseos y alamedas, en las casas, en los templos, en el Vivar donde corrió su infancia, en el solar donde tuvo su casa, en la catedral donde se guardan sus cenizas, existen recuerdos del Cid, así como en las gradas de la iglesia de Santa Gadea quedó grabado su vigor, revelador de un verdadero espíritu cívico, al exigir por tres veces a don Alfonso, con honrada altivez española, el juramento de no haber contribuido a la muerte del rey, su hermano.

Todo ello, en unión de las memorias de Isabel la Católica y monumentos históricos que brotan en todas partes, ha constituido un preciado marco de renovación de recuerdos patrios a cuantos españoles se han visto obligados a residir en Burgos durante la pasada cruzada, a la sombra de esa portentosa catedral, que es asombro y maravilla del arte y sobre la que José Zorrilla, en sus inmortales versos, dice:

*Reina cuya cabellera  
da al viento en lugar de rizos  
dos trenzas de hebra de roca  
.....*



Entrada al Monasterio de las Huelgas

Pues bien, este Burgos, de pasado inigualable, ha tenido su continuidad en la historia, siendo testigo vivo de acontecimientos trascendentales para la segunda reconquista de nuestro suelo durante el arrebato guerrero de la pasada lucha, viendo congregarse en el palacio de Capitanía General a los heroicos generales forjadores de nuestra santa Revolución nacional, para formar primero la Junta de Defensa, y donde se hizo después la proclamación de Jefe del Estado al joven César de España, nuestro invicto caudillo el Generalísimo Franco.

Asimismo, en el artístico palacio que levantaron los Condestables de Castilla, conocido vulgarmente con el nombre de «Casa del Cordón», se instaló la competente Junta Técnica del Estado, primer órgano administrativo del Gobierno de la Nación, que con contados elementos de personal y material hubo de responder con gran acierto a las características de autoridad, rapidez, unidad y austeridad que en aquellos críticos momentos exigían las diversas actividades del país.

En el Real Monasterio de las Huelgas, inmediato a Burgos, se han celebrado las solemnes ceremonias de constitución del Consejo Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS; ante los sepulcros esculturados de cuatro reyes, de cinco reinas y muchos de príncipes y de infantas.

En diversos edificios, como el de la Diputación, Ayuntamiento, Audiencia y Salón de Recreo, se instalaron diversos ministerios, constituyendo la residencia de nuestro Caudillo una amplia morada perteneciente a familia burgalesa de noble linaje, situada en el hermoso paseo de la Isla, palacio adquirido después por la Diputación y el Ayuntamiento para residencia del Jefe del Estado.

Entre los diversos organismos, centros y comisiones que se establecieron en Burgos, destacan las Academias militares para la formación de alféreces provisionales de las diversas armas y Cuerpos del ejército que en régimen de externado actuaron en los primeros cursos, y más tarde la de Ingenieros, en régimen de internado, con cuya dirección nos honró el Alto Mando, elevándose a la cifra de 783 los alumnos promovidos a alféreces y 69 a tenientes del arma de Ingenieros, y 100 a tenientes de Artillería, en un total de diez promociones.

Entre los diversos alojamientos que hubo que improvisar para esta Academia, merece citarse el pintoresco y saludable cerro de Fuentes Blancas, próximo al lugar donde se levanta la maravillosa joya artística de la cartuja de Miraflores, que encierra en hermoso sepulcro de encaje de alabastro los cuerpos del rey



Fragmento de la fachada  
del Cuartel de Artillería



Casa del Cordón

don Juan II y de su esposa doña Isabel de Portugal, padres de aquella gran reina Isabel la Católica, que custodian, en constante oración y sacrificio ejemplar, una comunidad de religiosos perteneciente a la austera Orden fundada por San Bruno; encontrándose el campamento y campo de prácticas y de manobras de la Academia cerca también del monasterio de San Pedro de Cardeña, solitario desierto, casi abandonado, convertido últimamente en campo de concentración de prisioneros.

Este monasterio, perdido en un rincón de Castilla, fué glorioso y célebre en muchas crónicas y romances, famoso en nuestras memorias, sobre todo por las que del Cid conservan. Allí se encuentra el templo ojival de tres naves, de muros desnudos, de capillas viudas, con ventanales abiertos a la luz, al aire y a la lluvia; allí está la capilla de los héroes, donde estuvieron, y todavía están, los sepulcros del Cid y de su Jimena, aunque sin sus cenizas, trasladadas solemnemente a la catedral de Burgos.

Ante el glorioso recuerdo de tanta tradición y heroísmo, se forjó el espíritu de la oficialidad del arma de Ingenieros, que tantos laureles ha proporcionado a la historia patria en la finada cruzada, dentro del extenso campo de su profesión técnico-militar.

Por último, en el centro urbano de Burgos se levanta un moderno edificio de siete plantas, donde en sus cuatro primeras se encuentra instalado el confortable Círculo de la Unión, con su bien surtida biblioteca y excelentes servicios, y en el que han encontrado fraternal y cariñosa acogida cuantos españoles se han visto precisados a pasar por esta ciudad, bien obligados a fijar provisionalmente su residencia o ya para resolver asuntos cerca de los órganos de Gobierno; siendo un lugar simpático de reunión diaria, en especial a las horas del parte oficial de guerra, que transmitía Radio Castilla, apareciendo mezclados en amigable camaradería ilustrés generales, jefes y oficiales del Ejército que regresaban de los frentes, periodistas de guerra, funcionarios civiles, evadidos de la zona roja, etc., etc., todos dedicados a comentar patrióticamente y con entusiasmo el último acontecimiento del día y a seguir de cerca, con los gráficos de los periódicos, las operaciones futuras de la contienda.

En la planta entresuelo del citado Casino se instaló el llamado Refugio Nacional, organizado por un plantel de distinguidas damas burgalesas, asistidas con los donativos del vecindario, que proporcionaba gratuitamente a las personas recién llegadas de la zona roja y sin recursos comida abundante, bien servida y ropas, así como alojamiento digno, durante veinte días.

Y para terminar, consideramos digno de mención consignar que, varios meses antes del comienzo del glorioso alzamiento, se venían reuniendo en uno de los salones de este Círculo diariamente antes del almuerzo, con un modesto como ilustre general que ha desempeñado los más elevados cargos de la campaña y del Gobierno, una peña de jefes y oficiales retirados que el 18 de julio se pusieron incondicionalmente a sus órdenes para colaborar en los diversos puestos que tuvo a bien confiarles.

Desaparecido el ardor bélico de la lucha, con la anhelada paz de la victoria lograda por nuestro valeroso ejército, que acaudilló el Generalísimo Franco, y trasladados a Madrid los ministerios, vuelve la ciudad de Burgos al sosiego y tranquilidad de los días grises que forman su vida ordinaria, siguiendo atenta a los acontecimientos nacionales, colaborando modesta y calladamente a la labor de la construcción de la nueva nacionalidad en que está empeñado nuestro Generalísimo, y poniendo en juego las tradicionales y legendarias virtudes del patriotismo, la ciudadanía, la lealtad, la disciplina, el cumplimiento del deber y el respeto a la autoridad, a las que los burgaleses rinden en todos los tiempos fervoroso culto.



Entrada a la Iglesia y Hospital del Rey



Fachada del Hospital de San Juan



Un capitel de la Torre

**P**OCO puede añadirse al notable trabajo que sobre San Pedro de Cardeña publicó don Juan Menéndez Pidal (1); mas voy a decir alguna cosa sobre la estructura de la torre, único monumento que se conserva de aquella época en dicho monasterio.

La torre es cuadrangular, teniendo añadidos dos cuerpos a su primitiva fábrica, uno con ventanas ojivales cegadas posteriormente y, otro superior, cuyos vanos abiertos tienen arcos semicirculares.

La parte antigua consta de un cuerpo bajo sin huecos, un segundo cuerpo con ventana sencilla, otro con ajimez y un cuarto con ventana de tres vanos.

Su labra es tan bárbara, que al contemplarla, hace vacilar de momento si se trata de una obra arcaica o arcaizante, puesto que, dentro del románico español de la undécima centuria, sólo es comparable por su rudeza con los capiteles de la cripta de San Salvador de Leire.

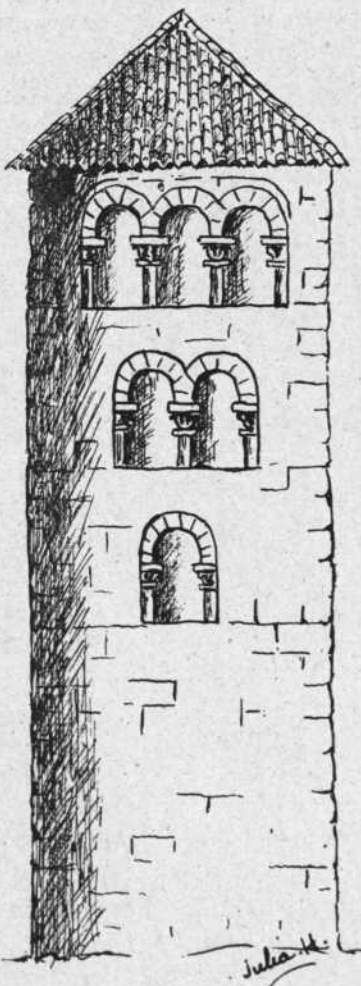
Ofrecen sus capiteles una talla genuinamente popular, hecha en su mayor parte a bisel, y dos planos de raigambre visigoda en España y de larga supervivencia en nuestro arte rural. Su forma es en algunos de pirámide truncada e invertida, con ligera iniciación de la voluta, y en otros algo aplastada y de larga voluta, ambas de origen ravenés.

No tiene semejanza alguna con la conocida torre de Tabara de cinco cuerpos, cuya distribución de huecos es distinta a la de Cardeña, siendo sus arcos de herradura en aquella y de medio punto en ésta.

(1) Juan Menéndez Pidal. San Pedro de Cardeña. (Restos y memorias del antiguo Monasterio). Revue Hispanique, tomo XIX, New York - Paris - 1908.

## La Torre de San Pedro de Cardeña

por JOSÉ LUIS MONTEVERDE  
Del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional



La torre en tiempos del Cid.

Tampoco tiene relación alguna con las torres románicas de la comarca, que obedecen a dos tipos distintos, uno soriano-segoviano, levantadas casi todas a los pies de la iglesia, de dos cuerpos con doble ventana, y otro correspondiente al burgalés, de un solo cuerpo, que se eleva sobre el crucero.

En Santa Eulalia de Bages hallamos su torre con doble ventana bajo otra de tres huecos, y en general tiene la de Cardeña, tanto en su estructura como en su arte, estrecha unión con el románico del Pirineo, siendo por lo tanto su tipo un caso aislado en el centro de Castilla.

Anotadas las diferencias existentes entre este monumento y los demás regionales del mismo género, su afinidad con el románico del Pirineo, la inspiración en los capiteles de Rávena de los rudos artífices que labraron los de Cardeña; teniendo además en cuenta que, tanto su aparejo como impostas y ajedrezados, se encuentran abiertamente dentro del ciclo románico, tenemos que apartarnos de clasificar este monumento como latino-bizantino, dándolo francamente como románico, cuya construcción debió llevarse a efecto hacia mediados de la undécima centuria.

Cegadas y mutiladas en parte sus ventanas, espera ya esta torre el cercano día en que vuelva a ser puesta, en lo posible, a su primitivo ser, cual exploración nos revelará, sin duda, secretos que nos llevará a conclusiones definitivas.

Mientras tanto, recordemos que los ojos del Cid miraron aquellas piedras al partir para el destierro y evocaremos una vez más aquel cantar de gesta:

*Tañeron las campanas de San Pedro a clamor.*



## MONASTERIO DE SAN PEDRO DE CARDEÑA

por AMANCIO BLANCO DÍEZ

**N**UNCA resultó tan propia la recordación del siglo XI como en el momento actual y jamás tan digno de conmemoración el nombre del hombre a quien debe considerarse como su arquetipo. Y es que, en aquella centuria, como en los días de nuestro revivir, las fuerzas político-sociales que desde tiempo atrás venían actuando en la Península, dejaron paso a las normas nuevas de Castilla, orientadas por la aguja imantada de la brújula leal y heroica, inclaudicable y perseverante, revolucionaria y constructiva, de un hombre culminante, templado en el dolor, y cuya talla, pese a la envidia y miopía ambiente, excedió al juicio de sus contemporáneos y a la época en que le cupo en suerte nacer.

El nombre de ese hombre que cambió el rumbo de aquel ciclo glorioso de nuestra historia, era el de Rodrigo Díaz de Vivar, Cid Campeador.

Pero si el recuerdo de Mio Cid es singularmente oportuno, no lo es menos el de algunos lugares cidianos burgaleses, como Cardeña, escenario histórico de su mocedad, de sus años de recién casado y tumba de los pedazos de su carne rota a los embates recios de su obra contrariada y desagradecida.

El Cid, amigo del monasterio de San Pedro de Cardeña por tradición familiar, hizo de procurador de su abad San Sisebuto, en pleito seguido ante la corte del rey Alfonso VI contra los infanzones del valle de Orbaneja, que habían prendado 104 bueyes del monasterio. Bajo los arcos del claustro de este dicho monasterio, en presencia del rey Alfonso, el Cid y Jimena donaron las dos villas de Peñacova y Fresnosa para la luminaria de la iglesia monasterial de Silos y para hospedaje de los peregrinos que comenzaban a acudir ante la tumba del venerable abad Domingo, ya santificado por el pueblo. Los religiosos de Cardeña, sin temor a la pena con que las cartas reales amenazaban a los que acogiesen o socorriesen a Rodrigo Díaz de Vivar, dieron refugio a Jimena y a sus hijos Diego, Cristina y María y a las dueñas de su compañía. En el templo de Cardeña el futuro conquistador de Valencia oyó la misa postrera en los dominios de Castilla, de la que era arrojado. Junto al portón de Cardeña Mio Cid se despidió de su mujer y de sus hijos, y allí juntó su mesnada y los vasallos que debían expatriarse con él, y allí Jimena vió pasar, en las dilatadas jornadas de sole-

dad, la caravana de horas erizadas de inquietudes y de riesgos pavorosos para el esposo ausente, y allí, también, tuvo el consuelo y la alegría de recibir la comitiva que había de portarla, con los suyos, a la Valencia reconquistada.

Y..., terminado lo humano de Rodrigo Díaz de Vivar, a Cardeña volvió su cuerpo para tomar tierra y sepultura, y el cenobio de Cardeña fué durante siglos su panteón y el de los suyos, y a la vista de Cardeña, junto a un olmo que llegó a nuestros días, fué asimismo sepultado Babieca, su caballo.

Empero, muerto el Campeador, su figura prestante conservó en Cardeña su lozanía creadora.

En la claustura de Cardeña se escribió una leyenda cidiana aprovechada después para la *Primera Crónica* romance. La Historia particular del Cid fué escrita durante la Edad media en Cardeña, y se publicó por el abad de esta Casa fray Juan López de Belorado, en 1512. De Cardeña partió la sugerencia de la canonización del Cid, y para el expediente de promoción se juntaron y reunieron cuantas historias manuscritas, documentos, papeles, datos, noticias y antecedentes existían en el archivo y biblioteca, y el legajo, unido al de los 200 mártires, se envió a Roma y a manos del embajador entonces en ella, don Diego Hurtado de Mendoza. Los monjes de Cardeña fueron los que, dolidos por la actitud de los historiadores aragoneses y de sus hermanos en religión de San Juan de la Peña — que, contagiados del escepticismo que entonces estaba muy arraigado en Aragón, ponían en duda o negaban los éxitos del Cid —, trabajaron con ahinco en defensa de la historia del héroe. Y en Cardeña permanecieron los restos y sepulcro del Campeador y de Jimena hasta que el general francés Tibaut los trasladó, en 1809, a un mausoleo levantado en el Espolón de Burgos, y a Cardeña retornaron en 1826, y en Cardeña continuaron mientras el monasterio fué benedictino, y al faltar sus celosos moradores, fueron depositados en la capilla de las Casas Consistoriales de Burgos.

Y con esto, la ancianidad gloriosa de Cardeña, sin el apoyo material de sus monjes y sin el alentador optimismo de guardar los restos del Cid, estimó cumplida su misión y durmióse catalépticamente en espera de nuevas y fuertes perspectivas del alma nacional.

# EL AMOR DE MIO CID

por DARÍO FERNÁNDEZ FLÓREZ

“YO soy Ruy Díaz, el Cid...”, grita el héroe castellano, dominando el agrio trajín del pelear. Mas, ¿qué es lo que es, precisamente, Rodrigo? Un hombre de una riqueza afectiva inagotable y conmovedora, entre otras cosas, que el Campeador es, acaso, el único héroe total nacido en fecunda y feliz conjunción de historia y de epopeya, de realidad y de poesía.

Dirigiendo, pues, nuestra atención hacia este jugoso y clarísimo núcleo afectivo de la personalidad cidiana, se reposa y consueta el trabajado ánimo en la diafanidad ejemplar que vale el puro amor que nos regala Mio Cid. El tema familiar es copioso, y constante, en el Poema que escribiera un anónimo juglar de las fronteras de Castilla, allá por la turbia época medioeval de 1140. El héroe castellano es un héroe que aparece sin cesar como padre y como esposo. Que su dama es su mujer y su fin honrarla, creándola una posición. Y la concreta ansia de botín, la sed de ganancia que anima al caballero no se nutre de egoístas halagos, sino de una necesidad y de un goce de juntar con sus propias manos una dote a sus hijas.

Desterrado de Castilla, se dirige el Campeador al monasterio de San Pedro de Cardena, para consumir en él, junto a su familia, las últimas horas del plazo concedido por el rey. Llega, en el alba, el Campeador al monasterio, mientras los monjes cantaban los maitines y doña Jimena rogaba a San Pedro y al Creador por su Cid. Reciben los monjes al caballero, todavía apagados los ojos por el sueño recién cortado, y aparece doña Jimena con sus dueñas, que traen a las dos hijas en brazos. Traspasada, la esposa cae de hinojos ante el cónyuge que un rey, su pariente, le obliga a perder. Llorando le quiere besar las manos. Y exclama:

«Merced, Campeador, el bienhadado!  
Por calumniadores malos de la tierra sois echado.  
Merced, oh Cid, barba tan cumplida!  
Henos ante vos a mí y a vuestras hijas;  
pequeñas son y de días chicas;  
aquí están mis dueñas, por quien soy servida.  
Ya veo que vos vais de partida  
y yo de vos he de separarme en vida.  
Dadnos consejo, por amor de Santa María!»

Inclinó las manos el de la barba bellida  
y a sus hijas en brazos las prendía,  
llególas al corazón, que mucho las quería.  
Lagriméan sus ojos y fuertemente suspira:

«Oh, doña Jimena, la mi mujer tan cumplida!,  
como a mi alma yo tanto os quería.  
Ya lo veis, que nos hemos de separar en vida,  
a vos os toca quedaros, a mí la ida.  
Quiera Dios y Santa María  
que aun con mis manos case a estas mis hijas  
y quede ventura y algunos días de vida,  
para que vos, mujer honrada, por mi seáis servida.»

Coge, pues, el héroe a sus niñas y, alzándolas, se las lleva al corazón palpitante y amargo, mientras le asoma el llanto a los ojos audaces y se quiebra en un suspiro el amplio pecho invicto. Después, trata de alentar a doña Jimena, que tenían que separarse los dos en vida, cuando al unirse se unieron en un gozo conyugal que soñaron permanente, que sólo la muerte habría de romper. Y, ahora, la injusticia envidiosa de un mal señor los obliga a perder la acordada alegría del contacto, del cotidiano quererse en un hogar sano y trabado. Y conjunta había de sufrir Rodrigo la doble pérdida: la de aquella «tierra», que él sentía ya como Patria, y la de su familia, obligándole el destierro a ganarse la dote para sus hijas con su propio esfuerzo, en un permanente riesgo y trajín.

Pasan juntos el día y la noche. Mas llega, al fin, la hora acerba de la partida, que ya han quebrado los albores entre cantos de gallos y apremia el cabalgar. Después de los maitines, después del hondísimo rezar de doña Jimena, escuchada fervorosamente la misa en un juntarse ante Dios y ante Santa María, van a

separarse. El trance es penoso. Los versos del Poema se hacen lentos, insistentes, como si al juglar le pesara también el instante, como si la escena adquiriese de pronto una vida propia haciendo instrumento al autor de su carga emotiva. Y se retrasa el último adiós en ese alargar críticas despedidas propio de la realidad:

La oración hecha, la misa acabada está,  
salieron de la iglesia, ya quieren cabalgar.  
El Cid a doña Jimena íbala a abrazar;  
doña Jimena al Cid la mano le va a besar  
lentos de llanto los ojos, que no sabe cómo estar.  
Y el Cid a las niñas tornólas a mirar:  
«A Dios os encomiendo y al Padre Espiritual;  
ahora nos partimos, Dios sabe el ajuntar.»

No puede apartar el guerrero la mirada de sus hijas. Y llega, ahora, el momento más noble de la escena, en el que culmina todo el patetismo que surge de un hombre entrañable que parte, dejándolo todo, hacia un destino turbio y penoso. Monta el héroe sobre su caballo y observa a sus mesnadas. Traspasado el noble rostro, quebrada la color, que Rodrigo es un héroe de carne y hueso que sufre hondas amarguras y goza vehementes júbilos:

A tan gran sabor habló Minaya Alvar Fáñez: [madre;  
«Cid, ¿dó son vuestros esfuerzos?, que en buen hora nacisteis de  
pensemos de ir por nuestra vía, que esto debemos dejar.  
Que todos estos duelos en gozo se tornarán;  
Dios, que nos dió las almas, consejo nos dará.»

Consuela Alvar Fáñez al conmovido Campeador. Lo alienta en un sobrio y simple recordarle obligaciones y deberes, que es como se consuelan los dolores de los héroes. Y Mio Cid cabalga ya, mientras el grupo familiar se empequeñece, junto al atrio del monasterio, en la fresca y clara madrugada de la meseta, y los versos de la gesta, pasado el duro trance, se hacen itinerario y trajín de salida.

El viaje de doña Jimena y de sus hijas, y especialmente su llegada a Valencia la mayor, crean nuevas ocasiones de mostrar este aspecto íntimo de los afectos familiares del Cid. Cuando llega la esposa ante las puertas de la ciudad recién ganada, el héroe se apresura a jugar las armas ante su recién llegada familia, probando a Babieca, en un sano y emocionante alarde de satisfacción interior. Y poco más tarde, establecidos ya todos en su ciudad, pronuncia concretísimas y reveladoras palabras ante la amenaza del ejército almorávide que acampa junto a Valencia con intenciones de reconquista:

«Venidome es delicia de tierras de allende el mar,  
tomaré mis armas, no lo puedo dejar;  
mis hijas y mi mujer han de verme lidiar;  
verán en tierras extrañas lo difícil que es estar,  
harto verán por sus ojos cómo se gana el pan.»

Señalan estas anteriores notas la importancia que concede el héroe a que su familia se dé cuenta de su valor, es decir — invirtiendo los términos — la importancia que concede el Cid a su familia. Es el orgullo sano y fecundo en acciones el que anima e invade a Mio Cid moviéndolo a justar ante su mujer, recreándose en admirar a su cónyuge con su destreza, convirtiendo en afortunada delicia y suerte el poder pelear ante ellas, esposa e hijas, con el más temible y numeroso enemigo. Así lo verán luchar, así se darán cuenta de lo difícil que resulta mantenerse en tierras hostiles, así conocerán lo penoso que es ganarse el pan. Mio Cid, el héroe del Poema, no necesita de adornos somáticos, de atributos gentiles, de éxitos de conquistador femenino, como los héroes de las gestas carolingias. Que en el Poema del juglar castellano no hay damas que se brinden placenteras, como en el Cantar de Roldán, porque Rodrigo sólo piensa en su mujer y en sus hijas, aquellas dos hijas que Jimena educó cuidadosamente. «Para vos y para Dios buenas son y bien criadas.» Buenas para con Dios, buenas para con su padre. ¡Qué hijas, las hijas del Cid!





# POPULARIDAD DEL CID LEGENDARIO



por G. S. C.

NINGÚN otro personaje gozó y aun goza en España de más popularidad que el Cid.

Y ningún otro más vago, menos precisado, más lleno de hechos fabulosos. Ha sido menester que un sabio erudito, infatigable investigador y crítico — Menéndez Pidal — dedicara luengos años al estudio del personaje legendario, para que éste ocupe en la Historia el preeminente lugar que le corresponde.

Pero *La España del Cid*, tan profunda, tan sentida y tan verdadera, no ha llegado aún más que a las personas cultas, y no a todas.

El pueblo continúa viendo su Cid a través del Romanero y de la leyenda.

Es un ser de valentía sin tacha, de virtud casi santa, de independencia feroz; intolerante con los agravios, caritativo con los menesterosos, amigo fiel de sus caballeros, decidido protector de sus soldados.

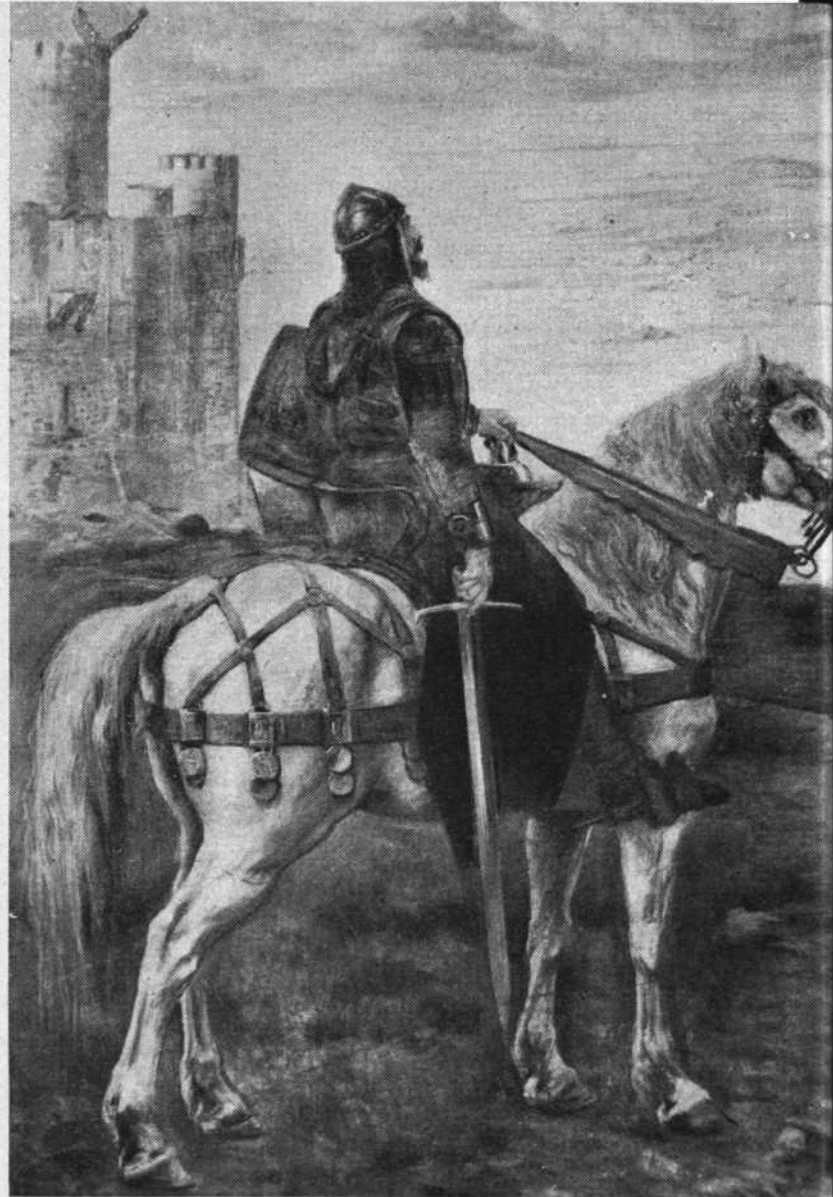
Tal vez un poco irreverente con la Iglesia — «Levad vos la capa al coro, yo el pendón a la frontera» — y desgraciado con su rey — «¡Oh Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor!» —; pero siempre invicto, incansable, temerario.

No le declararon santo — dicen en estos pueblos burgaleses — porque mandó que a su caballo lo enterraran con él, y así se hizo, a la puerta de la iglesia de San Pedro de Cardeña. Aquí no hay reptiles — cuentan en Vivar del Cid — porque él cogió una vez uno que le iba a morder y lo lanzó a más de tres leguas.

Durmió con un gafo — narran —, y resultó que era San Lázaro, que lo declaró libre para siempre de la lepra. Convidáronle a comer cierta vez — cuentan —, y por burla no le pusieron cuchara, pero él hizo una de pan, y al terminar el banquete dijo que no saldría de allí nadie sin comerse la cuchara, desafiando a todos y matándolos uno a uno. Después de muerto — afirman con fe intolerante —, poníanlo sobre Babieca y los moros huían al verle.

Para ponderar un esfuerzo sobrehumano, para ensalzar un valor heroico, para elevar una acción caritativa, para describir un carácter entero, siempre el Cid es el término comparativo, pero sin que nadie llegue a su altura.

Ese es el Cid de los hilorios invernales, de los cuentos oídos al murmullo del agua que hierve en la caldera



suspendida sobre el fuego del hogar por los llares ennegrecidos.

¡Y qué pocos recuerdos tangibles quedan de esa figura gloriosa!

No preguntéis en Vivar — donde tal vez naciera —; allí no hay ni una piedra, ni una inscripción, ni una ruina. Con dolor apartaremos los ojos del monasterio de Cardeña, un tiempo tan famoso y hoy tan destrozado.

Aquí, en la capital de Castilla — donde pudiera ser que viese la primera luz —, están sus cenizas reposando en la nave mayor de la catedral; hay un monumento — pobre y descuidado — que enmarca el lugar de la casa donde vivió el padre del señor de Vivar; la iglesia donde juró el sexto Alfonso — que no es aquella una primera piedra de un monumento que no se hizo; dos cuadros en el Ayuntamiento; una sala cidiana en la Diputación; una sola pintura en el museo; una estatua en el arco de Santa María; la carta de arras en el archivo catedralicio..., y nada más que recordemos.

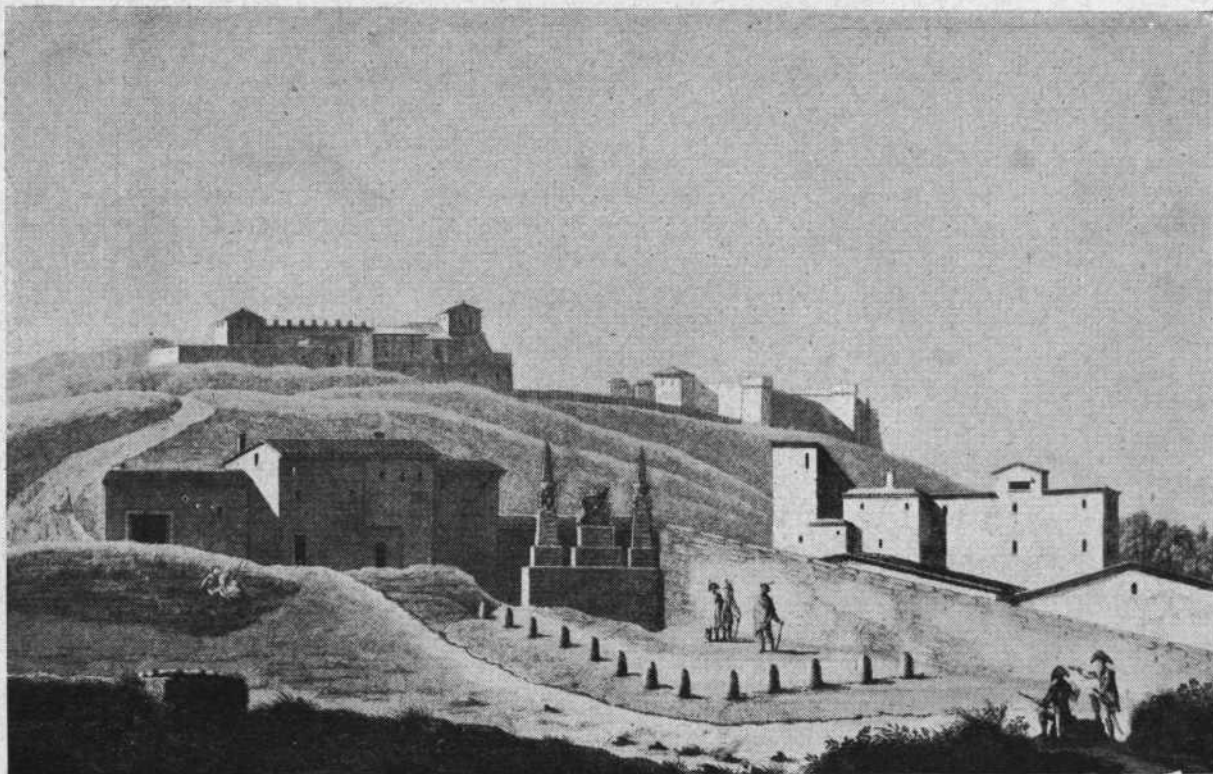
Y esto es harto poco.

La ciudad y la provincia continúan en deuda con su magnate más preclaro.

Ni siquiera ahora, con motivo del centenario del famoso Poema que narra bien verídicamente los hechos del invicto guerrero, hábil político y patriota entusiasta, se han celebrado actos conmemorativos.

Pero la revista *MIO CID*, tan reciamente burgalesa — aquí nació — y tan española, ha venido a suplir con su esfuerzo esa falta.

Y añadirá con ello un cuartel más a su limpio escudo y un timbre a su corta pero gloriosa historia, que le ha permitido en tan poco tiempo ponerse al nivel de las más encumbradas de Europa.



El Solar del Cid.

## MONUMENTOS AL CAMPEADOR

por ELOY GARCIA DE QUEVEDO  
Cronista de Burgos



**B**IGURA tan excelsa como la de Rodrigo de Vivar, era y es más acreedora acaso que ninguna otra a una inmortalización plástica, ya que la que ha tenido literaria es tan universal y de valor tan subido.

No ha sido, sin embargo, afortunado en tal aspecto, y ni Burgos ni Valencia *del Cid* itenen una estatua del gran castellano.

Repetida y desafortunadamente ha intentado Burgos elevársela. Para ello puso la primera piedra Alfonso XIII en 1905; luego vino un colapso fatal que hizo olvidar la idea, y aunque en diversas ocasiones se pensó realizarla, todas las iniciativas, como si en ello interviniese un hado maléfico, fracasaron.

Mientras tanto, en América la idea tuvo pleno éxito, y en Nueva York, frente al museo de la benemérita Hispanic Society, se alza una estatua ecuestre debida al cincel de la señora Huntington, esposa del presidente de aquella entidad.

No contenta con esto la inspirada escultora, regaló a España un ejemplar de su obra, que por inexplicable y desatinado acuerdo se llevó a Sevilla, donde nada dice ni nada significa, y allí, frente a la entrada de lo que fué Exposición Universal, está, sobre *Babiaca*, el Cid.

Otra réplica de tal estatua, ofrendada a Buenos Aires, se descubrió solemnemente el año 1935, y en la inmensa urbe del Plata, como el mejor representante de la patria madre, está sobre alto pedestal don Rodrigo el Campeador.

Si, como he dicho, no hay en Burgos estatua del mejor caballero, no faltan monumentos que le recuerden.

En pie está, bien que abandonado, el monasterio de Cardeña: allí el sepulcro, con toscos bultos en que el Cid y doña Jimena reposaron; allí, envuelta en una construcción posterior, esperando la restauración que nadie pide,

la propia torre desde la cual, cuando el héroe iba al destierro,

*tañen las campanas en San Pedro a clamor,*

como dice el verso, acaso más sonoro, del *Mío Cid*.

En Burgos, bajo la linterna incomparable, más obra de ángeles que de hombres, la gran losa sepulcral que cubre los huesos del Cid y de Jimena, tantas veces removidos, y que ya allí duermen, sin duda para siempre.

Y en Burgos mismo: evocador y olvidado, modesto de proporciones, pobre en su material, el viejo monumento que la ciudad, cumpliendo un deseo muy anterior, elevó en el siglo XVIII, cuando pocos, por no decir ningún pueblo de España, pensaban en perpetuar las glorias de sus hijos famosos, monumento construído sobre el lugar mismo en que tuvo el héroe su casa.

Quien sube a la ciudad alta y llega al *Solar del Cid*, como aquí le llamamos, allá junto a la vieja puerta de San Martín, por la cual los reyes entraban en Burgos, siente que honda emoción embarga su espíritu. Piedras menudas e informes del basamento proceden, según tradición, de la casa del Campeador. Su escudo, con el de la ciudad y el de Cardeña, son los únicos ornamentos de aquella sobria construcción. La soledad del lugar apartado convida a la reflexión... Todo un mundo de historia y leyendas evoca allí la fantasía.

Al fin, tal vez se piensa que aquellas piedras rudas y sencillas, toscamente labradas, roídas ya por las aguas y las nieves, son un monumento mejor que el que en nuestros días, con alardes de riqueza y arte, se alzara en un jardín moderno o en una gran plaza llena de vida, animación y bullicio (1).

(1) El grabado reproducido en estas páginas, hecho sobre un dibujo que sin duda se trazó por artista francés en los días de la guerra de la Independencia; muestra el aspecto que entonces presentaban el monumento y sus alrededores, muy distinto del que hoy tienen.



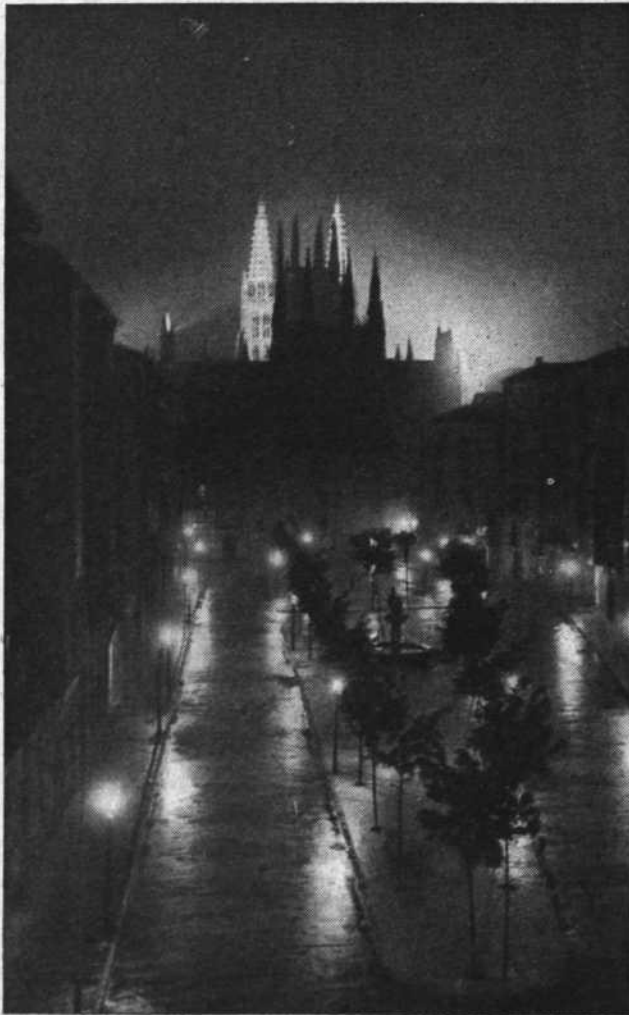
La Guardia Mora del Caudillo  
cruza ante el Arco de Santa María



Una bella perspectiva nocturna



Una manifestación de adhesión al Caudillo durante la Guerra de liberación



La Catedral iluminada



El Generalísimo saluda desde el balcón de Capitanía General

# EL BURGOS DE HOY



Una bella perspectiva nocturna



Círculo de la Unión



Avenida del pintor Santa María  
(él y su esposa en la fotografía)



Diputación  
Provincial

ESTAMPAS BURGALESAS



Fachada del Instituto



Restos de la muralla



Antigua casa de contratación  
y consulado, actualmente  
Biblioteca Provincial

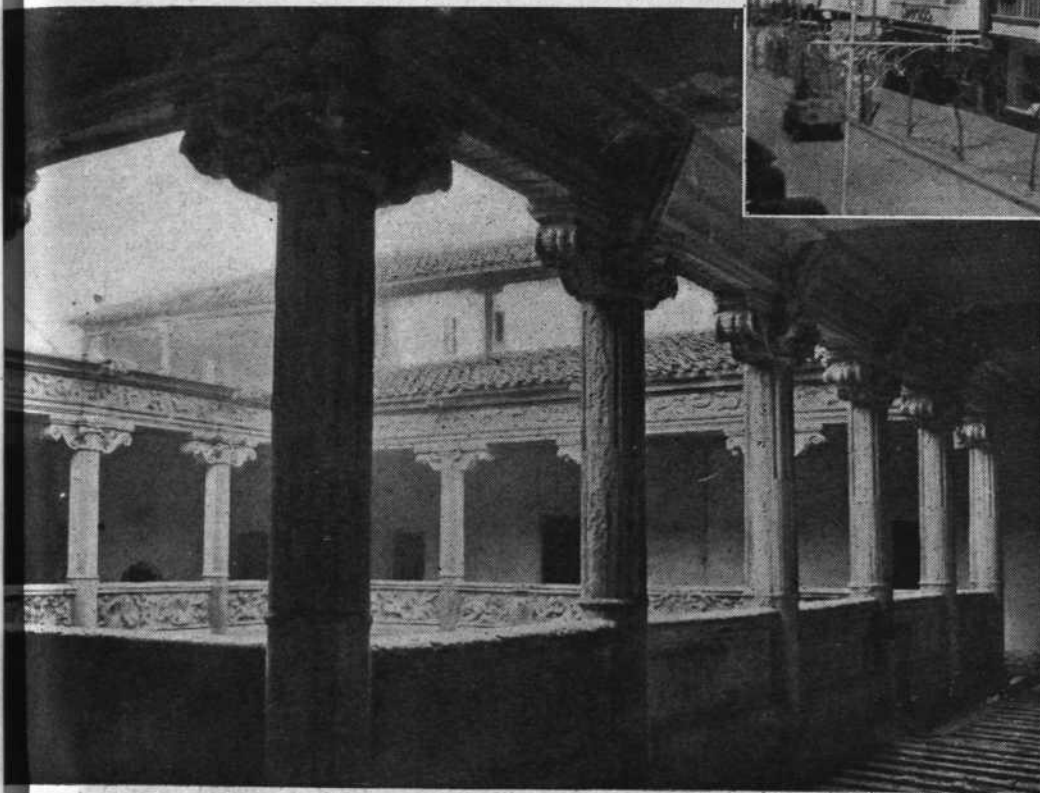


Ayuntamiento

BURGOS DE AYER  
Y DE HOY



Moderna edificación  
en la calle de Vitoria



Patio interior en el  
Palacio de Miranda



Teatro y Salón de recreo



Portada del pala-  
cio de Miranda



Gerardo Diego inaugura el ciclo de conferencias cidianas en la Universidad de Valencia.

No podrían permanecer silenciosas al rumor histórico del VIII Centenario del Poema de Mio Cid, las dos insignes capitales que aparecen en la Historia más íntimamente vinculadas a la gloria del Campeador. Burgos y Valencia, en este caso, fueron las llamadas a dar testimonio de su devoción al gran caballero, paladín de la Hispanidad.

Mientras ensalzaban al Cid otras ciudades, como Madrid — donde funcionó, admirablemente por cierto, una junta central para las fiestas de este Centenario —, Valladolid,

Salamanca, Barcelona, etc., etc., Valencia (1) con un celo realmente admirable, organizó un brillantísimo ciclo de conferencias en torno a la figura del Cid, al Poema de Mio Cid y a su época. Personalidades de las más destacadas en las Letras españolas participaron en estos brillantes cursos que han servido para levantar más alta y ejemplar la fama del Caballero de Vivar.

Notable, a este respecto, ha sido también la exposición cidiana celebrada en la Biblioteca Nacional de Madrid. Y como nota muy sobresaliente, la conferencias de don Ramón Menéndez Pidal, gloriosa figura que ha desentrañado con métodos rigurosos la verdad de los hechos del Cid y de su tiempo.



Antonio Tovar clausura el ciclo de conferencias cidianas.

La propuesta de celebración del Centenario de Mio Cid, hecha a los excelentísimos Ayuntamiento y Diputación de Burgos y aceptada por dichas corporaciones, es promesa cierta de que, cumpliendo una obligación rigurosa, la patria del Cid va a rendir a éste el más perfecto homenaje. Nuestra Revista, nacida en tierras burgalesas, saluda jubilosamente esta unánime prueba de devoción al que consideramos siempre como nuestro mejor caballero.

(1) Algunos de los trabajos publicados en estas páginas, son resúmenes de las conferencias pronunciadas en la Universidad de Valencia, y ven por primera vez la luz pública en «Mio Cid».



Dos escenas de «Las Mocedades del Cid», de Guillén de Castro, representada por el Teatro del S. E. U. de Valencia.



# Los libros



Elisabeth Mulder

## PRELUDIO A LA MUERTE

Editorial Pueyo. Madrid 1941.

Recientemente señalaba Díaz Pla, en las columnas de un gran semanario barcelonés, el carácter europeo, cosmopolita que imprime Elisabeth Mulder a su obra literaria. La discreta observación del gran escritor tiene, indudablemente, importancia cuando se considera la penuria de ambiente en que la literatura femenina marcha, desde hace tiempo, en pos de una concreta personalidad. Y es tanto más de estimar este aire inteligente y culto que la autora de *La Historia de Java* imprime a sus relatos, cuanto que, como se manifiesta claramente en su *Preludio a la muerte*, los rasgos resplandecientes de su obra son la intimidad y la ternura, dos grandes virtudes de mujer. En este libro que acabamos de leer, espoleados por el interés de su título, asistimos al descubrimiento del doble mérito de Elisabeth Mulder como narradora y como creadora del diálogo. Dos elementos fundamentales para el novelista, ambos difíciles de lograr cuando se parte para la novela de un prejuicio intelectual: el de mantener a los personajes sin estridencias, y sin excesivas concesiones a la fantasía, dentro de un plano de vida refinada y normal. Los diálogos de Claudio y Verónica respiran siempre el encanto de las efusiones cordiales de dos almas cultas, y con todo ¡qué inefable ternura, qué humanas, qué sentidas son sus palabras! Fluyen estos diálogos de un modo natural y sencillo, a pesar de que la autora ha de cuidar constantemente de que no pierdan gracia ni descendan a terrenos fáciles ni chabacanos. En cuanto a lo que pudiéramos llamar alarde narrativo, sin duda la acostumbrada visión de Elisabeth Mulder a los paisajes reales, con pupila ideal, prelude esta belleza de su elemento narrativo. Cada breve nota del Diario de Verónica se multiplica a través de las siguientes páginas, presentando la realidad de los ambientes sin notas crudas ni estridentes, pero con claridad y frase de tenue colorido. Al extremo de que uno penetra rápidamente en ese ambiente y se siente ganado por él.

Dotada de tales cualidades, no es de extrañar que esta novela, o relato novelesco,

realice felizmente, salvo siempre los obstáculos inevitables a este tipo de literatura, el plan de su autor, sin fatigar o desconcertar ni un momento al lector. Y al mismo tiempo abriendo, página tras página, nuevas y deliciosas perspectivas al relato. La limitación del espacio no nos permite hoy dedicar más palabras a este libro. Pero, para buena orientación del que leyere, sírvale de base que *Preludio a la muerte* viene a resultar un prelude delicioso, como creado por un alma exquisita que constantemente, y aun sin quererlo, hace gala de su delicada femineidad. El estilo es quizá lo único que a veces sufre alteraciones y vacilaciones inesperadas, pero la gracia constante de la autora y su capacidad para emocionarnos y conducirnos de lleno al tema de su obra, anula estos pequeños lapsus, sólo perceptibles al rigor del crítico que, a la postre, es desbordado por el mérito indudable de la narración.

JESÚS NIETO PENA.



Jesús Nieto Pena

## APOLOGÍA DEL ESPÍRITU RELIGIOSO

Ediciones Patria 1941

Suelen traer las guerras un aumento de espíritu religioso en las muchedumbres. Las iglesias se llenan de fieles, y ante el muro invisible de las lamentaciones el creyente hace examen de conciencia y busca ansiosamente a Dios. Es la hora suprema de las realidades. La macilenta presencia de la muerte da escalofríos. ¿Adónde vamos?

La tendencia al misticismo es, sin embargo, anterior a la guerra. Los poetas dieron los primeros pasos. Y es necesario observar este fenómeno para no caer en el error de titular esta clase de obras como libros de circunstancias.

El libro de Jesús Nieto fué compuesto del año 33 al 36. El autor era casi un adolescente. La vida era dura y el porvenir sombrío, aunque en la lejanía guiñaban las luces de la esperanza. Y como antídoto de un ateísmo desbordante, brotaba en su alma un impulso de ortodoxia cristiana.

*Apología del espíritu religioso* es una ruta de peregrinaje hacia el santuario de la eterna Verdad. El hombre solo ante una estrella de caminos escoge el de la serena perfección. Jesús Nieto ha dejado en estas páginas pedazos de su alma y lo más hondo de su vida. Lo que comienza por abatimiento termina con felicidad tierna y duradera.

Indudablemente, somos de una generación que tiene que elaborar su propio destino. El rumbo aun no está enfocado. Pero el valor de este libro, que puede ser norma y estímulo de la juventud española, es indudable, porque *Apología del espíritu religioso* es, más que una apología, una exaltación del sentimiento cristiano.

ÁLVARO RUIBAL.

## POEMA DE MIO CID

Transcripción moderna de Luis Guarner  
Jesús Bernes. Valencia 1940

El «Poema de Mio Cid» es indudablemente una de las joyas de la Literatura española. Mas leerlo en su lenguaje original requiere abundantes conocimientos de filología. Penetrar en el castellano medioeval está reservado solamente a los iniciados. Es, pues, necesario poner en lenguaje moderno nuestra poesía arcaica para hacerla entrar en el gran público culto.

Esto es lo que ha logrado Luis Guarner en su transcripción del «Poema de Mio Cid». Dámaso Alonso señala en el prólogo un acierto inicial: la única forma posible para una refundición en verso es el romance octosílabo.

El trabajo de Luis Guarner es pulcro, magnífico. El autor muestra no sólo un hondo conocimiento del Poema del Cid, sino una rara habilidad para verterlo en castellano actual. Luis Guarner, por otra parte, es un excelente poeta y su transcripción denota una disciplina literaria que hará su versión indispensable a todo lector inteligente de la gesta cidiana.

A. R.



Luis Antonio de Vega

que ha obtenido el Premio Miguel de Unamuno de 1941, de «Ediciones Patria» con su novela «Los que no descienden de Eva», que uno de estos días verá la luz pública





Guillermo Díaz-Plaja

### TIEMPO FUGITIVO

Ediciones de la Espiga.  
Barcelona

Como los guerreros de los relieves asirios, camina por la vida Guillermo Díaz-Plaja. El carcaj al costado, los brazos en tensión, el ojo avizor y pronto a disparar sobre blancos oportunos las saetas de la atención y de la crítica. Pero Díaz-Plaja no escribe al acecho, ni sus flechas están envenenadas, porque la mordacidad y la sátira demoleadora repugnan a su exquisito temperamento artístico.

Un crítico que lo sea en verdad debe sentirse por encima de la vulgaridad y la ramplonería trashumantes. Así, su temple aristocrático aleja a Díaz-Plaja de la morralla aunque ésta se vista con sedosas galas literarias. Y sólo donde palpita un impulso generoso y no hace mella la mediocridad está «Sagitario». Díaz-Plaja es un buscador de emociones estéticas en estado de curiosidad permanente.

*Tiempo fugitivo* es eso, nada más que eso: una colección de «flechazos» que el autor ha lanzado a todos los espacios el pasado año. Aprehender el tiempo que huye, sujetarlo a nosotros, ya que la vida para las almas nobles es amable aunque la niebla empañe los paisajes. Figuras, arte, poesía, viajes, están comentados brevemente en este librito henchido de contenido.

Difícilmente podrá ser superada la egregia labor de Guillermo Díaz-Plaja. En realidad, estamos ante un hombre dotado de una destreza mental extraordinaria. Una fragancia sutil exhala estas páginas encantadoras. *Tiempo fugitivo* es un remedio contra la estupidez, la plebeyez y la falsedad. En suma, un libro delicioso.

A. R.

### LENGUA Y LITERATURA DE ESPAÑA Y SU IMPERIO

Ernesto Giménez Caballero

El ilustre autor de *Genio de España* ha publicado un libro de excepcional importancia. Todos los jóvenes debemos a Giménez Caballero una nueva visión de la España auténtica. Su influencia sobre las mocedades es tan notoria, que muchas de sus ideas adquirieron prestancia de consignas de tipo castrense.

Pero Giménez Caballero, escritor brillante y ensayista fecundo, nos muestra ahora una faceta más de su indiscutible talento. Pues *Lengua y Literatura de España y su Imperio* revela sus cualidades de maestro y pedagogo.

Cuando un hombre de la talla de Giménez Caballero acomete esta empresa, debemos quedarnos un tanto suspensos. Obras de esta naturaleza han sido realizadas, en general, por irresponsables y con vistas a un seguro negocio editorial. Quizá también algunos espíritus malévolos supongan que esta obra es para profesores y no para alumnos. El hecho es corriente en España. Pero no, *Lengua y Literatura de España y su Imperio* es un libro ameno, sencillo, escrito con gracia y finura, y al alcance de cualquier adolescente mediocre.

El método de cuestionarios que prodiga, hace llevadero el trabajo. El libro de Giménez Caballero es consecuencia de un estudio meditado y constituye un admirable manual de enseñanza. — A. R.

### LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

Ediciones Patria

Algunas gentes han dado en decir que Samuel Ros es un humorista. Y nada más lejos de la verdad. Cuando un escritor deriva por un camino poético, huye del humorismo. Humor y poesía se repelen. Y si la sensibilidad es un tanto enfermiza, le resulta difícil comprender y valorar este género literario.

Samuel Ros pertenece a un grupo de jóvenes taciturnos y melancólicos. Últimos representantes de un romanticismo caduco — sin que esto quiera decir que romanticismo sea la palabrería sensible de la anterior centuria —, no aciertan a plasmar la inquietud y la angustia de la hora presente. El hecho es típico en todo clima revolucionario, pero el escritor debe superar la desorientación, ya que las continuas vacilaciones obstaculizan una labor serena. *Los vivos y los muertos*, novela dialogada, es la negación del humor. Samuel Ros, con una ausencia de alegría verdaderamente conmovedora, ha escrito un libro en el que el viejo tema de los muertos está tratado de manera original y poética. El autor muestra una ironía fina y punzante como una saeta; ironía de recia contextura española, porque a falta de pan buenas son tortas. *Los vivos y los muertos*, novela repleta de humanismo, es la obra maestra de un coleccionista de desengaños.

Literariamente, está lograda. Algunos tipos perfectamente delineados. La primera parte es admirable; después se diluye y la acción decae en meditaciones filosóficas. He aquí un error fundamental: el intelectual vence al novelista. Sin embargo, *Los vivos y los muertos* es producto de una vocación poética y una imaginación realmente envidiables.

A. R.



Samuel Ros



F. Ferrari Billoch

### BARCELÓ

Ediciones Patria

F. Ferrari Billoch ha sacado a luz una magnífica biografía del almirante Barceló. La simpática figura del navegante mallorquín es desconocida para la inmensa mayoría de los españoles. El autor presta un gran servicio a todas aquellas personas interesadas por las cosas de mar que desean conocer las andanzas de nuestros marinos.

La gesta de Barceló tiene signos de epopeya. Terror de piratas y corsarios argelinos, la vida del «capitán Antoni» culmina en el bloqueo de Gibraltar. La invención de las lanchas cañoneras le sitúa entre los precursores. Un aura de leyenda y aventura envuelve sus peripecias por los mares callados.

Los capítulos dedicados a relatar el sitio de Gibraltar y al fracaso del almirante, debido a intrigas cortesanas y a la nefasta influencia francesa, son los más interesantes, a pesar de la nutrida erudición de los preliminares. Ferrari Billoch persigue un noble fin: sacar sin mácula al general Barceló de aquella maraña de recelos, insidias y bajas claudicaciones. El fallo no fué del Almirante, aun teniendo en cuenta la superioridad británica, sino de la frívola e inconsciente corte de Madrid. El biógrafo consigue su objetivo. Una serie de alegatos atestiguan su honrada pretensión. La obra discurre siempre acertadamente y está escrita en tono de reportaje, tarea en la que Ferrari Billoch es sin duda alguna un especialista.

A. R.

### CUADERNOS DE POESÍA

Ediciones Patria

Un grupo selecto de escritores navega a bordo de esta nave majestuosa y brillante que pilotea Jesús Nieto, editor y poeta. *Cuadernos de Poesía*, sin embargo, no pertenece a ninguna capilla ni quiere ser guiño de ninguna doctrina. Ventanilla abierta a todas las inquietudes, sus páginas son asequibles a todo temperamento sensible que sienta el clamor de la poesía humana y eterna.

Poesía y ensayo. Evocaciones poéticas. Poemas viejos y nuevos. Y muchos poetas jóvenes españoles, hispanoamericanos y extranjeros honran esta nueva publicación. Saludemos alborozados a estos Cuadernos maravillosos. Y vaya para Jesús Nieto, director, Manuel Cristóbal, secretario, y todos los colaboradores, entre los que se encuentran M. Machado, G. Diego, P. P. Aparicio, Ureta, E. Azcoaga, Díaz-Plaja, Castroviejo, G. Ruiz, Rosales, Vivanco, A. del Valle y E. Aguado, nuestra cordial felicitación y saludo fraterno.



El Barón de Siria

## LOS CRIMENES DE LAS SECTAS

Ediciones Patria

Sobre el apasionante tema de las sociedades secretas, el barón de Siria ha escrito una novelita amena. No queremos insistir sobre este asunto tenebroso que tanta influencia ejerció en la vida y la política española de los últimos años. Los manejos de las sectas masónicas llevaban a nuestra Patria a la catástrofe de la que nos ha salvado una guerra cruenta y redentora. El autor ha tejido una trama sugestiva. La acción es ágil y los personajes están bien tratados. La obra en suma está bien construída y respira un sano y acendrado patriotismo. El barón de Siria tiene indudablemente dotes de novelista. Esperamos leer otros trabajos suyos para formar de él una opinión más clara. A. R.

## VIDA Y DOCTRINA DE CORNELIO CODREANU

Tomás Escolar y Jesús Nieto

Ediciones Patria. Barcelona - Madrid

La impresionante tragedia de Rumania es un fenómeno de nuestra época. La vida, doctrina y muerte de Cornelio Codreanu, un punto brillante en esta larga y oscura



Luis Moure Mariño

Joven escritor, que ha obtenido el Premio «Luca de Tena», de periodismo, y a quien se han tributado diversos homenajes

noche de Europa que aun no vislumbra la alborada.

De todos los movimientos políticos de los últimos tiempos, el rumano es el más poético. Ninguno tan apasionado y primitivo. Codreanu era un alma pura, un lírico, un labriego que se enfrenta con la complicada maquinaria de un estado moderno donde todo ha sido calculado infinitas veces. Su sencillez de campesino e iluminado le lleva a la catástrofe.

Los pormenores de la fundación de «La Guardia de Hierro», su contenido doctrinal, la persecución y muerte alevosa del «Capitán» a manos de los esbirros del rey Cárol, están relatados por Tomás Escolar y Jesús Nieto en este trabajo sencillo que contribuirá a dar una idea clara de este trágico asunto. Le precede un prólogo enjundioso de Emiliano Aguado, y a manera de epílogo dos artículos de José María Castroviejo y Juan Aparicio, fervientes admiradores del malogrado jefe rumano.

Es posible que la Guardia de Hierro no consiguiese nunca gobernar en Rumania. Que los poetas rijan los destinos de un pueblo pudiera ser un desatino. Pero las cenizas de aquella organización aniquilada todavía están calientes. El rescoldo arde... A. R.



Alberto Ureta

Ilustre poeta peruano que acaba de publicar una interesante Antología de Poetas peruanos

## DOS CLAVES HISTÓRICAS: MIO CID Y ROLDÁN

Dario Fernández Flórez  
Signo. Madrid

Entre los escasos libros que últimamente han tratado el tema del Cid, destaca el ensayo de Dario Fernández Flórez. El asunto es altamente sugestivo, pues el autor escapa de toda interpretación erudita de las gestas cidiana y carolingia para tratar como cosa actual los héroes francés y español.

El Cantar de Roldán y el Poema del Cid son a última hora dos símbolos y dos maneras de entender la vida. El Cantar es precursor de la suavidad y la ligereza francesas; en cambio, el Poema del Cid es siempre de un crudo realismo castellano y expresa el sentir de una raza guerrera y dominadora.

Quizá algunos comentarios de Fernández Flórez pequen de audaces. Mas esto no puede ser un defecto en toda obra que interesa por su originalidad. Necesario es, sin embargo, hacer constar que el trabajo en cuestión revela un esfuerzo apreciable y un afán de contribuir a esclarecer con visión moderna dos personajes en los que la realidad y la leyenda no caminan parejas. A. R.



Dr. Jaime Santamaría Ruiz

## EL TIFUS EXANTEMÁTICO

Ediciones Patria 1941

Los casos de tífus exantemático registrados últimamente en Madrid y otros puntos de España, indujeron al doctor Santamaría a publicar este librito. Obras de divulgación — *El Tífus exantemático* lo es en grado superlativo — deben ser bien recibidas por los profanos en cuestiones médicas. «En este librito — dice su autor —, improvisado rápidamente por la fuerza de las circunstancias, no pretendemos enseñar nada a los médicos. Antes por el contrario, lo que deseamos es robustecer su posición a los ojos de todos aquellos que habitualmente requieren sus consejos.»

Una epidemia de tífus exantemático constituye para las gentes sencillas un suceso aterrador y siniestro. El doctor Santamaría da una serie de consejos para hacer desaparecer el piojo transmisor de la enfermedad que viene a ser como lecciones de confortable optimismo. El mal puede ser vencido si observamos las necesarias medidas higiénicas.

La obra del señor Santamaría llega en momento oportuno. El éxito está asegurado. A. R.



Emiliano Aguado

Notable escritor que ha publicado un libro titulado «Del siglo XVIII a nuestros días» del que nos ocuparemos en nuestro próximo número



# Muebles Angulo

FÁBRICA:  
San Pedro y San Felices  
Teléfono 1890

ALMACÉN:  
Calera, 9  
Teléfono 2160

**B U R G O S**

CONDECORACIONES  
Militares y Civiles

## JOYERÍA VILLANUEVA

TRABAJOS ARTÍSTICOS

Plaza Mayor, 48  
**B U R G O S**

ENVÍOS CONTRA REEMBOLSO

PAQUETERÍA Y GÉNEROS DE PUNTO

*Almacenes*

## MONASTERIO

DESPACHOS EN BURGOS: Almirante Bonifaz, 11

Teléfonos { 22-30 } Santander, 3  
              { 17-02 } Moneda, 12

## ALMACENES RUIZ

SUCESORES DE JOSÉ RUIZ, S. en C.

CALZADOS Y ALPARGATAS

Ventas al por mayor y menor

Moneda, 8 · BURGOS · Teléfono 1357

Sucursal: Plaza José Antonio, 19 (antes Plaza Mayor)

GRANDES EXISTENCIAS DE  
TODA CLASE DE CALZADOS

Bar

Restaurante + Carta

## MADRID - IRÚN

Vitoria, 8 · Teléfono 1238 · BURGOS

## Almacenes SIMEÓN

LOS MÁS IMPORTANTES DE ESPAÑA

*Casas en*

SANTIAGO · VILLAGARCÍA  
ORENSE · CORUÑA · VIGO  
OVIEDO · SANTANDER · FERROL  
PONTEVEDRA · GIJÓN · LUGO  
MADRID · SARRIÁ · BILBAO · LEÓN

Plaza Mayor, 67 · BURGOS

Perfumería **ORIENTE**

JULIO MARISCAL

ESPECIALIDAD EN PRODUCTOS  
DE BELLEZA Y PERFUMES DE LUJO

Plaza Mayor, 67 · Teléfono 1404 · Burgos

JABÓN  
"EL RUISEÑOR"

JABÓN  
"BURGOS"

*Calleja, Núñez y C.<sup>a</sup>, S. L.*

FÁBRICAS DE JABÓN, FIDEOS  
Y PASTAS PARA SOPA

**BURGOS**

PRODUCTOS DEL

## Laboratorio Liras

HEPAFHER, poderoso reconstituyente y aperitivo · PECTO-BRONQUIL, cura catarros, bronquitis, asma · JARABE DE MANZANAS, laxante y purgante · ANTISÁRNICO, líquido y pomada · OFTÁLMICA, enfermedades de los párpados y conjuntiva · CICA-SÉPTICO, cura heri-

das, rozaduras, quemaduras · CICATRIZANTE LIRAS A LA CLORAMINA, el mejor de los cicatrizantes · TINTURA BALEAR, para el tratamiento de los sabañones sin ulcerar · ENGORDE CASTELLANO LIRAS, para toda clase ganados · PASTA FOSFÓREA, mata ratas

Villadiego • B U R G O S

COLONIALES • PAQUETERÍA • CALZADO

### José Ferrer Artúnez

Melgar de Fernamental • Burgos

CARROCERÍAS

### SANTOS

CASA FUNDADA EN 1910

Construcción y reparación de toda clase de carrocerías para automóviles, capotas y guarnecido · Construcción y reparación de faros, aletas, radiadores

P.º de los Ydillos, 41  
Teléfono 1429

B U R G O S

FÁBRICA DE ANISADOS, LICORES Y JARABES

### Antonio CARCEDO MARISCAL

VINOS GENEROSOS · "ANÍS DEL CORZO"  
COÑAC · RON · GINEBRA

Fábrica: Alhóndiga, 17,  
20 y 28 · Teléfono 2051

B U R G O S

Almacén: San Juan, 56  
Teléfono 1698

Manufacturas de Rayón y Fibras Textiles

### F. R. Díaz Reig

Calle de Madrid, 8 · Teléfono 2214

B U R G O S

MANIPULACIONES

T O R C I D O S

TINTES Y APRESTOS

D O B L A D O S

### FERNÁNDEZ VILLA - Hermanos

BANQUEROS

Casa fundada en 1872

BANCA · CAMBIO · BOLSA

CAJA DE AHORROS

DEPÓSITOS · PAGO DE CUPONES

# Justo del Rio



PINTURA  
MODERNA  
EN  
GENERAL

SANTA CRUZ, 24 - TELÉFONO 1979

B U R G O S

APARATOS, MATERIAL Y  
ACCESORIOS FOTOGRAFICOS

KODAK · AGFA · ZEISS-IKON

### Gonzalo Miguel Ojeda

ARCHIVO REGIONAL DE  
FOTOGRAFÍAS DE ARTE

LABORATORIO FOTOGRAFICO  
PARA TRABAJOS DE AFICIONADOS

P H O T O - C L U B

Avda. Gmo. Franco, 9 - Plaza José Antonio, 4 • BURGOS

## INDUSTRIAS PAQUIN

Fabricación de cintas, trencillas y cordones

Fábrica:

Carretera Valladolid

B U R G O S

Despacho:

Calle de Madrid, 4

Teléfono 3203

## VIDRIERA BURGALESA

### Julio Achiaga

LUNAS Y VIDRIOS PLANOS  
TODAS LAS MEDIDAS

San Juan, 26 y 28 · Teléfono 2233

B U R G O S

## LUCIO QUINTANILLA

Agencia de Negocios y Seguros Generales

Plaza José Antonio, 18, 1.º

Teléfono 1715

B U R G O S

### Café Viena

## JESÚS PINEDO

ESPOLÓN, 44  
B U R G O S

NUEVO CAFÉ BAR  
CANDELA

ESPECIALIDAD EN TAPAS  
Y ENSALADILLAS VARIADAS  
MARISCOS ESCOGIDOS · LICORES  
Y VINOS SELECTOS · CAFÉ EXPRES

*Ramón Madrazo*

Plaza Mayor, 61 - Teléfono 1682  
BURGOS

*Hijos de Moliner*

Plaza de José Antonio, 59 - 60 BURGOS

PAÑOS Y NOVEDADES

*Sucesor de Pascual Quemada*

Plaza Mayor, 54 · Teléfono 1262  
BURGOS

*Platería, Bisutería fina · Objetos para regalo*  
Construcción y reforma de alhajas. Grabados de todas clases

**JOYERÍA POLO**

Espolón, 14 · BURGOS

**RUERA**

ELECTRICIDAD  
PROYECTOS Y MONTAJES  
LUMINOTECNIA

LAÍN CALVO, 28 · APARTADO 56  
TELÉFONO 1706  
BURGOS

ALMACÉN DE ACEITES, GÉNEROS COLONIALES  
VINOS Y AGUARDIENTES

*Venancio Garcia*

Plaza de Calvo Sotelo, 3 · BURGOS  
Teléfono 1640

REPRESENTACIONES GENERALES

MANUEL PAYNO MENDICOUAGUE  
AGENTE COMERCIAL COLEGIADO

OFICINAS:  
Huerto del Rey, 2 y 4

BURGOS

**DANIEL MORAL**

*Fábrica de Aguardientes y Licores*  
*Exportador de Patatas de siembra*

Almirante Bonifaz, 27 · Teléfono 7441 · BURGOS

**REVILLA**

ALTAS FANTASÍAS EN TEJIDOS

Avenida de José Antonio · BURGOS

PAPELERÍA Y OBJETOS DE ESCRITORIO

*Sucesor de Fournier*  
**M. SANTAMARÍA**

Plaza Mayor, 50 · Teléfono 1824 · BURGOS

CAMISERÍA

GÉNEROS

DE PUNTO

*Almacenes Campo*

GENERAL QUEIPO DE LLANO, 2 · TEL. 1406

BURGOS

**ALBERTO LAZCANO**

FÁBRICA DE HIELO Y GASEOSAS

SAN JUAN, 23 · TELÉFONO 1804 · BURGOS

Depósito del Vermut «DON QUIEN»

**"ARAGÓN"**

COMPAÑÍA ANÓNIMA DE SEGUROS  
GENUINAMENTE ESPAÑOLA

SUBDIRECTOR EN BURGOS Y SU PROVINCIA

*D. Eleuterio Orive*

PALOMA, 5 y 7

ALMACÉN DE COLONIALES

**José María Cortezón**

HÉROES DEL ALCÁZAR, 3  
A PARTADO 5  
TELÉFONO 1256 BURGOS

TEJIDOS NOVEDADES

*Francisco Larrosa*

Paloma, 5 y 7 · Teléfono 2286 · BURGOS

*Bar*

**CASA**

**PEPE**

CAFÉS · VINOS Y LICORES DE MARCA  
SERVICIO A LA CARTA Y POR CUBIERTO  
PRECIOS ESPECIALES PARA BODAS  
Y BANQUETES Y COMIDAS ÍNTIMAS

Calle Madrid · Teléfono 1969  
(Junto a la estación  
de automóviles) · BURGOS

**S. ESPAÑOLA SEDA ARTIFICIAL  
S. A. HILADOS DE RAYÓN**

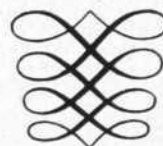


**Carretera Valladolid  
B U R G O S**

**"Textil Burgos" S. L.**

**FÁBRICAS DE  
TEJIDOS DE SEDA**

(Forrerías de Seda)



CONDESTABLE, 4

TELÉFONOS { FÁBRICA: 1220  
                  { DESPACHO: 2365

**B U R G O S**

**GUILLERMO S. CARDIEL**  
*Agente Comercial*

Calle de Juan Albarelos, 8 · Tel. 1263 · BURGOS  
ADMITE REPRESENTACIONES DE CASAS SERIAS

**J A I M E S A N M I L L Á N D E G R A D O**

**C A R N I C E R Í A**  
NEGOCIANTE EN GANADO  
LANAR, DE CERDA Y VACUNO

Vitoria, 19, 2.º, dcha. · Teléf. 1687 · BURGOS

**BANCO DE BILBAO**

Capital Social: Ptas. 100.000.000  
Capital desembolsado (75) }  
y reservas (85) } " 160.000.000

Con la perfecta organización de sus servicios, el BANCO DE BILBAO realiza todas las operaciones bancarias de primer orden con la rapidez y acierto logrados en casi un siglo de aleccionadora experiencia.

**Domicilio social: BILBAO**

**Sucursal en Burgos: Laín Calvo, 2 y 4**

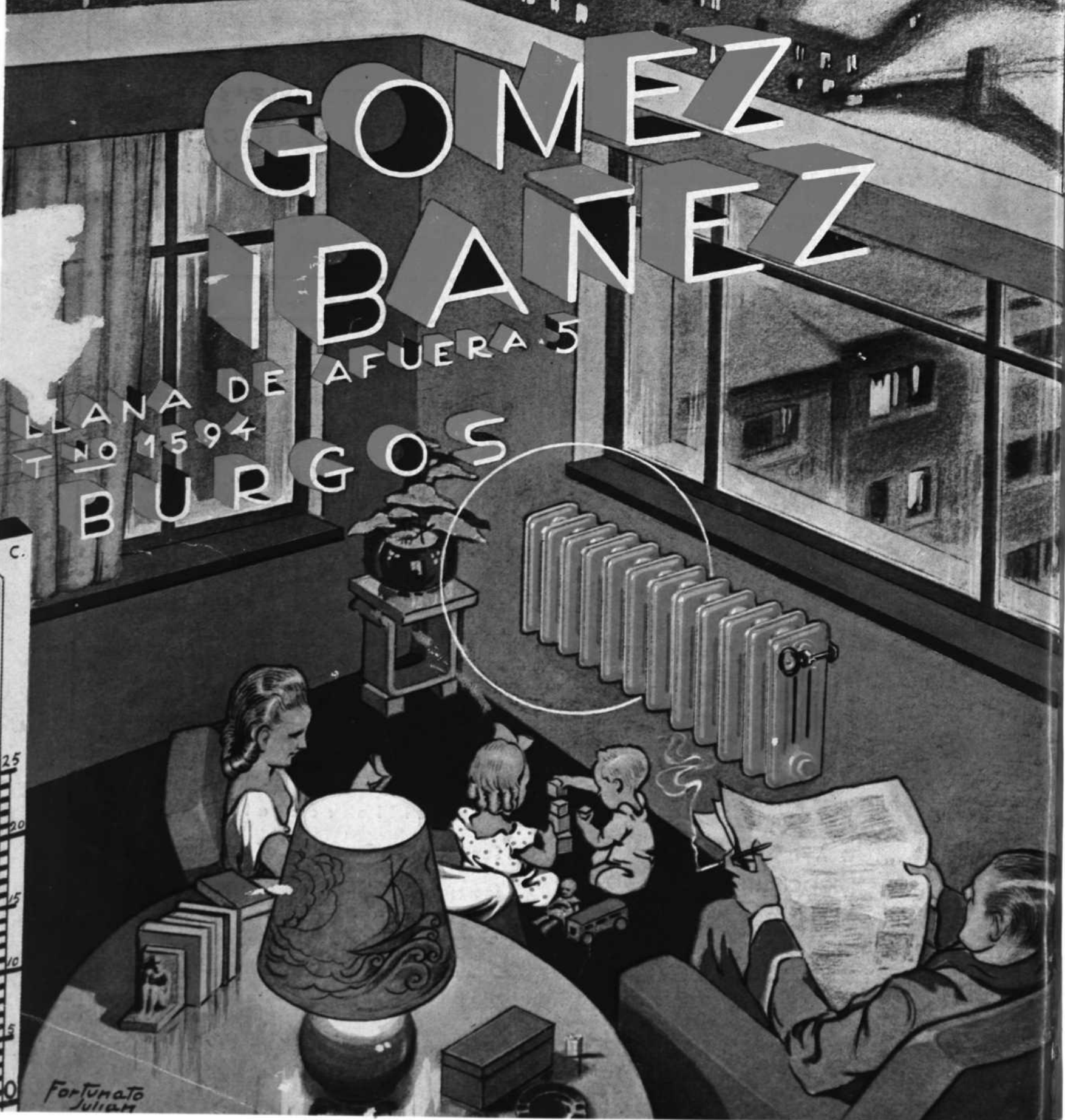
**Sucursal en Valencia del Cid: P. y Genís, 8  
A. Calderón, 14**

UN HOGAR FELIZ  
Y CONFORTABLE  
CONFECCIONADO CON  
"INSTALACIONES  
DE CALEFACCION

GOMEZ  
IBANEZ

LLANA DE AFUERA 5  
T NO 1594  
BURGOS

c.  
25  
20  
15  
10  
5  
0



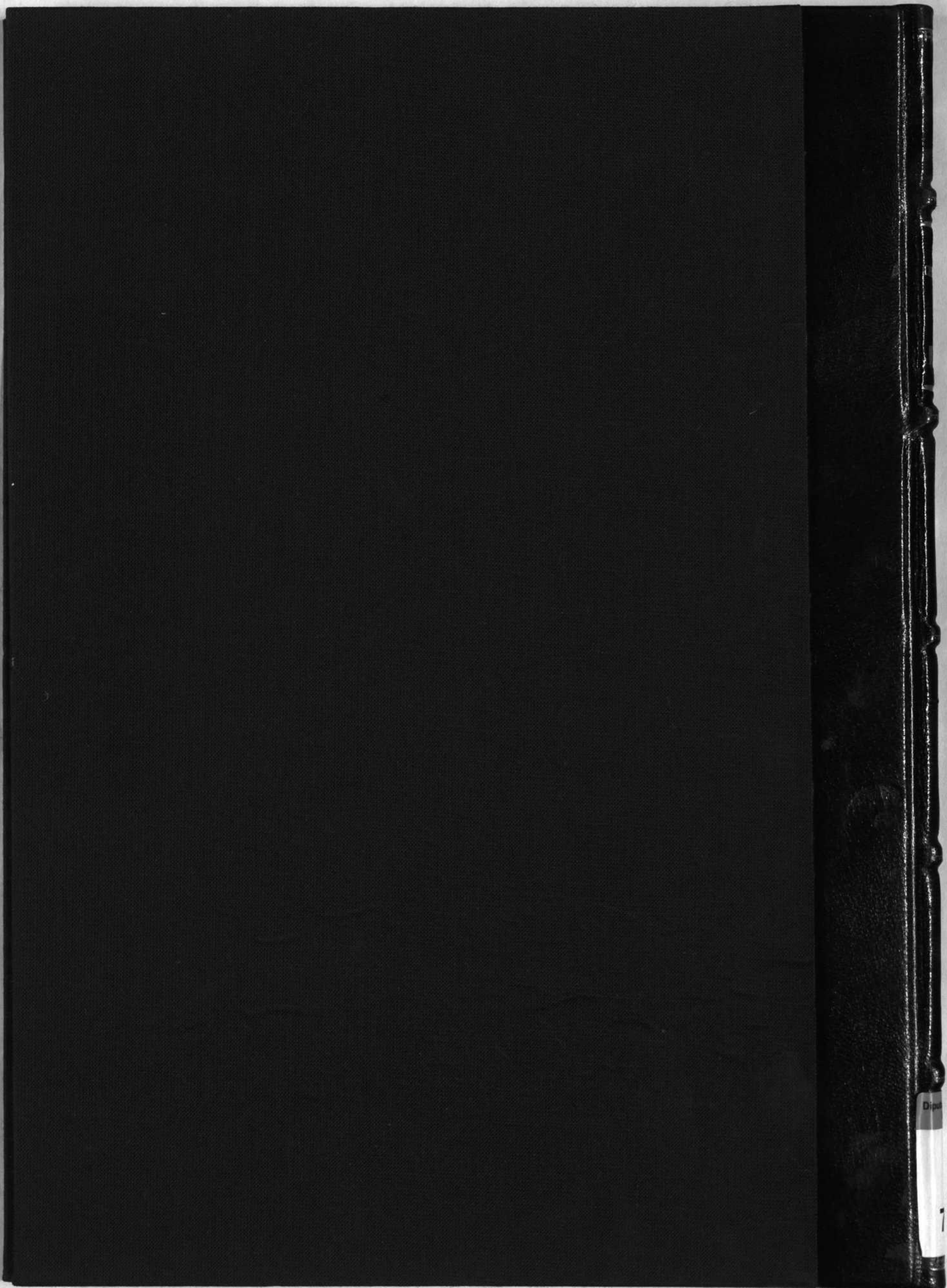
Fortunato  
Julian











OCIA VO  
SENTINA  
DEL  
EDEMA  
DE  
NIO GO

putación P. Bu  
Biblioteca

713